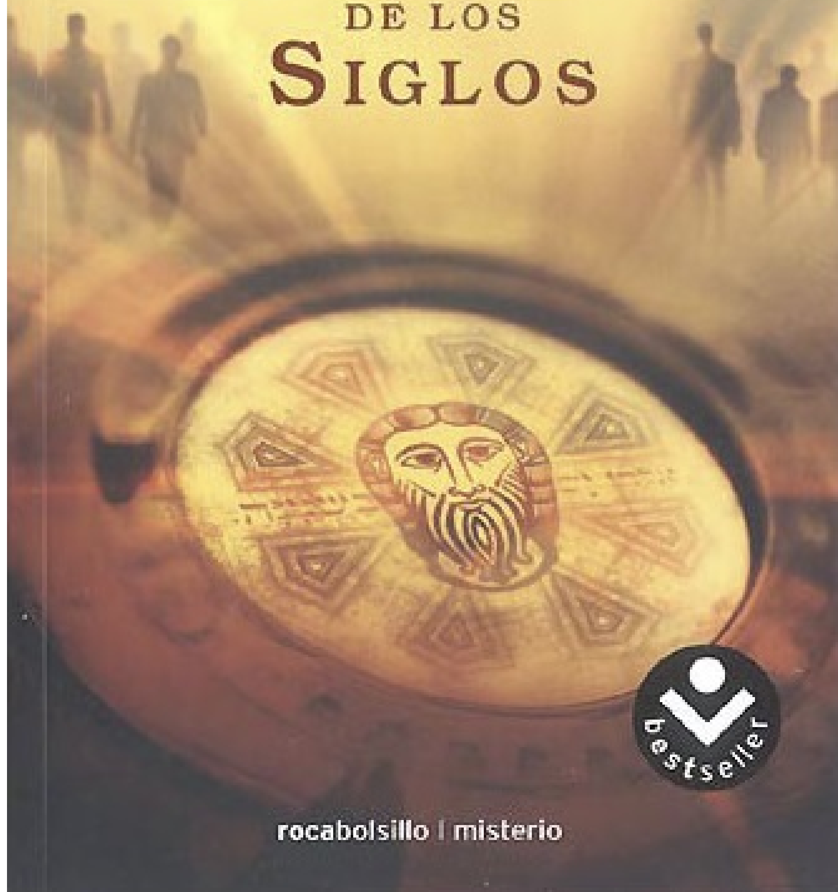
HENRI LOEVENBRUCK

EL TESTAMENTO DE LOS SIGLOS



rocabolsillo | misterio

Henri Loevenbruck

El testamento de los siglos

A Delphine

Prólogo

El viento nocturno soplaba sobre las montañas calcáreas del desierto de Judea. Era el soplo grave y continuo que anuncia la llegada del amanecer, la hora en que los primeros buitres empiezan su ronda silenciosa más allá de las cimas de Palestina.

Al este, las estrellas del cielo ceniciento se reflejaban aún en el agua aceitosa del mar Muerto, en medio de enormes bloques de sal gris. El punto más bajo del globo. Allí soplaba el viento que se metía entre las dunas blancas, en los pequeños valles sinuosos, a través de los campamentos de beduinos, y llegaba hasta los cañones culminantes.

A pocos kilómetros de Jerusalén, y muy lejos del mundo sin embargo, en el secreto de aquellas cimas invisibles, se escondía la silueta baja de un antiguo monasterio. Un bloque de piedra gris unido a la pared rocosa. Austera construcción en la que se abrían solamente unas ventanas primitivas. Ni una carretera, ni un camino llevaba hasta allí al viajero imprudente. Nada parecía unir aquel edificio inaccesible al resto del mundo. Allí reinaba como único amo el silencio del desierto.

Algunas cabras monteses dispersas rodeaban el edificio, en las escasas zonas verdes, y trepaban por las largas escaleras erosionadas, talladas en la roca amarilla. Una polea de madera rechinaba y se balanceaba delante de la fachada. En el primer

piso, la luz vacilante de una vela brillaba detrás de una ventana.

En aquella pequeña estancia despojada rezaba un anciano.

Vestido de tela blanca, con el cráneo desnudo y los ojos cerrados, salmodiaba de rodillas, inclinado ante la ventana. Su larga barba gris se restregaba sobre su pecho al ritmo de sus reverencias. A pesar del silencio de aquellos parajes, apenas se oía el sonido de su voz grave.

Cuando acabó su plegaria se levantó lentamente y se dirigió hacia el fondo de la estancia, donde un gran pilón de piedra sobresalía de la pared. Estaba lleno de agua fría en la cual el anciano sumergió las manos. Hizo correr el agua sobre su frente, sobre su rostro, después por los pies, pronunciando nuevas plegarias confusas. Iba con los pies desnudos como símbolo de su comunión con la tierra, ya que allí la tierra era un ser vivo y sagrado.

Al final, volvió a su modesto lecho, que era una simple cubierta colocada directamente en el suelo. Se echó allí de espaldas y mantuvo los ojos abiertos unos instantes. Ninguno de los otros doce religiosos que vivían en aquel monasterio olvidado se había despertado aún. Los muros ancestrales de aquel recinto estaban llenos de un silencio magistral. Pero fuera, el anciano oía el ruido continuo de la noche. Dejó que su espíritu se evadiese entre los murmullos nocturnos. Invitó al sueño siguiendo el ritmo de su respiración.

Era un hombre justo y sabio, que había consagrado toda su vida a la comunidad del monasterio, esperando como sus hermanos el advenimiento de la Nueva Alianza. Se inició a la edad de trece años, y desde entonces ya jamás abandonó el monasterio. Como sus hermanos, observaba escrupulosamente todas las leyes de la comunidad, y no se alimentaba más que de pan, agua, raíces silvestres y frutos, e intentaba cultivar en sí mismo la pureza y la humildad. Como sus hermanos, repartía su tiempo entre la meditación, la agricultura y el

artesanado. Y como sus hermanos, desde hacía largo tiempo había olvidado La realidad del mundo profano. Olvidó a sus padres, su familia, Jerusalén y todo lo que los hombres habían hecho. Sólo Dios ocupaba su vida. Dios y su último secreto.

De repente fue como si la noche se callase, sofocada. Los llantos de los chacales se extinguieron de golpe y los buitres se quedaron silenciosos.

El monje abrió los ojos y se incorporó lentamente. Aguzó el oído. Pero todo se había silenciado. Sólo quedaba el soplo del viento. Aquello no era normal.

De golpe, sonó el ruido atronador de una enorme explosión. Como un acorde de órgano incongruente en medio del silencio nocturno. Los muros y el techo vibraron, y una luz intensa y blanca se coló por las ventanas.

El anciano se levantó y corrió hacia la puerta. Cuando salió a la larga crujía que dominaba los jardines del monasterio, descubrió horrorizado que unas enormes llamas invadían sus paredes. Después resonó una nueva explosión, y otra más aún. El eco ensordecedor de las deflagraciones parecía no querer extinguirse jamás. Bloques enteros de piedra se separaban de los techos y los muros y caían con estrépito a lo largo de la crujía o en los jardines que había debajo.

El anciano no sabía qué hacer. En qué dirección correr. Dónde buscar refugio en medio de aquel incomprensible diluvio. Poco a poco fueron apareciendo otros monjes en las puertas del pasillo. Sus rostros, como el del anciano, estaban marcados por el terror. Nadie podía comprender el origen de aquel súbito apocalipsis en medio de la noche.

Pronto, una humareda negra subió hasta el primer piso y envolvió todo el edificio.

El viejo monje tosió para expulsar el humo ácido que penetraba en su garganta, y después, lleno de pánico, se decidió a correr hacia las escaleras más cercanas. Doblado por la mitad, siguió la barandilla de piedra y pasó en medio del

estrépito, a través de las llamas y el humo. En medio de la crujía vio de repente a uno de los miembros de la comunidad que se desplomaba ante él como fulminado. El recién llegado. El más joven.

Con las manos temblorosas y los ojos llenos de lágrimas, se acercó lentamente al cuerpo sin vida de su hermano. Largos regueros de sangre, cada vez más intensos, manchaban la amplia túnica blanca.

La atmósfera se hacía irrespirable por momentos, y el calor de las llamas le mordía las mejillas. Pero el anciano se dejó caer de rodillas. Ya no le cabía ninguna duda. No saldría jamás vivo de aquel infierno. La muerte le rodeaba por todas partes. Pronto se lo llevaría.

Tomó la mano de su compañero echado ante él y le cerró los ojos. Un solo pensamiento le ocupaba ya. ¿Era puro? ¿Había alcanzado la pureza en el seno de su comunidad, ahora que debía reunirse con el Eterno?

Había un secreto en lo más profundo de su alma. Un secreto que no había compartido jamás. Como en el corazón de todos los hombres. El último recinto amurallado de su intimidad. Entonces, ¿era puro o no?

Rogó para que Dios le aceptase en su reino, y de pronto sintió un terrible dolor en el pecho. Como una picadura fulminante.

Encontró fuerzas para sonreír y después, mientras las llamas rodeaban su cuerpo inmóvil, murió.

Cuando el estruendo cesó por fin, diez siluetas negras surgieron rápidamente y sin ruido del edificio en llamas. Diez hombres con el rostro enmascarado. Metralletas MP-5 modificadas, sistemas de mirilla láser, brújula digital, GPS, proyecciones informáticas, monos de kevlar… llevaban encima casi cincuenta kilos de equipo.

La intervención se había estudiado y preparado

minuciosamente. Cada uno sabía lo que tenía que hacer. El plano de los edificios se visualizaba en imágenes digitales en sus pantallas. Gestos cien veces repetidos.

El ataque sólo había durado unos minutos. Los puntos rojos parpadeantes se extinguieron uno a uno en las pantallas de vidrio. La mayor parte de los monjes murieron mientras dormían. Nadie había dado la alerta. Nadie sobrevivió.

Cuando los diez mercenarios bajaron la pendiente ocre del monte en llamas, llevándose con ellos un tesoro del cual no podían ni imaginar la importancia, el viento nocturno soplaba todavía sobre las montañas calcáreas del desierto de Judea.

Yo soy el tenebroso, el viudo desolado,
Príncipe de Aquitania en su Torre abolida,
Mi sola estrella ha muerto, y mi laúd constelado
Lleva dentro el *Sol Negro* de la *Melancolía*.

El Desdichado,
GÉRARD DE NERVAL

Uno

Yo levaba once años sin ver a mi podre el día que me llamó un notario para anunciarme que había muerto.

En esos momentos uno nunca sabe realmente qué decir, y yo noté que el tipo que estaba al aparato se sentía más violento aún que yo mismo. El silencio que se hizo entonces no tenía nada que ver con ningún desfase del sonido entre París y Nueva York, ni con el hecho de que debía de hacer cuatro o cinco años que yo no hablaba ni una sola palabra de francés. Sencillamente, no sabía qué decir.

Hacía once años que vivía en Nueva York, siete que trabajaba como guionista para la televisión y que los productores del invento se extasiaban al ver el «toque francés» que yo había aportado al *Saturday Night Live,* tres que mi serie *Sex Bot* tenía un gran éxito en la HBO porque los espectadores no tenían la costumbre de oír hablar tan abiertamente de sexo en televisión, y solamente un año que había decidido dejar de jugar al millonario desengañado que se pule sus dólares en coca y en restaurantes de lujo porque no sabe ya qué hacer con los ceros que se acumulan en sus cheques. El día que Maureen me abandonó, comprendí que América me había convertido en el peor de los americanos, y que había franqueado hacía tiempo unos límites que no valía la pena traspasar. Que te plante una actriz de segunda que pasa más tiempo con la nariz metida en el polvo que en un plató hace que a uno le cambien las ideas rápidamente. No he vuelto a

probar la coca. Nadie puede odiarla más que aquel que la amó mucho en el pasado. De alguna manera, todo eso me puso en el buen camino. Un camino triste y solitario, pero en el cual yo intentaba no hacer ya más daño a nadie, nunca, y a mí el primero.

En resumen: Francia no era más que un recuerdo, mi padre apenas una pesadilla, y París se resumía en una torre Eiffel de tarjeta postal. Mi pasado estaba tan lejos que en los restaurantes de Greenwich Village encontraba exótico que los camareros me llamasen *«monsieur»* en un francés macarrónico.

—Pero ¿cómo ha sido? —conseguí balbucir al final, a falta de algo mejor.

—Un estúpido accidente de coche. Dios mío, ha sido tan absurdo... ¿Piensa usted venir a París?

«Venir a París.» De pronto, la idea de que mi padre estaba muerto de verdad se hacía más real. Más concreta. Era uno de aquellos momentos en que el presente está marcado por un acontecimiento tan fuerte que casi notamos pasar los segundos. Casi se oye chasquear el mecanismo inmenso de un reloj imaginario. Nunca tenía una sensación de vivir tan intensa como en aquellos silencios. Los silencios que acompañan a los dramas. Soy de esos que se quedan horas y horas sentados delante de la CNN tragándose sus imágenes repetidas una y otra vez durante las guerras del Golfo o el ataque al World Trade Center, porque siempre tengo la sensación de inscribirme en la historia, de vivir cada segundo de un cambio, de una bisagra. De participar en una emoción de masas. De estar vivo, en suma.

Y allí, silencioso ante mi teléfono, igual que ante las imágenes de las dos torres que se derrumbaban, me sentía vivo. Y sin embargo, hacía muchísimo tiempo que me daba absolutamente igual la suerte del hombre que me había traído al mundo.

—Yo... Pues no sé. ¿Es realmente necesario?

Imaginaba la sorpresa del notario al otro lado del Atlántico.

—Bueno… —empezó lentamente—, hay que arreglar los asuntos de la herencia, y después el entierro también, cómo lo diría… Usted es el único familiar que tenía… Pero si realmente le supone algún problema, podemos intentar resolverlo todo por teléfono.

Tenía muchas ganas de decir que sí. Dedicar un último corte de mangas a aquel viejo corto de miras que, después de todo, tampoco había intentado contactar conmigo durante aquellos once años. Pero algo me empujaba a ir. Quizá las ganas de cambiar. Volver a poner los pies en el suelo. Y además, aunque me sentía protegido desde hacía once años en el capullo neoyorquino, alguna cosa se había roto en mi amor por ese gran país idiota. Me costaba mucho seguir jugando a ser americano. En el fondo, la muerte de mi padre casi me iba bien y todo. Una buena excusa para volver a Francia.

—Intentaré coger un avión mañana mismo —solté al final, suspirando.

Al día siguiente, después de arreglar de cualquier manera todos los detalles con mi aterrorizado agente, despegué a las 14.28 horas del aeropuerto Kennedy, en dirección a París, dejando tras de mí el *skyline* desfigurado del reino de la tele por cable.

Pronto me di cuenta: me sentía feliz de volver a París. O de abandonar Nueva York. Mi vida en Estados Unidos se había vuelto demasiado complicada. Apasionante y terrorífica a la vez. Como la mayor parte de los habitantes de Manhattan, yo tenía con la isla que no duerme jamás una relación de amor y odio mezclados que necesitaba un poco de distanciamiento.

Contrariamente a la imagen puritana que los franceses

tienen de Estados Unidos, yo había encontrado en la televisión por cable de Nueva York mucha más libertad de la que podía ofrecerme ningún productor francés. En cada episodio de *Sex Bot* yo contaba la agitada vida sexual de un nuevo habitante de Manhattan. Con todo detalle. Una por una, iba reflejando las costumbres de todos los habitantes de la ciudad, sin tabúes, sin reservas, incluso, en lo posible, con un toque de cinismo. Homosexualidad, tríos, eyaculación precoz, intercambio de parejas, cuantas más cosas incluía, más gustaba. Desde luego, la televisión americana no me necesitaba a mí para hablar de sexo, pero creo que fui el primer guionista que puso en escena una verdad tan cruda. El primer condón que se rompió en televisión fue obra mía. Los primeros debates sobre el olor del sudor después del amor… Mío también. Todo el mundo encontraba algo. Los obsesos se deleitaban con las escenas calientes, los neuróticos se encontraban menos solos, los neoyorquinos se complacían en su peculiaridad, los otros se extasiaban o fingían sentirse escandalizados… La nueva moda consistía en adivinar, cuando uno se encontraba con alguien, cuál era su personaje favorito en la serie. En resumen, el éxito fue mucho más lejos de lo que yo había soñado y, sobre todo, mucho más rápido. *Sex Bot* estaba en la onda. *Trendy,* como dicen ellos. Había caído en el lugar adecuado, en el momento adecuado. De pronto ya no tenía necesidad de reservar con meses de antelación para poder cenar en las mejores mesas de la ciudad. Mi cara aparecía en todos los platós de televisión y en portada de las revistas más malignas. Después me encontré en brazos de Maureen, antes de pasar a los brazos de la cocaína, y acabar en los de un médico especializado en toxicomanías y un abogado experto en divorcios de famosos… Para la mayor parte de las personas el del matrimonio es el mejor día de su vida. Para mí, fue el de mi divorcio. Nueva York me ofreció todo aquello y mucho más aún.

Los años habían pasado muy deprisa, demasiado deprisa, y no me había tomado tiempo realmente para reflexionar en

lo que me iba cayendo encima. Era el momento de largarse. De recuperar a un tipo al que pudiese ver en el espejo al despertarme, sin preguntarme quién era y qué narices hacía allí. Y sobre todo, ya no me hacía tanta gracia vivir en casa del Tío Sam.

Con la cabeza pegada a la ventanilla del taxi blanco que me conducía al hotel, redescubrí París en silencio a través de las nubes de vaho que mi aliento dibujaba en el vidrio, delante de mí. Había pedido al conductor que pasase por el corazón de la ciudad para disfrutar enseguida del espectáculo. La lluvia, desde luego, no lo estropeaba. Envolvía la ciudad en un resplandor extraño y pesado, hacía brillar las aceras, sonar la calle, correr a la gente. Un ballet de paraguas se cruzaba en los pasos de peatones. Todo era de un gris azulado. La gente, las casas, el Sena y sus muelles hundidos, el cielo. No había forma mejor de acoger mi humor indiferente y frío aquel día. Me sentía feliz de estar triste.

París no había cambiado mucho en once años, aparte de la Bastilla, quizá, que parecía llevar una máscara torpe, una capa de platino demasiado espesa y mal aplicada. Todos los cafés se parecían a los *lounge bars* de Nueva York, de color naranja, negros y de madera, abarrotados y fríos a la vez. Y la ópera de vidrio, por muy bella que fuese, desequilibraba el conjunto, como si hubiesen desplazado el centro de gravedad de aquella plaza ancestral. Yo había salido hacia Nueva York justo después de que se acabase la ópera, y no había tenido tiempo de acostumbrarme.

En resumen: me regocijaba con la idea de visitar de nuevo la ciudad de mi infancia cuando el taxi me depositó al fin delante de mi hotel, en la plaza Vendôme. A Dave, mi agente, como buen americano, no se le había ocurrido nado mejor que reservarme una habitación en el Ritz, y aquello no me entusiasmaba particularmente.

Yo había abandonado París pelado, y volvía casi millonario. Gastar mis dólares en América no me daba ya

miedo después de mi divorcio (algo más que no se llevaría mi ex), pero allí, en aquella ciudad donde tenía mis raíces, esa ciudad que me había visto como un niño perdido o como un adolescente enamorado, experimentaba una especie de desazón ante la idea de alojarme en un hotel en el que, once años antes, ni siquiera me habría permitido tomar un desayuno sin tener que reclamar a mi padre un dinero que no quería pedirle.

Me apresuré a hacer subir mi maleta, eché una ojeada divertida a la suntuosa habitación (dorados, madera y cortinajes a placer) y abandoné aquel hotel excesivamente decorado para ir a ver al notario. Por mucha aprensión que me causara la cita, quería librarme de aquel asunto cuanto antes.

El estudio del profesor Paillet-Laffite se encontraba en un viejo inmueble de la calle Saint-Honoré. Redondeado y de pizarra gris azulada, con la fachada de piedra blanca manchada por el tráfico, grandes puertas de vidrio, alfombras en el suelo y ascensor ridículamente embutido en un hueco de escalera demasiado estrecho, era el inmueble parisino por excelencia. El profesor Paillet era el notario de la familia, el de mi padre y mi abuelo, pero yo sólo le había visto una vez, y no en las mejores circunstancias, el día que enterramos a mi madre en el cementerio de Montparnasse. Como la mayor parte de los amigos de la familia, al venir había descubierto con horror que yo me encontraba solo ante la tumba. El cabrón de mi padre no se había molestado en aparecer.

—Siéntese, el profesor Paillet le recibirá enseguida.

Había olvidado el ruido mágico de los viejos parqués parisinos. No hay ni un solo apartamento en Nueva York en el que el suelo cruja con ese encanto anticuado. Al pasar por la puerta que me abría una secretaria regordeta, muy sonriente, no pude evitar pensar en la sala de espera del dentista donde pasé tantas horas en mi infancia, muerto de inquietud ante las pilas arrugadas de *Madame Figaro, Paris Match* y otras

gloriosas revistas, escuchando a lo lejos el chillido estridente de las fresas...

Pero el notario no me hizo esperar demasiado, y pronto me encontré sentado delante de su enorme escritorio de ministro, admirando un falso Dalí que tenía a su espalda. Un cuadro de Jesucristo, blanco como el papel, como si esperase en la cruz que Martin Scorsese viniese a cambiarle las ideas.

—Buenos días, señor Louvel, gracias por haber venido tan rápido...

En realidad, el Cristo daliniano en contrapicado y con el cuerpo tan pálido parecía velar por él.

El hombre puso las dos manos encima de la carpeta de cartón que tenía delante.

—Perdóneme si le parezco indiscreto —continuó—, pero usted no había visto a su padre desde...

Aparté la mirada del cuadro y sonreí al notario. Era un hombrecillo rechoncho, con la piel bronceada y arrugada. Con el cabello negro, corto, espeso, y los ojos profundos, tenía el físico de un corso, pero con el tacto y la discreción de un inglés. Según mis cálculos, tenía que haber alcanzado la sesentena, pero no parecía mayor de cincuenta. Era uno de esos tipos que, después de una cierta edad, aterrorizados por la barriga, dejan el whisky y se pasan al agua Perrier con limón. Ya me lo imaginaba yo jugando al golf en Saint-Nom-la-Bretèche o al tenis en la propia ciudad. Y me lo imaginé también a punto de reventar, con la cara enterrada en la tierra batida, fulminado por una crisis cardíaca bajo la mirada aterrorizada de un amigo abogado que le había hecho correr demasiado.

—Desde hace once años. Le vi una sola vez después del entierro, no tuve el valor de echarle las manos al cuello y me fui a Estados Unidos.

El notario bajó la cabeza, fingiendo no haber oído mi

última observación.

—Usted es su único heredero. Su única familia.

Hablaba rápido. Como si ya hubiese repetido diez veces la escena dentro de su cabeza.

—... su padre lo había previsto todo, no tendrá que ocuparse del entierro. Sólo hay que firmar algunos papeles.

—Mejor.

—Pero está el tema de la sucesión... Él le ha legado todos sus bienes, y usted tendrá que decidir qué es lo que quiere hacer.

—Ya veo. En realidad, no me interesa su dinero. Pero quizá haya algunas cosas de mi madre... El resto lo daré para obras de caridad. Así no se pagan impuestos, ¿verdad?

Paillet se frotó la barbilla.

—Aquí tengo la lista de sus bienes, Damien. Sus padres tenían muchos cuadros con bastante valor. Tendremos que hablar de ello. Y, en efecto, seguramente hay también cosas que pertenecieron a su madre, en el apartamento de París, y quizá también en la casa de Gordes...

—¿Dónde?

Levantó sus ojos hacia mí sin bajarse las gafas, que tenía puestas en la frente.

—Gordes. Su padre compró una casa en Provenza, hace unos dos años. ¿No estaba usted al corriente? Allí fue donde tuvo el accidente. Está en Vaucluse, más exactamente...

—Pero, ¿qué narices hacía él allá abajo? ¡Creía que odiaba las provincias!

El notario no respondió. Parecía molesto. Me tendió lo que parecía una foto de la casa.

—El cuerpo... ¿está todavía allí? —le pregunté, cogiendo la foto.

La palabra «cuerpo» suena bastante mal cuando uno se refiere a su propio padre…; hay algunos tabúes a los que ni siquiera los más cínicos escapan.

—No, fue repatriado a París, y el entierro, si usted no tiene ningún inconveniente, tendrá lugar pasado mañana.

—¿En Montparnasse?

El notario asintió, violento. El canalla de mi padre había tenido el morro de pedir que lo enterrasen al lado de su mujer, en el cementerio donde, que yo supiera, jamás había puesto los pies. Adiviné en la mirada del profesor Paillet que temía mi reacción. Pero, reflexionando, aquello no me molestaba demasiado. No soy de esos que van a llorar encima de una tumba. No necesito piedras para recordar a las personas, y ese símbolo en concreto no me decía nada. Si el viejo quiso tranquilizar su conciencia pidiendo reposar junto a la mujer a la que había abandonado, aquello no cambiaba nada para mí. Le enterrasen allí o en cualquier otro sitio, el mal estaba hecho, y eso no cambiaría tampoco gran cosa para mi madre, ahora…

Miré la foto. Era una polaroid, pero se veía bien la propiedad. Una casita de piedra, estrecha y plantada en medio de un jardín florido. ¡No parecía propio de mi padre! Pero, ¿le conocía yo en realidad? Después de todo, había tenido tiempo de cambiar a lo largo de aquellos años. Si es que un hombre puede cambiar.

—Gordes es uno de los pueblos más bellos de Francia, ya sabe, en lo alto de una roca, es… es precioso.

En realidad, yo no le escuchaba. Intentaba comprender.

—¿Cómo tuvo lugar el accidente?

—Eran las dos de la mañana, su padre cogió mal una curva, el coche cayó en un barranco… A cinco minutos de su casa…

—¿Y qué hacía en coche a las dos de la mañana en ese

pueblucho perdido?

El profesor Paillet se encogió de hombros.

Había algo que no cuadraba. Yo no llegaba a imaginarme la escena. El viejo que compraba una casa en un pueblecito del sur de Francia. Quizá hubiese una mujer por allí. Pero el notario sin duda no estaría al corriente…

Mi padre había nacido en París, y había vivido siempre allí. Allí estudió, y allí trabajó. Conoció a mi madre en París, se casaron en París, le hizo un hijo en París, y la abandonó en París cuando apareció el cáncer. Sentía horror al campo, horror a las provincias. Las afueras de París, para él, ya estaban demasiado lejos. No llegaba a encontrar ni una sola mala excusa para que se refugiase en el sur como un banquero retirado.

—Me gustaría mucho ir a ver el apartamento de París —dije, fingiendo una sonrisa.

—Claro. Tenga cuidado con la alarma, le daré el código. Con todos aquellos cuadros, su padre hizo instalar una alarma de último modelo.

Estaba claro que el notario tenía prisa por desembarazarse también de aquel asunto. No sé cuáles habían llegado a ser sus relaciones con mi padre, pero veía en sus ojos que no había olvidado el sórdido entierro de mi madre…

Me entregó dos llaveros llenos de llaves y una carpeta de cartón.

—Este es el código de la alarma, las llaves del apartamento, las de la casa, las de su coche, que se encuentra en el aparcamiento en París… el número 114. Es un 406. También tenía un coche en Gordes, pero está para el desguace. No estoy seguro de qué es lo que abren todas las llaves, pero ya lo irá averiguando usted. Y cuando tenga tiempo, tendría que mirarse todos estos documentos y firmarlos…

Me levanté y le tendí la mano.

—¿No tengo que hacer ninguna gestión para el entierro?

—No, no, yo me ocupo de todo, su padre lo había arreglado. Sin embargo, puede avisar quizá a la gente de su entorno...

Hice señas afirmando, pero en el fondo me preguntaba a quién podría avisar.

El viejo había muerto solo, y se iría solo a la tierra. Y si tenía que correr alguna lágrima por mis mejillas, sería por mi madre, cuyo recuerdo no podía evitar evocar.

Mis padres no se habían mudado desde mi nacimiento. Aunque eran muy acomodados, habían conservado aquel piso moderno de cinco habitaciones en la calle Sèvres, desde donde mi padre podía ir a pie a la plaza de Fontenoy. Toda su vida ocupó un alto cargo administrativo en la Unesco.

Mi padre era un personaje extraño. Cuando no se le conocía demasiado, parecía encantador. Atento, fino, cultivado. Bibliófilo docto, amante del arte, intelectual de centro-izquierda, se le oía en los salones hablar de Montaigne o de Chagall, le hacían muchas preguntas, y uno podía presentarlo orgulloso a sus amigos. «Y además, el señor Louvel todavía encuentra tiempo para trabajar en la Unesco.» Alto y elegante, parecía congelado en el encanto de la cincuentena, con las sienes grises y las arrugas de expresión. Llevaba siempre una mano metida en el bolsillo del pantalón, con la graciosa desenvoltura de un dandi. La gente lo adoraba.

Pero en realidad mi padre era un auténtico cabrón. Le vi apretar muchas manos, pero no tengo ni un solo recuerdo de él besando a su mujer. O a su hijo. Cuando se cerraba la puerta detrás del último invitado, mi padre desaparecía en su despacho y no se le oía hablar más hasta la siguiente

recepción. Era como si aquel hombre hubiese pasado su vida entera lamentando no sólo haberse casado, sino, mucho peor aún, haber engendrado un niño. Y cuando uno es el niño en cuestión, eso resulta bastante duro de aceptar.

Recuerdo que un día asistí a una conversación bastante conmovedora entre dos amigos. Uno tenía un padre intelectual que detestaba los deportes, y otro un padre deportivo que detestaba a los intelectuales. Como resultado, mis dos amigos envidiaban cada uno al padre del otro. Yo no tenía ni el uno ni el otro. Mi padre no tenía nada que compartir. Hasta su amor por los bellos libros y cuadros se lo guardaba para sí. Se contentaba con ponerlos lo bastante altos para que yo no llegara a cogerlos. Yo no tenía ninguna relación con él. Ni tierna, ni conflictiva. Nada.

Pero cuando los médicos anunciaron a mi madre que sufría un cáncer fue cuando comprendí hasta qué punto su marido era un desgraciado.

Mi madre era todo lo contrario de su esposo. Nunca comprendí en realidad por qué se habían casado. Sin duda, una historia de comodidad. Mi padre necesitaba un ama de casa, y mi madre una cuenta en el banco. La única cosa que puedo reprocharle a mi madre es no haberse atrevido jamás a alzar la voz, ni conmigo ni con su marido. Era una dama generosa, tierna y dulce. Y era bella también, por sus ojos, por los gestos de sus manos, pero también por sus elecciones. Hija de una familia burguesa de la región bordelesa, tuvo que renunciar a muchas cosas al casarse con mi padre, y creo que toda su vida lamentó haber abandonado su provincia sin atreverse jamás a confesárselo a su marido parisino. Después del tercer aborto, su médico sugirió incluso la posibilidad de que París no fuese el entorno ideal para ella. Al año siguiente, sin embargo, nací yo. Y creo que la alegría de mi madre fue inversamente proporcional a la molestia de mi padre.

Cada uno de los gestos de mi madre, cada una de sus atenciones era como una forma de excusar el egoísmo de mi

padre. Como si ella hubiese querido compensarme, indemnizarme por aquel daño. Nunca dejé de adorar a mi madre.

Pasé cuatro meses a su lado, en la habitación del hospital. Cuatro meses durante los cuales invertimos los papeles. Fui yo quien compensé la ausencia cruel de mi padre, y yo quien aprendí el secreto de las sonrisas forzadas.

Cada vez que la puerta de su habitación se abría a mi espalda, la veía levantar los ojos llena de esperanza. Pero nunca era mi padre quien entraba. Entonces ella sonreía al visitante, al médico, a la enfermera. Su boca sonreía. Pero sus ojos decían una cosa muy distinta.

Nunca supe encontrar las palabras que hubieran podido hacerla olvidar. No estoy seguro de que existieran tales palabras. Cuando lo pienso hoy en día, me pregunto dónde encontré la fuerza para acompañarla así, solo, hasta el final. En aquella época no me hacía esa pregunta.

Pero hoy en día creo saberlo. Creo saber de dónde sacaba la fuerza. Del odio. El odio que sentía por mi padre. A fin de cuentas, pienso que fue providencial que no viniese tampoco el día del entierro. Habría podido acabar mal...

Pero, por el contrario, yo me fui a Nueva York.

Tenía todo esto en la cabeza mientras subía por el pequeño ascensor de la calle Sèvres. Todo eso y además mucha aprensión.

Al abrir la puerta me asaltó el olor del piso, un olor que no había notado desde hacía diez años. Sin duda, nunca me había parecido tan fuerte. El perfume seco y antiguo del mimbre. El olor que para mí evocaba a Burdeos, mis abuelos, los juegos de niño, los meses de vacaciones, mi madre... Todos los postigos estaban cerrados y el piso se hallaba sumergido en la oscuridad total. Esperé un momento antes de dar la luz.

Cerré lentamente la puerta blindada detrás de mí, y

presioné el interruptor. Entonces vi lo que había sido «mi casa» durante más de veinte años. El salón doble, con el techo alto, los muebles antiguos que me parecían más oscuros y más pequeños, los numerosos cuadros, pinturas contemporáneas originales, entre las cuales había un Chagall —mi padre veneraba a Chagall— y un óleo de Duchamp, la chimenea condenada con sus dos morillos en forma de busto de húsar, la lámpara de madera, el gran sofá de cuero marrón, las gruesas cortinas azul real, la alfombra persa usada y, a la derecha, en una mesita baja, el enorme receptor de teléfono anticuado, con grandes botones cromados... Nada había cambiado. Nada, o casi nada.

Una sola cosa difería, y eso me conmocionó enseguida, ya que aquella diferencia transformaba por completo la enorme sala.

La biblioteca estaba vacía.

No contenía ni un solo libro, ni un solo objeto; no había nada en absoluto en los estantes de roble que recorrían el muro blanco frente a la ventana. Nada más que una fina capa de polvo. Sin embargo, mi padre tenía una colección notable, inestimable. Ediciones originales, estampas, bellas encuadernaciones... Me acordaba de algunas obras que le gustaban especialmente, como aquella edición original en vitela de *La caída de la casa Usher,* traducida al francés por Baudelaire, o una encuadernación firmada por Dubois d'Enghien de los *Cuentos y novelas en verso* de La Fontaine, pero sobre todo, la colección completa en duodécimo de los *Viajes extraordinarios* de Julio Verne, de Hetzel. Todavía le oigo explicar a sus invitados que los coleccionistas despreciaban, erróneamente, esa edición en formato de bolsillo, cuando en realidad se trataba de la edición original (aparte de la publicación en folletín), y que esos libros a menudo estaban adornados con grabados extraídos de publicaciones en octavo que no se encuentran siempre en las ediciones más célebres en gran formato. Entonces, todo

aquello para mí no era más que un galimatías, pero eso no me impedía, llegada la noche, coger aquellos volúmenes a escondidas para leer a Julio Verne a la luz de mi mesilla de noche, aspirando el aroma de las viejas páginas, y pasando los dedos por los finos grabados mientras viajaba a las Indias o al corazón de la Tierra.

¿Adónde habían ido a parar, pues, todos aquellos libros? Decidí seguir adelante, visitar las otras habitaciones, y en pocos minutos recorrí todo el piso y descubrí que en casa de mis padres no quedaba ni un solo libro. Era más asombroso aún dado que no faltaba absolutamente nada más.

Meneé la cabeza, intentando aclarar mis ideas. ¿Habrían robado en casa? No había señal alguna de robo. ¿Habría decidido mi bibliófilo padre llevarse todos los libros al sur? Tal cosa era posible, cierto, pero un poco rara por su extremismo. ¿Y por qué llevarse todos los libros y ni un solo cuadro? Habría podido contentarse con hacer una selección de obras, las que no había leído aún, por ejemplo. ¿Cuántas personas se dicen que esperarán a su jubilación para leer con retraso ese montón de libros que se nos acumulan a todos en las bibliotecas? Incluso se ha inventado una palabra para eso: «bibliotafio». Pero de ahí a llevárselo todo... No, realmente, todo aquello era muy raro.

Decidí llamar al notario, y al marcar su número me dirigí hacia la cocina para servirme un whisky. Sólo un chupito de whisky.

—¿Hola? ¿Profesor Paillet? Soy Damien Louvel. Le llamo desde la casa de mi padre...

Todavía quedaba una botella de O'Ban en el armario de la cocina. La marca preferida de mi padre. Uno de los raros gustos que ambos compartíamos.

—¿Va todo bien? —se inquietó el notario al aparato.

—Sí. Sólo que, ¿sabe usted adónde han ido a parar todos los libros de mi padre?

—Ah, sí. Tenía que habérselo advertido, en efecto. Los vendió todos hace dos años para comprar la casa de Gordes.

Conseguí disuadirle de que vendiese los cuadros, pero los libros no...

—¡Que vendió todos sus libros! —exclamé yo, volviendo a tapar la botella de whisky.

—La colección completa. A un coleccionista de Amiens.

—¿Y tuvo suficiente para pagar la casa de Gordes?

—No, creo que no. Me parece recordar que sacó alrededor de seiscientos mil francos. Por eso quería vender también algunos cuadros. Pero acabé por convencerle de que era mejor vender sus acciones...

—Supongo que hizo usted bien. Pero es que me ha sorprendido mucho. ¡Le gustaban tanto sus libros! ¡Tenía que apetecerle muchísimo comprar esa casa!

El notario no respondió. Le di las gracias y colgué.

Me quedé casi una hora en el salón mirando aquella biblioteca vacía, sentado en el sofá, con el vaso de whisky en la mano. Si hubiese tenido un mando a distancia, sin duda habría encendido la televisión y zapeado estúpidamente de cadena en cadena, acunado por la progresión cromática de los diferentes canales. Pero estaba allí como cortado, inmóvil, y las ideas se atropellaban en mi mente. ¿Por qué tenía aquella sensación tan fuerte de que había algo que no cuadraba? ¿Era, sencillamente, porque me había convertido en un extraño, y me costaba mucho admitir que las cosas concernientes a mi familia se me pudiesen escapar tanto? La casa en el sur, el accidente a las dos de la mañana, la biblioteca... No llegaba a hacerme a la idea, realmente, y dominaba mal mi humor. A ratos, oleadas de cólera expulsaban a la nostalgia, y después el whisky lo mezclaba todo un poco, y mi orgullo también se negaba a admitir que la muerte de mi padre pudiese afectarme de ninguna manera. Y sin embargo... Todo aquello

parecía un mal folletín. Ese en el cual un hijo lamenta no haber tenido tiempo de reconciliarse con su padre. Salvo que, en mi caso, yo no lamentaba nada. Simplemente, estaba triste y desorientado. Y sobre todo, estaba solo. Realmente solo por primera vez. No tener ganas de ver uno a su padre es una cosa, y no poder ver a su padre es otra muy distinta.

De pronto, la musiquilla de mi teléfono móvil me sacó de mi estupor y cogí el aparato que vibraba en mi bolsillo.

—¿Sí?

Reconocí en el acto la voz de Dave Munsen, mi agente. La Agencia de Artistas Stephen D. Aldrich me había endosado a aquel tipo desde el éxito de *Sex Bot,* y el pobre hombre hacía todo lo posible por complacerme sin conseguir ocultar su angustia, que no era sin duda más que un pálido reflejo de la de sus superiores: yo era en aquellos momentos su principal fuente de ingresos, y si un día me daba por cambiar de agencia, habían contratado a tanta gente en los últimos tiempos que sin duda tendrían que cerrar. Por tanto, tenían pequeñas atenciones conmigo y se habían convertido en maestros del arte del halago... Lo que no sabían era que yo no tenía ninguna intención de abandonarlos, aunque debo confesar que no podía evitar aprovecharme de la situación para hacerlos desfilar dejando flotar la duda... Me divertía como un niño con los nervios de Dave, un jueguecito algo cruel, cierto, pero yo esperaba que el tipo acabase por no tomárselo demasiado a pecho. Y después de todo, su porcentaje sobre mis derechos de *Sex Bot* tenía que ayudarles a soportar todo aquello...

—¿Todo va bien, Damien?

Desde hacía dos años, Dave hacía esfuerzos considerables para pronunciar mi nombre a la francesa, pero yo no podía evitar reírme en cuanto se dirigía a mí.

—Sííí, Daaave, todo va bien. ¡No te preocupes!

—¿Y el hotel?

—Bueno, es el Ritz, en fin…

—Ah, es que yo en realidad no lo conozco, sabes que nunca he estado en Francia… De hecho, ayer me olvidé de decírtelo, pero tenemos una agencia que nos representa en París. Si tienes necesidad de cualquier cosa allí, seguro que ellos podrán ayudarte. No es una agencia muy grande, los franceses no tienen ninguna agencia grande, pero son encantadores.

—Ya lo sé, Dave, yo soy francés ¿recuerdas?

—Sí, sí, claro. ¿Y quieres el número?

—No, no, no hace falta, gracias… Pero necesitaría que me alquilaras una moto.

—¿No quieres desplazarte en taxi? —se extrañó.

—Por París sí, pero voy a hacer un trayecto más largo…

Adiviné la cara que puso sólo por el silencio que siguió. Dave, y sin duda todo el equipo Aldrich, temían que mi estancia en Francia se eternizase. Ya llevaba dos semanas de retraso para la entrega final de los últimos guiones de la tercera temporada de *Sex Bot,* y los de producción seguramente llamaban todos los días a la agencia para manifestar su impaciencia creciente. «Pero ¿por qué esos malditos franceses se tienen que retrasar siempre?» Los guiones estaban todos acabados, ya que mis productores habían contratado a un ejército de guionistas, de *story editors* y de *script doctors,* pero yo tenía que dar siempre el último vistazo, añadir mi toque personal y dar la aprobación final.

—Pero… ¿adónde vas? —tartamudeó Dave.

—Me voy al sur de Francia.

—¿Cómo?

—Voy a Gordes, en Provenza. Mi padre había comprado una casa allí y tengo que arreglar un par de asuntos.

—¿Y tardarás mucho?

—No lo sé.

Adiviné que los dedos de Dave se crispaban sobre el auricular.

—Pero... pero... ¿y el *deadline,* Damien?

—Acabo de perder a mi padre, Dave —le respondí, fingiendo sentirme escandalizado.

¿Se puede ser más cruel? El pobre chico se quedó callado. Decidí poner fin a su angustia.

—Vamos, hombre, estaré muy tranquilo allá abajo y podré acabar el curro tranquilamente en la choza esa. No os preocupéis en la agencia. Os enviaré la versión definitiva de los guiones por correo electrónico en los próximos días.

Colgué sonriendo y contemplé mi reflejo en el gran espejo del salón. Intenté ver bajo mi rostro los rasgos de mi propio padre. Reconocer sus ojos. Su boca. Pero lo único que veía era una barba de tres días, unas grandes ojeras y algunos remolinos batallando entre mis espesos cabellos negros. Algo un poco irreal. Otro yo que no había visto desde hacía tiempo, y que realmente no tenía ningunas ganas de escribir historias de culos neoyorquinos...

Decidí aprovechar el tiempo que me quedaba en París para desgastar mis suelas en sus estrechas callejuelas, y apurar hasta el final el licor de ese Paname bicéfalo, noble y cargado de historia de día, y esnob y sensual por la noche. Iba saltando de guía en guía, del Museo Orsay al Louvre, degusté el lujo del Dodin Bouffant y el *steak tartare* de las cervecerías, admiré la paciencia de los taxistas en un tráfico imposible, sonreí a las parisinas de largas piernas en los Campos Elíseos, di unas monedas a los músicos del metro, me sumergí en la electrónica espesa de los clubes nocturnos, en los que bebí demasiado, y pasé la noche con una inglesa a la que ni siquiera recordaba haber invitado cuando, ya de madrugada, levanté la sábana blanca que cubría su cuerpo dormido. ¿Cómo podía olvidarme así en brazos de una morena? ¿Con

cuántas mujeres me habría acostado, al salir de las veladas neoyorquinas, sin darme cuenta en realidad, sin quererlo, como el peor de los crápulas, el más indiferente de los cerdos? ¿Y por qué? Después de destetarme de la dama blanca, encontré en el alcohol una compañía menos peligrosa, pero que me arrastraba a menudo a aventuras inconfesables. La habitación del hotel transparentaba los estigmas de una noche de abandono, y cuando se fue la chica, discreta, no me dio ni su nombre ni ninguna promesa estúpida, sólo un beso tierno. Fue otra pasajera, como todas aquellas que se me habían deslizado entre los dedos después de mi separación de Maureen y su polvo infame. Esa mañana, como otras muchas, me hice la promesa de no volver a beber así jamás.

Habían pasado dos días y, con la frente atenazada por una sólida resaca, enterré a mi padre, solo, bajo la mirada discreta de dos o tres enterradores. Cuando hicieron bajar el ataúd al hoyo, intenté ver la caja donde se encontraba mi madre, pero el fondo estaba demasiado oscuro. Era un pozo inmenso, dispuesto para recibir a generaciones de cadáveres apilados, y el concepto de la muerte me pareció de pronto terriblemente material.

Di algunos billetes a esos hombres de azul que pasan los días compartiendo nuestros duelos y llevando nuestros ataúdes, y después fui a aprovechar mi última noche en el Ritz degustando unos coñacs con trufas en el bar Hemingway, mientras escuchaba a un pianista demasiado listo que hacía que todas sus melodías sonasen como si fueran baladas de Sinatra.

Dos

Alguien que haya hecho un trayecto largo en una Harley aunque sea en una Electra Glide, uno de los modelos más cómodos de la gama, comprenderá que yo prefiriese hacer el viaje en dos días. En primer lugar, para aprovechar el paisaje —el principal placer de conducir una moto— y también para ahorrarme los dolores que amenazan a todo trasero sometido a las vibraciones prolongadas de un bicilindro en V. Decidí, pues, dar un pequeño rodeo turístico y partir el viaje en dos.

Me dejé seducir por ese país increíble donde la historia surge en cada pequeño pueblecito, detrás de cada colina, de campanario en abadía, de calle pavimentada a sinuosa carretera, pasando ante la mirada apacible de los viejos sentados en los bancos públicos, recuperando el olor y el ruido de los bares donde todo el mundo se habla, y olvidando, encantado, Nueva York.

Pasé una noche espantosa y ruidosa en Clermont-Ferrand, en uno de esos hoteles miserables y amarillentos donde tuve que hacer cola para la ducha en calzoncillos, y después llegué demasiado tarde a la planta baja para que el desagradable propietario aceptase servirme una birria de desayuno. Después de dos noches en el Ritz, el encanto de un motel barato de carretera resulta tan escaso...

Bajé a toda prisa al aparcamiento para poner en marcha de nuevo el motor de mi bella inmigrante, que, como yo, se

alegró muchísimo de volver a las carreteras, a pegarse a las curvas y ver desfilar el alquitrán. Me sumergí en las gargantas del Lozère, bajo un sol radiante. Al final de la mañana, almorcé a toda prisa y después abandoné a regañadientes las bellas montañas de Gévaudan y me desvié hacia el este, donde esperaba encontrar las respuestas a las preguntas que me perseguían desde hacía dos días.

Llegué pronto a la meseta de Vaucluse, y enseguida encontré el pueblecito de mi padre, como la luz al salir de un túnel.

El notario no me había mentido. Gordes, efectivamente, es uno de los pueblos más bellos de Francia. No olvidaré jamás la vista que ofrece el relieve de la carretera cuando uno llega desde el lado opuesto, y aparece de pronto esa ciudadela encaramada en lo alto, como una pirámide de piedra seca que sube en espiral en medio de los verdes montes.

Gordes es uno de los milagros del paisaje francés. Durante centenares de años, la villa se erigió con gusto, respetada por el urbanismo salvaje, como si un genio benéfico hubiese velado por su lógica arquitectónica a través de los siglos. Las casas grises y blancas, altas y esbeltas, parecen desposarse con la montaña, dibujarle collares de piedras. Como un encantamiento monocromático, la villa se recorta en las tierras ocres de Provenza como una pieza montada, donde la arquitectura de los hombres y la de las montañas se confunden con armonía. Entre los olivos, los robles verdes y blancos, los cedros y las acacias, las casas se alzan por encima de las tierras del Luberon como si velasen por ellas.

Detuve la moto al otro lado del valle, bajé y me quedé durante un tiempo como absorto en el esplendor único del panorama. El sol de mayo empezaba apenas a desaparecer detrás de los montes verdes. Volví a subir a la Harley y descubrí el corazón del pueblo bajo los últimos rayos de luz.

Mi llegada a la pequeña plaza central, al pie del imponente castillo, no pasó inadvertida. Había pocos turistas

en aquella época del año y los rugidos del motor de mi moto atrajeron unas cuantas miradas divertidas. Me dirigí hacia la terraza de uno de los numerosos cafés que rodean la plaza, me quité el casco con esfuerzo y pedí a un camarero si podía indicarme la calle donde se encontraba la casa de mi padre. Éste accedió, como si comprendiera por fin la razón de mi presencia, y me indicó el camino.

Seguí las calles pavimentadas con piedras que se insinuaban entre las sombras del viejo pueblo y llegué ante la casa que había visto en la polaroid del notario.

Estaba en una callecita silenciosa y estrecha, muy empinada, y la casa de piedra seca, con los postigos cerrados, se alzaba detrás de un jardín poco hondo, cerrado con una reja negra.

Aparqué provisionalmente mi moto en la acera de enfrente, que era un poco más ancha. Sujeté mi casco a la parte posterior del sillín, esperando que los ladrones proliferasen menos en Gordes que en París. Saqué mi bolsa y mi ordenador portátil de la maleta de atrás, y me lo eché al hombro. Avancé hacia la entrada cubierta de hiedra, buscando el manojo de llaves en el fondo del bolsillo. Mis pasos resonaban entre los muros de la callejuela. Me costó un tiempo encontrar la llave adecuada, pero cuando al fin la cerradura se abrió, empujé la verja y entré lentamente en el pequeño jardín con el suelo cubierto de guijarros. Un cuadro de robles rodeaba la casa, y aquí y allá sobrevivían a duras penas unos arriates abandonados.

Tenía la extraña impresión de ser observado. Impresión causada, sin duda, por el silencio repentino que siguió al momento en que apagué el motor. Eché una mirada discreta a las ventanas de las casas de alrededor, pero no vi a nadie espiándome. Sonreí para ahuyentar aquella impresión estúpida y me apresuré a entrar en la casa.

Me quedé un instante inmóvil en la entrada y observé lo que tenía a mi alrededor. La idea de que mi padre hubiese

podido vender todos sus libros para comprar aquella casa continuaba asombrándome. Por muy bello que fuese aquel pueblo, no imaginaba a mi padre entre aquellas paredes. Y sin embargo me pareció reconocer un abrigo, una mesa, quizá incluso un espejo. Mi padre había vivido allí, desde luego, y todo hacía pensar que solo. Quizá ni siquiera hubiese una mujer detrás de todo aquello…

Sin perder el tiempo en quitarme la cazadora, dejé el equipaje a la entrada y recorrí todas las habitaciones de la casa. En la planta baja sólo había un inmenso salón-comedor, la entrada, con una pequeña puerta bajo la escalera, y una cocina grande. Nada de aquello atrajo particularmente mi atención. Las habitaciones eran funcionales e impersonales. Ni un solo cuadro, ni una foto, nada que indicase la voluntad por parte de mi padre de sentirse verdaderamente en su casa. Subí por la escalera de madera que crujía al pisarla y visité el primer piso. Metidas bajo el tejado puntiagudo se encontraban allí dos habitaciones y un baño. Una de las habitaciones era de mi padre, y la otra, apenas arreglada, sin duda no se había usado desde hacía mucho tiempo. Pero no noté nada especial allí tampoco.

Que mi padre hubiese vendido todos sus libros ya resultaba difícil de creer, pero que en dos años no hubiese comprado ninguno me parecía de lo más inverosímil. Y sin embargo, aunque busqué por todas partes, no vi ni un solo libro, ni un solo cuadro.

Desde el jardín había visto dos tragaluces a cada lado de la puerta de entrada que demostraban la existencia de un sótano. Era mi última oportunidad de encontrar una respuesta. Mi última esperanza. Bajé sin demora hacia la pequeña puerta que había visto bajo la escalera.

De todas las puertas de la casa, aquella que había bajo la

escalera era la única cerrada. Probé las numerosas llaves que me había dado el notario, pero ninguna correspondía a aquella cerradura. Miré a mi alrededor, en la entrada, junto al teléfono, encima de una mesa pequeña, pero en ninguna parte vi otra llave.

Volví al salón, después a las habitaciones, perdiendo la paciencia, abrí todos los cajones, uno tras otro, los armarios, las cajas... Pero no había nada.

Me senté un momento frente a la entrada. Veía la pequeña puerta de madera desde el sillón donde me había instalado. ¿Qué podía haber detrás de aquella puerta? ¿Por qué habría cerrado el sótano mi padre?

No pudiendo contener más la curiosidad, me levanté precipitadamente, decidido a echar la puerta abajo. Evidentemente, es mucho más fácil decirlo que hacerlo... Pero al cabo de unos cuantos intentos, una última patada consiguió hacer saltar los goznes y la puerta acabó por ceder. Se desplomó hacia adentro y cayó ruidosamente por unos escalones de madera. Cuando el eco de su caída se extinguió al fin, avancé lentamente hacia aquel umbral y busqué a tientas el interruptor, al otro lado del muro.

El sótano se llenó al fin de luz y descubrí entonces el espectáculo insólito que ofrecía el subsuelo de aquella pequeña casita de Vaucluse. Comprendí enseguida que la impresión extraña que me asaltó desde mi encuentro con el notario estaba más que justificada.

Mientras todo el resto de la casa estaba perfectamente ordenado y casi vacío, el sótano en cambio estaba sobrecargado y sumido en un desorden indescriptible. Era como si mi padre sólo hubiese vivido en aquella habitación, como si no hubiese comprado la casa más que por aquel asombroso sótano abovedado.

Estanterías desequilibradas por pilas y pilas de libros llenaban tres de las cuatro paredes. Había allí muchos más

libros de los que contenía la colección parisina que mi padre había vendido. Eran centenares de volúmenes, mezclados unos con otros sin ningún orden aparente. En la cuarta pared, recortes de prensa, fotos y notas manuscritas se hallaban sujetas con chinchetas unas encima de las otras en un batiburrillo indescriptible. Parecía el tablón de anuncios de una comisaría de barrio, donde los asuntos se amontonan de día en día. En medio de la pared, casi apretujados entre las diversas capas de papel, destacaban dos grandes cuadros.

Bajé por la pequeña escalerita, que parecía más bien una escala, y observé los cuadros. Una reproducción fiel de *La Gioconda* y un grabado antiguo lleno de minuciosos detalles.

Fruncí las cejas y franqueé los últimos pasos.

En medio de aquella habitación húmeda y oscura, dos grandes tablas apoyadas en unos caballetes soportaban también el peso de altas pilas de obras antiguas y modernas, algunas abiertas aún, otras amenazando con desplomar la estructura entera. Desde el suelo también se alzaban columnas de libros y papeles en medio de un fárrago monstruoso de botellas vacías, vasos o tazas caídas, papeles arrugados, cajas repletas, embalajes, papeleras desbordantes...

Lentamente me acerqué al centro del sótano intentando no tirar nada al pasar. Uno a uno, fui mirando los títulos de las obras acumuladas sobre los caballetes. Había, en primer lugar, numerosos libros de historia. Observé en desorden títulos como *La Iglesia de los primeros tiempos,* o *Jesús en su tiempo, Los árabes en la historia, Mahoma y Carlomagno,* libros sobre la Inquisición, sobre el papado, libros de arte, entre ellos varios sobre Leonardo da Vinci. Pero la mayor parte de las obras contenidas en aquella biblioteca subterránea trataban de esoterismo, historia secreta y otras ciencias ocultas, cosa que me parecía absolutamente increíble viniendo de mi padre. Estaban allí todos los tratados notorios del perfecto ocultista aficionado. Cábala, francmasonería, templarios, cátaros, alquimia, mitología, piedra filosofal, simbolismo... Todo lo

que mi padre más detestaba, o al menos ésa era la impresión que me había dado siempre aquel cartesiano ateo.

Ni Dumas, ni Julio Verne, ni ninguno de aquellos libros que antes constituían el orgullo y la alegría de mi padre. ¿Cómo había podido vender su colección completa de las ediciones Furne de Balzac para comprar en su lugar libros de bolsillo sin valor alguno? Aquélla ya no era la biblioteca de un coleccionista de libros antiguos, sino la de un estudioso o un investigador. Aquí, la edición no tenía importancia alguna; sólo contaba el texto. Y eso me parecía mucho más increíble, dado que el tema de su estudio al parecer tenía relación con el esoterismo...

Pero no era eso lo más asombroso de aquella biblioteca subterránea.

Después de hojear algunos libros, incrédulo, vi en un rincón del sótano que se encontraba a mi derecha una enorme estructura de madera muy rara. No se parecía a nada que yo pudiera identificar, era un curioso aparato de medir o de astronomía antiguo, inacabado. En conjunto tenía el tamaño de un mueble mediano y se elevaba hasta la altura de mi pecho. En el centro de la estructura, una caja perforada parecía poder correr en todos los sentidos gracias a una red de arcos de madera graduados que se cruzaban por debajo.

Retrocedí, pasmado, y me dejé caer encima de una silla, en medio del sótano. Me frotaba los ojos como para asegurarme de que no soñaba. ¿Me habría equivocado de casa? Imposible. Tenía la impresión de vivir una alucinación, o una puesta en escena. Esperaba ver aparecer a los risueños realizadores de una grotesca cámara oculta. Y sin embargo, todo aquello era perfectamente real. No solamente mi padre había comprado de verdad una casa en Vaucluse, sino que además había llevado a cabo allí unas investigaciones muy extrañas, encerrado en un sótano, tomando infinidad de notas sobre cientos de libros, antes de morir en un estúpido accidente de carretera... Sin hablar de aquella curiosa

estructura de madera que podía ser perfectamente una invención de algún genio maníaco de Julio Verne. La realidad exigía demasiado a mi credulidad, por muy bienintencionada que ésta fuese... Yo había escrito demasiados guiones tronados en mi vida para aceptar sin más que todo aquello era absolutamente real. Pero como no soñaba, seguramente habría alguna explicación.

Pasada la sorpresa, no pude evitar una especie de risa loca que resonó en el sótano, acentuando mi malestar y mi soledad. ¿Se habría deslizado mi padre hacia la demencia? ¿Se habría dejado embaucar por alguna secta o alguna sociedad secreta seudoesotérica? Me habría gustado creer que sólo tenía la inocente intención de informarse un poco, pero la configuración de aquel sótano indicaba un frenesí y un encarnizamiento que se parecían más al fanatismo que a la curiosidad. Empezaba a pensar que mi padre se había vuelto loco y había sucumbido a la manía de las analogías ocultas en las que historia y mitos se confunden en un bosque de contrasentidos, de mentiras e ilusiones más o menos voluntarias y de espejos deformantes.

Avancé de nuevo hacia una de aquellas mesas e intenté descifrar un cuaderno de notas de mi padre. En un principio no conseguí leer lo que había escrito. Reconocía su escritura, pero no la lengua que utilizaba. No se parecía a nada. Luego comprendí.

Las notas estaban escritas al revés. En francés, sí, pero de derecha a izquierda. Esta vez sí que estuve seguro: mi padre se había vuelto completamente loco. Descifré con gran esfuerzo algunas líneas confusas, resumidas, y localicé dos o tres palabras que se repetían de forma regular cuando, de pronto, la verja del jardín se abrió ruidosamente por encima de mí.

El chirrido me sobresaltó, dejé el cuaderno y me incliné para intentar ver, a través del tragaluz, quién podía entrar así, sin advertencia alguna. Vi dos siluetas vestidas con abrigos negros que me parecieron un poco gruesos para la estación...

El descubrimiento del sótano me había sumergido en una atmósfera extraña, que debía de nutrir mi paranoia, y me levanté en silencio, con las manos temblorosas.

Cuando la puerta de entrada se abrió lentamente, sin que se hubiesen dignado llamar siquiera, el miedo acabó de invadirme y me quedé inmóvil, junto a la escalera. Oía los ruidos de los pasos que se acercaban a la puerta que tenía encima. ¿Serían ladrones? ¿Personas que sabían que mi padre había muerto y que la casa, por tanto, debía de estar abandonada? Pero, en ese caso, ¿por qué no se habían asombrado de encontrar la puerta abierta? Intenté persuadirme de que mi miedo era irracional, y apreté los puños buscando el valor suficiente para subir la escalera.

Di un paso hacia el primer escalón. El ruido de arriba se detuvo. Inspiré profundamente. Di un segundo paso. La sangre latía en mis venas. Me dolían las mandíbulas de tanto apretar los dientes. Intenté relajarme un poco cuando vi aparecer la silueta de uno de los dos hombres en lo alto de la escalera. Reculé un poco y retuve el aliento. Lentamente, el desconocido avanzó hacia el sótano.

La idea de que pudieran tomarme por un ladrón me impulsó a señalar mi presencia. No tuve tiempo de reflexionar. Mi instinto se sobrepuso.

—¿Quién anda por ahí? —pregunté tontamente, con la voz más grave que pude.

Enseguida la silueta quedó inmóvil, y después los dos hombres se precipitaron hacia la salida de la casa.

Sin reflexionar, subí los escalones de dos en dos para atraparlos.

Llegado a la entrada, oí sus pasos sobre los guijarros del jardín. Me lancé a perseguirlos. Al fin pude verlos. No parecían en absoluto unos simples ladrones. Un coche largo y negro les esperaba a unos metros de la casa. Pasaron cada uno a un lado del vehículo y abrieron las puertas.

Casi me caigo al resbalar en la grava del jardín, pero conseguí recuperar el equilibrio y, en cierto modo, aquello aceleró mi carrera. Cuando llegué a la calle, el motor del coche se detuvo. Me precipité hacia el parabrisas del vehículo, con la esperanza irreflexiva de ver sus rostros o quizá incluso detenerlos. Me agarré a la puerta cuando el vehículo arrancó, entre un rechinar de neumáticos. En aquel mismo momento recibí lo que debió de ser un violento puñetazo, que pareció surgir de la nada, y perdí el conocimiento en medio de la calle.

Cuando volví en sí, no tenía ni idea del tiempo que había pasado inconsciente. Pero encima de mí se dibujaban poco a poco los rasgos de una mujer que me contemplaba fijamente.

Las preguntas se atropellaban en mi mente, pero todavía estaba atontado, me corría la sangre por la frente y esperé un poco antes de decidirme a hablar. El entorno de la calle daba vueltas a mi alrededor como un tiovivo.

La mujer que me contemplaba debía de tener treinta años, quizá un poco menos, tenía la piel terriblemente blanca, los rasgos finos, el pelo negro y liso, cortado con pulcritud a la altura de los hombros, y, detrás del cristal brillante de sus finas gafas doradas, se reflejaba en sus ojos negros una especie de serenidad tranquilizadora. Tenía un aire como de años veinte que hacía juego extrañamente con su aspecto de mujer fatal. Moderna y retro a la vez. Era delgada, alta y un maquillaje discreto completaba su imagen de maniquí de cera.

Desde el principio me asedió una analogía turbadora. Divertida, casi. Ella era el vivo retrato de Mia Wallace, el personaje de Urna Thurman en *Pulp Fiction.* Fría, profunda, excesivamente sensual.

La mujer esbozó una sonrisa.

—¿Quién es usted? —articulé al fin, lamentando haber hablado por el fuerte dolor de cabeza que tenía.

La joven me puso un dedo en los labios.

—Una amiga de su padre.

«¿Una amiga de mi padre? ¿Mi padre tenía amigas? ¿En Gordes?»

—Levántese, lo llevaré a mi casa, no es prudente quedarse aquí.

«¿No es prudente?» Me dolía demasiado para protestar, y dejé que me ayudase a ponerme en pie. Me llevó hasta su coche, un Audi A3 negro parado en medio de la calle. Me senté en el asiento del pasajero y ella me pidió las llaves para cerrar la casa de mi padre.

Volvió con mi bolsa y mi ordenador portátil, los echó al asiento de atrás y se instaló al volante.

—No se puede dejar la casa así —farfullé.

—No se inquiete, lo he cerrado todo. Ya volveremos cuando se haya curado.

Antes de que hubiese tenido tiempo de preguntarme si debía confiar en aquella desconocida, el coche había abandonado ya Gordes, y algunos minutos más tarde yo estaba echado en su casa, una casita pequeña en la parte baja del pueblo, en una habitación decorada como si fuese una casa de muñecas.

Había dos maletas colocadas encima de un sofá, una mesita baja con una bandeja de té, y una decoración un poco *kitsch* hecha de cuadros malos y adornos desparejados.

La joven apareció de nuevo a mi lado y empezó a desinfectarme la frente con un algodón empapado en alcohol. Apreté los dientes para no gritar al notar el contacto ardiente del líquido en la herida, y después ella me puso un apósito con delicadeza. Yo me dejaba hacer, cautivado por su mirada.

Las gafitas doradas daban a sus ojos negros un brillo singular.

—Se ha dado un golpe contra la pared al caer —dijo ella, alejándose hacia una mesita donde llenó un vaso de agua—. Se ha hecho una pequeña herida, pero nada grave.

Me trajo el vaso y me tendió una tableta.

—Esto debería calmarle un poco el dolor.

«Soy una amiga de su padre», había dicho ella. ¿Sería quizá su amante? ¿Habría venido mi padre a esconderse allí por ella? Me costaba mucho creerlo. Era demasiado joven, y sin duda demasiado Uma Thurman para él… Me tragué el medicamento. Aquella chica me parecía muy rara.

—¿Ha llamado a la policía? —le pregunté, intentando hablar lo más bajo posible, por miedo a despertar de nuevo el dolor de la frente.

Ella dudó antes de responderme.

—Por el momento, no. Si quiere podemos llamarlos, pero primero tenemos que contarnos algunas cosas… Sería mejor que descansara, antes de nada.

La situación era cada vez más surrealista. Levanté el cojín que tenía detrás y me incorporé a duras penas.

—No, no. No entiendo lo que está pasando. ¿Por qué me ha traído a su casa? Y la casa de mi padre… ¡Ellos volverán!

Ella cogió mi vaso vacío y volvió hacia la mesa.

—¿Quiere un poco de té? —me preguntó, mientras se servía una taza.

—¿Qué hago yo en su casa? —repetí, impaciente.

Ella se llevó la taza humeante a los labios y dio un sorbo.

—Creo que no es muy prudente quedarse en casa de su padre, por el momento. Estará usted mejor aquí.

—¿Que no es prudente quedarme en casa de mi padre?

—¿Ha visto usted cómo tiene la cabeza? ¿Cree usted que los dos tipos que le tumbaron estaban allí por casualidad?

Meneé la cabeza, consternado.

—Pero, entonces, ¿por qué no llamamos enseguida a la policía?

—Pues porque cuando le haya dicho lo que tengo que decirle, buen hombre, quizá no tenga ganas de llamar a la policía...

«¿Buen hombre? ¿Qué tono condescendiente es ése? No me extraña que fuese amiga de mi padre...»

—¿Qué es lo que tiene que decirme, buena mujer?

Ella hizo una mueca divertida.

—En primer lugar, dígame qué es lo que vio en casa de su padre —me preguntó ella lentamente, como para calmar el tono de nuestra conversación.

Suspiré. Tenía la impresión de que la pesadilla que había comenzado con mi entrada en el sótano no hacía más que continuar. La calma y el carisma de la joven me incomodaban mucho; yo no comprendía nada de lo que me estaba pasando, y ella parecía tener todos los peones en sus manos. O en todo caso, parecía saber mucho más que yo. Tenía necesidad de información, pero estaba claro que no la obtendría sin haberla dado también yo.

—Montones de libros, notas, papeles... Un auténtico follón. ¿Qué sabe usted de todo eso y de qué conocía a mi padre?

Ella dejó la taza vacía en la mesita y fue a sentarse frente a mí en una butaca. Cruzó las piernas con un gesto elegante y apoyó ambos brazos en los del sillón. Había algo ficticio en sus gestos sensuales. Como si ella estuviese jugando a un juego del cual yo ignoraba las reglas.

—De acuerdo. Mi versión de la historia —dijo entonces

—. Soy periodista y trabajo en la televisión…

Y de pronto algo me pareció evidente: cuanto más la miraba, con su desenvoltura y su porte, y la tranquilidad burlona de sus ojos, más me decía que debía de ser una mujer… atraída por las mujeres. Para hablar sinceramente, había algo en su aspecto que le daba un aire de lesbiana. O quizá de la imagen que se forman los imbéciles como yo de una lesbiana. Aunque hubiese vivido más de diez años en Nueva York, aunque hubiese escrito de todo sobre el sexo y la sexualidad, siempre me encontraba muy incómodo frente a la homosexualidad. Sobre todo cuando anidaba tras la mirada de una mujer espléndida. Pero ¿por qué demonios no podía reaccionar yo como un adulto? ¿Como un neoyorquino? No alterarme…

—¿En qué cadena? —la interrumpí, intentando ocultar mi intuición.

—Canal Plus.

—¿Trabaja en los informativos?

—No, hago documentales, periodismo de investigación. Trabajo para un programa que se llama *90 minutos*…

—¡Qué original! —me burlé—. Como los *Sixty minutes* de la CBS pero más largo, ¿no?

—Si quiere verlo así… El programa americano *Sixty minutes* es, en efecto, una de nuestras referencias. Un guiño a un cierto tipo de periodismo a la americana.

Una periodista comprometida. Así que era eso. Empecé a comprender mejor al personaje.

—Personalmente —seguí yo—, aparte del periodismo gonzo con el que me partía de risa, y algunas excepciones como Michael Moore y su equipo, encuentro a los periodistas americanos cada vez más remilgados…

—Desde Reagan, es verdad —concedió ella—. Pero

bueno, hemos llamado así al nuestro un poco como homenaje a ese programa, sobre todo por lo que era antaño.

—Ya veo.

—Aquí faltaba un programa de ese tipo...

—¿Tiene una especialidad, dentro de su equipo?

—Desde el principio de mi carrera me consagré a Oriente Medio y Próximo, y me han ido interesando cada vez más las religiones. A decir verdad, empecé a darme a conocer en el servicio público con una investigación sobre los rehenes de Líbano... ¿Se acuerda?

Acordarme. Desde que había vuelto, no había hecho otra cosa. Acordarme de mi padre. De mi madre. De mi país. Como una película antigua, de la cual uno apenas recuerda el nombre del realizador.

—Sí, sí, me acuerdo de que todas las noches a las ocho nos tocaba la sesión: «Ciento cincuenta días de detención de Jean-Paul Kaufmann, Marcel Fontaine» y blablabá... ¡Usted debía de ser muy joven!

Ella sonrió.

—Fue en el 88, tenía diecinueve años. Con el título de bachillerato desde hacía dos, y un diploma de historia, decidí jugar a la reportera. Era un poco inconsciente pero estaba muy motivada, y tuve mi cuarto de hora de gloria jugando a los reporteros antes de tiempo. Desde entonces he hecho muchas investigaciones sobre Irán, Iraq, Israel, Jordania. Después de varias estancias en Jerusalén, me empecé a interesar por la historia de las religiones. He realizado algunos documentales sobre el Vaticano... En resumen, y para volver al tema que nos ocupa, su padre contactó conmigo hace un año para hablarme de un descubrimiento extraordinario que había hecho...

Sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo de su pantalón y continuó hablando mientras quitaba delicadamente la

envoltura de celofán.

—Durante un año, nos vimos varias veces. Yo no me lo tomé realmente en serio, pero no tengo la costumbre de mandar a paseo a las personas que me llaman. Me hacía preguntas extrañas, sobre la religión, sobre los árabes, me decía que tenía que hacerme una revelación, pero que aún era demasiado pronto... Acabé por encontrarle simpático.

—¿Simpático?

—Sí. Lleno de tacto...

—¡Ah, claro! —suspiré, levantando las cejas.

La periodista parecía encontrar divertida mi irritación.

—Después, un día, me prometió la exclusividad de sus revelaciones si le ayudaba en sus investigaciones, y hace diez días consiguió convencerme para que viniese a Gordes. Pero antes de que pudiese decirme de qué se trataba en realidad, las cosas se torcieron.

Fruncí el ceño, pero ella continuó.

—Yo estaba a punto de volver a París cuando supe que iba a venir usted también. Fui a avisarle de que quizá no fuese prudente alojarse en casa de su padre, pero al parecer, llegué justo después del gong...

Nos quedamos largo rato mirándonos en silencio. Yo intentaba comprender lo que ella acababa de decir, y ella esperaba que en mi cabeza se encendiese la lucecita. Encendió un cigarrillo.

—Pero, ¿qué tonterías son éstas? —balbucí al final—. ¿Y qué significa eso de que «las cosas se torcieron»?

—Un coche que se sale de la carretera a las dos de la madrugada, unas personas que te vigilan día y noche, unos documentos que desaparecen, a todo eso le llamo torcerse las cosas... Sin hablar del bonito chichón que le han hecho en la frente. Que, por otra parte, le queda muy bien.

Se quedó callada y me miró durante un tiempo. Pude leer en su rostro una cierta forma de desafío. Quizá me había mostrado demasiado impaciente. No estábamos a punto de hablar, estábamos en situación de luchar. Y algo me decía que en aquel juego yo no llevaba precisamente las de ganar.

Era necesario que le diera otra oportunidad a nuestra conversación. Necesitaba recuperarme. Necesitaba que ella me explicase todo aquello con calma. Todo lo que me tenía que decir. Por muy loca que pareciese su historia, tenía que escucharla hasta el final.

—¿Cómo se llama? —le pregunté al fin.

Ella dio una larga calada al cigarrillo y volvió a expulsar el humo con una sonrisa. No era ninguna tonta. Creo que sabía exactamente por qué fases estaba pasando mi humor desde que me recogió en la calle. Sin duda, eso formaba parte de las cualidades que requiere una periodista. Una forma de clarividencia.

—Sophie de Saint-Elbe —dijo, tendiéndome la mano.

«¿De Saint-Elbe? Eso le va mucho menos que Mia Wallace...»

Sonreí y le estreché la mano.

—Escuche, señora Saint-Elbe...

—Señorita —corrigió ella, fingiendo sentirse ofendida.

—Pues señorita, la verdad es que sí me vendría bien un poco de té. Huele muy bien...

Ella aprobó.

—Es darjeeling. Sólo bebo de éste. El té es un poco como el tabaco. Uno se engancha enseguida. No puedo fumar otra cosa que Chesterfield.

Apagó el cigarrillo en un cenicero, se levantó despacio, se quitó los zapatos uno tras otro sin agacharse, caminó hacia la mesita y me sirvió una taza. Cada uno de sus gestos era de

una sensualidad extraña. Su forma de levantarse delicadamente las gafas con el índice, su forma de fumar, su forma de andar. Tenía el físico de una joven *yuppie* y los gestos de una vieja actriz de vuelta de todo, una antigua *pin-up* desengañada. Un cóctel de una cierta potencia erótica, pero completamente desplazada...

—Comprendo muy bien que le haya costado creerme prosiguió—. Yo misma tomé a su padre por un loco, aunque amable, al principio. ¿Toma usted leche?

—Sí, por favor...

Dejó el té en infusión unos instantes y luego sirvió una nube de leche. Ella sacó otro cigarrillo del paquete y se lo colocó entre los labios. Después, me trajo el té sin encender el cigarrillo. Con la cabeza erguida, los labios fruncidos, las manos ocultas por las mangas demasiado largas de su grueso jersey, caminaba sobre un hilo imaginario, con los pies desnudos, alineando graciosamente sus pasos. Su actitud tenía algo de teatral. Como si no dejase nada al azar. Me tendió el té y yo me incorporé del todo, apoyándome en la pared. Ella volvió al sillón, se apoyó en los brazos, colocó los pies encima del asiento y se sentó con las piernas cruzadas.

Bebí algunos sorbos. Su té era delicioso. Su sonrisa también.

—Sophie, ¿le importaría contarme todo esto con un poco más de precisión?

Recordaré mucho tiempo la primera frase que me dijo la periodista cuando empezó a explicarme toda la historia: «Antes que nada, quiero que sepa que yo no sé cuál es el secreto que descubrió su padre. Pero una cosa es segura: mientras no lo averigüe, no viviré para otra cosa». Recordaré mucho tiempo esa frase porque resume en sí misma lo que ha

venido a ser mi vida desde aquella tarde. Y justamente, tenía necesidad de cambios. No había venido a Francia sólo por mi padre. Inconscientemente, quizá, vine a buscar un cambio de agujas. Como un examen oral de recuperación. Lo que la periodista podía ofrecerme no era, ciertamente, lo que habría podido imaginar, pero yo no soy de los que les dan vueltas a las cosas.

Un año antes, mi padre llamó a Sophie de Saint-Elbe porque estimaba que ella se interesaría por su historia, y que además se mostraría dispuesta a colaborar y sería discreta. Y no se equivocaba en ese respecto. En resumen: le anunció que había hecho un descubrimiento fabuloso que, según sus propias palabras, era sin duda uno de los mayores en los últimos veinte siglos. Nada más y nada menos.

—Al principio yo desconfiaba —me explicó la periodista —. No se puede imaginar la cantidad de bromistas que nos llaman para contarnos que tienen unas revelaciones increíbles que hacernos... Pero su padre no era como los demás.

—Es lo menos que se puede decir de él.

—Me llamó regularmente durante un año y nos reunimos varias veces. Era muy educado, y me hacía preguntas extraordinariamente agudas. Se había convertido en un juego para mí averiguar las respuestas. A veces, tenía que volverle a llamar al cabo de varios días de búsqueda. Y después, hace un poco más de una semana, me envió por fax unos documentos y me dio veinticuatro horas para tomar una decisión.

—¿Qué decisión?

—Abandonar mi trabajo en curso, venir a Gordes y ayudarle en sus investigaciones durante el tiempo que fuese necesario.

—¿Y qué eran esos documentos? —pregunté, intrigado.

Sophie de Saint-Elbe, con una lentitud exageradamente dramática, tomó un nuevo cigarrillo de su paquete. Sin

apartar los ojos de mí, lo encendió.

—¿Ha oído hablar de la piedra de Iorden?

—No —confesé.

Nuevo tiempo muerto. Sus ojos me miraban de hito en hito.

—Es una reliquia.

—¿Una reliquia?

—Sí, el cristianismo rebosa de reliquias a cuál más increíble. Es una historia muy antigua...

—¿Quiere decir una reliquia como el sudario de Turin?

—Exactamente. Para consagrar una iglesia, antaño era absolutamente necesario que contuviese los restos del santo al cual estaba dedicada. Así se perpetuó el culto de las reliquias, hasta tal punto que se han inventariado cosas tan absurdas como plumas del arcángel san Miguel, prepucios de Jesús...

—¿Es broma?

—En absoluto, la Iglesia ha consagrado al menos ocho prepucios de Jesús. Sin contar las innumerables espinas de la corona, los kilómetros de fragmentos de la cruz o litros de leche de la Virgen... Sólo en Francia se ha reunido una colección completa: la cruz de Cristo, su sangre, las mantillas que le envolvieron de pequeño, el mantel de la Ultima Cena, la parte superior del cráneo de san Juan Bautista, ¡y aún me olvido muchas más! En fin, el caso es que la piedra de Iorden es una de las reliquias más misteriosas de la historia cristiana. Una joya que, según la leyenda, perteneció al propio Cristo.

—¿Una joya? ¿No había hecho voto de pobreza?

—No, la cosa no se planteó en realidad en esos términos. Pero es verdad, cuesta imaginarse a Jesús llevando una joya. Pero tranquilo, que desde luego no era una sortija de Cartier. Debía de ser bastante sencilla. Y, desde luego, esa joya desapareció, o incluso, para muchos, no existió jamás... Sin

embargo, su padre me envió por fax algunos documentos que, según él, prueban que esa reliquia era real. Pero eso no es todo. Me explicó por teléfono que ésa no era más que una pequeña parte de su descubrimiento...

—Y ¿qué quiere decir eso?

—Sus investigaciones no tendían a probar que existía la reliquia (eso, para él, estaba claro), sino más bien a comprender qué significaba. Ya que, según él, tenía un significado concreto y muy importante, pero se negó a decirme nada más si no aceptaba venir a ayudarle.

—¿Y eso bastó para convencerla? Resulta un poco estrafalario, ¿no?

—Estudié sus documentos toda la noche y al día siguiente acepté.

—¿Por qué?

—Uno de los documentos que me envió por fax es... insólito. Era el principio, la primera página de un manuscrito de Alberto Durero, el pintor alemán. Después de algunas investigaciones, descubrí que se trataba de un manuscrito al que hacen referencia varios críticos, pero que jamás se había hallado. Si el documento de su padre era auténtico, aquello bastaba ya para que resultase interesante para mí... No estaba convencida de que hubiese detrás de todo esto una trama tan importante como pretendía su padre, pero me dije que valía la pena examinar todo esto más de cerca.

—¿Y el documento hablaba de la piedra de Iorden?

—No lo descifré por completo, y su padre sólo me envió el principio, pero hacía referencia, en efecto...

—Y el otro documento, ¿qué era? —la acosé, intrigado.

—Un texto de Carlomagno en el cual hacía inventario de los bienes que ofreció a Alcuino, su consejero más fiel, cuando éste se retiró a la abadía de San Martín de Tours.

—¿Y bien?

—En la lista estaba la piedra de Iorden.

—Interesante —admití.

Ella se echó a reír.

—¡Es lo menos que se puede decir! Dos documentos que hacían referencia a esa piedra, uno que databa del siglo IX, el otro del siglo XVI... ¡Le confieso que tenía muchas ganas de ver si eran auténticos! Vine a Gordes al día siguiente. Al principio me alojé en un pequeño hotel en el centro del pueblo, y me vi con su padre en el restaurante, en la planta baja. Estaba muy alterado, me hablaba en voz baja, miraba todo el rato a su alrededor. No quiso decirme nada concreto, y me explicó que era todavía demasiado pronto, y me dio cita para el día siguiente al mediodía, en otro restaurante, más discreto, según él. Al salir me pidió que prestara atención, pero no precisó a qué. Sinceramente, me pareció que estaba muy mayor. El problema es que durante las veinticuatro horas que siguieron me persuadí de que me estaban espiando. Al principio creía que me imaginaba cosas, pero pronto me di cuenta de que no soñaba. Probablemente eran los dos tipos que le atacaron esta tarde. Como llevan esos trajes negros yo les llamo los cuervos. Al día siguiente su padre no acudió a la cita. Había sufrido ese accidente...

Levantó los ojos hacia mí, compungida. No supe si contarle que la muerte mi padre no resultaba tan penosa para mí...

—¿Cree que no fue un accidente?

—Cuando volví a mi hotel, habían registrado mi habitación de arriba abajo y me habían robado un cuaderno de notas y los dos documentos que me envió su padre por fax. Me dije que realmente estaba pasando algo anormal, y decidí investigar más de cerca. Llamé a mi redactor jefe y le pregunté si podía preparar un programa, en caso de que encontrase alguna cosa. Él me dio tres días. Enseguida supe

que venía usted para acá...

—¿Y cómo? —la corté.

Ella me miró, sonriente. Como si apreciase mi desconfianza.

—Por su agencia. Su padre me dijo que tenía un hijo, y quise conocerlo para ver si sabía algo. Hice algunas investigaciones sobre usted. Cuando descubrí a qué se dedicaba, hice creer a su agencia que quería hacerle una entrevista sobre *Sex Bot,* que, vaya casualidad, va a ser emitido por el Plus este verano...

—Gracias, ya estaba al corriente...

—La gente de su agencia me dijo que no podía verlo porque usted se había ido al sur de Francia, a casa de su padre. Entonces decidí esperarlo continuando mi investigación. Después del episodio del hotel, he alquilado esta casa a costa del programa. He dado un nombre falso, está un poco apartada del pueblo, pero tampoco estoy segura de conservar el anonimato...

Hizo una pausa y jugó unas cuantas veces con el cierre de su Zippo antes de seguir:

—Entonces, según su opinión, ¿llamamos a la policía o intentamos comprender lo que está pasando?

Habría jurado que había una cierta malicia en su mirada...

—¿Les dijo usted a los responsables del hotel que habían registrado su habitación?

Ella dijo que no con la cabeza.

—Si le contamos todo esto a la policía nos tomarán por chiflados —dije, sarcástico.

—¿No sabía usted absolutamente nada de esta historia?

—No. He venido porque me pareció raro que mi padre

hubiese comprado esta casa… ¿Se lo imagina? ¡Me parecía raro eso!

Ella se encogió de hombros. Me observó con una intensidad nueva. Sus ojos transparentaban la sed de exclusivas.

—Señor Louvel, dígame exactamente lo que ha visto en el sótano —me preguntó la periodista, echándose hacia delante en el sillón.

En aquel instante tuve que tomar algunas decisiones importantes para los acontecimientos que vendrían a continuación. ¿Debía intentar comprender los secretos de mi padre, y si era así, debía hacerlo en compañía de Sophie de Saint-Elbe? Yo estaba seguro de que ella no me lo había contado todo. Era una profesional, y seguramente se guardaba algún as en la manga. Pero, ¿no me había revelado acaso lo suficiente para que yo me decidiera a confiar un poco en ella? Además, si quería comprender algo de aquella historia, ella seguramente me sería de gran ayuda. Y después, y por encima de todo, la señorita de Saint-Elbe era una mujer con la cual tenía ganas de pasar un cierto tiempo… Todo en ella transpiraba aventura, lo inesperado, lo inédito. Todas esas cosas que me faltaban desde hacía tanto tiempo. Me importaba un pimiento que fuese lesbiana o no. Sophie de Saint-Elbe me gustaba.

Le dediqué una sonrisa e intenté recordar lo que había visto en el sótano.

Tres

La periodista preparó la comida mientras yo le contaba con la mayor precisión posible lo que había visto en casa de mi padre. Lo más sencillo, desde luego, habría sido volver juntos allí, pero era tarde, y la acogida poco calurosa que me habían reservado hizo que nos decidiéramos a esperar al día siguiente para llevar a cabo una investigación más a fondo.

—Le advierto —me interrumpió ella— que no hay gran cosa en esta cocina, no sé lo que podré preparar... Intentaré hacerle algo adecuado para la ocasión, o sea, a la provenzal.

Yo estaba sentado en el borde de la mesa de la cocina, un poco aturdido aún, y la miraba ir y venir de los armarios a los fogones, de los armarios al fregadero. No estaba en su casa y por tanto, iba buscando a tientas todo lo que necesitaba. Pero ella sabía lo que hacía. No veía preparar algo de comer a una mujer con tanta destreza desde hacía mucho tiempo. Después de once años pasados en una ciudad donde sólo se come en los restaurantes, había olvidado que el placer de la comida empieza por su preparación. Todos esos olores que se mezclan, los colores que se van componiendo...

—Lo que más me asombró —continué, siguiéndola con la vista— fue esa máquina antigua y extraña en el sótano. Pensé que quizá fuese un objeto que ya estaba allí cuando mi padre compró la casa, una especie de antiguo aparato de mediciones o algo así... Pero en realidad tuve la sensación de

que no estaba allí por casualidad. Pegaba con el resto de la habitación.

—¿Y cómo es eso? —me preguntó ella, cortando en trocitos un filete de pavo.

—Había una copia de *La Gioconda* en la pared, y numerosos libros sobre Leonardo da Vinci. Y aquel aparato se parecía, de hecho, a las extrañas máquinas que dibujaba Da Vinci en sus códices, ya sabe...

Ella asintió con la cabeza. Yo me interrumpí, viéndola trabajar. Ella procedía con agilidad y suavidad. Y glotonería. Se le veía en los ojos.

Nunca habría sabido yo hacer estos gestos, tan sencillos sin embargo. Sólo su forma de sujetar la sartén para dorar la carne en una mezcla de aceite y mantequilla demostraba una habilidad y una destreza envidiables. Pero yo estaba preso del cliché masculino. Mi padre no cocinaba; yo tampoco cocino. Yo no era más que un pretexto más para las feministas del mundo entero.

—Y eso no es todo —añadí, mientras ella empezaba a cortar tomates y pimientos a daditos encima de una tabla de madera—. Las notas de mi padre estaban escritas al revés...

—¿Al revés? —se asombró ella, y se volvió hacia mí con un cuchillo en la mano derecha.

—Como las de Leonardo da Vinci. Ese loco escribía todas sus notas al revés, de derecha a izquierda, como reflejadas en un espejo. ¿No lo sabía?

—Ahora que lo dice, me acuerdo... No era más que un jueguecito intelectual, ¿verdad? Nada demasiado extraordinario.

Se volvió y cortó unas cebollas en rodajas, picó unos ajos y troceó unas ramitas de apio.

Yo me encogí de hombros.

—No, desde luego, ni tampoco era indescifrable. Pero debo confesarle que esto me deja más perplejo aún de lo que ya estaba… Tengo la impresión de una increíble puesta en escena. Mi padre no era una persona muy sensata, pero tampoco era un psicópata. Y sin embargo, el sótano que he visitado antes era el refugio de un enfermo mental…

Ella añadió todas las verduras a la carne, lo condimentó todo con tomillo, sal y pimienta y después dejó que el plato fuese cociendo a fuego lento. Encendió un nuevo cigarrillo y me tendió el paquete, que yo rechacé, cerrando los ojos.

—Veamos —dijo—, escribir al revés no significa ser un enfermo mental… Su padre decía haber descubierto un secreto extraordinario. Quizá ese secreto (sea auténtico o no) le sumergiera en una atmósfera un poco mística… ¡Está muy de moda lo místico! Hasta France Telecom organiza sus reuniones en los locales de los Rosacruces, en estos momentos…

—¡Qué horror!

—O quizá, simplemente, su padre fuese admirador de Leonardo da Vinci. Escribir al revés no es un juego más loco que resolver los crucigramas de Michel Lacios todas las mañanas… ¿Ha tenido tiempo de leer esas famosas notas?

—Vagamente. No soy un experto en lectura inversa.

—¿Ha visto algo especial en ellas?

—No he entendido gran cosa. Pero había dos palabras que aparecían regularmente, en varias páginas.

—¿Cuáles eran? —apremió ella.

—La primera, lo recuerdo bien, era una abreviatura: «I.B.I.».

Vi enseguida en sus ojos que la abreviatura tenía sentido para ella… Incliné la cabeza, en espera de una explicación.

—*Ieshoua ben Iosseph* —explicó ella—. Jesús, hijo de

José, tal como lo ha traducido fielmente Chouraqui.

Yo asentí.

—Desde luego. Tenía que haberlo adivinado...

—Ya que el secreto de su padre concierne, al parecer, a la piedra de Iorden, no hay nada de raro en ello, en efecto... ¿Y la segunda palabra?

El olor del pavo empezaba a llenar la cocina.

—De ésta no estoy seguro. Parecía alemán. «Bildberger», o algo así...

—¿Bilderberg? —preguntó ella, frunciendo las cejas.

—¡Sí, sí, eso es! —exclamé, asombrado de que ella conociese esa palabra que yo mismo no había oído jamás antes.

—¿Está seguro? —insistió, como si la noticia la alterase.

Yo estaba absolutamente seguro. La imagen muy precisa de la palabra me había vuelto al fin.

—Sí, Bilderberg. ¿Qué significa?

—Pues sinceramente, no sé gran cosa del tema. Me pregunto qué tiene que ver eso aquí...

—Pero ¿qué es? —insistí, impaciente.

—Una especie de *think tank* internacional. Ya sabe, esos grupos de pensamiento que se han puesto tan de moda en Estados Unidos hoy en día.

Yo no comprendía de qué me hablaba ella. Sin duda se dio cuenta y me dedicó una sonrisa violenta.

—No puedo decirle mucho más, de verdad, sólo tengo algunos recuerdos vagos del Bilderberg. Debí de leer un artículo sobre ellos hace mucho tiempo en un periódico, nada más. En resumen, es una gente, políticos, economistas, industriales e intelectuales, que se encuentra todos los años de

manera más o menos oficial para hablar del porvenir del mundo.

—¡Encantador! Uno se creería en plena teoría de la conspiración… No sabía que mi padre era un seguidor de *Expediente X*.

La periodista inclinó la cabeza, con aire divertido.

—No exageremos, esa gente no decide nuestro porvenir, sólo hablan. Yo no creo que se pueda hablar realmente de conspiración…

—¡Si usted lo dice! —ironicé—. Resulta curioso que ustedes, los periodistas, no nos tengan al corriente de este tipo de cosas.

—¡Hay tantas cosas de ese tipo que cubrir!

—¿Tiene acceso a Internet?

—Hay una toma telefónica y mi ordenador está en el coche.

—Yo tengo el mío aquí. Podríamos buscar algo sobre el Bilderberg…

—Sí, pero primero voy a acabar esto —dijo ella, señalando la sartén que tenía detrás—, y enseguida podremos comer tranquilamente, en la mesa del comedor, como las personas civilizadas…

—Desde luego —repliqué yo, algo cohibido.

Ella se volvió y ligó la salsa con unas cucharadas soperas de crema de leche. Dejó cocer el plato todavía unos diez minutos más, mientras yo la ayudaba a poner la mesa.

Creo que en once años de vida neoyorquina no puse ni una sola vez la mesa en mi casa. A duras penas conseguí no equivocarme de lado al poner los cuchillos y los tenedores. Tenía la impresión de hacer una cura de desintoxicación. Recuperar los gestos sencillos. Sentía vergüenza, pero aquello me divertía.

Unos minutos después, la periodista entró en el comedor con el plato y anunció, imitando el acento meridional:

—¡Fricasé de pavo a la provenzal! Un poco elemental, pero nos tenemos que arreglar con lo que hay. Tenga, no me gustan demasiado los vinos del sur del valle del Ródano, aparte del Châteauneuf-du-Pape, desde luego, pero resulta demasiado caro... Así que he cogido un Clos Bagatelle.

—¿Y eso qué es?

—Un Saint-Chinian muy bueno. Después de todo, no estamos tan lejos de Hérault...

Yo no tenía sus conocimientos de vinos, desde luego, y me contenté con asentir, pero su plato fue un verdadero regalo. Ella se divirtió con mi silencio elocuente durante toda la cena, y después yo fui a preparar el café, esperando así hacer olvidar un poco mi ineficacia culinaria.

Cuando lo serví, observé que ella me miraba con un aire extraño.

—¿Qué pasa? —pregunté, dejando la cafetera.

Ella encendió un cigarrillo.

—Desde que nos hemos encontrado, te estás preguntando si soy lesbiana, ¿verdad?

Me dejé caer en mi asiento, y se me subieron los colores a las mejillas.

—Eeeh... no, desde luego que no, yo...

—Vamos, sinceramente, te preguntas si soy lesbiana.

—No...

—¿Te molestaría que lo fuese? —insistió ella, sin piedad hacia mi apuro creciente.

—¡Pues claro que no! ¡Faltaría más! ¡Yo no soy ningún homófobo! ¡Vivo en Nueva York!

Ella se echó a reír.

—No era ése el sentido de mi pregunta. Yo no te pregunto si eres homófobo. Te pregunto si te molestaría saber que soy lesbiana.

No sabía cómo salir de aquella situación. ¿Por qué me hacía aquella pregunta? ¿Significaba aquello que, efectivamente, era homosexual? Había comprendido por mi mirada que yo me lo preguntaba. Sin duda, era una mirada a la cual estaba acostumbrada. Pero yo me sentía completamente perdido. Decidí responder con la mayor sencillez posible.

—No, no me molestaría. Me sentiría un poco triste por los hombres, pero contento por las mujeres...

Ella meneó la cabeza con aire consternado. Sin duda, no era la respuesta correcta.

—Y ¿por qué? ¿Eres lesbiana acaso? —me atreví, con una sonrisa que era una mueca.

—¡Ah! ¿Ves como sí que te lo preguntabas? ¡Estaba segura!

Ella se divertía tan visiblemente como molesto me sentía yo. Y seguía sin saber... Me dije que el único medio de salir de aquella situación era intentar ser sincero.

—Bueno, debo confesar que me he dicho, en efecto, que quizá...

Ella inclinó la cabeza, sonrió largamente, y después dejó su taza de café, avanzó hacia mí y me dio un beso en la frente.

—¿Vamos a hacer la búsqueda en tu ordenador? —me propuso, con desenvoltura.

Estaba claro que se burlaba de mí. Y tenía de qué burlarse. Yo era tan torpe que resultaba ridículo.

—Sí, sí, vamos —respondí, tontamente.

Subimos a la habitación para conectar mi portátil a la toma telefónica e iniciar nuestra búsqueda de información en línea, y, para mi felicidad, ya no se habló más de homosexualidad...

Hacia las dos de la madrugada, no habíamos encontrado nada interesante sobre el Bilderberg. La mayor parte de las páginas de Internet que hablaban de él eran páginas antisemitas, de extrema derecha, en las cuales la mitología de la conspiración es un caballo de batalla. Algunas otras páginas mucho más raras y dignas de confianza daban vagas informaciones sobre ese grupo misterioso, pero nada concreto, y sobre todo, nada oficial. Y con razón. La única información fiable que descubrimos era que el Bilderberg no emitía comunicados de prensa, y que prohibía la presencia de periodistas en sus reuniones anuales. Con ello alimentaba la teoría de la conspiración en las páginas extremistas, pero también despertaba nuestra desconfianza e inquietud. Si ese grupo no era más que un simple *think tank,* cuyo único objetivo era hacer un balance anual de un cierto pensamiento político internacional, ¿por qué permanecer en secreto, y cuál podía ser su relación con la piedra de Iorden y las misteriosas investigaciones de mi padre?

Cuando nos decidimos a interrumpir nuestras investigaciones a causa de la fatiga, Sophie se dispuso a cerrar la conexión a Internet.

—¡Espera! —exclamé yo, observando algo en la pantalla de mi ordenador.

—¿Qué pasa?

—Ese mensaje en el foro —dije, señalando con el dedo a la pantalla.

—¿Sí?

—¡Está firmado con el mismo seudónimo! Sphinx. He observado cuatro o cinco veces que aparece ese mismo seudónimo en los distintos foros que hemos visitado.

—Exacto —admitió Sophie.

—Sus intervenciones son muy pertinentes en todos los casos, y parece alguien muy bien informado.

—¿Intentamos contactar con él?

Esbocé una mueca escéptica.

—¿Crees que vale la pena?

—No cuesta nada —decidió ella—. Voy a dejarle un mensaje.

—¿Tiene dirección de correo electrónico?

—No. Pero hay un número de ICQ en sus datos. ¿Tienes el programa ICQ en tu ordenador?

—Pues no —confesé yo—. ¿Qué es eso?

—Un programa que permite dialogar en directo por escrito. Te lo voy a instalar, así podremos ver si ese famoso Sphinx está en línea.

La periodista, evidentemente, tenía mucha más costumbre que yo en estas cosas. Vi cómo lo hacía, intentando no sucumbir a la fatiga. En Nueva York raramente me acostaba antes de las tres o las cuatro de la madrugada, pero después de una semana en Francia, empezaba a sentir los efectos del desfase horario.

Sophie se volvió a poner las gafas, bajó el programa, lo instaló e introdujo el número de ICQ del misterioso Sphinx.

Apareció el seudónimo en una pequeña ventanita, pero con la mención *away*.

—No está en línea —me explicó la periodista—. Pero podemos dejarle un mensaje.

Yo asentí. Ella tecleó: «Periodista. Busco información sobre Bilderberg. Por favor, contacte».

—¿Te parece bien?

—Bueno, es un poco directo, pero me parece bien. Ya veremos mañana —dije, intentando contener un bostezo—. Espero que nos haya respondido.

—Sí, ya veremos mañana —dijo Sophie, apagando mi ordenador.

—Tendré que ir a casa de mi padre. Debo recuperar sus notas. Y mi moto, también.

—Ah, ¿es tuya esa moto enorme que estaba delante de la casa? —se asombró ella.

Yo asentí y ella se echó a reír.

—Bueno, ya veremos mañana —insistí yo haciendo una mueca, un poco ofendido—. En el peor de los casos, si ese misterioso Sphinx no nos contesta, tengo un amigo francmasón que está muy al tanto de las historias de sociedades secretas y todos esos temas, y quizá pueda ayudarnos.

—¿Un amigo francmasón? Vaya. En realidad, el Bilderberg no es una sociedad secreta.

—Sí, ya lo sé —respondí yo—, pero ese amigo no solamente sabe de sociedades secretas, es que también es diputado... Si hay alguien entre las personas que conozco que puede tener información sobre ese tipo de cosas, seguramente sea él. Él sabrá orientarnos en nuestras investigaciones. Le llamaré mañana.

—¿Un diputado francmasón? ¡Perfecto! —exclamó la periodista, sonriendo—. Siempre hay que tener un amigo mecánico, un amigo fontanero y un amigo diputado francmasón.

Yo meneé la cabeza con desesperación.

—Bueno, yo te dejo dormir, Damien. Yo estaré en la habitación de al lado. El cuarto de baño está enfrente de tu puerta.

Ella me llamaba por mi nombre por primera vez. Decidí devolverle la cortesía.

—Gracias, Sophie. Gracias por todo. ¿El primero que se levante llama al otro?

—De acuerdo. ¡Buenas noches, señor motero!

Ella desapareció y yo me eché sobre la cama sin perder tiempo siquiera para desnudarme. El día había sido largo. Muy largo. La semana, incluso, había sido más rica en acontecimientos que un año entero, y la herida que tenía en la frente no arreglaba las cosas. No dormí demasiado, pero sí profundamente.

Me desperté sobresaltado por la periodista. Ella golpeaba con fuerza mi puerta y entró en mi habitación, alarmada.

—¿No has oído a los bomberos? ¡Levántate, rápido! ¡La casa de tu padre está ardiendo!

Todavía me dolía la cabeza y, desde luego, no había dormido ni la mitad de lo que mi cuerpo me reclamaba, pero me levanté lo más rápido que pude.

Veinte minutos más tarde, después de haber atravesado el pueblo saltándonos algunos semáforos en rojo y cogiendo al menos dos direcciones prohibidas, bajamos de su Audi ante la casa de mi padre, rodeada de bomberos y de mirones. No habíamos intercambiado ni una sola palabra durante todo el trayecto, sin duda abrumados por los mismos sentimientos de perplejidad, de rabia y miedo mezclados. Sin contar con que yo estaba ligeramente crispado por la conducción temeraria de la periodista...

El humo se elevaba por encima de las casas, dibujando en el cielo oscuras amenazas. Parecía que todo el pueblo se hubiese reunido entre los muros de la callejuela. Se oía el

parloteo de los habitantes del pueblo, confusos o asombrados. Las luces de los bomberos no cesaban de dar vueltas, enviando relámpagos azules sobre la multitud y los muros.

—¡Ya te había dicho que no teníamos que dejar la casa sin vigilancia! —suspiré, cerrando mi puerta.

Nos colamos mal que bien hacia la verja del jardín. El fuego estaba casi extinguido, pero los bomberos nos impedían entrar. Saqué mi carné de identidad para darme a conocer, y cogí a uno de los bomberos por el brazo.

—¡El sótano! —le dije, enseñándole mis papeles—. ¡Hay que sacar todos los documentos que hay en el sótano!

El bombero se encogió de hombros.

—¡Me extrañaría mucho que quedase algo en su sótano! ¡Es de ahí de donde ha salido el fuego, señor!

Lancé una mirada desesperada a Sophie, y una hora más tarde ella me acompañó a la comisaría, donde pasamos buena parte del día.

Nunca me ha gustado ir a las comisarías. Los comisarios tienen la habilidad extraordinaria de hacer que te sientas culpable, aunque no tengan nada que reprocharte. Sus silencios son acusadores, sus miradas producen confusión, y el ruido de sus dedos aporreando el teclado parece ser solamente un anticipo de su propensión al golpe. Siempre he tenido miedo de la poli, y entrar en una comisaría para mí es un suplicio tan insoportable como el olor de los hospitales después de la muerte de mi madre.

Contamos por primera vez nuestra historia a un policía, éste nos pidió que esperásemos y desapareció enseguida en el laberinto de pasillos gris verdoso, y después un segundo vino a buscarnos y nos acompañó hasta su despacho. Nos hizo señas de sentarnos. Alto y fuerte, tenía la mirada brillante, las mejillas rojas y su acento provenzal le hacía más bien simpático. Simpático pero policía, de todos modos...

—Bueno —empezó, colocándose ante el teclado de su ordenador—. Les resumo la situación. Esta mañana hemos recibido una llamada en el centro operativo para informarnos del incendio de su casa. Se ha avisado al fiscal, y ahora mismo tenemos en el lugar un equipo de la brigada de investigación del departamento que va a intentar determinar si el origen del siniestro es accidental o criminal. Pero les confieso, de entrada, que nos inclinamos por un incendio de origen criminal, ya que hemos hallado algunos restos de acelerante del tipo *white spirit*.

—Ya veo...

Que el incendio fuese probablemente provocado no era para mí más que la confirmación de una evidencia, y me entró pánico ante la idea de no mostrarme lo bastante sorprendido.

—La brigada local, paralelamente, va a proceder a la selección de las declaraciones, es decir, los primeros que llegaron, bomberos y testigos. En este marco, vamos a tomarle a usted declaración, y enseguida le tendremos al corriente de la investigación. ¿Se va a quedar por aquí?

—Pues aún no lo sé —respondí yo, encogiéndome de hombros.

Él asintió y volvió los ojos hacia su pantalla. Cuando hubo preparado el archivo del acta en su ordenador, Sophie y yo le contamos más o menos lo que había pasado desde la víspera, omitiendo un solo detalle: el secreto de mi padre. Explicamos que Sophie era una amiga de mi padre —después de todo, así fue como se presentó ella en primer lugar ante mí —, que llegó justo después de que me agredieran, y que todavía no habíamos ido a presentar la denuncia a comisaría porque... porque Sophie había decidido cuidarme primero y, ya que los agresores no habían robado nada, nos dijimos que no era tan grave...

Nuestra versión de los hechos, un poco vacilante, no era demasiado convincente, desde luego, pero en aquel momento

el policía recibió una llamada que nos disculpaba al menos en parte: los vecinos habían visto a los dos incendiarios, dos hombres vestidos de negro que habían huido en un coche del cual habían tomado el número de matrícula en parte.

—Ah, bien, esto va bien —nos confió el policía—. Podremos hacer una búsqueda en el fichero nacional de propietarios de vehículos e identificar quizá a los fugitivos. Desgraciadamente, me temo, señor Louvel, que nos vemos obligados a abrir a partir de esta misma tarde una investigación de flagrante delito.

—¿Y por qué dice lo de «desgraciadamente»?

—Porque eso significa que usted tiene que quedarse en Gordes unos días más.

—¿Cuánto tiempo?

—Las investigaciones de flagrante delito duran ocho días como máximo.

Eché una ojeada a Sophie.

—Lo principal es que ustedes detengan a los culpables —dijo ella, como para tranquilizar al policía.

—Desde luego. Pero antes todavía tengo algunas preguntas que hacerles, pura formalidad. Ya sé que ahora está usted un poco aturdido, así que vamos a ir rápido. Señor Louvel, usted es el único heredero de su difunto padre, ¿verdad? —me preguntó el policía.

—Sí.

—Bien.

Con los ojos pegados a la pantalla, no dejaba de subirse y bajarse las gafas.

—Y vino usted aquí para ver su casa, ¿no es cierto?

—Exactamente.

—Pero hay algo que no entiendo. ¿No había visto usted

nunca esta casa?

—No. Yo vivo en Nueva York.

—¿En Nueva York? Pero yo creía que usted venía de París...

—No, en París está el piso de mi padre.

—¡Ah, vaya! ¡Entonces estaba equivocado!

Hizo una mueca y corrigió con gran esfuerzo su desliz en el ordenador.

—El sistema no deja de cambiar. ¡Es tremendo! Pronto tendremos que estudiar informática para escribir un acta...

—Ah, sí, desde luego —repliqué, intentando ocultar mi ironía con una falsa sonrisa compasiva.

—Bueno, ya está corregido. Entonces, dígame: ¿ha observado usted algo especial en la casa de su padre?

Yo me aclaré la garganta con una discreción que sin duda habría hecho saltar a un detector de mentiras.

—No, nada especial.

—¿Nada de nada?

—Nada —repetí.

Él meneó la cabeza lentamente, y se frotó la nariz antes de proseguir:

—¿Su padre poseía algunos objetos de valor?

—No, en realidad no, y desde luego no los tenía en Gordes. Todos los cuadros están en París. No había más que algunos libros, muebles... Ni siquiera tenía televisor.

—¿No le robaron nada ayer?

—No. Hoy no lo sé, la casa está carbonizada... Es difícil asegurarlo. Sobre todo desde el exterior.

—Bueno, sí, claro. Y los dos hombres que le agredieron,

¿podría darme sus señas?

Su colega ya me había hecho la pregunta dos veces, y yo intenté conservar la calma.

—No. No pude verles la cara. Eran dos hombres altos, fornidos. Llevaban abrigos negros, como los malos de las películas americanas, y un coche, negro también. Creo que era un Volvo, estoy casi seguro.

—Bien. Ya veremos si el de los que vieron huir sus vecinos era un Volvo. ¿Y su padre tenía enemigos? ¿Alguien que quisiera hacerle daño?

—No, que yo sepa.

—¿Alguna discusión con su entorno, su familia?

—No.

—¿Y usted?

—Yo tampoco. Yo vivo en Nueva York desde hace más de diez años, ni siquiera sabía que existiera esta casa...

—Bien. Por el momento, basta con esto.

Imprimió el acta para que yo la firmara.

—Tendré que hacerle algunas preguntas más, después. Ya le llamaré esta tarde para decirle si abrimos una investigación de flagrante delito. Corresponde al procurador tomar la decisión. ¿Puedo localizarle en este número de móvil?

—Sí.

Volví a leer la declaración que me tendía y la firmé en silencio.

—De todos modos, sería muy amable por su parte si se quedara en Gordes los próximos días —concluyó el policía, solemne, como un *sheriff* que pide a John Wayne que no deje la ciudad—. Por el momento no puedo obligarlo, pero tenga la amabilidad de avisarme si realmente tiene que marcharse.

—Se lo prometo —respondí yo, levantándome, con prisa para salir—. Lo llamaré.

—Sí. Y ya puede prepararse para que lo acosen los del seguro —añadió el policía, con un aire irónico—. El accidente de su padre, su agresión, la casa que se quema y todo lo demás… no les va a hacer ninguna gracia…

—¿Ah, sí? Pues yo en cambio estoy muerto de risa…

Casi vi compasión en su mirada, en el espacio de un segundo, pero después volvió a sumergirse en sus documentos.

Sophie y yo salimos rápidamente de la comisaría, un poco aturdidos, y subimos al Audi que estaba en el garaje de nuestros anfitriones de azul. Atravesamos el pueblo en el otro sentido para ir de nuevo a casa de mi padre. Los bomberos estaban allí todavía, igual que los curiosos, y, saliendo precipitadamente del coche, yo interpelé de nuevo al zapador que me había respondido aquella misma mañana.

—¿No hay ninguna posibilidad real de que hayan quedado algunos documentos en el sótano? —le pregunté, suplicante.

—Me extrañaría muchísimo, señor. Los pocos papeles que hayan escapado a las llamas no lo habrán hecho a las mangueras, no sé si me explico…

Se explicaba perfectamente.

—¿Y no puedo ir a mirar? —me arriesgué, señalando tímidamente con un dedo hacia el sótano.

—No es seguro, créame. Todavía está ardiendo ahí abajo, y además, de todos modos, la policía lo va a sellar todo para la investigación. Vamos, no eran más que papeles, debe usted sentirse feliz de que no haya habido ninguna víctima…

—Sí, claro, sólo son papeles —repetí, contemplando a Sophie con aire desesperado.

A medida que avanzaba el día, el pánico y el

desconcierto se transformaron lentamente en algo parecido al terror. Yo iba tomando conciencia progresivamente de la gravedad de la situación. No sólo mi padre había muerto en un accidente de coche que tenía muchas posibilidades de no ser un simple accidente, sino que además acababan de prender fuego deliberadamente a su casa y en particular a su sótano, el lugar de todas sus investigaciones y fuente esencial para las que la periodista y yo nos disponíamos a llevar a cabo. No tenía ni idea de cuál podía ser el secreto descubierto por mi padre, pero ahora tenía una certeza: había algo muy importante en juego detrás de todo aquello… o en todo caso, otras personas, aparte de mi padre, parecían creerlo así.

—¡Vamos! Volvamos a comer alguna cosa, no hemos tomado nada en todo el día —propuso Sophie, cogiéndome por el brazo.

—¿Te importa que te siga con la moto? —le pregunté, como un idiota—. Si la dejo aquí, Dios sabe lo que podría pasarle…

Ella sonrió.

—¿Una Harley en mi jardín? Ni hablar. Sólo porque estés triste y vulnerable… ¡Pero no! Es broma. ¡Haz lo que quieras con tu moto, hombre!

Ella se dirigió hacia su coche y yo, avergonzado, hacia la Electra, y en cuanto me puse el casco, observé entre la multitud a un hombre que me contemplaba y a quien ya había visto al llegar por la mañana al lugar del incendio. Él vio que yo me había fijado y no apartó los ojos. Como si quisiera que yo le viera.

Era un hombre de unos sesenta años, con el cabello gris, y poniéndome de puntillas para verle mejor, vi el alzacuellos que asomaba bajo su chaqueta. Un sacerdote.

Un camión de bomberos se puso en camino, hubo un movimiento en la multitud y no volví a ver al hombre que me espiaba unos segundos antes. Lo busqué con la mirada entre

los curiosos, pero había desaparecido.

Decidí dejarlo por el momento, puse en marcha la moto y me uní a la periodista en la carretera. Ella subió al coche y la seguí hasta su casa. Durante el trayecto, acunado por el rugido grave de la bicilindro, me preguntaba adónde nos llevaría todo aquello. No estaba seguro de tener ganas de comprenderlo, ni deseo de saberlo. Una sola cosa era segura: a pesar de la locura de los últimos días, a pesar de mi miedo creciente y a pesar del evidente peligro, hacía mucho tiempo que no me sentía tan a gusto con una mujer.

François Chevalier era un amigo al que conocí en el primer curso preparatorio para el ingreso en la Escuela Normal Superior. Nuestro amor por Alejandro Dumas y Umberto Eco, y nuestro odio por Jean-Paul Sartre y Alain Robbe-Grillet, nuestra pasión por los pubs irlandeses y las películas de Terry Gilliam, toda una vida de cultura tan diversa como compartida, nos había puesto en el mismo camino, un camino poco frecuentado por nuestros compañeros de estudios, y aquello selló nuestra amistad para mucho tiempo.

Al año siguiente, lógicamente, yo pasé al segundo curso preparatorio, mientras que él decidió cambiar de vía y presentarse a Ciencias Políticas, donde tuvo mucho más éxito que yo en la Normal Superior. Sin embargo, nunca perdimos el contacto, y un año antes de que yo me fuese a Estados Unidos, François vino a verme para informarme de que ingresaba en el Gran Oriente de Francia y proponerme hacer lo mismo. Yo en parte tenía deseos de aceptar, pero la enfermedad de mi madre era lo que más me preocupaba en aquellos momentos, y la idea de pertenecer a un grupo, fuera el que fuese, me asustaba un poco. Aunque me seducían las ideas que se encontraban en la base de la francmasonería decliné su oferta, pero le animé en su elección. Durante toda

mi vida no dejé de oscilar entre el arrepentimiento y el orgullo de haber rehusado. Arrepentimiento porque yo jamás había tenido el valor de adquirir un compromiso filosófico o político semejante, y orgullo porque espero haber conservado de ese modo el ejercicio de una cierta libertad de pensamiento. Además, aunque los principios originales de la masonería me gustaban, no tenía demasiada confianza en aquello que los hombres seguramente habrían hecho con ella. A eso, François me habría respondido que la mejor forma de mejorar la masonería era participar en ella… Ciertamente. Él también tenía el mismo discurso con respecto a la política.

Y, efectivamente, la última vez que vi a François antes de abandonar Francia me anunció que había decidido dedicarse a la carrera política, que ingresaba, desde luego, en un partido radical de izquierda, y algunos años más tarde, después del recorrido habitual, se convirtió en concejal, alcalde y después diputado en Île-de-France.

Durante los once años que pasé en Nueva York, no pasó un solo mes sin que François me enviase noticias suyas por correo electrónico. Yo no había tenido el mismo rigor, pero mi amistad por él no había fallado nunca.

Tengo por ahí en algún sitio un ejemplar de *Alicia en el país de las maravillas* que François me regaló. Una edición magnífica, con las ilustraciones originales de John Tenniel. Como símbolo de nuestra amistad, yo le había ofrecido exactamente el mismo libro. Y nos lo habíamos dedicado el uno al otro. La idea —robada a *Siempre hace buen tiempo,* una antigua comedia musical de los años cincuenta de Gene Kelly y Stanley Donen, de la cual éramos admiradores— era que debíamos reunirnos treinta años después, cada uno con su ejemplar de la novela de Lewis Carroll, ante el liceo Chaptal. Una promesa de adolescentes, desde luego, pero cargada de sentido. ¿Sabíamos ya entonces que la vida separa siempre a los amigos, hasta a los más fieles? Los treinta años no han pasado todavía. Conservo mi ejemplar de *Alicia en el país de*

las maravillas. Y cuando llegue el día, estaré delante del liceo Chaptal, pase lo que pase.

Me habría gustado mucho llamar a aquel amigo fiel sin tener que pedirle nada, simplemente para invitarle a tomar algo, pero ya que las circunstancias eran las que eran, y tal como había decidido la víspera, aquella misma tarde telefoneé a mi amigo diputado para pedirle ayuda. Después de sortear laboriosamente las múltiples barreras burocráticas que separan a un diputado de un simple ciudadano como yo, al fin oí la voz de Chevalier al otro lado del aparato.

No había avisado ni siquiera a François de mi estancia en Francia, y menos aún de la muerte de mi padre, y por eso le conté mi historia un poco confuso. Él se mostró comprensivo, y creo que yo tenía lágrimas en los ojos. Abandonar el país de mi padre me había condenado también a vivir lejos del alma más fraternal que la vida me había ofrecido, y maldije el tiempo perdido. ¿Por qué no había hecho el esfuerzo de venir a ver a François más a menudo? ¿Qué monstruoso egoísmo me había apartado tanto tiempo de él? ¿Se pueden recuperar acaso los años perdidos, las largas conversaciones, las veladas de cine, los informes de lecturas, las cañas en las terrazas de los cafés?

Pero, ¿le habría yo visto verdaderamente tan a menudo, ahora que era diputado? Tenerle al otro lado del hilo hizo que me diera cuenta de hasta qué punto yo me había convertido en un solitario. Hay soledades de las que no se toma conciencia más que después. Yo tenía la extraña impresión de estar en el borde de un abismo, pero de espaldas. Sólo dependía de mí no caer hacia atrás.

—François —le prometí, en voz baja—, cuando salga de toda esta historia de locos, iré a París para hacer justicia a nuestra amistad.

Cada uno de nuestros silencios estaba cargado de una emoción sobreentendida. Y de miles de lamentaciones.

—Bueno, ¿qué puedo hacer por ti? —me preguntó, como para poner fin a un arrebato de sentimentalismo que sin duda se volvía algo embarazoso...

—En primer lugar, me gustaría que me dieras tu número de móvil, para poder localizarte más fácilmente, amigo, porque es posible que tenga que llamarte más a menudo de lo que pueda soportar tu ejército de ayudantes...

Hice señas a Sophie de que me pasara un bloc de notas. Entonces vi que ella me miraba con una intensidad nueva. Como si hubiese detectado la emoción en mi voz. Me tendió el bloc de papel y anoté el número que me dictaba Chevalier.

—Y también necesito que me busques información sobre el Bilderberg.

—¿El Bilderberg? —se asombró—. Pero ¿qué tiene que ver el Bilderberg con tu padre?

—Es que me gustaría entender...

François dudó un momento.

—Quizá tenga relación con su puesto en la Unesco —aventuró.

—Me sorprendería mucho. Puedes comprobarlo, pero no pienso en eso. De todos modos, lo que necesito por el momento es información general. Por mi parte no consigo averiguar gran cosa.

—Francamente, yo tampoco sé gran cosa. Lo único que sé es que se trata de una especie de club para ricos... Si me dejas que te llame mañana, tendré más información, si quieres.

—Sí, encantado —accedí—. E intenta enterarte un poco de las novedades. Qué hacen en estos momentos, quién se ocupa, cuándo tendrá lugar su próxima reunión...

—De acuerdo. Voy a ver lo que puedo encontrar. Me ha encantado volver a oír tu voz. Tienes que venir a vernos antes

de volver a Nueva York.

—No me has dado noticias de Estelle —intervine entonces, antes de que colgase—. Está embarazada, ¿verdad?

Acababa de acordarme de que me había contado aquello en su última carta. François estaba con Estelle desde hacía mucho tiempo. ¡Ya salían juntos antes de que yo conociese a François! Formaban, más o menos, la pareja ideal, cosa que no dejaba de recordarme, ya en la época, hasta qué punto no daba yo ni una...

—Sí. Está en el quinto mes —me confirmó, sorprendido, aparentemente, de que me hubiese acordado—. Bueno, no olvides venir a vernos antes de irte.

—Prometido.

Le di las gracias y colgué, a regañadientes.

Había tomado algunas notas durante nuestra conversación, y le dejé leerlas a Sophie por encima de mi hombro. Cuando me volví, vi que ella tenía dos vasos de whisky. Me tendió uno sonriendo.

—¿Nos tomamos un pequeño estimulante y vamos a comer algo fuera? —propuso, levantándose.

Yo levanté los ojos y la miré. Ella inclinó la cabeza, esperando una respuesta. Me dejó el vaso sobre la mesa y encendió un cigarrillo. Yo cogí el vaso de whisky y bebí un sorbo.

—¿Hace mucho tiempo que una mujer no te invita a un restaurante?

—¿Por qué tiene que ser todo siempre tan complicado contigo? —respondí yo—. Créeme, no eres la primera que me invita a un restaurante.

—Entonces, ¿es que sí?

—Encantado —respondí con una sonrisa—, pero te invito yo. Y alejémonos un poco de Gordes...

—De acuerdo. Yo iría a Aviñón —sugirió ella.

En aquel momento sonó mi teléfono. Suspiré y levanté los ojos al cielo sin responder. Notaba el móvil vibrar en mi bolsillo. Sophie me lanzó una mirada desilusionada. El pequeño descanso que tanto necesitábamos los dos debía esperar. Y cuando saqué el teléfono de mi bolsillo supe que aquel contratiempo era mucho peor de lo que yo había imaginado.

Reconocí enseguida el número que aparecía en la pantallita verde de mi teléfono. Dave, mi agente. Había olvidado por completo toda aquella parte de mi vida, e hice una mueca que al menos tuvo el mérito de divertir a Sophie.

Había abandonado Nueva York hacía una semana, y no tenía ni uno solo de los, últimos guiones... Me había acostumbrado desde hacía tiempo a trabajar con retraso, pero por primera vez me pregunté cómo iba a acabar aquel trabajo, y Dave debió de notarlo en el tono de mi voz...

—Damien, la gente de la HBO amenaza con emitir los episodios sin tu aprobación final.

—¡Pero no tienen derecho! —me indigné yo.

—¡Si no envías tu *approval* antes de la *deadline* prevista, eso es motivo de ruptura del maldito contrato, Damien!

Dave raramente era grosero. Debía de empezar a pensar que yo le iba a dejar en la estacada. Y en cuanto al contrato, tenía toda la razón. Lo sabía tan bien como él. Estados Unidos quizá sea el paraíso de la retribución para un guionista, pero también es el país donde los derechos de autor están menos protegidos, y de ahí a que el ejército de abogados de la HBO consiguiese desposeerme de mi criatura, no había más que un paso que yo estaba a punto de franquear si no encontraba una solución... Aunque fuese un miembro fiel del sindicato de guionistas, y estuviera por tanto relativamente bien protegido, no podía correr el riesgo de ofender a los productores de la cadena.

—¡Pero si casi he terminado! —mentí, guiñando los ojos —. De todos modos, no había gran cosa que cambiar. Diles que esperen un poco... He avanzado mucho, te lo aseguro.

—¡Tengo que enviarles algo esta misma tarde! —me cortó Dave—. Dame lo que hayas acabado, a ver si así consigo que tengan un poco de paciencia.

—¡Te lo enviaré todo mañana! —le esquivé, sabiendo perfectamente que me sería absolutamente imposible releer y modificar lo que fuese para el día siguiente—. ¡Mañana, Dave! ¡Te lo prometo!

Colgué el teléfono antes de que mi agente escuchase las risas que Sophie apenas podía contener.

—¡Mierda! —refunfuñé—. ¡Estoy fatal!

—Ya iremos a Aviñón en otra ocasión... —propuso ella —. Tienes que trabajar esta tarde, es imprescindible... O si no, tendrás problemas.

—¡No, no! Tengo que refrescar las ideas... Y además, nunca he estado en Aviñón... Parece que hay un puente extraordinario.

Sophie no insistió más, y salimos enseguida hacia la ciudad de los papas, donde la decoración y la fina gastronomía nos sedujeron sin borrar por completo nuestra inquietud.

Sin embargo, descubrí con el placer de un expatriado la belleza de Aviñón, encaramada sobre las rocas de los Doms y extendida más allá, a través de las sucesivas murallas guarnecidas de almenas y de matacanes. El palacio, con su majestuosidad gótica y su inmensa plaza, el laberinto de calles pavimentadas y las tiendecitas provenzales del barrio de la Balance...

Encontramos refugio en un pequeño restaurante a orillas del Sorgue, detrás de una hilera de plátanos que filtraban apenas el ruido de las viejas ruedas de agua. Yo ya me había

tomado un whisky antes de salir, y me negué a beber una gota más de alcohol. Sophie debió de comprender que había una historia oscura entre la bebida y yo cuando pedí dos veces, febrilmente, agua con gas. No abordamos el tema, pero vi en sus ojos mucha más comprensión de la que había esperado.

—¿Por qué periodista? —le pregunté, para pensar en otra cosa, pero también porque tenía ganas de saber más cosas de ella.

—A causa de Alan J. Pakula.

—¿Perdón?

—¿No viste *Los hombres del presidente,* con Robert Redford y Dustin Hoffman?

—¿La película sobre el Watergate?

—Sí... Vi esa película cuando tenía quince años. Mi padre la grabó en la televisión. Me gustó tanto que la vi por segunda vez nada más acabarla, y después se convirtió en mi película de culto. Ya sabes, esa película que uno ve mil veces.

—¡Sí, la mía era *Los siete magníficos!* —le confesé, riendo.

—La veía al menos una vez por semana —continuó ella —.

Y desde ese día, cuando me preguntaban qué quería hacer más adelante, respondía que quería ser periodista en el *Washington Post.*

—Ah. Entonces, fuiste fiel a tu sueño de infancia. Yo quería ser una estrella del rock. No me ha salido demasiado bien.

El camarero nos trajo el postre. Sophie encendió un cigarrillo. Debía de fumarse al menos dos paquetes al día. Quizá era eso lo que le daba ese color tan blanco a su piel. Pero, en el fondo, le iba de maravilla. Formaba parte de su personaje. Sin sus ojeras y sus mejillas pálidas, Sophie no habría tenido aquel delicioso físico tipo años cincuenta.

—¿Sabes lo que más echo de menos en el oficio de periodista?

Dije que no y me comí una cucharadita de crema quemada.

—El ruido de las máquinas de escribir. Me encanta ese ruido. En la película se oye a los periodistas y las secretarias teclear como obsesos en sus grandes máquinas de escribir metálicas, y el ruido de los rodillos cuando sacan la hoja… Es una idiotez, pero me encanta. Ahora, con los ordenadores, ese ruido ha desaparecido por completo de las salas de redacción. Y además, los despachos cada vez están más compartimentados.

—¡Sólo tienes que trabajar con una máquina de escribir!

—Bah. Me gusta el ruido, pero es mucho más práctico con el ordenador. Y además, la gente como yo hoy en día pasa la mayor del tiempo en Internet.

—Ya, al menos tenemos eso en común: yo tengo la nariz metida en una pantalla de ordenador todo el día también.

—¡No es eso lo que dice tu agente!

—¡Ah, no, no! ¡No me hables de él! Estoy aquí para olvidar, te lo recuerdo… Háblame de ti, lo prefiero. Tus padres, por ejemplo…

—¡Ah, vaya! ¿Es un interrogatorio?

Sophie levantó las cejas y echó atrás la silla mientras cruzaba las piernas.

—Bueno, tú conociste a mi padre. Yo no sé ni siquiera si tienes familia. ¡No sé nada de ti!

Ella sonrió. Adelantó de nuevo la silla, puso los codos en la mesa, unió las manos bajo la barbilla y mirándome derecho a los ojos, decidió responderme. Al menos, en parte.

—De acuerdo. Vamos pues. Nací en París, soy hija única, como tú. Mis padres están jubilados los dos… Son estupendos.

He tenido mucha suerte.

—Mi madre era genial, te lo aseguro...

Ella sonrió.

—¿Y a qué se dedicaban antes? —insistí.

—Mi padre trabajó toda su vida en la educación. Enseñaba filosofía en secundaria y en la facultad. Fue él quien me enseñó a tener espíritu crítico, como se suele decir. En verano, como tenía dos meses de vacaciones, me llevaba a viajar por todas partes. Mi madre se unía a nosotros durante tres semanas, pero el resto del tiempo estaba sola con él. ¡Era increíble! Fuimos a Estados Unidos, a China, a Moscú e incluso a Japón y a la India. Cuando lo pienso me da vergüenza, tanto me mimó. La única cosa que me pedía a cambio era que llevase un diario de viaje cada vez.

—Qué gracioso...

—Todos los veranos yo llenaba un cuaderno de un centenar de páginas donde recogía mis impresiones sobre el país que visitaba.

—¿Los conservas?

—Pues claro. Están muy mal escritos, pero mi padre leía todas las páginas con atención y yo estaba muy orgullosa. Me imaginaba ya que era una gran reportera...

—¿Y tu madre?

—Ella era médica. Estaba menos presente. Pero es también una mujer extraordinaria. Un carácter muy fuerte, mucho valor, mucha devoción...

—En suma, tuviste una infancia ideal.

Ella se calló de pronto e inclinó la cabeza, mirándome fijamente como para analizar mi mirada.

—¿Ideal? Bueno, sí, quizá. Quieres decir que soy una niña mimada, ¿no?

No pude contener una sonrisa.

—No, en absoluto. No, al contrario, son pocas las personas que se dan cuenta de lo que deben a sus padres. Es... conmovedor. ¡Me han dado ganas de conocerles!

—¡Quién sabe! Cuando acabe todo esto podríamos ir a visitarles. Mi padre es un cocinero excelente...

—Ah, de ahí te viene entonces... Es curioso, al final parece que estabas más unida a tu padre. En mi caso era todo lo contrario.

—Es lo que me ha parecido entender...

Una vez más se mostró discreta y no quiso saber más. Sin duda, notaba que yo no tenía ganas en realidad de explayarme sobre el tema. Mi padre estaba bien como estaba.

—Ahora me toca a mí —continuó ella entonces—. Tengo una pregunta. ¿Por qué Nueva York?

Abrí mucho los ojos.

—¿Que por qué Nueva York? ¡Y yo qué sé! Francamente, creo que me fui porque me dio la ventolera. A la muerte de mi madre, no tenía más que un deseo y era alejarme de mi padre. Los vuelos para Nueva York no eran caros, no pensaba en nada y me fui. Ni siquiera tenía intención de quedarme de verdad. Y después, al final, me enamoré...

—¿De una neoyorquina?

—No. De Nueva York.

—Ah. ¿No hay ninguna neoyorquina en tu vida? —se asombró Sophie, con ojos burlones.

—No, no. ¡Tendría la sensación de acostarme con uno de mis personajes! Hubo una californiana, pero obedecimos a las estadísticas y nos divorciamos después de algunos años de matrimonio...

—Espera. Un rico guionista de Nueva York, autor de una

serie de éxito, ¿y todavía estás soltero?

—Bah, desengáñate, todo eso en realidad no me trae suerte...

Ella barrió el aire con la mano, un gesto que no sé si expresaba compasión o incredulidad.

—¿Y tú? ¿Vives sola? —le pregunté, con indiferencia.

—No, vivo con mi portátil —ironizó.

—No, en serio...

—No sé si una periodista puede vivir en pareja, ya sabes. Y además, ni siquiera sé si realmente me apetecería. No estoy nunca en el mismo sitio, siempre ando con la nariz metida en las investigaciones más raras, toda alterada... Paso la mitad del tiempo al teléfono y la otra mitad en Internet. Las raras pausas que hago son para ir al médico, para que me prescriba calmantes... No, en serio, no podría vivir en pareja.

—Pero ¿has estado enamorada? —arriesgué.

—Sí.

Un momento de silencio. Una vacilación. Como si ella me estuviese juzgando. Yo esperaba.

—Estuve enamorada de una... persona que enseña historia del arte y matemáticas.

Vaya. Había dudado al decir «persona». Pero estaba seguro de que había estado a punto de decir «mujer». Se había traicionado. Sonreí.

—¿Y quién te dice que no esté enamorada en este momento? —dijo, divertida, mirándome fijo a los ojos.

No respondí. Sophie tenía el don de incomodarme, y ella lo sabía. Y le encantaba.

Cambié de tema y nos pusimos a hablar de la lluvia y del mal tiempo, de cocina, de cine y de literatura. A ella le gustaba el invierno; a mí, la primavera. Ella detestaba la

comida basura; yo fingí que pensaba lo mismo. A ella le encantaba Woody Allen, a mí también. No le gustaba nada Spielberg, a mí tampoco. Paul Thomas Anderson era para mí la revelación de la década; a ella le había gustado *Magnolia,* pero le parecía que yo exageraba. Un Lelouch de cada dos la dejaba indiferente; verificamos si eran los mismos que para mí. Le había encantado *El nombre de la rosa* y se había aburrido con *El péndulo de Foucault;* a mí me encantaban los dos. Ella adoraba a Proust a escondidas; *Sobre la lectura* era mi libro de cabecera... Expusimos los dos nuestros gustos y discutimos nuestras preferencias hasta que se hizo tarde. La mayor parte de los clientes se había ido ya, y ella seguía diciendo «me gusta» y «no me gusta», y yo ya no la escuchaba desde hacía mucho rato. Aunque hacía todo lo posible para pensar en otra cosa, con un oído escuchaba «sexo, sexo, sexo», y con el otro «lesbiana, lesbiana, lesbiana».

De pronto noté que su voz se había apagado. Ella se levantó y se acercó a mí, como para hablarme al oído.

—Me gustan también los chicos —susurró, antes de irse al lavabo.

Y me encontré, como un idiota, solo en la mesa, oyendo sin parar el eco de su frase. Su frasecita asesina. Y cuando ella volvió, era como si no hubiese dicho nada.

—¿Nos vamos? —dijo, con una mirada cándida.

En uno de mis guiones para *Sex Bot,* el héroe se habría abalanzado entonces sobre la periodista, descubriendo sin duda, al cabo de unas horas de tórrido folleteo, que las costumbres sexuales de la morena eran incompatibles con sus propias exigencias. Se separarían de madrugada, haciéndose la falsa promesa de llamarse algún día, y quizá, efectivamente, volvieran a verse tres o cuatro años más tarde, el tiempo justo para intentarlo de nuevo y constatar que su sexualidad seguía sin ser compatible... A mis fans les habría encantado. A mis productores también.

Pero en la vida real, me limité a pagar la cuenta y volvimos a casa poco después de medianoche. Ella me deseó buenas noches bostezando, y yo me contenté con pensar en ella mientras esperaba el sueño.

Media hora más tarde Sophie llamó a mi puerta.

—¿Sí? —murmuré, medio dormido.

—¡Damien! —cuchicheó ella.

Empecé a preguntarme qué querría. El corazón me latía con fuerza.

—¡Damien! ¡Sphinx está en línea! ¡Ven, rápido! ¡Me ha contestado!

Sphinx. El tío de los foros. No era en absoluto lo que yo había imaginado. Ni esperado. Sacudí la cabeza para espabilarme.

—¡Ya voy! —respondí, y me levanté.

Me puse un pantalón de cualquier manera y me reuní con ella en su habitación.

—¿Y no duerme a estas horas? —pregunté, sentándome al lado de Sophie.

—A lo mejor ni siquiera está en Francia, y para él es por la mañana...

«¿Para qué periódico trabajas?»

Sophie me miró.

—¡Uf! No usa la jerga esa gilipollas. Al menos me trata bien... Un día seguí una conversación entre dos *hackers* y no me enteré de nada. Bueno, ¿jugamos con franqueza con él o no?

Yo me encogí de hombros.

—Pues no lo sé, es muy tarde y no tengo las ideas claras. Mientras no le digas nada de mi padre... Te dejo hacer, tú eres

la profesional.

Acercando su silla al escritorio, ella lanzó un suspiro, se frotó las manos y empezó a teclear. Estaba a sus anchas, como pez en el agua.

«Trabajo para Canal Plus.»

«¿Qué programa?»

«90 *minutos.»*

«¿Y por qué Haigormeyer?»

—¿Qué es eso que dice? —me extrañé, mirando a Sophie.

—Es mi seudónimo en ICQ. Haigormeyer. Aparezco con ese nombre. Creo que él debe de estar intentando identificarme.

«Es una referencia al Watergate. Alexander Haig formaba parte de la administración de Nixon, y Cord Meyer era un agente de la CIA. ¿Haig o Meyer? Son los dos personajes de los que más sospecho que pudieron ser el misterioso confidente de los periodistas del *Post.»*

«OK. El famoso Garganta Profunda. Divertido. ¿Fuiste tú quien hizo el documental sobre el caso Robert Boulin?»

«No. Fue otro equipo.»

«¿Y qué has hecho, entonces?»

«El más reciente era sobre el uranio empobrecido.»

La pantalla quedó en blanco casi un minuto. Sophie esperaba. Yo estaba tenso. El ambiente era raro. Un interlocutor del que no sabíamos nada, al que no veíamos. No tenía la costumbre de mantener ese tipo de conversaciones.

—¿Qué coño está haciendo? ¿Ya no nos habla más?

—Espera. Quizá esté manteniendo varias conversaciones a la vez... O a lo mejor...

«Sophie de Saint-Elbe, ¿verdad?»

—Lo que me temía. Ha hecho sus investigaciones.

—¡Qué rápido es! —exclamé.

Ella asintió.

«Prefiero Haigormeyer».

«OK. ¿Qué quieres saber del Bilderberg? ¿Estás haciendo un reportaje sobre ellos?»

«Digamos que por el momento sólo recojo información... De hecho, no sé gran cosa sobre el tema, todo lo que tengas me interesa...»

«¿Y por qué tendría que responderte?»

«Porque si encuentro alguna cosa, te dejaré la primicia *on-line*. Estoy detrás de algo grande. No puedo decir demasiado por el momento, pero te prometo que si encuentro lo que ando buscando, serás el primer informado, y tendrás la exclusiva *on-line*. ¿Te parece bien?»

Lancé una mirada reprobatoria a Sophie. Ella me hizo señas de que no me inquietara. Yo decidí obedecerle. Después de todo, nadie nos obligaba a contárselo todo a aquel extraño personaje. Sophie parecía dominar la situación.

«OK.»

«Entonces, háblame del Bilderberg.»

«No, aquí no.»

«¿Por qué?»

«*Big brother is watching!*»

«¿Te tienen vigilado?»

«Sí. *Of course*. De todos modos, el ICQ no es seguro... Y después está el Echelon...»

«OK.»

—¿Qué es eso? —intervine yo.

—Echelon (o Escalón). ¿No has oído hablar nunca de él? Pero dime, ¿tú lees la prensa alguna vez?

—¡Ah, no, yo soy guionista de una serie cómica americana! ¿Crees que tengo tiempo de leer otra cosa que las revistas de cotilleos? —respondí con sorna.

—Echelon es un sistema de vigilancia que pusieron a punto los servicios secretos americanos en los años cincuenta. No ha dejado de evolucionar desde entonces. Hoy en día está tan desarrollado que permite a la NSA[1] supervisar las conversaciones telefónicas y los e-mails del mundo entero, con un sistema activado por palabras clave.

—¿Me estás tomando el pelo?

—En absoluto. Un solo ordenador del sistema Echelon es capaz de supervisar diez millones de comunicaciones simultáneas. Hasta tal punto que algunos *hackers* se divierten en divulgar las palabras clave que desencadenan el sistema de vigilancia, y recientemente hubo unas jornadas anti-Echelon en Internet. En veinticuatro horas, miles de personas enviaron millones de correos electrónicos que contenían la mayor parte de las palabras clave, a fin de sobrecargar los servidores de la NSA hasta colgarlos…

—¡Es una locura!

—Sí. Sobre todo, porque el Echelon no es tan eficaz, por lo que parece: no permitió a los servicios secretos americanos evitar el atentado del World Trade Center, por ejemplo…

Un nuevo mensaje de Sphinx apareció en la pantalla.

«Vamos a comunicarnos con el IRC. Es más tranquilo.»

«Lo siento, no conozco el IRC.»

«Es el *Internet Relay Chat.* Clásico, pero si se accede por un buen servidor, es tranquilo. Ahí es donde iba Mitnick en sus buenos momentos. Es más seguro de lo que creemos. Sobre

todo, los servidores de América del Sur. Carga el programa IRC. Conéctate con el servidor Unired, en Chile. Acabo de ocupar el lugar del administrador, se está muy tranquilo. Si no te desconectas, reconoceré tu dirección IP y podremos hablar tranquilamente.»

«OK. Hasta ahora.»

Yo no entendía ni palabra de todo aquel galimatías, pero Sophie dio unas palmadas. Estaba muy emocionada. Yo mismo incluso me olvidé de lo cansado que estaba.

—¿Estás segura de lo que haces?

—De momento, no arriesgamos nada. Espera, hay que cargar el programa del que nos ha hablado.

—¡No hagas tonterías, no me cuelgues el ordenador, que tengo todos mis guiones dentro!

—¿Quieres que vaya a buscar el mío al coche? —propuso ella, haciendo una mueca.

—No, no, sigue. Pero con cuidado.

La vi actuar. Ella dominaba Internet a la perfección. Con tres golpes de ratón, encontró el programa y esperamos un cuarto de hora a que se transfiriese completamente a mi disco duro.

Hacia las dos de la mañana estábamos por fin conectados a Unired, el servidor sudamericano mencionado por el misterioso Sphinx, que nos esperaba pacientemente.

«Bravo. Bienvenida a bordo, Haigormeyer.»

«Gracias. Entonces, ¿qué sabes del Bilderberg?»

«Lo que puedo decirte ya es que debes tener mucho cuidado. Se dicen muchas tonterías sobre el Bilderberg, porque hay mucho secretismo en torno a él. Y los agitadores de extrema derecha se aprovechan para dar cabida a su paranoia de la conspiración… Hay que desconfiar de las revelaciones, que suelen ser falsas, de esos fachas que

proliferan por todas partes. Pero el Bilderberg existe, desgraciadamente.»

«No he encontrado nada interesante en línea...»

«Normal. El Bilderberg no busca publicidad. Lo esencial de su actividad consiste en una reunión anual en la cual políticos y otros que se autoproclaman pensadores participan en una sesión de masturbación intelectual mutua...»

«¿Con qué objetivo?»

«Oficialmente, esas reuniones permiten a sus participantes hacer balance de las perspectivas político-económicas internacionales. Por este motivo, sin duda, esto interesa sobre todo al jefe del IFRI...»

—¿Qué es eso? —pregunté yo, todavía perdido.

—El Instituto Francés de Relaciones Internacionales —precisó Sophie—. Un organismo que sirve de consultor a los políticos e industriales en materia de relaciones internacionales.

«¿Y cómo se hace uno miembro?»

«¿Tienes intención de inscribirte?»

«Ja, ja.»

«Hay un sistema de patrocinio...»

«Pero ¿quién lo creó?»

«El grupo se creó a principios de los años cincuenta.»

«¿Guerra fría?»

«¡Desde luego! La primera reunión oficial tuvo lugar en Holanda en el hotel Bilderberg. De ahí el nombre. Al principio era el príncipe Bernardo de los Países Bajos quien lo organizaba, pero en 1976, a causa del escándalo de los sobornos de la Lockheed, se vio obligado a dejar su lugar a... Rockefeller. De todos modos, él era el artífice desde el principio, aunque no de manera oficial...»

«¿Cuál es su importancia real?»

«Si preparas un informe sobre esto, te vas a poner las botas. Peces gordos, muy gordos. La organización del Bilderberg está muy unida a dos grupos más que tienen más o menos el mismo objetivo...»

«¿Y cuál es?»

«Oficialmente, construir la unidad occidental.»

«¿Y oficiosamente?»

«Preparar la puesta en marcha de un gobierno mundial.»

«Ah, sólo eso...»

—¡Ya te había dicho que estamos metidos en una historia de conspiraciones! —exclamé yo.

Sophie levantó las cejas y volvió a teclear.

«¿Y las otras organizaciones que mencionabas?»

«La Trilateral, que se conoce mejor en Francia porque Raymond Barre confesó pertenecer oficialmente a ella en los años ochenta, y el Council on Foreign Relations o CFR. ¿Has oído hablar de ellos?»

«De la Trilateral sí, vagamente.»

«Pues bien, si reúnes esos tres, CFR, Trilateral y Bilderberg, obtendrás la flor y nata de los financieros, universitarios, políticos y otros lumbreras ultraliberales del mundo entero. La mayor parte son miembros de los tres grupos a la vez, o al menos de dos de las organizaciones. Bush, Kissinger, el barón de Rothschild, el jefe del IFRI, Raymond Barre e incluso quizá el propio Jospin. Y además hay otras personas, como el antiguo secretario general de la OTAN, el editor del *London Observer,* o Dulles, el antiguo director de la CIA.»

«Encantador. Pero... ¿Jospin? ¿Estás seguro?»

«Sé que participó al menos en una de las reuniones... Fue

en 1996, creo. ¡Es muy difícil estar seguro de algo con ellos! Pero el interesante en todo esto no es Jospin. Son más bien Kissinger o Dulles. Si buscas algo caliente, hay que seguir por ahí...»

«¿Y cuándo tendrá lugar la próxima reunión?»

«Es difícil decirlo. Las fechas de sus reuniones se mantienen en secreto durante largo tiempo, para evitar que afluyan los periodistas... Yo organizo un concurso *on-line* este año. El primero que descubra dónde y cuándo se celebrará la reunión del Bilderberg lo ganará. Tengo a mucha gente buscando la pista... En 1993 ya les descubrió un internauta. Desde entonces son más desconfiados.»

«Pero ¿por qué tienen tanto miedo de los periodistas?»

«Para ser sincero, a veces acuden periodistas. Recuerdo que William Rees, un cronista del *London Times,* fue e incluso escribió un artículo sobre su presencia en la reunión del Bilderberg. En Francia, el jefe de los Echos participó también. Pero es muy raro. Oficialmente, la excusa es que la presencia de periodistas desnaturalizaría los debates, ya que los participantes tenderían a querer mostrarse políticamente correctos ante las cámaras... Qué gracia, ¿eh?»

«OK. Una preguntita más, Sphinx... ¿Cómo sabes todo esto?»

«Me interesa mucho todo aquello que no se nos quiere decir. Es la filosofía de los *hackers.* Bueno, de los verdaderos *hackers.* La información pertenece a todo el mundo.»

«También es la filosofía de los periodistas de investigación. Estamos hechos para entendernos...»

«Ya veremos. Tenme al corriente de tus avances. Vuelve aquí, con este servidor, cuando tengas alguna novedad.»

«Prometido. Muchas gracias, te mantendré informado.»

«Cuento con ello.»

Sophie cortó la conexión y cerró mi portátil suspirando. Luego se volvió hacia mí.

—¿Conseguirás dormir?

—No lo sé. Me gustaría.

Ella accedió.

—Es… muy fuerte, ¿verdad? —le dije.

—Habrá que verificar todo esto… Pero si es verdad… ¡pues sí, es muy fuerte!

—Vamos a intentar dormir, venga —dije, levantándome.

Volví a mi habitación. No sabía si era el cansancio o lo que acababa de revelarnos aquel *hacker,* el caso es que me encontraba en una especie de estado de conmoción. No llegaba a convencerme del todo de que aquello era cierto. Y me costó muchísimo conciliar el sueño.

Cuatro

Cuando sonó mi teléfono en medio del desayuno, esperé oír la voz de François Chevalier, y rogué que no fuese la de Dave Munsen. Pero la mañana nos reservaba una sorpresa muy distinta.

El hombre que me hablaba tenía un fuerte acento italiano, y se presentó con el nombre de Giuseppe Azzaro. Decía que era periodista de *La Stampa* y me pidió sin complejos si yo había recuperado «cierto manuscrito de Alberto Durero sobre la *Melencolia*» que mi padre había prometido enviarle hacía varios días...

Yo abrí mucho los ojos y lancé una mirada alucinada a Sophie. Ella no podía oír la conversación y me hizo un gesto de incomprensión. Me retiré el móvil del oído para ver si aparecía algún número en la pantalla, pero la llamada era anónima. Me levanté precipitadamente, cogí un bolígrafo y el bloc de notas en el cual ya había escrito la víspera, y anoté el nombre de mi interlocutor. Giuseppe Azzaro.

—Lo siento muchísimo, no he recuperado el documento del que me habla... La casa de mi padre ha sufrido un incendio, ¿sabe? Pero ¿cuándo dice que se vio usted con mi padre?

El otro colgó al momento.

—Pero ¿qué es esta locura? —exclamé yo, apagando el móvil.

—¿Quién era? —preguntó Sophie, impaciente.

—Un tío que decía que era periodista de *La Stampa,* y que dice que mi padre le había prometido enviarle un manuscrito de Durero...

—Me extrañaría mucho —dijo Sophie, con ironía—. ¿Un periodista italiano? Tu padre me habría hablado de él, ¿no?

—Sí, y sobre todo, no me habría colgado cuando le he pedido más explicaciones...

Ella se levantó y me hizo señas de que le siguiera al primer piso, donde encendió mi ordenador. Buscó en línea el número de teléfono de *La Stampa,* llamó a Roma, y en un italiano que me pareció bastante correcto, preguntó al telefonista si trabajaba en la redacción alguien que se llamaba Giuseppe Azzaro. Evidentemente, no era así.

—¡Daría algo por saber quién era ése! —exclamé, alterado—. Y también me gustaría saber cómo ha obtenido ese tío mi número de teléfono...

—Y claro, su número no aparecía...

—¡Claro! Pero puede que exista la posibilidad de obtenerlo a través de la compañía telefónica...

—Es imposible. No tienen derecho a hacer tal cosa.

—Sí, pero quizá podemos pedirles que lo busquen, ¡es un caso especial! —protesté.

—Sin duda haría falta la autorización de un juez para obligar a la compañía a comunicar el número en el transcurso de una investigación criminal... Y no serías tú quien obtuviese el número, sino la policía, además. ¡Olvídate del asunto!

—Sólo tenemos que pedírselo a la policía de Gordes —bromeé.

—Sí, o a tu amigo diputado.

—No es su estilo... ¿Y tú no conocerás a alguien que

pueda darnos ese condenado número? ¿No trabajas para Canal Plus? Canal Plus, Vivendi, SFR...

Ella sonrió, después dudó un momento.

—Sí, hay alguien en el Servicio Secreto que me debe un favor, pero te confieso que me molesta un poco tener que quemar ese cartucho sólo para obtener un número de teléfono.

—Es la única pista que tenemos, por el momento...

—Pero no es una pista en realidad. Después de todo, quizá era un antiguo periodista que ha oído hablar de todo esto, no sé cómo, y que ha intentado sacarte algo de información...

—¡Sí, hombre! —me burlé.

Ella hizo una mueca. Le tendí mi móvil.

—¡Vamos, Sophie, inténtalo! Por algún sitio tenemos que empezar nuestras investigaciones...

Ella aceptó, suspirando, y llamó a su contacto del Servicio Secreto. Me hundí en mi sillón para admirar la fuerza persuasiva de la periodista. El agente que estaba al teléfono se hizo rogar casi media hora antes de decirle a Sophie que vería lo que podía hacer. Sophie apretó los puños en señal de victoria y me devolvió mi teléfono, orgullosa. Me levanté y la besé en la mejilla.

—¡Bien hecho! —la felicité.

Bajamos para acabar de desayunar juntos. La seguí por la escalera. Ella andaba de una manera increíble. Había algo felino en sus caderas, y su velocidad parecía casi al ralentí.

«¡Tengo que dejar de mirarle el culo todo el día! Al final voy a tener tortícolis...»

Nos instalamos de nuevo en torno a la mesa del desayuno y ella me sirvió otra taza de café.

—El italiano que ha llamado ha mencionado un nombre

a propósito del manuscrito de Durero —dije, después de dar un sorbo—. No sé si es italiano o latín...

—*¿Melencolia?*—sugirió Sophie.

Asentí.

—Es el nombre del grabado al que hace referencia el manuscrito del que tu padre me envió un extracto —me explicó ella—. Los grabados de Durero son extremadamente complejos y simbólicos, pero, como ya te había dicho, tenía la ventaja de ofrecer a la posteridad notas explicativas de sus trabajos. *Melencolia* es el único grabado de Durero del que jamás se encontraron las notas correspondientes. No es mi especialidad, pero he hecho mis pequeñas investigaciones al respecto, después de las numerosas llamadas de tu padre. Los críticos Panofsky y Saxl mencionan la existencia de ese texto explicativo, un manual completo, que perteneció al amigo de Durero, el humanista Pirkheimer, antes de desaparecer.

—Pero ¿cómo haces para recordar todo eso? —me asombré, con la boca abierta.

—Es mi profesión... En resumen, el manuscrito del grabado *Melencolia* sería el que al parecer estaba en posesión de tu padre. No sé, por otra parte, cómo pudo encontrarlo...

—¿Y cómo es ese grabado?

—Representa a un personaje con alas de ángel, sentado junto a una casa, con un aire... ¡melancólico! A su alrededor hay muchos objetos... Resulta difícil de describir, porque el grabado es muy rico y denso.

—Es el que vi en el sótano de mi padre, junto a la copia de *La Gioconda.* Es absolutamente necesario que vayamos a la casa, diga lo que diga el bombero, porque quizá quede alguna cosa recuperable en ese maldito sótano. Y debemos ser nosotros quienes la recuperemos...

—La casa está sellada, Damien, y seguramente los guardias deben vigilarla.

—Bah, no exageres. Además, no estarán allí abajo día y noche. No es más que un pequeño incendio. Y después de todo es mía la choza. ¡Al menos tengo derecho a entrar!

Sophie sonrió.

—¿Sugieres una pequeña expedición nocturna? —preguntó, maliciosa.

—¿Quieres acompañarme?

—Bueno —suspiró ella—, hace casi dos días que estamos aquí metidos en esta casa siniestra. Si paso un día más aquí, acabaré por prender fuego a esas cortinas inmundas o tirar tu portátil por la ventana... No tengo nada en contra de un poquito de acción —concluyó, guiñándome el ojo.

Cuando me echan esos cables, me pongo muy tonto con las mujeres. Cualquier Bruce Willis habría aprovechado la ocasión para darle un buen revolcón a Sophie, pero yo me contenté con sonreírle como un idiota, intentando convencerme de que seguramente no había en aquello ninguna doble intención. Sin un gramo de alcohol en la sangre era incapaz de seducir a una mujer, y mucho menos a una lesbiana. Mis fans americanos seguramente me habrían abucheado si hubiesen descubierto mi inesperada timidez, pero sin duda ignoran lo que todos los franceses saben perfectamente: los que más hablan son los que menos hacen.

Hacia el final de la mañana me entraron ganas de estirar las piernas y ver Gordes bajo una luz mejor, así que decidí ir a dar una vuelta por la ciudad. Sophie aprovechó mientras tanto para continuar sus investigaciones sobre Durero.

—Al menos sé prudente —me dijo mientras yo salía de casa.

Me fui a pie, subiendo alegremente la cuesta que

conducía a Gordes. Entrar en la ciudad era como entrar en un parque de atracciones. Como si nada hubiese quedado al azar, como si cada noche unos empleados invisibles acabasen de pintar las paredes y limpiar las calles para conservar aquella perfección casi irreal. Hasta en la mirada digna de los habitantes brillaba la excepcionalidad de aquel lugar.

Fui paseando por las arterias pavimentadas, con las manos en los bolsillos. Pasé ante las agencias inmobiliarias y los anuncios de casas inmensas con sus piscinas azuladas. Admiré los alineamientos de fachadas grises, las hileras de tejados naranjas más abajo, los montes entre las casas, las rocas blancas que aparecían aquí y allá, recortadas. Entré en una tienda, miré las postales, sin verlas en realidad. Mi espíritu estaba lejos.

Seguí caminando así por las calles de la ciudad y después, sin pensar, llegué ante la inmensa iglesia que domina la plaza central. Me quedé inmóvil a la sombra de los árboles, acunado por el silencio y el viento. Allí, mucho más que en ningún otro lugar, en aquel punto de la ciudad donde se alineaban las terrazas de los cafés, Gordes parecía esperar pacientemente el verano, las hordas de turistas que trae el sol y que provocan tanto la alegría como la desgracia de todos aquellos que los reciben. Espectáculo ridículo bajo la mirada ancestral de la vieja iglesia, congelada en el tiempo.

Decidí entrar en la iglesia cuando me di cuenta de pronto de que a su sombra, en el lado derecho, un sacerdote, completamente vestido de negro, salía por una puertecita de madera. Caminaba con paso rápido, la cabeza hundida entre los hombros como si tuviese frío. El recuerdo me invadió de golpe. Era él. El sacerdote que me había observado en medio de la multitud, ante la casa de mi padre. ¿Por qué me espiaba así? ¡Qué mirada más extraña! Era como si tuviese alguna cosa que decirme, pero no se atreviese a acercarse a mí.

Dudé un momento y luego decidí seguirlo. Abandonó la pequeña placita sombreada en medio de los cafés y se internó

en una calle en pendiente. Aceleré el paso hasta la entrada de la calle, después seguí a un ritmo normal. No quería atraparlo enseguida. Quería ver adónde iba. Saludó a una pareja a su paso, y después dio la vuelta hacia una callecita a la izquierda. Yo fui aminorando el paso y me distancié por miedo de que me hubiese visto, esperé detrás de la esquino y después, cuando llegué al otro lado de la calle, volví la cabeza y lo vi desaparecer en una casa un poco más arriba.

Sin reflexionar corrí hacia él y lo llamé.

—¡Padre!

Él se sobresaltó. Cuando me vio, comprendí que me reconocía. Lanzó una mirada por encima de mi hombro y me hizo señas de que entrase.

—¿Puedo ofrecerle un café? —me propuso, con voz grave.

Un poco sorprendido, acepté y le seguí hacia lo que debía de ser la casa parroquial. La decoración al parecer no había cambiado desde los años treinta. Todos los colores estaban desvaídos, la madera hundida por los años, los papeles pintados desgastados. Los muebles rústicos, sin florituras, se integraban en las paredes. Algunos objetos religiosos espantosos y horribles cuadros bíblicos terminaban de dar al lugar un velo siniestro y anticuado. Pero en el salón flotaba un delicioso aroma a carne asada.

Una mujer gorda e hirsuta apareció detrás de la puerta con un delantal grotesco —en él se veía una caricatura de Giscard con la frase: «Adivina quién viene a cenar hoy»— y unas zapatillas enormes.

—Huele muy bien, Jeanne —afirmó el sacerdote, dirigiéndole una sonrisa.

—Gracias. ¿El señor comerá aquí? —preguntó, apuntando hacia mí con la barbilla.

—No, no —respondí yo, al interrogarme el sacerdote con

la mirada—. No puedo quedarme.

La mujer asintió con la cabeza y volvió a la cocina, arrastrando los pies. El sacerdote me hizo señas de que me sentara en la enorme mesa del salón, desapareció en la cocina y volvió un rato después con dos tazas de café. Yo estaba muy violento. Crucé las manos encima del mantel de plástico con cuadros rojos y blancos.

—Lo siento muchísimo por la casa de su padre —suspiró él al fin, sentándose frente a mí.

—¿Lo conocía usted? —pregunté, intrigado por averiguar por qué se me había quedado mirando fijamente el día anterior y por qué me invitaba hoy a su siniestra casa parroquial.

—Fui yo quien le vendí la casa.

Pronunció aquella frase como si se tratase de una confesión, un pecado imperdonable. Yo el confesor y él el pecador. Tuve la impresión de estar al otro lado del confesionario.

—Ya veo...

El sacerdote levantó los ojos hacia mí. Juraría que vi miedo en su mirada.

—¿Le dijo por qué la quería? —me preguntó.

—No —respondí yo, interesado.

—Ah. ¿Le gusta la región?

Me encogí de hombros. El sacerdote estaba visiblemente más violento que yo. Era uno de aquellos momentos en que los silencios se incrustan entre las frases, pesados y penosos, las miradas no saben dónde posarse, las manos dónde esconderse...

—Sí —respondí, tontamente—. Es muy bonita. Aún no he visto gran cosa, pero todo es muy hermoso. Pero me dirá usted por qué, padre...

—Tendría que visitar Bories —me cortó—. Es impresionante. Un poblado antiguo que se remonta a tres mil años...

—¿Por qué compró mi padre esa casa? —insistí yo, viendo que él intentaba cambiar de tema.

El sacerdote se frotó las manos con aire molesto.

—Esa casa perteneció a Chagall.

Hice una mueca, extrañado.

—¿A Chagall?

—Sí, como muchos pintores, vivió en Gordes en los años cuarenta, antes de partir hacia Estados Unidos. Tenía una casa grande, con su mujer, pero también tenía esta otra... a escondidas.

—¿A escondidas? ¿Para recibir a sus amantes? —sugerí, riendo.

—No, en absoluto.

—Pero entonces, ¿para qué?

—Pero, ¿no le dijo nada su padre? —se asombró el sacerdote, volviendo a dejar la taza de café en la mesa.

—Pues en realidad no... no nos hablábamos. Pero ahora tengo necesidad de saberlo. Encontré todas esas cosas raras en el sótano...

El sacerdote abrió los ojos de par en par.

—Tendría que olvidar todo eso, joven.

—¿Olvidar el qué? ¿Qué es lo que usted sabe?

—Su padre se imaginaba un montón de cosas completamente insensatas. Esa casa perteneció a Chagall, a su padre le gustaba mucho Chagall, y se obsesionó y empezó a imaginar cosas...

—¿Qué es lo que me está contando? Lo que había en el

sótano no tenía ninguna relación con Chagall…

—¡Olvídese de todo eso! Venda la casa y vuelva tranquilamente a la suya, no cometa el mismo error que su padre…

Tenía la sensación de estar soñando. Las frases del sacerdote eran cada vez más embrolladas, más surrealistas. Parecía un mal folletín. Él hablaba cada vez más rápido, casi elevando el tono.

Se levantó de golpe y con aire severo dijo:

—Lo siento muchísimo, pero tengo que preparar la misa… ¿Le acompaño?

Parecía aterrorizado. Yo me levanté también. Habría querido insistir, pero no me atrevía a hablar más. Estaba tan sorprendido por la extraña actitud del sacerdote que no sabía, verdaderamente, qué decir. Él me acompañó hasta la calle y antes incluso de que pudiera despedirme, cerró la puerta detrás de mí.

Me quedé algunos segundos inmóvil en la acera, con un deseo furibundo de echar la puerta abajo y exigirle al sacerdote que me lo contara todo. Meneé la cabeza, incrédulo, y decidí volver enseguida con Sophie.

Media hora más tarde comíamos juntos y le contaba toda la historia.

—Es muy raro —afirmó la periodista.

—A mi padre le gustaba muchísimo Chagall. Pero de ahí a comprar su casa en Gordes… Me pregunto qué es lo que oculta ese cura. Tenía miedo. Miedo de verdad.

—En todo caso, nos da una nueva pista que seguir: Chagall.

Al principio de la tarde recibimos la llamada que esperábamos con impaciencia. El contacto de Sophie en el Servicio Secreto nos dio una buena noticia. Había conseguido

identificar la fuente de nuestra misteriosa llamada. Antes de revelárnosla, le dijo a Sophie que estaban en paz y le hizo prometer que no le volvería a pedir jamás ese tipo de servicios. Ella replicó que seguramente un día tendría que hacer algún otro reportaje sobre Oriente Medio y eso bastó visiblemente para poner en su lugar a su interlocutor. No sabía qué era lo que había entre ellos, pero Sophie lo tenía cogido por las pelotas, como se dice vulgarmente.

El otro masculló algo que no entendí, después dictó a Sophie un nombre y un número que ella copió en nuestra libreta. Le dio las gracias y colgó sin añadir nada más.

—¡Bingo! —exclamó ella, con una mirada orgullosa.

—Bueno, ¿qué? —me impacienté yo.

—Nuestro amigo de esta mañana nos ha llamado desde Roma, pero no desde *La Stampa*. La llamada venía de las oficinas de una sociedad llamada Acta Fidei.

—¿Y qué es eso?

—¡No tengo ni la menor idea! —confesó Sophie, mientras se levantaba—. Pero no tardaremos en saberlo...

Subimos de nuevo al primer piso y volvimos a colocarnos ante mi ordenador para seguir con la investigación. Aquello se había convertido en un ritual. Me encantaban aquellos momentos en que ella tecleaba, yendo de sitio en sitio, pulsaba en los vínculos, suspiraba, se entusiasmaba, recogía los datos esenciales sin darme tiempo siquiera de leerlo todo. Ella estaba en su universo. Rápida. A gusto. Fumaba un cigarrillo tras otro, colgándoselos entre los labios para tener las manos libres, los ojos entrecerrados. El humo subía por su cara y flotaba ante la pantalla. Yo la observaba algo apartado, divertido e impresionado a la vez, y me esforzaba por escuchar sus explicaciones.

Enseguida descubrió que Acta Fidei era una organización religiosa domiciliada en el Vaticano. Organización oficial, sí,

pero muy... especial. En primer lugar, cada vez que encontrábamos una vaga alusión a Acta Fidei, el nombre estaba asociado al Opus Dei. Las dos sociedades tenían, en efecto, numerosos puntos en común, con una diferencia importante: la primera no buscaba, aparentemente, ni la publicidad ni el reclutamiento masivo con el que soñaba la segunda.

Acta Fidei era pues un movimiento espiritual con objetivos un poco vagos y que se beneficiaba de los favores más o menos directos del Vaticano. Era poco, pero para empezar ya teníamos algo. Pero lo que llamó nuestra atención fue que era casi tan difícil encontrar información sobre Acta Fidei como sobre el Bilderberg. La misma imprecisión misteriosa reinaba en torno a esas dos organizaciones. Y ninguna de ellas disponía de sitio oficial, cosa que no simplificaba precisamente las cosas.

—Estamos en tu terreno —sugerí yo—. La religión. Tendrías que ser capaz de encontrar alguna cosa.

Ella se encogió de hombros.

—Conozco el Opus Dei, pero realmente nunca había oído hablar de Acta Fidei...

—Bueno, pues cuéntame lo que ya sepas del Opus Dei... Porque yo confieso que no sé nada.

—Es una organización religiosa de principios del siglo XX, bastante retorcida y que ha evolucionado bastante mal, que a menudo juega el papel de *lobby* cristiano integrista y está muy a la derecha, afín a algunos poderes políticos.

—¿Por ejemplo?

—Se sospecha que apoyó indirectamente el régimen franquista, la dictadura de Pinochet...

—Ah, qué encanto de gente...

—Durante el Irangate se descubrió que el Opus Dei

participó en la financiación de la Contra de Nicaragua.

Me daba vergüenza confesar mi incultura, pero no tenía ni idea de lo que me estaba hablando ella. Yo había estudiado literatura, y supongo que pasé demasiado tiempo ocupado con la literatura del siglo XIX y demasiado poco con los periódicos...

—¿Y qué es la Contra?

—Un grupo de extrema derecha que se oponía a los Sandinistas, en Nicaragua. ¿El escándalo del Irangate tampoco te dice nada?

—Sí—respondí tímidamente—. Pero creía que hacía referencia a las armas que Reagan vendió a Irán...

—Sí, y el dinero le sirvió sobre todo para financiar a la Contra. Como diversos *lobbies* de la extrema derecha, y en particular el Opus Dei, los americanos cometieron a menudo el error de querer combatir el mal con el mal financiando a veces a verdaderos canallas. Un poco como Bin Laden en Afganistán.

—De acuerdo.

—En resumen, el Opus Dei ha aparecido mencionado varias veces en asuntos muy turbios. La fiscalidad de la organización, que es tentacular, es de lo más sospechosa, de modo que a menudo se la conoce como Santa Mafia... Cuando se sabe que la Contra ha organizado una red de tráfico de cocaína imposible de erradicar, resulta muy divertido que se diga que estaban financiados por el ojito derecho del Vaticano, ¿no?

—Cada vez más encantador.

—¿Qué más te puedo contar? Ah, sí, otro ejemplo delicioso. El Opus Dei está muy ligado a la asociación Human Life International.

—¿Y qué es eso?

—Unos iluminados pro vida. Si te digo el título de su libro de cabecera, lo comprenderás todo: *El holocausto del aborto, la solución final de hoy*. Comparar el aborto con el holocausto y los abortistas con nazis es encantador, ¿no te parece?

—Ah, sí, esos comandos antiabortos que entran a la fuerza en los hospitales…

—¡Exactamente! Es una gente que no duda en tratar públicamente a los homosexuales de criminales desviados…

—Sí, ya veo el panorama. No son precisamente lo que mi madre llamaba «buenos cristianos», pero en fin… ¿Qué poder real tiene el Opus Dei?

—Sobre todo político. Sin querer entrar en delirios paranoicos, es innegable que varios gobiernos europeos han sufrido infiltraciones de simpatizantes del Opus Dei. Y su poder es también económico. El Opus Dei posee numerosas sociedades anónimas que les sirven de pantalla…

—Los bancos del Señor son impenetrables…

—¡Y que lo digas! Uno de los simpatizantes del Opus Dei no era otro que el tristemente célebre arzobispo Marcinkus, presidente del Instituto para las Obras de Religión, la banca del Vaticano, en la época del escándalo financiero del Banco Ambrosiano… ¿Te acuerdas?

—Vagamente…

—La justicia italiana obligó al banco a pagar doscientos sesenta millones de dólares para reembolsar a los acreedores después del escándalo. Numerosos analistas afirman que fue el Opus Dei quien pagó la parte del Instituto para las Obras de Religión, cosa que explicaría, sin duda, que el Papa se sienta en deuda…

—Ah, sí, es verdad, ya me acuerdo de esa historia —admití—. Bueno, hay sinvergüenzas por todas partes… en cuanto hay dinero en juego. Pero bueno, eso tampoco significa

que todo el mundo en el Vaticano esté en el ajo.

—Esperemos que no… El Vaticano ya tiene otras glorias que asumir. Una investigación reciente del *London Telegraph* acaba de demostrar que la banca del Vaticano era el principal destinatario de más de cincuenta y cinco mil millones de dólares de dinero sucio italiano, y se colocaba así en el octavo puesto de los destinos utilizados en todo el mundo para el blanqueo de dinero. Delante de las Bahamas, Suiza o Liechtenstein…

—De acuerdo, pero una vez más, eso no significa que todo el mundo en el Vaticano sea responsable…

—Sí. Pero el problema, volviendo a lo nuestro, es que hoy en día el Opus Dei se beneficia de la protección directa de Juan Pablo II, que les debe más o menos su acceso al Vaticano. Como resultado, el Opus Dei es prácticamente inatacable. Asistimos a un verdadero blindaje cuando uno intenta tocar a uno de los pequeños protegidos del Papa. Personalmente, el Opus Dei me da la impresión de ser más bien una secta lucrativa que otra cosa…

—Es verdad que es un poco la imagen que da su sitio en Internet. Las fotos de niños guapos que sonríen, el sol que brilla… ¡Se creería uno entre los cienciólogos!

—Creo que prefiero a los cienciólogos, porque no se benefician de la protección del Papa, al menos… Lo que me da ganas de vomitar realmente es que recluían a menores. Los padres de niños que habían sido reclutados por el Opus Dei ya montaron una asociación para informar a la gente de los peligros de esa secta.

—En resumen, una gente admirable. Pero, ¿cuál es su relación con Acta Fidei?

—No tengo ni idea —confesó Sophie.

—¿Y si se lo preguntásemos a nuestro amigo el *hacker?* Después de todo, parece que le encantan estos pequeños

misterios...

—¡Buena idea!

Entró en el programa de comunicaciones que nos habíamos descargado y se conectó al servidor de América del Sur. Sphinx no estaba presente, pero apareció al cabo de unos minutos, sin duda advertido de nuestra presencia por su programa.

«Buenos días, Haigormeyer. ¿La caza ha ido bien?»

«No ha hecho más que empezar... No tenemos gran cosa, por el momento.»

«Ten cuidado, que uno se aficiona.»

«Tengo otra pista. Quizá sepas algo sobre esto: Acta Fidei.»

«¡No lo he oído nunca!»

Hice una mueca.

«Es una organización religiosa domiciliada en el Vaticano, que parece tener relaciones con el Opus Dei...»

«¡Vaya! ¡El Bilderberg, el Opus Dei! ¡Me sacas todo el repertorio! Tengo cientos de ficheros sobre el Opus Dei, pero no recuerdo haber visto ni una sola vez las palabras Acta Fidei...»

«Al menos, ¿podrías investigar un poco?»

«¿No eres tú la especialista en temas religiosos? ¿Qué relación hay entre el Bilderberg y la cosa esa?»

—¿Qué le digo? —me preguntó Sophie.

—Algo vago —sugerí—. De momento, la curiosidad bastará para tentarlo.

«Que yo sepa, ninguna relación directa. No hago más que informarme sobre algunas organizaciones un poco misteriosas, eso es todo.»

«Vale. De acuerdo. Déjame un poco de tiempo y te traeré lo que pueda.»

«Gracias.»

«Podrías hacerme un pequeño favor, a cambio...»

Sophie suspiró.

—Ya tardaba —observé yo.

—Lo necesitamos. A ver lo que quiere...

«Si puedo...»

«¿Tienes algún amigo en la prensa escrita?»

Sophie dudó.

«Pues claro.»

«¿Tienes la suficiente influencia sobre alguno de ellos para convencerle de que publique una foto de George Bush que te voy a enviar?»

«¿Qué foto?»

«Una foto anodina, que podría ilustrar cualquier artículo sobre Bush... En estos momentos hay material.»

«Si es anodina, ¿por qué quieres que la publique en un periódico?»

«Digamos que tiene mi firma... Invisible a simple vista. Nada malo. Sólo un pequeño desafío para mí.»

«No estoy segura de comprenderlo...»

«Te envío un fichero con la foto y procura que la publiquen en un periódico de gran tirada. A cambio, te encuentro información candente sobre Acta Fidei. Es sencillo, ¿no?»

Sophie se frotó la barbilla. Dudó un momento y después volvió a teclear.

«No querrás meterles un virus, ¿verdad?»

«No, nada de eso, te lo prometo.»

«Bueno, trato hecho.»

«Te envío el fichero enseguida y vuelvo cuando tenga la información para ti.»

Y se desconectó. Se abrió una ventana en la pantalla con el mensaje: *«Accept incoming file transfer?».* Sophie pulsó en el sí y esperó a que bajase el archivo.

—¿Qué es toda esa historia? —le pregunté, desconcertado.

—Supongo que algún jueguecito de *hacker.* Los piratas se lanzan desafíos de este tipo a menudo. Gana el que deja su marca en mayor número de sitios... Cuando piratean un sitio, dejan una huella de su paso para demostrar su hazaña. En este caso supongo que es algo mucho mejor aún: va a dejar su huella *off line,* en un periódico de gran tirada.

—¿Su huella? —me extrañé.

—Sí, sin duda hay un mensaje codificado en el interior de la foto. Una cosa que sólo se ve con lupa, algo así...

—Es una bobada, ¿no?

—Forma parte del juego... Y creo que también lo hace para probarme —añadió Sophie, encendiendo un cigarrillo.

Se levantó y fue a echarse en la cama, suspirando. Con los ojos clavados en el techo, daba largas caladas a su Chesterfield.

—¿Crees que se arriesgará a pedirnos otra cosa después?

—Si todavía le necesitamos, es posible...

—¿Y tienes los medios para que publiquen su foto?

—En *Libération,* sin problemas.

No pude evitar sonreír.

—Bueno, ¿qué hacemos mientras esperamos? —

pregunté, apoyado en el marco de la puerta.

—Pues no lo sé, pero supongo que quizá hemos encontrado ahí un nexo con el cura…

—¿Cómo? ¿Estás de broma? No creerás que hay alguna relación entre el loco que me ha llamado desde Roma y el cura de un pueblecito de Provenza…

—¿Y por qué no? Decías que parecía tener mucho miedo. ¿Qué puede dar tanto miedo a un cura, sino una organización misteriosa cercana al Vaticano?

Yo meneé la cabeza con aire dubitativo.

—Tenga relación o no —continuó la periodista, incorporándose en la cama—, la actitud de ese cura era muy rara, ¿no?

—Pues sí, pero…

—¿Y si lo intentases otra vez? ¿Si volvieras a verlo? Podrías dejar caer las palabras Acta Fidei en la conversación y ver cómo reacciona…

—No estoy seguro de que acepte volver a verme —repliqué—. Prácticamente me ha puesto de patitas en la calle.

Sophie se levantó y me empujó ante ella, hacia las escaleras.

—Vale la pena intentarlo. Vamos. De todos modos, no tenemos nada mejor que hacer, mientras esperamos que Sphinx se ponga en contacto con nosotros.

Salimos los dos de la casa.

—¿Vamos a pie? —propuso ella.

—Yo ya he andado bastante hoy… ¿Te llevo en la moto?

—No, no. ¡Cogemos el Audi!

—¿Qué problema tienes con las dos ruedas? —le pregunté, irritado.

—Hacen mucho ruido, huelen fatal, no son cómodas, no se puede llevar equipaje y no tengo ganas de cogerme a tu cintura. Y además, por encima de todo… ¡una Harley! Pero ¿no te das cuenta de lo hortera que es una Harley?

—Pues no —confesé, encogiéndome de hombros—. Contrariamente a lo que tú dices, es más bien cómoda, divertida de conducir, se está en contacto directo con el paisaje, procura sensaciones fuertes…

—Mira mi coche, Damien. Es un Audi. ¿Cómo voy a preferir tu inmundo vibrador americano gigante al motor irreprochable de mi coche alemán?

Me eché a reír.

—Vale, de acuerdo —cedí, levantando los brazos.

Me senté a su lado y el coche se metió por la carretera sinuosa que subía hasta Gordes. Al sur, las líneas del horizonte de las colinas se cruzaban hasta perderse de vista, océanos de canicas verdes manchadas con corderos blancos.

Estábamos solos y lejos de todo. Yo de Nueva York, ella de París. Había algo irracional en nuestra presencia. Como si la villa nos hubiese abducido. Gordes. Se suele decir que las ciudades tienen corazón. Que tienen alma. Y quizá hasta varias, que flotaban a lo largo de las calles, rebotaban en los adoquines, se colaban como el viento a lo largo de los muros rugosos hasta la cima de los árboles, trepaban a las chimeneas para entrar en las casas como Asmodeo que arranca los tejados.

Me encogí de hombros y deseché esa sensación ridícula.

Llegamos ante la casa parroquial hacia las seis de la tarde. Sophie aparcó el coche dos números más allá. La calle estaba desierta. No pasaba nadie. La mayor parte de las casas parecían vacías. Los postigos estaban cerrados. Sin duda se llenarían en verano.

Yo temblé de nuevo. Ya había notado aquella impresión

extraña. En Saint-Malo o en Carcasona, fuera de estación, en pleno invierno, cuando el frío ha expulsado hasta a los turistas más tenaces. Pero la ciudad sigue allí. Vacía de gente, pero llena de alma. No hay nada más. La ciudad. Esas calles y callejas que forman el alineamiento de las casas. Postigos cerrados como ojos que reposan. Puertas cerradas para que las residencias callen. Son las mismas fachadas, las mismas aceras, los mismos adoquines. Pero el aire es distinto.

Calmo y terrorífico a la vez.

—Te espero en el coche —propuso la periodista.

Salí, eché un vistazo a los dos lados de la calle y avancé hacia la casa parroquial con las manos en los bolsillos. Con la cabeza hundida entre los hombros y la mirada huidiza, tenía la sensación de ser el mal detective de una mala novela policíaca.

Llegado ante la vieja casa del cura, eché una mirada a mi alrededor, y después, como no vi timbre alguno, golpeé la puerta.

No hubo respuesta. Golpeé de nuevo, más fuerte. Nada. Di un paso atrás y levanté la cabeza para mirar en el primer piso. No había ninguna lámpara encendida, pero eso no quería decir nada, porque todavía era de día. Después de dos minutos enteros de silencio, concluí que la casa estaba vacía.

Volví la cabeza hacia el coche de Sophie. Vi su mirada en el retrovisor. Levanté los hombros y los brazos con aire de impotencia.

La periodista salió del coche y vino a unirse a mí enseguida.

—No hay nadie —expliqué.

Sophie tendió la mano hacia la puerta e intentó girar el picaporte. La puerta se abrió ante mí.

Yo la miré, perplejo.

—¿No vamos a entrar, verdad? —me ofusqué yo.

—¡Sssh! Sólo un momento. Echamos un vistazo nada más y nos vamos —insistió ella, avanzando hacia la entrada.

Yo me disponía a protestar, pero la periodista ya estaba dentro. Yo echaba pestes. Me volví para ver si alguien nos observaba y entré sin ruido en la casa parroquial, cerrando suavemente la puerta detrás de mí.

—¡Estás completamente loca! —murmuré, cogiendo a Sophie por el hombro.

—¿Por qué? La puerta estaba abierta.

—¿Y qué? Ése no es motivo para entrar.

—¡No seas antiguo! —se burló ella, rechazando mi mano —. Vamos, démonos prisa.

Se precipitó hacia el salón, donde empezó a abrir los cajones. Yo no creía lo que estaba viendo.

—¡Sophie! —insistí, levantando el tono—. ¡No! ¡No estoy de acuerdo!

—Escucha —replicó ella, lanzándome una mirada decidida—, este cura tiene algo que ocultar y tengo la intención de averiguar qué. Así que o me ayudas o sales de aquí.

Se quedó inmóvil unos segundos, sin dejar de mirarme, y después se volvió en redondo y siguió registrando.

Yo estaba desconcertado. Pero me dije que si la ayudaba iríamos mucho más rápido, sin duda, y saldríamos antes. Suspiré y me puse a registrar también.

Abrimos todos los cajones, todos los armarios de la planta baja. Pero nada atrajo nuestra atención. Todo estaba lleno de polvo. Biblias antiguas, periódicos viejos, libros viejos, antiguos discos de música sacra...

Sophie se precipitó hacia la escalera y yo la seguí hasta

el primer piso. En el rellano había tres puertas cerradas. Sophie me lanzó una mirada interrogativa. Yo me encogí de hombros.

Ella probó la primera puerta a la izquierda. Era el baño. Cerró enseguida esa puerta y probó la segunda. Durante ese tiempo, yo iba avanzando lentamente hacia la ventana para intentar ver a través de los visillos si venía alguien.

Oí ruido de pasos en la calle. Unos tacones de aguja. Una joven. Contuve la respiración. Pasó delante de la casa sin entrar y continuó hacia el otro lado de la calle.

Sophie entreabrió la puerta. Yo me volví. Descubrí por encima de su hombro una habitación oscura, con los postigos cerrados. Sin duda la de la criada. No había gran cosa en el interior, algunos adornos, algunas fotos, ropa de mujer, un crucifijo encima de la cama y una rama seca metida detrás del Cristo.

Sophie se agachó, echó una mirada debajo de la cama y salió de la habitación.

En aquel instante sonó un ruido en la planta baja. Sophie se quedó inmóvil justo delante de mí, abriendo mucho los ojos.

Tres golpes. En la puerta de entrada. Un silencio. Después, la voz de una mujer que llamaba.

—¿Señor cura? ¿Está ahí?

Se oyó el eco de su voz en la callejuela, a través de la ventana. Nosotros no nos movimos.

Lentamente, la puerta de entrada se abrió, chirriando.

Yo cogí a Sophie por el brazo, aterrorizado.

—¿Señor cura? —insistió la señora de la planta baja.

Se oyeron sus pasos en el vestíbulo.

—¿Hay alguien?

Después, ella rezongó algo sobre la puerta abierta y salió, cerrándola de golpe. Oí el ruido de sus pasos que se alejaban por la calle.

Sophie dio un largo suspiro de alivio. Una gota de sudor se deslizó por mi frente. Me la sequé con la manga y murmuré:

—¿Nos vamos?

—¡Espera! —respondió ella—. Queda una habitación. Avanzó hacia la tercera puerta y giró el picaporte. La cerradura emitió un sonido metálico. La puerta estaba cerrada.

—¡Vaya! —exclamó la periodista.

—¿No sabes abrir puertas cerradas? —le pregunté, con un tono burlón.

—¡Soy periodista, no ladrona! —replicó ella, haciendo una mueca.

—¿Ah, no?

Ella se puso a buscar por el rellano, esperando sin duda que la llave estuviese allí. Pasó la mano por encima de un armario, deslizó los dedos sobre la superficie de una cornisa que corría alrededor de la habitación. Pero no encontró nada. La llave estaba en otro lugar. Sin duda, en el bolsillo del sacerdote.

Sophie lanzó una maldición. Después me dirigió una mirada impaciente:

—¿Forzamos la puerta?

Yo bufé.

—Pero, ¿estás completamente loca? ¡Acabas de decirlo, no somos ladrones! ¡Nos vamos ahora mismo!

Ella cedió, a regañadientes, y me siguió escaleras abajo. Llegamos a la planta baja, y mientras yo me disponía a abrir

la puerta de entrada, Sophie me llamó.

—¡Espera! El escritorio pequeño que hay debajo de la escalera, ahí... No lo hemos mirado.

—Rápido —le supliqué yo, dejando caer los hombros de nuevo, exasperado.

Ella abrió el mueblecito y empezó a rebuscar.

—¡Hay una carta de tu padre! —exclamó de repente.

Se metió el sobre en el bolsillo, echó un último vistazo al interior del mueble y después se reunió conmigo ante la puerta.

—Bueno, ¿nos vamos ya de una vez? —dije yo, esperando que no hubiese nadie al otro lado.

Ella dijo que sí, sonriendo.

Abrí la puerta, saqué la cabeza fuera. Había vía libre. Hice señas a Sophie de que me siguiera y corrimos hacia su coche.

Una vez en su interior, Sophie se volvió hacia mí y se echó a reír.

—¡Robar en una casa parroquial! —exclamé yo—. ¡Qué vergüenza!

—¡No te pases, Damien, sólo hemos cogido una carta!

Arrancó el coche y en ese preciso momento vi aparecer la silueta del cura en el retrovisor.

Me eché al suelo para desaparecer detrás del respaldo de mi asiento.

—¡Ahí le tenemos! —murmuré.

Sophie sacó delicadamente el coche de su sitio y siguió por la calle.

—¡Qué cosas me obligas a hacer! —me quejé yo, enderezándome cuando ya salíamos de la ciudad.

—Es emocionante, ¿no? Y espera, no ha acabado todo, ¡esta noche vamos a casa de tu padre, te lo recuerdo!

—¡Me temo lo peor!

Pero ella tenía razón. Era emocionante. Mucho más de lo que hubiese podido imaginar. Mucho más que escribir guiones para la televisión neoyorquina, en cualquier caso.

Algunos minutos después llegamos a su casa y ella se precipitó hacia el escritorio del primer piso para abrir el sobre.

Antes de leer la carta, se volvió hacia mí.

—¿Puedo leerla? Es una carta de tu padre, después de todo. Quizá quieras...

—No, no —la corté—. ¡Vamos! ¡Léela en voz alta!

Ella colocó la hoja delante, la alisó encima del escritorio y empezó a leer.

Padre:

Le doy las gracias por su último correo.

Le estoy muy agradecido por la diligencia y la buena voluntad que me ha demostrado en este asunto. Gracias a usted, hemos podido concluir felizmente una operación que nos satisface por completo. La casa es preciosa, y esta primera estancia en Gordes me ha gustado mucho, más aún, me ha encantado. Yo creía ser un parisino convencido, pero debo confesarle que he cambiado recientemente, y he podido encontrar en su acogedor pueblo una tranquilidad y una serenidad que no se verán impregnadas jamás de aburrimiento alguno.

Como le prometí, le tendré al corriente si hago cualquier descubrimiento. Fundo mis investigaciones en un cuaderno de notas de Chagall que encontré en París, en un anticuario. Ese cuaderno hace referencia a unos

documentos sobre Durero que Chagall escondió en esta casita. Sé que usted no cree demasiado en ello, pero si el maestro de lo maravilloso y lo naif, del sueño y las premoniciones, le vendió directamente esta casa a usted, y si usted jamás encontró nada, sea lo que sea, es porque quizá esos documentos siguen entre sus muros. En todo caso, las notas afirman que el pintor dejó todas esas cosas en su lugar antes de partir. Como soy un apasionado de la obra y la vida de Chagall, ésta es para mí la excusa ideal para buscar un poco de descanso (¡bien merecido!) en Gordes.

Reitero mi promesa: le tendré al corriente, tanto a usted como al museo de Gordes, de mis descubrimientos futuros, y si puedo echar una mano al municipio o a su parroquia de una manera u otra, estaré absolutamente encantado.

Reciba usted, padre, mis saludos más respetuosos.

Sophie dejó de leer y volvió a meter la carta en el sobre.

—Interesante —dijo, sencillamente.

—Un poco condescendiente, ¿no? Se diría que era un parroquiano devoto, y en realidad jamás puso los pies en una iglesia...

Sophie levantó los ojos al cielo.

—¡El asunto no es ése! Lo interesante es que ahora ya sabemos cuál es la relación entre Chagall y lo demás. Fue Chagall quien puso a tu padre sobre la pista de Durero.

—Sí. Asombroso.

—Y por eso compró la casa.

—Y parece que encontró lo que buscaba.

—El manuscrito de Durero.

—Lo que no comprendo es la actitud del sacerdote. Mi

padre parecía tener buena relación con él…

—Sí, pero esta carta es anterior al descubrimiento del manuscrito de Durero. Las cosas quizá empezaron a complicarse cuando tu padre encontró algo.

—Sin duda. En todo caso, ese sacerdote sabe mucho más de lo que dice…

En aquel instante, el icono del programa IRC se puso a parpadear en la parte baja de la pantalla y sonó un pitido. Sphinx estaba de vuelta.

Sophie se precipitó al teclado y abrió la ventana de diálogo.

«Hola, Haigormeyer. ¿Has recibido mi fichero?»

«Sí. Mañana le daré tu foto a un amigo que trabaja en *Libé.* Ya te tendré al corriente. ¿Y tú qué me puedes contar?»

«Ah, que sí.»

«??»

«He dado una vueltecita por un servidor muy curioso alojado en el Vaticano. Los cibercatólicos todavía tienen que aprender muchas cosas en materia de seguridad informática…»

«¡Quién sabe! ¡Quizá acabes por ir a darles cursos!»

«¿Por qué no? A finales de los noventa me cogieron por una chorrada. Todavía no tenía ni dieciocho años. La Dirección de Seguridad me propuso un trato: o me presentaba ante el juez o les daba lecciones…»

«¡Increíble! ¿Y qué pasó?»

«Acepté enseñarles algunos trucos… Pero no te preocupes, no se lo conté todo.»

«Divertido… Entonces, ¿qué pasa con Acta Fidei?»

«Encontré un servidor registrado a nombre de una

sociedad que se llama Inadexa. Probablemente es una tapadera. Pero lo que es interesante es que los nombres de Acta Fidei y de Opus Dei aparecían en varios documentos. Después de diversas investigaciones sin demasiado interés, di con los estatutos completos de Acta Fidei.»

«¡Excelente!»

«Sí, y además encontrarás allí la dirección de su sede en Roma, en Washington y en París, donde se han instalado bajo el nombre falso de Inadexa, y, ¡tachan! una lista exhaustiva de los miembros de su comité directivo en los últimos cinco años.»

«¡Sphinx, eres un genio!»

«Espera, eso no es todo. Me he permitido echar una ojeada a esa lista y, al cruzar las referencias, he descubierto algo interesante sobre los miembros del comité: ocho forman parte del Opus Dei, y dos de la Congregación para la Doctrina de la Fe.»

«¡Increíble!»

«¡Sí! Has vuelto a dar con peces gordos, chica… ¿Te envío el archivo?»

«¡Pues claro!»

«OK. Tenme al corriente, esto empieza a interesarme. Aquí está el documento.»

El archivo se descargó rápidamente. Era un archivo de texto poco voluminoso. Sophie dio las gracias a Sphinx y le prometió que contactaría con él al día siguiente. Él nos saludó y desapareció en los limbos de la red.

La periodista y yo tuvimos el reflejo de buscar antes de nada el nombre de Giuseppe Azzaro en la preciosa lista, pero no figuraba, desgraciadamente.

—Habría sido demasiado fácil —suspiró Sophie.

Me levanté y fui a sentarme al borde de la cama.

—No he entendido bien lo que ha dicho tu amigo el *hacker* a propósito de los miembros de Acta Fidei…

—Ha dicho que varios forman parte o bien del Opus Dei, o bien de la Congregación para la Doctrina de la Fe.

—Justamente: yo no soy especialista en religión. ¿Qué es esa congregación?

—No es otra cosa que la Inquisición, querido.

—¿Cómo que la Inquisición? —repliqué, dubitativo—. Pero si eso ya no existe…

—¡Sí, sí que existe! Ha cambiado dos veces de nombre, eso es todo. Se llamaba Santo Oficio a principios de siglo, y después del Vaticano II, cuando volvió, se le dio ese nombre más políticamente correcto de Congregación para la Doctrina de la Fe. Pero se trata exactamente de la misma congregación pontificia.

—¿Es broma?

—En absoluto —me aseguró ella.

—Pero ¿qué es lo que hacen? ¿Persiguen brujas y cataros? —me burlé yo.

—No te rías. He tenido ocasión de estudiar muy de cerca la historia de la Inquisición, y te aseguro que no hay motivos de risa. No te imaginas cuántos judíos, protestantes, supuestos herejes y librepensadores fueron exterminados por la Iglesia católica en nombre de la Santa Inquisición. Un chico como tú no les habría durado mucho. Durante varios siglos, hombres, mujeres y niños fueron torturados, mutilados, empalados y quemados vivos. En el siglo XIV, un inquisidor español llamado Tomás de Torquemada fue responsable de nueve mil muertes él solito. Y los bienes de las víctimas de la Inquisición se los quedaba la Iglesia. Forman parte hoy en día de su magnífico patrimonio…

—Sí, pero de eso hace mucho tiempo; desde entonces la

Iglesia ha hecho muchos progresos...

—Desde luego —admitió ella—, pero el hecho de que la Iglesia haya decidido conservar esa organización, que es la más antigua de las congregaciones de la Curia romana, aunque sea bajo otro nombre, a mí, personalmente, me parece algo raro... Los historiadores estiman que las víctimas de la Inquisición fueron más de cinco millones, en el curso de la historia...

—¡Qué horror! Pero sigo sin ver para qué sirve ya hoy en día...

—De memoria, según su última constitución vigente, tiene como deber «promover y proteger la doctrina y la moralidad conforme a la fe en todo el mundo católico».

—¿Y concretamente?

—Publica textos sobre la doctrina católica. No siempre cosas ligeritas... Recientemente, por ejemplo, su declaración *Dominus Iesus* ha creado un escándalo impresionante en el mundo cristiano. El cardenal Ratzinger escribía allí que «igual que no existe más que un solo Cristo, no hay más que un solo Cuerpo, una sola Esposa: una sola y única Iglesia católica y apostólica».

—¿Y qué?

—Una forma muy elegante de mandar a paseo al resto del mundo cristiano, al cual la Congregación no reconoce ni siquiera el estatuto de Iglesia. Parece ser que el Vaticano no es tan ecumenista como Juan Pablo II intenta demostrar organizando grandes reuniones mediáticas...

—¿Y eso es lo único que hace esta organización?

—No, también condena los escritos que estima no conformes a la doctrina católica, y a veces llega incluso a excomulgar a los autores.

—¿Todavía hoy en día?

—Desde luego. La última excomunión que recuerdo data de 1998. Se trataba de un teólogo jesuita de Sri Lanka. Qué ironía: los primeros inquisidores eran precisamente jesuitas...

—La verdad es que no tenía ni idea de todo esto —confesé.

—¿Eres creyente?

—¿Cómo?

—Te pregunto si crees en Dios.

Hice una mueca indecisa.

—Pues no lo sé, la verdad... Mis padres eran católicos, yo fui educado así. Mi padre no iba jamás a la iglesia, pero mi madre era muy creyente.

—Sí, pero ¿y tú?

—Francamente, no lo sé. En un momento dado me encontré un poco harto de seguirla a la iglesia. Y después murió. No me planteo esa cuestión, es más práctico.

—¡Ah, sí, es práctico!

—Creo que hay muchos en mi caso. Y tú, ¿eres creyente?

—No —respondió ella al momento—. Exageradamente atea.

—¿Exageradamente? Ah. ¿Se puede ser un poco atea o exageradamente atea?

—Digamos que cuantas más investigaciones hago sobre las religiones, más asqueada estoy.

—¿Y estás asqueada de Dios o de las religiones?

—De las religiones más bien, eso es cierto...

—Bueno, sin duda es mucho mejor para una periodista especializada en el tema. Al menos no tomarás partido por ninguna de ellas...

—Las detesto todas...

—Bueno. Entonces, no debes de ser tan objetiva…

Ella sonrió.

—Espero no escandalizarte demasiado con estas historias sobre la Iglesia —siguió ella, con aire interrogante.

—Bah, en mi vida me he encontrado con un par de sacerdotes extraordinarios, pero nunca me he hecho ilusiones sobre la ejemplaridad de las finanzas del Vaticano.

Ella se encogió de hombros. Comprendí por su mirada lo que quería decir. Los chanchullos financieros de la Iglesia de hoy en día no eran nada comparados con lo que pudo haber en el pasado… Me acordé entonces de una frase que mi amigo Chevalier me había dicho, hacía unos años: «Las sectas de hoy en día serán las iglesias de mañana. Pronto, los cienciólogos u otros sinvergüenzas de la misma calaña se habrán pagado una reputación respetable y las multitudes olvidarán sus delitos pasados como se intentan olvidar los de las grandes religiones de hoy en día, que sin embargo antiguamente mataron a mucha más gente…». A lo cual su mujer, que era mucho más creyente y practicante que nosotros, respondió que la Iglesia también había salvado a muchísima gente… Pero, ¿a cuántos habría que salvar para excusar las muertes?

—Escucha —continuó ella—, lo único que podemos concluir por el momento es que si los miembros de Acta Fidei forman parte sea del Opus Dei sea de la Congregación, es que se trata de activistas de la fe extremadamente… motivados, eso es todo.

—No se andan con bromitas, en suma…

—En lo que se refiere a la Congregación, en efecto, no es gente con la que se pueda bromear. Y en cuanto al Opus Dei, como te decía antes, tampoco son ningunos bromistas…

—En resumen, estás a punto de decirme que hay un tío en Roma que es o bien un descendiente de los inquisidores o bien una especie de supersanto mañoso, y que tiene mi

número de teléfono personal... ¡Ah, socorro!

Sophie levantó las cejas.

—No es nada tranquilizador, en efecto. Pero, ¿quién nos demuestra que el tipo que te ha llamado forma parte, verdaderamente, de Acta Fidei? Su nombre no aparece en los documentos...

—¿Su nombre? ¿Qué sabemos nosotros? Seguramente no me habrá dado su verdadero nombre...

—Sí. Pero aunque sea un miembro de Acta Fidei, ¿quién nos dice también que actúa como miembro de ella?

—En resumen, que no sabemos nada —concluí yo.

—En resumen —rectificó ella—, lo único que sabemos es que existe una relación entre el secreto de tu padre, el Bilderberg y un posible miembro de Acta Fidei.

—No es mucho...

—Es un principio.

Suspiré.

—No nos queda más que esperar que haya más indicios esta noche en el sótano...

—Sí, justamente —replicó Sophie, levantándose—, vamos a preparar nuestro equipito del perfecto ladrón.

La seguí maquinalmente, pero mi espíritu estaba todavía preocupado por las revelaciones sucesivas y poco tranquilizadoras que nos reservaba el secreto de mi padre. Me pregunté si no haríamos mejor, sencillamente, en confiarle todo eso a la policía. Y sin duda lo habría hecho, si no hubiera sido por Sophie...

Cinco

Cuando nos dimos cuenta realmente del grado de imprudencia de nuestra excursión, era demasiado tarde para dar media vuelta. Teníamos un aspecto ridículo con las mochilas y las linternas en una de las calles más estrechas de la ciudad, pero teníamos tantas ganas de descubrir más cosas sobre mi padre que nos esforzamos por no pensar más en ello.

Eran casi las dos de la mañana cuando llegamos ante la verja del jardín. Habíamos dejado el coche tres calles más allá, y esperamos a que todas las ventanas del vecindario quedasen a oscuras, deseando que los vecinos tuviesen el sueño lo suficientemente profundo para no oír los ruidos de esos nefastos ladrones que éramos tanto ella como yo. La carrera de Sophie la había preparado sin duda mejor para aquello, pero para mí, contando con la excursión a la casa del cura, no era más que mi segundo robo... De todos modos, el hecho de que hubiese conservado una copia de las llaves nos simplificó la tarea.

No había casi ninguna estrella en el cielo, y estaba tan oscuro que me costó mucho encontrar la cerradura de la cancela. Sophie me hacía señas de que me apresurase. Se acercaba un coche. Trasteé un poco con las llaves y conseguí a duras penas abrir la verja antes de que los faros del vehículo nos iluminasen. Volví a cerrar la cancela detrás de Sophie y nos agachamos mientras pasaba el coche. Durante un breve instante me pregunté si no se pararía delante de la casa, pero

el coche continuó y desapareció por el extremo de la calle. Lancé un suspiro de alivio y avanzamos lentamente hacia la puerta, intentando no hacer ruido en la grava.

—¡Estamos mal de la cabeza! —cuchicheé, inclinándome hacia Sophie.

Ella me hizo señas de callar y me empujó hacia la puerta. Yo rompí el precinto de la policía, una simple tira de plástico, abrí la cerradura y entramos por fin en la casa.

—Hay que intentar dirigir el haz de las linternas hacia el suelo —murmuró Sophie.

—Bien, estupendo.

La casa todavía estaba llena del calor del incendio, y reinaba un intenso olor a quemado.

Me dirigí hacia la puerta que daba a la escalera del sótano. En el mismo momento sonó mi teléfono, que llevaba en el bolsillo, y Sophie y yo nos sobresaltamos a la vez.

—¡Mierda! —exclamé, intentando coger el móvil lo antes posible.

Reconocí el número de Chevalier y descolgué, cerrando los ojos.

—¿Sí?

Era François. Tuve el reflejo algo extraño de agacharme, como si eso pudiera protegerme más...

—Eeeh... ¿François? No puedo hablar más alto —cuchicheé—. ¿Me oyes?

—Sí, sí —me aseguró él.

Sophie parecía calmada. Me hizo señas de apagar mi linterna y vino a sentarse a mi lado.

—¿Has visto la hora que es? —seguí hablando.

—Sí, lo siento muchísimo, pero he pensado que no

debías de acostarte muy pronto, con todas esas historias tuyas. Y además, si te hubieses acostado, habrías apagado el móvil seguramente… En fin, pensaba dejarte un mensaje. ¿Te molesto?

—Sí, o sea, no, no, en realidad no… ¿Tienes alguna novedad?

Le oí suspirar. Fruncí las cejas.

—¿Qué? —insistí, intentando no elevar el tono de mi voz.

—Digamos que he dado con una coincidencia muy extraña sobre el Bilderberg.

—Y ¿cuál es? —le apremié.

—Al parecer acaba de haber una especie de cisma entre sus miembros… Hace apenas quince días. Un cisma de importancia. En resumen: una de las dos facciones se ha largado con la caja. Se ha formado un escándalo monstruoso. Y me han dado a entender que mis preguntas no eran nada bienvenidas. Pero nada, nada. Esos tipos no bromean. No sé dónde has metido la nariz, pero esto huele fatal…

—Creía que eran sólo una gente que daba conferencias…

—Yo también lo creía. Quizá ellos también lo creían. Pero algunos de entre ellos al parecer han hecho saltar los plomos. No sé hasta qué punto, ni por qué motivo. Lo único que sé es que mi… informante ha utilizado el término «muy peligroso», y me ha pedido que olvide todo esto. Ya imaginarás que me han dado ganas de investigar más a fondo, pero también he querido ponerte en guardia, Damien…

—Ya veo.

—¡No, no ves nada! ¡No estoy de broma! Si el tipo al que he llamado ha usado la palabra «peligroso», es que es de verdad muy, muy peligroso.

—Vale, vale, ya lo he entendido… De todos modos, creo

que ya he tenido un anticipo...

—Damien, será más prudente que vengas a París y que hablemos los dos. Tenemos que contárselo todo a la policía...

—¡No! —protesté yo, y esta vez no murmuré ya más—. No, no le cuentes nada de todo esto a nadie, François, a nadie, ¿me oyes? Si de aquí a una semana no he sabido nada más, ya prevendremos a las autoridades, pero mientras tanto prométeme que no dirás nada. ¿De acuerdo?

Suspiró.

—Tienes mi palabra. Todo esto me parece una verdadera locura, pero tienes mi palabra.

—Tengo mis motivos, amigo. Confía en mí. He averiguado un par de cosas de ellos, por mi parte. Pero los que han provocado el cisma del que me hablas, ¿no sabes quiénes son?

—Evidentemente, no tengo esa información, Damien. Pero, como ves, estás apuntando a algo grande. Te doy un consejo: sé prudente —concluyó, antes de colgar.

Sophie me cogió el hombro.

—¿Lo has oído? —le pregunté.

—Más o menos.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Primero de todo vamos a ver ese sótano, ¿no?

Acepté y pasé ante ella. La puerta estaba medio quemada, y cuando la empujé descubrí que ya no había escalera tras ella. Paseé el haz de la linterna por el interior. Todo estaba negro, y había restos carbonizados y cenizas por todas partes. Me agaché de espaldas a la abertura y me quedé colgando en el vacío para descender.

—¡Ten cuidado!

Sophie me cogió el brazo y con la otra mano iluminó el

suelo bajo mis pies, para que pudiera ver dónde iba a ponerlos. Afortunadamente, la altura no era excesiva. Salté al sótano.

—¡Hace calor aquí dentro! —exclamé, limpiándome las manos.

—Voy contigo —siseó Sophie.

—No, quédate ahí, me ayudarás a subir. Es inútil que vengas aquí a chamuscarte conmigo. Dame los guantes.

Ella abrió su mochila y me tendió los guantes de jardinería que habíamos traído y que, al menos eso esperábamos, debían ayudar a que no me quemase.

El bombero no había mentido. Las llamas lo habían arrasado casi todo. Al cabo de algunos minutos, comprendí que era vano buscar durante mucho tiempo. Encontré, sin embargo, tres objetos que habían sobrevivido en bastante buen estado para que pudiera llevármelos. El primero eran los restos de un cuaderno de notas, milagrosamente respetado, aunque sólo en parte, quizá porque tenía una gruesa cubierta de cuero. Los otros dos eran los cuadros de Durero y Da Vinci. El vidrio estaba completamente ennegrecido, pero al parecer había protegido las copias. Había fragmentos de papel aquí y allá, pero no me detuve a reunir aquellas migajas que seguramente no habríamos podido descifrar. Y debo confesar que tenía mucha prisa por salir de la casa. Puse delicadamente las tres reliquias en mi mochila y decidí volver a subir a la planta baja.

—Creo que no encontraremos nada más —expliqué a Sophie, alzando los brazos.

—Ya está bien… Aunque no veo en realidad de qué pueden servirnos los dos cuadros…

—Me parece que había algunas anotaciones de mi padre en el grabado. Aquí no veo nada, pero ya lo miraremos con más calma en tu casa.

Ella me ayudó a subir de nuevo. Salimos de la casa en silencio, volviendo a colocar con mucho cuidado el precinto de la policía en la puerta, y nos fuimos a paso rápido hacia el coche. Nadie parecía habernos visto, y yo lancé un largo suspiro de alivio cuando Sophie puso en marcha el Audi.

La noche negra pesaba sobre las callejuelas de Gordes. Halos de luz amarilla se hinchaban penosamente en torno a las farolas, como burbujas de aire en un acuario gigante. El pueblo entero parecía dormido. El coche enfiló las callejuelas pavimentadas con piedras hasta la gran bajada que llevaba al valle oscuro.

Cuando llegamos al fin ante su casa, vi que el rostro de Sophie se crispaba. Ella frenó bruscamente y apagó los faros del Audi.

—¿Qué haces? —le pregunté, sorprendido.

—¡Hay un coche en nuestro jardín!

Incliné la cabeza. La casa no estaba más que a algunos metros. Las ramas de un árbol escondían la fachada. Me adelanté un poco en mi asiento y me di cuenta de que había un coche aparcado ante la casa. No podía distinguir la placa de la matrícula del coche. Pero ya estaba casi seguro: era la larga berlina negra de mis dos asaltantes.

—¡Los cuervos!

—¡Mierda! —exclamé, dando un golpe sobre el salpicadero—. ¡Mierda, mierda! ¿Qué hacemos?

Sophie había detenido el Audi justo ante la barrera que cerraba la propiedad. El silencio que se instaló en el coche pareció durar una eternidad.

La puerta de la casa se abrió, y un hombre de alta estatura, vestido con un largo abrigo negro, apareció en la escalera.

Sophie puso enseguida la marcha atrás e hizo recular el

coche hasta la carretera. Los neumáticos derraparon en la arena.

El hombre se precipitó hacia la berlina. Un segundo cuervo salió de la casa. De pronto se oyó un estampido fuerte, seguido de un ruido de chapa, y tardé un segundo entero en darme cuenta de que nos disparaban. El segundo hombre corría hacia nosotros, con el brazo extendido ante él, y pronto resonó una nueva deflagración, precedida de un gran relámpago blanco. La bala hizo explotar el retrovisor derecho.

—¡Mierda! —repetía yo, tontamente, agachándome detrás del salpicadero.

Sophie encendió de nuevo los faros y pisó el acelerador a fondo. El Audi arrancó en tromba con un chirrido agudo. Tan lejos del pueblo, no había ni una sola farola y se distinguían mal los bordes de la carretera. Una carretera sinuosa. Peligrosa. Donde mi propio padre había encontrado la muerte. Un escalofrío de angustia me recorrió la espalda. Cerré los ojos e intenté expulsar esa imagen. La imagen de mi padre inanimado entre la chapa retorcida. Su cuerpo ensangrentado.

Sophie daba pequeños golpes de volante para evitar la cuneta. El coche no dejaba de derrapar, como si fuésemos a perder la carretera, pero yo sabía que ella saldría adelante mucho mejor que yo. Me había parecido que le gustaba la velocidad, y en todo caso conocía bien su coche. Agarrándome al respaldo del asiento, me volví a mirar a nuestros perseguidores. La larga berlina acababa de salir por la verja. Se lanzaba hacia la carretera, detrás de nosotros.

—¡Agárrate! —gritó Sophie, justo antes de coger una curva muy cerrada a la izquierda.

Fui arrojado hacia la puerta y me golpeé violentamente el hombro. A la salida de la curva, me dejé caer rápidamente en el asiento y me puse el cinturón, haciendo una mueca. En el mismo instante resonó un nuevo disparo. Después otro. Un chasquido seco y metálico había seguido a las dos

detonaciones. Las balas se habían incrustado en la chapa.

Lancé una mirada a Sophie, que iba a mi lado. Con los labios fruncidos y las cejas contraídas, intentaba conducir a la máxima velocidad posible, acelerando en cuanto la visibilidad se lo permitía. El Audi se veía sacudido al ritmo de los violentos acelerones. Yo estaba aterrorizado. No veía salida posible. Acabarían por atraparnos en aquella larga carretera oscura.

Los faros de la berlina iban creciendo en el retrovisor interior. Verifiqué nuestro contador. Sophie iba a más de cien kilómetros por hora. En aquella noche oscura. Por una pequeña carretera sinuosa, bordeada de pendientes abruptas. El menor error sería fatal. Y nuestros perseguidores se iban acercando.

— ¡Es más fácil para ellos, se aprovechan de nuestros faros! —gruñó Sophie, mirando ella también por el retrovisor.

—¿No llevarás una pistola en la guantera, por casualidad? —le pregunté.

—No, tengo una en casa y otra en París.

—¡Genial!

Nueva curva a la derecha. Aún más cerrada. Me cogí al asa que había por encima de la puerta y decidí no soltarla ya más. A la salida de la curva, Sophie volvió a acelerar, pero la berlina había ganado un poco de terreno.

—¡Se acercan!

Ella asintió.

—Ya no disparan —añadió—. Han debido de vaciar el cargador.

—¡Sí, pero nos van a echar a la cuneta! —farfullé yo. Sophie apagó los faros. Ya no se veía la carretera. Soltó un taco y los volvió a encender.

—¡No hay manera!

En aquel momento la berlina se incrustó en nuestro parachoques. El Audi dio un salto hacia delante y patinó por detrás. Yo me di un golpe con el reposacabezas. Sophie cogió más fuerte el volante. Se separó hacia la izquierda para evitar una barandilla. Pasamos por encima de un puente. La berlina frenó detrás de nosotros, evitando por poco la barrera. Vi zigzaguear sus faros. Un breve instante de respiro. Después, nos volvieron a coger. Intentaron meterse por un lado para hacernos volcar. Sophie daba violentos volantazos a derecha e izquierda. Por momentos nos salíamos un poco de la calzada y el coche se veía sacudido por los salientes de los bordes de tierra.

La berlina consiguió pasar al fin al lado derecho. Pude ver el rostro del conductor, justo a mi lado. Cabello negro, corto, en la cuarentena, la mandíbula larga, un rostro duro. Un matón de serie B. Más real que la vida misma. Un cuervo.

El ruido de las chapas que se rozaban, el pánico, la velocidad, todo se mezclaba. Sophie giró hacia la derecha y se arrojó sobre la berlina. Surgió un gran chorro de chispas y mi puerta se hundió de un solo golpe. Pero la berlina era más pesada, y lentamente nos fue empujando hacia el borde de la carretera.

Las ramas de los árboles empezaban a golpear el parabrisas ante Sophie. Íbamos a caer pronto en la cuneta. Me agarré con las dos manos al salpicadero, gritando.

Apenas unos centímetros antes de que nuestras ruedas se hundiesen en la zanja, mientras el coche traqueteaba por las asperezas del talud, nos salvó una curva a la izquierda que resultó providencial. Sophie giró en el último segundo, y la larga berlina negra que iba a nuestro lado no pudo girar con la suficiente velocidad.

Se oyó el grito estridente de los neumáticos sobre el asfalto, y después el coche fue a incrustarse contra un árbol con un estruendo ensordecedor. Sophie llevó el Audi hacia el medio de la carretera y yo me volví justo a tiempo de ver la

explosión escarlata, a unos metros por detrás de nosotros. Me quedé así unos segundos interminables, con los ojos como platos, incrédulo.

—¡Mierda, mierda! —exclamé al fin, dejándome caer en el asiento.

Sophie tenía los ojos clavados en la carretera. Conducía aún a toda velocidad, como si la persecución no hubiese acabado.

—Vale, Sophie, ya puedes aminorar.

Ella lanzó un largo suspiro y fue soltando el acelerador.

Echó una mirada a los retrovisores. Las llamas se alejaban detrás de nosotros.

—¿Quiénes eran, tú qué crees? —me preguntó—. ¿Bilderberg o Acta Fidei?

—No lo sé, pero apostaría a que son los tipos que echaron a mi padre a la cuneta.

Ella cerró los ojos un momento y afirmó. Nos quedamos silenciosos largo rato, perdido cada uno en sus pensamientos y sus miedos. El coche entró en el pequeño pueblo de Cabrières.

—¿Nos paramos? —preguntó ella.

—Pues no lo sé.

En realidad no podía reflexionar. Me temblaban las manos. Las de Sophie estaban todavía crispadas sobre el volante.

Lentamente, ella aparcó el coche en el arcén. Estábamos en pleno centro del pueblo, a la sombra de los grandes árboles que bordeaban un muro de piedra gris.

El ruido del motor resonaba en la calle. Pero yo oía todavía los latidos de mi corazón. Tragué saliva.

—Volvamos directamente a París —decidió ella tranquilamente, sin apartar la mirada de la carretera.

—¿Cómo?

—¡Volvamos! —repitió ella.

—¿Y tus notas?

—Están todas en mi ordenador portátil, en el maletero.

—Pero ¿y mi ordenador? —exclamé yo—. ¡Lo hemos dejado en la casa!

Ella se encogió de hombros.

—¡Mis guiones! —protesté.

—Pídele a tu agente que te los envíe por *mail.*

—¿Y mi moto? —continué, con un tono cada vez más desesperado.

Lentamente, una sonrisa se dibujó en sus labios.

—¡No es ninguna tontería! —protesté yo—. Además, si hubiésemos cogido la moto, habríamos escapado mucho más fácilmente.

Ella se echó a reír. Y yo pronto me uní a ella. La tensión se liberó de pronto. Casi tenía ganas de gritar.

—Sólo tendrás que pagarle a alguien para que vaya a recogerla.

Lancé un suspiro.

—Sophie, no sé cómo vamos a salir de este lío. Los dos tipos que nos seguían deben de estar muertos, tu casa está abierta de par en par, nos vamos sin avisar, en resumen, hasta un ciego vería que estamos en el ajo. La policía se nos echará encima.

—Cada cosa a su tiempo. Ahora, intentemos que no nos maten, ¿de acuerdo? Luego nos ocuparemos de la policía. Y además, hay una buena razón para no quedarnos aquí. Como ya has dicho, se nos echarán encima, y nosotros necesitamos reflexionar.

—¡Sophie, estamos metidos en un buen lío! —insistí yo.

—Más vale estar en un lío que en la tumba. Esos dos tíos venían a matarnos.

Volvió a coger el volante y arrancó.

Me hundí en mi asiento llevándome las manos a las sienes. De todos modos, ella tenía razón. No teníamos elección. Pero era duro admitirlo.

Me hice un masaje en la nuca, después miré a Sophie a mi lado. La mujer que acababa de salvarme la vida. Unas gotas de sudor corrían por sus sienes, pero ella seguía estando bella, sencillamente bella, a la luz del salpicadero.

—Gracias —murmuré.

Ella sonrió y me cogió la mano con la suya, sólo unos segundos. Me sentía muy vulnerable.

—¿Dónde has aprendido a conducir así?

Ella volvió la cara y me miró fijamente a los ojos.

—En Líbano. Ya te lo contaré otro día.

Después volvió a mirar la carretera.

—¿Estás segura de que quieres volver directamente a París? Son casi las tres de la mañana. Tu coche está todo abollado. Hay más de ocho horas de camino... ¿Aguantarás?

Nos iremos turnando, beberemos café. Y mi coche ha visto cosas peores.

La observé, entrecerrando los ojos. Sophie siempre tenía respuesta para todo. De vez en cuando tenía la impresión de que me tomaba por un niño. En todo caso, ella se enfrentaba a las cosas mejor que yo.

—¿Hay lector de CD en este coche?

Me indicó la guantera. Allí encontré el panel frontal de un autorradio y algunos discos.

—Supertramp, Led Zeppelin, Barbara y... Grease —anuncié—. No hay gran cosa, pero al menos es variado. Confieso que tengo necesidad de algo de música. ¿Empezamos por Led?

—¡Qué raro! —se burló ella.

—Eh, que son tus discos.

—¿Y qué? Tengo derecho a encontrar divertido que elijas ése en particular —insistió ella.

—¿Por qué es divertido?

—Porque pareces el tipo de tío que suele escuchar Led Zeppelin. Apuesto a que tienes la colección completa de Deep Purple, Black Sabbath, Rainbow y todo el repertorio.

Hice una mueca.

—No, me falta uno de Black Sabbath... ¿Te molesta? —le pregunté, un poco picado.

—En absoluto. La prueba es que tengo un CD de Led Zeppelin en el coche. Pero digamos que la Harley Davidson y el rock duro juntos dan una imagen bastante tópica, ¿no?

—¡No sólo escucho *hard* rock! —me defendí—. También me gustan Genesis y Pink Floyd... Higelin, Brassens... ¡Tengo gustos muy diversos!

—¡Y muy modernos! —se burló ella.

—¡Mira quién fue a hablar! ¡El CD más reciente que tienes en el coche es el de Supertramp!

—Es verdad... Ah, pertenecemos a una generación muy triste, ¿verdad? Pero tengo cosas más modernas en mi maleta. La que se quedó en Gordes.

—¡Mala suerte!

—Bueno, venga, pon Zeppelin... —acabó ella, poniendo en marcha el aparato.

El horizonte ensombrecido de Vaucluse se alejaba al ritmo de las guitarras de Jimmy Page, y después de escuchar algunos fragmentos, cuando apoyé la cabeza en la ventanilla y dejé que mi mirada se perdiese en el decorado de la noche, mis ojos se llenaron de lágrimas. Volví la cabeza un poco más para que Sophie no me viese. Ya era la segunda vez que lloraba en dos días, y decidí atribuirlo al estrés y la fatiga, aunque, en el fondo, sabía que estaba a punto de producirse una conmoción mucho más profunda. Quizá debía enterrar finalmente algo más que a mi padre...

Cuando Robert Plant concluyó la última canción del álbum con su voz vibrante y aguda, estábamos ya en la autopista. Yo tenía que luchar para mantenerme despierto. Fue una noche extraña, que sólo recuerdo parcialmente, sin duda porque me dormí varias veces. Los recuerdos de las estaciones de servicio, de los peajes y de las máquinas de café se mezclan hoy en día en mi cabeza. La mirada de la gente, el coche abollado, nuestros rostros alucinados... Cuando agotamos nuestra reserva de CD, Sophie decidió poner la radio en la emisora FIP, cosa que aumentó aún más la sensación de irrealidad. La música que había programada aquella noche en la radio tenía algo extraño. El sueño, los faros en sentido inverso, el humo de los cigarrillos de Sophie, todo me escocía en los ojos. Nuestras conversaciones quedaban interrumpidas por largos silencios. Cogimos cada uno dos veces el volante, por turnos, pero yo era absolutamente incapaz de conducir tan rápido como Sophie.

El sol ya había salido hacía mucho rato cuando llegamos a París. El humo blanco de las enormes incineradoras de Ivry, la marea incesante en la ronda periférica, las almenas brumosas de las hileras de edificios, los tejados azulados en cascada, los paneles publicitarios, las pintadas, las vías del ferrocarril más abajo... Una acogida como Dios manda. Y después, observando la ciudad como dos hermanas benévolas, Eiffel y Montparnasse, allá abajo, parecían temblar en la luz matinal. Siempre erguidas.

Sophie me dio un golpecito en el hombro para sacarme de mi estupor.

—¿Tienes preferencia por algún hotel? —me preguntó—. Te habría propuesto ir a mi casa, pero me pregunto si será prudente.

Yo estaba tan dormido que su pregunta dio unas cuantas vueltas antes de anidar en mi cerebro.

—¿Eh... preferencia...? No. Un hotel donde se pueda dormir por la mañana...

Ella sonrió.

—Conozco un hotel tranquilo y agradable en el distrito VII, pero es un poco caro.

Yo volví los ojos hacia ella.

—Sophie, puedo permitírmelo.

Ella se echó a reír.

—¿Entonces podemos coger dos habitaciones separadas?

Yo fruncí las cejas.

—Si quieres...

—¡Estaba de broma! —soltó ella, poniéndome una mano en el hombro.

Yo no sabía si su broma era sobre el precio que podían costar dos habitaciones separadas o sobre el hecho de si podíamos o no acostarnos en el mismo cuarto, y me negué a intentar comprenderlo. De todos modos, Sophie se divertía conmigo desde el día en que tuve la desgracia de encontrar atractiva su homosexualidad, y yo ya sabía a qué atenerme. Nos metimos en los embotellamientos del París matutino y un poco más de una hora después dormíamos uno al lado del otro, en dos camas iguales, en el último piso del hotel Le Tourville, intentando olvidar la muerte que nos había rozado en las carreteras de Provenza.

Seis

Cuando me desperté por la tarde, Sophie estaba sentada al otro lado de la habitación, inclinada sobre una mesita de madera. El sol dibujaba grandes rayas blancas a través de las cortinas claras. Fuera se oía el ruido lejano de las calles parisinas. Era una habitación grande y lujosa color arena, con muebles oscuros y cortinajes ocre. En todas partes donde se posaba mi vista se veían flores: en jarrones, en cuadros, en las cortinas... Las cosas de Sophie y las mías habían quedado descuidadamente tiradas por el suelo, junto a las camas. No nos habíamos tomado tiempo para ordenar nada al llegar por la mañana. Me incorporé hasta la cabecera de la cama y me apoyé en la pared.

Sophie volvió lentamente la cabeza hacia mí. Ante ella vi el cuaderno de notas de mi padre y los dos cuadros.

—¡Ven! —me invitó, viendo que estaba despierto.

Yo me desperecé, gruñendo, deslumbrado por la luz. La espalda me dolía horriblemente.

—¡Tengo hambre! —refunfuñé.

—¡Ven a ver esto, Damien! Tu padre había escondido el manuscrito completo de Durero detrás del grabado de *Melencolia*. ¡Es alucinante!

El manuscrito de Durero. Mi padre. Todo volvía a mí como el recuerdo de una horrible pesadilla. Me senté en el

borde de la cama, bostezando. Eché una ojeada al reloj que había en la mesilla de noche. Las seis.

—¿No me dejarás dar una ducha al menos? —hice una mueca.

—¡Como quieras! Tienes un bocadillo en la nevera. Tu móvil no ha dejado de sonar toda la mañana —añadió, antes de volverse a sumergir en el estudio del documento que tenía ante ella.

—¿Ah, sí? —me extrañé—. No he oído nada.

—Me he permitido quitar el sonido y ponerlo en vibración.

—¿Has mirado quién llamaba?

—No todas las veces. Pero casi siempre era Dave, tu agente, y un número de provincias. No sabía quién podía ser, lo he comprobado en la red y se trata de nuestros amigos los polis…

Levantó la mirada hacia mí y me dirigió una gran sonrisa.

—¡Mierda! —exclamé yo, dejándome caer de nuevo en la cama.

Teníamos a la poli ya pisándonos los talones y Dave debía de estar casi histérico, al otro lado del Atlántico. No sólo no había corregido ni uno solo de los guiones, sino que tampoco los tenía ya… Mi ordenador había quedado en Gordes.

—¿Sabes que estamos en el mismo barrio donde crecí yo? —le pregunté.

—Sí. ¿Y qué?

—No, nada. No me trae buenos recuerdos precisamente, eso es todo. La ventaja es que lo conozco bien… Bueno —continué, levantándome—, voy al baño.

Después de una larga ducha y un bocadillo mejor de lo que me había temido en un principio, fui a instalarme junto a Sophie, entre las dos puertas cristaleras que daban a una terracita privada, y ella me contó, muy emocionada, lo que acababa de descubrir.

—¡Mira, es el manuscrito original!

Cogí delicadamente el manuscrito entre mis manos. No era demasiado pesado y parecía muy frágil. Me di cuenta de que casi tenía medio milenio de antigüedad. ¿Cuántas coincidencias sucesivas habían permitido a aquellas hojas atravesar los siglos para venir a parar justamente hasta mí? Temblé casi ante la idea de tener en mis manos aquella obra única, que nos ligaba a través del tiempo con su autor desaparecido.

La vitela estaba cuarteada, y tenía numerosas huellas de humedad. El manuscrito constaba de una treintena de páginas, sólo por una cara, de una escritura clara pero difuminada en algunos puntos. No había ninguna ilustración, pero sí unos dibujos en los márgenes, trazados con tinta roja. Volví algunas páginas, oí el ruido que hacía el papel. Por lo que yo podía juzgar, parecía auténtico.

—Y esto no es todo. En el reverso de *La Gioconda* hay una referencia. Está escrita al revés, así que supongo que fue tu padre quien la puso ahí.

—O Leonardo da Vinci —bromeé yo.

—Muy gracioso. He hecho algunas investigaciones en la red y se trata de la referencia de un microfilme de la Biblioteca Nacional.

—¿Hay acceso a la red en el hotel? —me asombré.

—¡Desde luego! ¡Y no me interrumpas! Tendremos que ir a la biblioteca para ver de qué trata ese microfilme. En cuanto al manuscrito de Durero, es... ¿cómo decirlo? Muy edificante. No lo entiendo todo, hay que encontrar un diccionario

alemán-francés ahora mismo.

Estaba muy agitada, y aquello me parecía a la vez encantador y enervante. Pero sobre todo me costaba aceptar que aquel manuscrito de varias páginas hubiese sido redactado en el siglo XVI por un pintor alemán...

—Por el momento —continuó ella—, lo que he entendido es que Leonardo da Vinci descubrió el misterio de la piedra de Iorden, y que se lo confió a Durero, el cual hizo referencia más o menos en su grabado *Melencolia,* ¿me sigues?

—Relativamente...

—La parte que estoy a punto de descifrar habla de un mensaje que Jesús legó a la humanidad... No lo entiendo del todo, pero es apasionante.

—Creía que eras atea...

—¿Y qué tiene que ver eso?

—Si eres atea, ¿en qué puede interesarte un mensaje de Jesús?

—Aunque no crea en Dios, no pongo en cuestión la existencia de Jesús. Además, seguramente era un hombre extraordinario. No había necesidad de convertirlo en hijo de Dios para que sus palabras, por muy deformadas que estén hoy en día, tuviesen un alcance realmente filosófico.

—Si tú lo dices... ¿Qué más has descubierto? —le pregunté, inspeccionando el manuscrito por encima de su hombro.

—Escucha, Damien, dame un diccionario y algunas horas y te diré algo más.

—¿Y sobre *La Gioconda?*

—¡Ah, sí, *La Gioconda!* Mira —me dijo, enseñándome el cuadro, que se hallaba en un estado lamentable—. ¿No notas nada?

—Bueno, que está medio quemado —bromeé.

—¡Mira bien! Hay marcas de lápiz por todas partes. Pequeños círculos. He contado y hay una treintena de circulitos diseminados aquí y allá en el cuadro.

Me acerqué un poco más y vi, en efecto, las huellas que parecían haber sido realizadas con un compás.

—Qué curioso —dije, frotándome los ojos.

—Es lo menos que se puede decir. No sé qué pensar de esto, pero estoy segura de que no es un azar. Tu padre buscaba algo en *La Gioconda.*

—¿Has tenido tiempo de echar una ojeada a las notas de mi padre?

—Sí, pero es un resumen, no está demasiado claro. Creo que tendré más facilidad para descifrarlas cuando haya traducido el documento de Durero, ya que las notas de tu padre hacen muchas referencias a él.

—¡Bueno, ya tienes trabajo, entonces! ¿Y qué hacemos con la policía?

—Por el momento, no saben dónde estamos.

—¡Eso es lo que me preocupa! Voy a llamarlos.

—¿Estás loco? No, en primer lugar resolvemos el enigma y luego se lo contaremos todo a la policía.

—¡Tú sí que estás loca! ¡Yo no quiero acabar en la cárcel!

Cogí mi móvil y marqué el número de la comisaría de Gordes. Sophie me lo quitó enseguida de las manos y colgó.

—Cuarenta y ocho horas. Démonos cuarenta y ocho horas, y si hasta entonces no hemos resuelto nada, llamaremos a la poli. Después de todo, no tenemos nada que reprocharnos. Si les llamamos ahora, ya puedes decir adiós al secreto de tu padre.

Yo lancé un hondo suspiro. Ella estaba muy alborotada, y yo más bien aterrorizado.

—Aquel policía me pidió expresamente que le avisara si me iba de Gordes.

Sophie meneó la cabeza con aire de desesperación, y me tendió mi móvil con despecho.

—¡Eres un desastre!

Yo volví a coger mi teléfono y marqué de nuevo el número de la comisaría. Sophie tenía razón. Yo era un desastre. Pero no podía evitarlo.

—¿Señor Louvel? —gritó el policía al otro extremo de la línea—. ¡Le había dicho que no se fuera de Gordes!

—Lo siento muchísimo, pero no me gusta en absoluto estar en un pueblo donde la gente me dispara —repliqué—. Estoy en París, y mientras no hayan detenido a los tipos que nos agredieron dos veces en su bonito pueblo, no me verán el pelo.

—¡Difícilmente podría detener a unos cadáveres carbonizados! Y en lo que respecta a detener a alguien, es usted quien está en el primer lugar de mi lista, Louvel. He pedido al fiscal que le incluya a usted en el fichero nacional...

Yo hice una mueca.

—¿Han identificado a esos hombres? —me arriesgué, bajando el tono.

—Señor Louvel, lo siento muchísimo, pero le ruego que venga usted a la comisaría cuanto antes y...

Colgué sin escuchar más.

Sophie me miró fijamente.

—Lo has hecho muy bien —dijo con ironía.

—Tenías razón —confesé, frotándome las cejas—. Cuarenta y ocho horas.

Sonrió.

—¿Y tu agente?

Dudé un momento, apagué mi móvil, lo abrí y quité la tarjeta electrónica del interior.

—Cuarenta y ocho horas —repetí, metiéndome la tarjeta en el bolsillo.

Ella asintió.

—Ve a buscar una tarjeta provisional, porque a lo mejor necesitas usar el móvil...

—De acuerdo. También voy a conseguirte un diccionario, y mientras tú vas traduciendo tu versión poco a poco, echaré una ojeada a la sede parisina de Acta Fidei. O sea, Inadexa.

Ella se volvió bruscamente hacia mí.

—¿Estás loco?

—En absoluto.

—¡Pero es muy peligroso!

—Es una organización oficial, ¿no? Uno de sus miembros me telefoneó, y yo simplemente voy a preguntar quién era.

—Una organización oficial instalada en París bajo el nombre de una sociedad tapadera... No, no me parece que sea una buena idea...

—Escucha, o bien el tipo que nos llamó no lo hizo en su nombre, y entonces creo que les interesará, o están en el ajo, y entonces creo que me daré cuenta enseguida. Voy con todo el descaro. Tengo que saberlo.

Ella suspiró.

—No es un método demasiado inteligente... Tengo un arma en mi casa —añadió—, sería más prudente ir a buscarla.

—Me parece que no. ¡Yo soy guionista, no pistolero! Y

además, no vamos a ir a tu casa, es el primer lugar donde los policías y los cuervos irán a buscarnos.

Me levanté y ella me cogió por el brazo.

—Al menos, ten mucho cuidado —insistió.

—De momento voy a por un diccionario, eso no creo que sea muy peligroso.

Media hora más tarde le dejé un Larousse alemán-francés en la recepción del hotel y pedí al botones que se lo llevase a nuestra habitación, y después me fui a buscar la sede de Acta Fidei.

El azar, con su enorme ironía, había hecho que la sede parisina de la sociedad Inadexa se encontrase en la calle Julio César, detrás de la plaza de la Bastilla, apenas a unos metros de uno de los centros de la Iglesia de la Cienciología. Una misma calle para una gente tan guapa, eso sólo se puede ver en Nueva York y en París. Y ese día, justamente, los cienciólogos estaban en pie de guerra.

Esos adeptos dóciles se manifestaban para protestar contra el racismo del que se sentían víctimas en Francia. A veces hay quien tiene una molesta tendencia a ver la paja en el ojo ajeno... Había cienciólogos de todos los países, quizá incluso muchos más cienciólogos extranjeros que franceses. Algunos llevaban unas enormes chapas amarillas en forma de estrella de David, en las que se leía: «Miembro de una secta». Me dieron ganas de vomitar. Pensé en la suerte de centenares de miles de judíos medio siglo antes, cuyo recuerdo recuperaban ahora aquellos sinvergüenzas sin escrúpulos... Después de todo, el único acoso del que han sido víctimas realmente los niñitos de Hubbard en nuestro país es el de Hacienda, que intenta que paguen sus facturas... Comparar eso con la suerte de los judíos durante la Segunda Guerra Mundial

sobrepasa de lejos el simple mal gusto.

Me abrí camino entre aquellos extraños manifestantes, intenté no levantar los ojos para evitar cruzar la vista con sus miradas pegajosas, por miedo de no poder resistir el impulso de insultarles.

El edificio de Inadexa era alto y estrecho. Era un inmueble moderno en medio de otros más antiguos, construido con piedra blanca y lisa, y cuyas ventanas eran grandes espejos azulados.

Me detuve al pie del edificio. No había ninguna placa, ningún signo que indicase la naturaleza de aquel lugar, pero no cabía duda alguna. Estaba seguro de la dirección. Dos pequeñas cámaras encima de la entrada ponían de manifiesto que la seguridad era algo que se tomaba muy en serio en el reino de Dios.

Me dirigí hacia las grandes puertas de cristal deslizantes, que se abrieron al momento. Entré lentamente en un enorme vestíbulo blanco, con suelo glacial. Una puerta de ascensor dividía en dos la pared del fondo, rodeada a cada lado por unas elegantes escalinatas negras. En distintos lugares vi un símbolo que era el de la organización religiosa, puesto que figuraba en los estatutos de Acta Fidei que nos había enviado el *hacker*. Una cruz encima de un sol.

A mi derecha, una mujer estaba sentada en la recepción, tecleando en un ordenador. Debía de tener unos treinta años, delgada, muy maquillada, con un traje de chaqueta azul eléctrico y una sonrisa falsa.

—¿Puedo ayudarle?

Me acerqué a la recepción y puse las dos manos sobre el mostrador blanco, intentando esbozar una sonrisa tan amplia como la de ella.

—¿Giuseppe Azzaro?

Todo se dijo con la mirada. Ella debió de ver la duda en

mis ojos, igual que yo vi la sorpresa en los suyos. Un segundo de más en su reacción. Un latido cargado de significados. Ella se echó atrás, me dedicó una nueva sonrisa y cogió el teléfono. Yo di un paso atrás, metí las manos en los bolsillos del pantalón, para simular una cierta desenvoltura, pero la tensión estaba muy presente, era casi material.

Oí entonces unas palabras en italiano que ella susurró al teléfono. No llegué a distinguirlas, ya que mi italiano es bastante mediocre. Ella no dejaba de dirigirme sonrisas. Demasiadas sonrisas.

Oí pasos a mi izquierda. Volví la cabeza. Dos hombres bajaban por las escaleras, a la izquierda del ascensor. Si los dos matones de Gordes no hubiesen ardido al pie de un árbol, yo habría jurado que eran ellos. Largo abrigo negro, hombros anchos, cara cuadrada. Como una mala caricatura. Unos malditos cuervos.

Di un paso atrás. Al instante, me pareció que ambos aceleraban el paso. Volví la cabeza hacia la recepcionista. Ella ya no sonreía en absoluto. Miraba hacia la escalera. Los dos perros guardianes se abalanzaban sobre mí. En el último segundo decidí que era el momento de salir corriendo. De un salto me precipité hacia la gran puerta de cristal, pero no se abrió. Los dos tipos ya iban corriendo. Intenté separar las dos puertas. Imposible. Lleno de pánico, di un violento golpe con el hombro. Uno de los dos batientes cedió y giró un poco hacia la acera. La puerta estalló en mil pedazos, proyectando diminutos fragmentos de cristal en todas direcciones.

Salí a la calle. Decenas de cienciólogos en manifestación me contemplaban con la boca abierta. Esos elementos iban a salvarme. Corrí hacia ellos, mientras los dos forzudos se encontraban sólo a dos pasos. Me metí entre los manifestantes alelados, sin mirar atrás. Me colé a trompicones entre ellos, con los hombros por delante, y me abrí camino entre aquel bosque de adeptos hubbardianos hasta la calle de Lyon.

Atravesé el gran bulevar precipitadamente, sin

preocuparme del tráfico, aunque era intenso. Un autobús casi me atropella, y tuvo que apartarse tocando el claxon. Una vez en la acera, me volví para ver dónde estaban los forzudos. La ventaja, con aquel tipo de armarios, es que los músculos hacen más lenta su carrera... Todavía estaban en la acera de enfrente, y me buscaban con la mirada.

Me agaché y partí a paso ligero hacia la estación de Lyon. Pegándome a las sucias paredes, metiéndome entre quioscos y fuentes Wallace, cogí una calle a la derecha y, cuando estuve bien seguro de no encontrarme ya en su campo de visión, eché a correr. Corrí durante largos minutos, y llegué, sin aliento, bajo las arcadas de la avenida Daumesnil. Agotado, me detuve, escruté el horizonte para ver si mis sabuesos seguían pisándome los talones y, como no los vi, decidí refugiarme en un café.

Entré en un bar del bulevar Diderot y, echando regularmente miraditas al exterior, aproveché para comprar una tarjeta provisional para mi teléfono móvil. Después, chorreando sudor, fui a tomar un café al mostrador, bajo la mirada suspicaz de los camareros.

Intentando pasar inadvertido ante el mostrador, y entre los afables asiduos, los borrachos escandalosos y los apostantes nerviosos, me tomé el café preguntándome de qué me había servido mi pequeña excursión a la sede de Acta Fidei. No me había enterado de nada. Nada, aparte de saber que su servicio de seguridad me conocía y que, estaba claro, tenían muchas ganas de atraparme... Incluso la recepcionista de la sede parisina parecía estar al corriente. Pero, ¿al corriente de qué, por otra parte?

El hecho de que los dos armarios roperos que me habían perseguido llevasen más o menos la misma ropa que los de Gordes no significaba forzosamente, sin embargo, que los cuatro perteneciesen a la misma organización. Los guardaespaldas siempre tienen la misma cara y llevan la misma ropa, de un extremo a otro del planeta. Pero aun así...

Pagué el café y salí tranquilamente del bareto. Cuando menos lo pensaba, me di de bruces con los dos siniestros vigilantes de Acta Fidei. Estaban buscándome aún, se veía claramente, pero parecieron tan sorprendidos como yo.

Sin pensar, me precipité hacia el bulevar Diderot, levantando la cabeza como para recuperar mejor el aliento. Corrí como no he corrido en mi vida. Impulsando las piernas con todas mis fuerzas, buscando muy lejos, ante mí, los centímetros que, uno tras otro, debían alejarme de mis dos galgos. Oía su respiración ronca detrás de mí, el ruido de sus zapatos gruesos sobre el asfalto. Los curiosos se apartaban a nuestro paso, pasmados. Se preguntaban a quién detener. Al perseguido o a los perseguidores. Pero no les dábamos tiempo para elegir, tan rápido corríamos.

Me ardía la garganta, los muslos empezaban a dolerme, y ya me fallaban las fuerzas. No iba a poder continuar así mucho tiempo más. Decidí cruzar de nuevo, recordando que a los cachas no les gustaba nada aquel jueguecito. Pero allí había mucho menos tráfico, y no tuvieron problemas para seguirme.

Yo sentía que perdía velocidad a medida que subía por el bulevar, y mis perseguidores mantenían la distancia. Los cancerberos quizá sean un poco lentos, pero también son agresivos y persistentes.

Llegué pronto a la vista de una boca de metro. Sin reflexionar bajé a toda prisa por los escalones, metiéndome en el pasaje subterráneo. En la parte baja de la escalera perdí el equilibrio y caí de cabeza en el pasillo del metro, arrastrando a un joven en mi caída. Los dos vigilantes llegaban a lo alto de las escaleras gritando:

—¡Apártese!

Yo estaba paralizado por el miedo. Me iban a coger. Ya los veía echarse encima de mí, con los puños cerrados. Me iban a dar una paliza en medio de la multitud indiferente.

El silbato del tren me sacó de mi estupor. Era mi última oportunidad. Me levanté de golpe, apoyándome en el pecho del pobre tío al que había tirado. Corrí hacia los torniquetes, salté por encima y bajé a saltos las escaleras que descendían hasta el andén.

El silbato del tren se detuvo. Las puertas iban a cerrarse. Yo bajaba los escalones de cuatro en cuatro. Oí el chasquido de las puertas correderas. El ruido metálico de los batientes que se cierran. Salté los últimos escalones y caí en el andén. Un paso más. Por poco, deslicé el pie en la abertura. Luego metí las manos. Con todas mis fuerzas separé las puertas y por fin conseguí colarme en el interior. Los dos batientes chasquearon violentamente detrás de mí y el tren se puso en marcha.

Los dos matones llegaron al momento al andén.

—¡Mierda! —gritó el primero.

Pero el segundo no tenía intención alguna de abandonar. Se echó a correr al lado del vagón y tiró de la empuñadura también. La puerta estaba bloqueada, pero el maldito pesaba al menos ciento treinta kilos y era puro músculo. Los dos batientes empezaban a alejarse el uno del otro.

Sin dudar, le di una violenta patada en los dedos. Oí su grito de dolor y el hombre sacó la mano precipitadamente. Las puertas se volvieron a cerrar y el tren continuó su camino, distanciándose de mi perseguidor, sin aliento y con la mano ensangrentada.

Llegué a nuestro hotel al final del día, después de varias vueltas complicadas en autobús y metro, queriendo dar esquinazo definitivamente a mis perseguidores. Pero aquel día había acabado por volverme completamente paranoico. Me sobresaltaba cada vez que veía pasar a un hombre vestido de

negro, o cuando una berlina se detenía en un semáforo, o cuando alguien me miraba de soslayo...

Yo había sufrido algunas psicosis en mi vida, y las drogas me habían jugado en tiempos más de una mala pasada en ese sentido, pero nunca había sentido una tensión psicológica semejante. Varias veces tuve que detenerme para intentar recuperar el contacto con la realidad. Para pasar mi razón por la criba, e interrogarme con la mayor objetividad posible. Habían pasado tantas cosas extrañas en tan pocos días que acabé por dudar de mi propio entendimiento. ¿Me habría tendido una trampa mi padre? ¿Nos perseguirían verdaderamente aquellos hombres? ¿No sufriríamos Sophie y yo un delirio común, una paranoia de complot, ella impulsada por la investigación de la exclusiva, y yo turbado por la muerte de mi padre?

La angustia seguía invadiéndome. Miles de voces me gritaban que diera marcha atrás. Que lo dejase todo. Tenía la sensación de hacer algo mal. Y sin embargo, tenía necesidad de saber. La curiosidad, sin duda, me ayudaba a luchar.

Llamando a la puerta de nuestra habitación, comprendí que Sophie todavía estaba sumergida en su traducción, ya que le costó venir a abrirme.

Cuando le conté mi aventura, ella encendió un cigarrillo y, apoyada en la ventana, dijo lentamente:

—Bueno, ahora estamos seguros de que Acta Fidei está metida en esto. Y si verdaderamente están metidos, es que todo esto es muy grave.

Estaba claro que se trataba de la última prueba que necesitaba Sophie para persuadirse de que no alucinábamos. El humo de su cigarrillo formaba una cortina desvaída ante su rostro, y yo no llegaba a distinguir si sus ojos estaban llenos de angustia o de excitación. Pero ella se hallaba ya silenciosa e inmóvil.

Contemplé el escritorio de nuestra habitación de hotel.

Las notas de mi padre estaban esparcidas en torno al manuscrito de Durero, y Sophie había llenado varias páginas de una libreta grande.

Avancé hacia el minibar que se encontraba debajo del televisor y me serví un whisky solo.

—Necesito mucho una copa. ¿Quieres tomar algo? —pregunté, volviéndome hacia la periodista.

Ella indicó con la cabeza que no. Me senté ante el escritorio, suspirando, y eché un vistazo a sus notas.

—Veo que ya has avanzado mucho...

Ella tardó en responderme, como si primero tuviese necesidad de asimilar las noticias del frente.

—Sí. He avanzado bastante. Y... francamente, me da la sensación de estar soñando. Me pregunto en qué lío nos hemos metido, Damien. Esto es una historia de locos, desde luego.

—¡Cuéntame! —le pedí.

Ella apagó su cigarrillo en el cenicero de la mesilla y vino a sentarse a mi lado, en el brazo de mi sillón. Yo bebí un poco de whisky y ella se puso a hablar.

—Sólo tengo el principio. Pero no está mal para empezar. A partir del manuscrito de Durero, he podido descubrir más cosas de la piedra de Iorden. Y las notas de tu padre me han iluminado mucho. Bueno, es un poco complicado.

—Te escucho...

—En primer lugar, lo más importante (y esto sobre todo lo explican las notas de tu padre) es darse cuenta de que no existe ni un solo documento contemporáneo de Jesús que mencione su existencia.

—¿Y qué quiere decir eso?

—No hay huellas de Jesús en los escritos históricos de

sus contemporáneos. Y exceptuando los Evangelios, la mención más antigua, de la mano de Plinio *el joven,* data de 112, o sea, unos ochenta años después de la muerte de Cristo.

Dejó de hablar y echó una ojeada a sus notas. Tenía una forma de colocarse bien las patillas de las gafas al hablar que le daba el aspecto de una estudiante de historia, orgullosa de sus investigaciones.

—En el año 125 —prosiguió—, Minucio Fudano habla de él en un relato sobre el emperador Adriano. Pero Flavio Josefo, uno de los historiadores más fiables de la época, no menciona ni siquiera a los primeros cristianos. En resumen: aparte de los escritos históricos de Plinio *el Joven,* los únicos documentos que tenemos sobre Jesús y los principios del cristianismo son textos religiosos, en primer lugar los Evangelios, que fueron escritos de todos modos entre cincuenta y ochenta años después de la muerte de Cristo, y a continuación los Hechos de los Apóstoles y las epístolas de san Pablo, también posteriores. En suma, nada contemporáneo.

—¿Adónde quieres ir a parar?

—Espera... El último punto importante, en los escritos de tu padre, concierne a la historia del Nuevo Testamento. Una historia tumultuosa, hecha de traducciones a veces irreflexivas, de copias edulcoradas, incluso de recortes brutales durante los primeros siglos, cuando el texto no convenía a los asuntos de la Iglesia. El Nuevo Testamento no se estabilizó hasta al cabo de varios siglos. Es mucho tiempo...

No diré que no. Los Evangelios, en su origen, fueron escritos o bien directamente por sus autores, o bien por escribas, en hojas de papiro que a continuación fueron enrolladas o unidas en forma de códices. No conocemos ninguno de esos originales, ni uno solo. Hoy en día sólo poseemos algunos fragmentos de copias que datan del siglo II, y la única copia completa del Nuevo Testamento que tenemos data del año 340. Además, está toda en griego. Ciertamente, era la lengua más usada para la escritura desde la época de

Jesús, pero una parte de los originales debía de estar escrita en arameo. Como resultado, hoy en día, cuando comparamos las distintas copias de la época, observamos, fíjate bien, más de doscientas cincuenta mil variantes. Los descubrimientos de Qumrán permitieron constatar que nuestra versión del Antiguo Testamento era mucho más fiel al texto original (sin embargo, mucho más antiguo) que el Nuevo Testamento.

—¿Estás a punto de decirme que el Nuevo Testamento no es fiable?

—En todo caso, no se puede decir con rotundidad cuál es su grado de fidelidad con relación a los textos originales. Pero eso no es todo. Está también lo que reconoce la Iglesia y lo que no reconoce. El Evangelio de santo Tomás, encontrado en Nag Hammadi, y los manuscritos del mar Muerto no son más que dos ejemplos de todos los textos que molestan a la Iglesia.

—¿Por qué les molesta?

—Ah, por los detalles, a menudo. ¿Jesús estaba casado? ¿Tenía hermanos? Cuestiones estúpidas que molestan mucho a la Iglesia y ponen nerviosos a los tragones de los curas.

Pero hay otros temas mucho más interesantes. Por ejemplo, cuando se estudia el inicio del cristianismo, se constata que la secta judía a la que los primeros cristianos se hallaban más cercanos era la de los esenios.

—¿Los autores de los manuscritos del mar Muerto?

—Entre otros. En los Hechos de los Apóstoles, la imagen que Lucas da de los primeros cristianos está extrañamente cercana a la que dará Filón de los esenios. En su celebración de Pentecostés, por ejemplo. La Cena misma, uno de los símbolos más profundos del cristianismo, es la reproducción exacta de un rito esenio, con la plegaria de la bendición del pan y la extensión de las manos. El concepto de comunidad de bienes también lo compartían los esenios y los primeros cristianos. Bernabé, por ejemplo, vende sus tierras y entrega el dinero a los apóstoles. Muy instruidos, los esenios tenían

fuertes creencias escatológicas. Existen, pues, muchas posibilidades de que la mayor parte de ellos se convirtieran al cristianismo. Sin embargo, de las tres grandes sectas judías, la de los esenios es la única que no se menciona jamás en el Nuevo Testamento. Sin los manuscritos del mar Muerto, que la Iglesia e Israel intentaron mantener ocultos durante más de cincuenta años, no sabríamos gran cosa sobre ellos. Inquietante, ¿verdad?

—Sí. Nunca he entendido mucho por qué se ha tardado tanto tiempo en publicar los manuscritos del mar Muerto...

—Pedro, Santiago y Juan tienen en el Evangelio un lugar de primer rango. Doce apóstoles, de los cuales tres están en primera fila. Ahora bien, imagina que, tradicionalmente, el consejo de la comunidad esenia comprendiese, como por casualidad, doce miembros, de los cuales tres eran grandes sacerdotes.

—Cada vez más inquietante, en efecto... ¿La Iglesia intentó, pues, ocultar el origen esenio de la cristiandad?

—Es una cuestión que merece ser planteada. Otro ejemplo interesante: la importancia de Santiago, no el apóstol, sino el «hermano del Señor». Según tu padre, su papel es mal entendido en la Biblia, sin duda porque pertenecía al partido enemigo del de Lucas y Pablo. En el Evangelio de Tomás, Santiago *el Justo* es aquel hacia el cual los apóstoles deben ir después de la ascensión. Clemente, en las *Hipotiposis,* lo menciona con Juan y Pedro diciendo que recibió la gnosis de Cristo resucitado. Y ahí es donde la cosa se pone interesante, y volvemos al manuscrito de Durero... ¿Sabes qué significa la palabra «evangelio»?

—No, tengo que admitirlo.

—Viene del griego *euagelion,* y significa «buena nueva». ¿Y cuál puede ser, según tú, esa buena nueva?

—No sé. ¿Que Jesús ha resucitado?

—¡No, hombre! La Buena Nueva es la enseñanza de Cristo. El problema es que Jesús no cesa de repetir que él viene a aportar la Buena Nueva, pero jamás la da claramente. Mediante pequeños apuntes, transmite un mensaje de paz, de amor, ciertamente, pero no es la Buena Nueva que él anuncia. Es como si faltase alguna cosa…

—¡Bueno, tampoco hay que exagerar! El mensaje de Cristo es bien conocido, y lo menos que se puede decir es que ha tenido éxito…

—¡Pero no por ser conocido es completo! La gran fuerza de Jesús es que se dirige al pueblo judío con sencillez, mientras que el Talmud es mucho más elitista y está completamente desfasado con la vida cotidiana de los contemporáneos de Jesús. Si reflexionamos bien, es un poco lo que pasó mil años después con los cátaros en el sur de Francia. En el momento en que el discurso de la Iglesia se volvió demasiado elitista, demasiado alejado del mensaje claro y simple de Jesús, cuando la misa se decía en latín, los únicos sacerdotes que se pusieron a hablar sencillamente al pueblo en una lengua que comprendía tuvieron un éxito fenomenal. Un éxito tan grande que el Papa tuvo miedo de la competencia y ordenó que se los cargaran a todos, sin excepción…

—«Matadlos a todos»…

—Sí. El caso es que tú dices que se conocen bien las enseñanzas de Cristo, pero aun así, sigue habiendo dos elementos singulares. En primer lugar, está la escena completamente sobrenatural de la transfiguración.

—Refréscame la memoria…

—En resumen, Jesús lleva a Pedro, Santiago y Juan a una montaña, no estamos seguros de qué monte se trata, quizá el Tabor, quizá el Hermón, y allí toma figura divina.

—¿Es decir que…?

—Ésa es la cuestión... Recuerda que antes te contaba que Clemente, en las *Hipotiposis,* menciona otra escena durante la cual Santiago, Pedro y Juan recibieron la gnosis de Cristo resucitado.

—¿Y bien?

—Según el texto de Durero, y las investigaciones de tu padre, ahí es donde se encuentra la clave de los evangelios. Jesús habría entregado un mensaje, un *euagelion,* pero que no se revela directamente en la Biblia.

—Se diría que es un análisis de la cábala...

—Sí, o de la hermenéutica. Para Durero, el mensaje real de Jesús no es el de la Biblia, que no sería, según tu padre, más que una cronología truncada de la prédica de Jesús. O sea, que su verdadero mensaje estaría en otro lugar. Si debemos creer esos manuscritos, Cristo sería un iluminado, en el sentido más noble del término, el poseedor de un secreto o de un saber absoluto, y su enseñanza no tendría otro sentido que entregar ese saber.

—¿Un saber absoluto?

—No sé... Una revelación, una verdad. El *euagelion.*

—¿Algo como: «Dios existe»?

—No. En aquella época, nadie lo dudaba. La novedad habría sido quizá: «Dios no existe». Pero no, creo que se trata de otra cosa...

—Pero ¿el qué?

—Si lo supiera, no estaríamos aquí... Creo que es justamente ese *euagelion* el objeto de las investigaciones de tu padre, y hoy en día de la codicia de Acta Fidei, del Bilderberg y probablemente de un montón de curiosos más.

—¡Pero eso es una locura!

—No tanto, si reflexionamos bien. Pero espera, esto va más lejos aún. Esto es lo que tu padre concluyó sobre el

manuscrito de Durero que, te lo recuerdo, le fue inspirado a éste por Leonardo da Vinci: Jesús recibió un saber, un secreto, no se sabe bien ni cuándo ni cómo, quizá de Juan el Bautista, quizá directamente, como presciencia o instinto…

—Como Einstein, que se despertó gritando «$E=mc^2$»…

—Quién sabe. En todo caso, empieza a decir que tiene un conocimiento, una buena nueva que querría anunciar a los nombres. Pero poco a poco descubre la auténtica naturaleza de sus contemporáneos y comprende que no puede darles directamente su mensaje. No están preparados. No lo comprenderían. ¿No dijo él mismo acaso: «No deis a los perros las cosas sagradas, no arrojéis las perlas a los cerdos»? o es muy tierno que digamos…

—No. Jesús no siempre es tierno. Entonces intenta hacer progresar a los hombres, para que estén dispuestos a recibir su mensaje. Les abre el espíritu. Según tu padre, una de las principales enseñanzas de Cristo: «Amaos los unos a los otros», no sería más que un medio de preparar a los hombres para recibir ese saber. De hecho, todo su ministerio iría en ese sentido. Después, viendo que lo han traicionado, viendo que va a morir, y constatando que los hombres siguen sin estar preparados para recibir sus enseñanzas, decide confiar su secreto a las generaciones futuras y lo esconde.

—¿Cómo?

—Codificándolo.

—¿Estás de broma?

—En absoluto. La imagen según la cual Jesús lega su gnosis a Juan, Pedro y Santiago, durante la transfiguración o después de la resurrección, viene de ahí. Y ahí es donde entra en juego la piedra de Iorden. Varios textos apócrifos hacen referencia a ella. Jesús ofreció su única joya, su única posesión, a su amigo más fiel. A ese respecto las versiones difieren. A veces es Pedro, a veces Santiago, a veces Juan, y a veces los tres. Uno de los textos de Nag Hammadi dice incluso

que María recibió la joya de Cristo.

—¿Y la piedra de Iorden contendría el mensaje secreto de Jesús?

Ella se encogió de hombros y me sonrió.

—¿Y dices que sólo has traducido el principio? —exclamé, consternado—. ¿Y qué se cuenta en el resto del texto?

—¡Ah, eso! Me pides demasiado... El resto del texto parece contar la historia de la piedra de Iorden a través de las épocas. Durero, como nuestros diversos amigos, seguramente la buscó también, y al parecer hizo investigaciones sobre el paradero de esa misteriosa reliquia. Pero ya no sé más. Seguiré traduciendo mañana. Sinceramente, no puedo más.

—¿Y qué relación tiene todo esto con *Melencolia,* el grabado?

—No lo sé. Quizá sirvió de pretexto a Durero. Hay numerosos símbolos que hacen pensar en toda esta historia, pero es demasiado pronto aún para que yo comprenda lo que sea. Hay un cuadro mágico, unas herramientas, algunas de las cuales hacen pensar en la simbología masónica, un angelote, una piedra tallada... Yo qué sé. Tendré que examinarlo todo con más detenimiento.

Después calló. Parecía agotada. Pero se adivinaba una sonrisa en su rostro.

Bebí un trago más de whisky.

—¿Qué hacemos? —pregunté, dejando el vaso vacío en el escritorio que tenía delante.

—¿Qué quieres decir?

—No sé... Todo esto tiene un aire muy estrafalario. ¿Quieres continuar?

—¿Estás de broma? —se ofuscó ella—. En el peor de los casos, toda esta historia puede ser falsa. Pero, ¿qué podemos

perder? Una historia falsa que interesó a Da Vinci, Durero y que interesa hoy en día al Bilderberg y a una organización de integristas cristianos es siempre una historia que merece la pena conocer y revelar, ¿no? Y además, siempre existe la posibilidad de que esta historia sea cierta...

—¡Eso es lo que más me preocupa! Un mensaje secreto de Jesús... Encriptado... Escondido durante dos mil años... ¿Crees realmente que somos nosotros quienes debemos buscarlo?

—¿Preferirías que fuesen los tipos que te han dado una paliza?

Era difícil responder a eso, evidentemente. De todos modos, yo sabía que no podría convencerla nunca de abandonar. Aquello casi me iba bien, porque me daba una excusa, a falta de valor... ya que, después de todo, debo confesar que yo también tenía ganas de saber cosas.

—¿Entonces continuamos?

—¡Desde luego! Necesito una buena noche de sueño y mañana continuaré con mis investigaciones.

—¿Y yo?

—Tú irás a la Biblioteca Nacional a buscar el microfilme cuya referencia anotó tu padre al dorso de *La Gioconda.*

—Ah. Ya veo que lo tienes todo previsto...

Ella sonrió.

—Sí.

En aquel momento su ordenador emitió un leve pitido. Ella se sentó de nuevo y yo miré por encima de su hombro.

«¿Haigormeyer?»

Era nuestro amigo el pirata. No habíamos tenido noticias suyas desde Gordes. Había sido hacía dos días, pero parecía una eternidad.

«Sí.»

«Reconozco tu seudónimo, pero no tu ordenador.»

—¿Reconoce nuestro ordenador? —me asombré yo.

—Sí —respondió Sophie—. No es demasiado difícil.

«Es normal. He cambiado de ordenador... He tenido que reinstalar los programas, pero sigo siendo yo. He tenido algunos problemas. Nada grave.»

«Precisamente. Iba a prevenirte de que a mí también se me estaban poniendo las cosas feas.»

Sophie frunció las cejas y me lanzó una mirada inquieta.

«¿Qué quieres decir?»

«Desde que conectamos en el ICQ, mi ordenador parece interesar a mucha gente. Felizmente, mi PC está blindado, pero los ataques no cesan.»

«¿Alguien intenta piratearte?»

«Sí.»

«El cazador cazado...»

«Sí, pero yo no arriesgo nada. Tú, por el contrario...»

«¿Crees que me van a intentar piratear?»

«¿No te parece?»

«Sí, en efecto, parece probable. ¿Qué podemos hacer?»

«Como no conoces gran cosa, podrías empezar por instalarte un *logger.»*

«¿Qué?»

«Un pequeño programa que yo he creado y que permite conservar una huella de todas las transacciones IP en tu máquina. No te protege, pero sí te permite verlo todo.»

«¿No irás a enviarme un virus?»

«¡Brrrr!»

«¿Eso querrá decir que vas a tener acceso a mis ficheros?» «Si estás de acuerdo. Te recuerdo que el archivo más interesante que tienes te lo mandé yo...»

Sophie volvió la cabeza hacia mí.

—¿Qué hacemos? ¿Confiamos en él?

—Sinceramente, si hubiese querido piratearnos, estoy seguro de que lo habría hecho hace mucho tiempo... Por otra parte, igual lo ha hecho ya.

—Entonces, ¿Te dejamos instalar su programa en mi ordenador?

—Si eso puede protegernos un poco...

«Está bien. Envíalo.»

«Perfecto. Instala el programa y antes hazte una copia de todos los archivos realmente importantes de tu ordenador, en disquete o en CD-Rom.»

«De acuerdo. Vamos a hacerlo. Tu foto saldrá en el *Libé* de mañana.»

«¿De verdad? ¡Qué fuerte!»

«Ya nos pondremos en contacto cuando haya novedades.
»

«Muy bien.»

No había restaurante en el hotel y decidimos salir a cenar fuera. París en el mes de mayo siempre tiene algo especial, y no desde 1968 o Aznavour. Es el final de la primavera, la llegada perezosa de un verano que sabe hacerse esperar, las hojas que salen, las lilas que asoman la nariz. Entre la torre Eiffel y la cúpula de los Inválidos, a lo largo de la Escuela militar, caminamos un tiempo al amparo de la orilla izquierda, con una sonrisa provocada por el aire fresco de la noche.

Después de un pequeño rodeo hacia el Sena, finalmente recalamos en un café grande rojo y negro junto a la Escuela militar, a dos pasos del Tourville. Yo había comido allí varias veces en mi adolescencia, y por tanto garantizaba la frescura de su marisco. El sitio no había cambiado nada. Los mismos cueros, los mismos cobres, la misma agitación, el eco de los cubiertos y voces mezcladas, un café-restaurante francés en todo su esplendor. Y el camarero, desde luego, un pingüino dopado con anfetaminas que no te mira jamás a los ojos, con el pulgar metido en el abridor que lleva en el bolsillo de la chaqueta, que no olvida jamás el vino, que se paga, pero sí a menudo el agua o el pan, que hay que pedir varias veces. París siempre será París. Cenamos bien y después volvimos al Tourville ya entrada la noche.

Apenas llegó a la habitación, Sophie se quitó los zapatos, los arrojó en una silla y fue a acostarse. Yo la vi echarse en la cama y después me instalé en el escritorio y apoyé la cabeza en las manos. El ordenador portátil de Sophie, colocado ante mí, me hizo pensar en mi trabajo. Mis guiones. Todo había quedado en Gordes. No tenía ningún medio de hacer nada. Y, en cierto modo, me sentía aliviado. *Sex Bot* ya no me motivaba. Ni tampoco echaba tanto de menos Nueva York.

Cuando volví los ojos hacia la cama de Sophie, vi que ya se había dormido. La luz leve de la lámpara del escritorio arrojaba sobre su cuerpo tendido una suave luz velada y amarilla, y su sueño estaba lleno de gracia. Su rostro, congelado en una sonrisa pacífica, no me había parecido nunca más tierno. Estaba mucho más bella aún en los brazos de Morfeo.

Tenía que confesármelo. Estaba enamorado de aquella mujer. Enamorado de una mujer a la que le gustaban también los chicos. A decir verdad, no había experimentado nada parecido por ninguna mujer. Ciertamente, no por Maureen, ni siquiera en los primeros tiempos. Sophie era distinta. Independiente. Bella en su soledad. Entera. ¿Por qué narices

iba a volver yo a Nueva York?

Abrí el programa de correo electrónico en el ordenador de la periodista y empecé a redactar un mensaje para mi agente.

Querido Dave:

Siento muchísimo no haber podido darte noticias antes. Tenía algunas cosas que resolver, y la verdad es que no he tenido tiempo de ocuparme de ti, ni siquiera, te lo confieso, de los guiones.

Pero sin duda es mejor así. Porque la verdad es que todo eso ya no me importa. *Sex Bot* no me interesa ya. No dudo de que será una terrible noticia para vosotros en la agencia, pero la verdad es que no tengo ganas de seguir con esta historia. La calidad de la serie se resentiría. Pide a uno de vuestros *script doctors* que haga la versión final de los cinco últimos guiones. Te doy mi consentimiento. Mejor aún: tengo la intención de ceder íntegramente los derechos de la serie a HBO. Y querría que vosotros os encargaseis de la transacción. *Sex Bot* está ahora en la cumbre de su gloria. Tendríais que poder sacar una bonita suma. Envíame un contrato y os cederé el 15% de lo que me proponga la HBO. Buscaos la vida para que la HBO conserve a los mismos guionistas, porque son pupilos vuestros, y así conservaréis *Sex Bot* en vuestro catálogo. Pero yo ya he terminado.

Siento muchísimo fallarte de esta manera, pero esto es irrevocable, así que, por favor, te ruego que no intentes disuadirme.

Tenme al corriente. Me quedo en Francia, seguramente por mucho tiempo. Puedes ponerte en contacto conmigo a través de esta dirección de correo. No se la des a nadie más. Gracias por todo.

Con afecto,

Dudé un instante antes de marcar el icono de «enviar», pero al fin lo pulsé, suspirando. El correo quedó enviado en un segundo. Un segundo para cambiar de vida.

Apagué el ordenador y lo cerré. Mis ojos cayeron entonces en el grabado de Durero. Todavía no me había tomado el tiempo suficiente para examinarlo de verdad.

La escena del grabado se situaba en un lugar elevado, ofreciendo una vista del mar a un lado. En el centro, un personaje alado, quizá una mujer, quizá un ángel. El rostro y la ropa hacían pensar más bien en una mujer, pero los miembros y la envergadura la hacían extrañamente masculina. Sentada ante un edificio sin ventanas, tenía el codo izquierdo apoyado en la rodilla, y se sujetaba la cabeza con una postura triste y graciosa a la vez. En la mano derecha llevaba un compás, pero su espíritu parecía ausente, con la mirada perdida a lo lejos. En la cintura, colgando de una cinta, llevaba un manojo de llaves. A sus pies, un perro adormilado. A su lado se veía un ángel, con unas alas ridículamente pequeñas y los cabellos rizados. Con la mirada muy seria, escribía alguna cosa en una tablilla. Al lado del ángel, atravesando el grabado en diagonal, como para separar el primer plano del segundo, una escala reposaba apoyada en el muro del edificio. Pero lo que no podía evitar observar era la cantidad increíble de objetos que había desperdigados por el suelo o apoyados en el edificio. A los pies del personaje alado, un fuelle, clavos, una sierra, un cepillo de carpintero, una regla, una esfera, y detrás, una especie de piedra enorme tallada con múltiples facetas, y en el muro del edificio una balanza, un reloj de arena, una campana, un reloj de sol y un misterioso cuadro mágico...

Un bosque de símbolos, podríamos decir. Difícil imaginar que se pudiera encontrar alguna interpretación a aquel desorden, muy elegante, sin embargo. Se desprendía de

aquel grabado una impresión extraordinaria. Ilustrando perfectamente su título, *Melencolia,* evocaba la tristeza, la soledad, la nostalgia. Una especie de dolor dulce.

Apagué la lamparita del escritorio. Me levanté y me acerque a la cama de Sophie. Me incliné lentamente hacia ella y deposité un beso silencioso en su frente, antes de irme a dormir. Cuando estuve instalado dentro de la cama, oí detrás de mí el sonido de su voz.

—Buenas noches.

Siete

A la mañana siguiente me despertaron tres golpes que sonaron en nuestra puerta. Sophie ya estaba vestida. Ella se dirigió hacia la entrada y abrió la puerta para dejar pasar al pequeño carrito que traía un empleado del hotel. La periodista había hecho que nos trajeran el desayuno.

Dio una propina al chico y empujó el carrito entre nuestras dos camas.

—¡Buenos días, motero! —dijo, abriendo las cortinas—. ¡Mira qué sol! ¿No hace un día ideal para ir… a la Biblioteca Nacional?

Yo me incorporé y me desperecé.

—¿Eh, cómo? —balbucí.

Sophie vino hacia la mesita, cogió un cruasán y lo mordió, mirándome con aire burlón.

—¿Has dormido bien?

—Sí.

—Mejor. Nos espera un día intenso.

Fue a sentarse a su cama, se sirvió una taza de café y, apoyándose en la pared, empezó a leer un ejemplar de *Le Monde*.

No podía creer que a pesar de todos nuestros problemas,

ella pudiese estar de un humor tan bueno. A mí me estaba costando mucho reponerme de mis emociones de la víspera. Una vez más, Sophie me impresionaba.

Me serví un café también y cogí un cruasán, suspirando.

Estaba rendido. La larga persecución del día anterior me había dejado con agujetas. Probablemente no había corrido así desde el instituto, y era uno de los raros neoyorquinos que no frecuentaban nunca la sala del gimnasio.

De repente Sophie se incorporó con los ojos como platos.
—¡Hay un artículo sobre nosotros en el periódico! —exclamó.

Yo casi me atraganto con un sorbo de café.

—¿Sobre nosotros?

—Bueno, sí, no directamente, pero habla del accidente de Gordes. En los sucesos. El periodista menciona la muerte de tu padre, el incendio de su casa, y el coche que explotó anteayer... Al parecer, no se sabe gran cosa. «La policía se niega a hacer cualquier comentario por el momento.»

—¡Mierda! ¿Y qué hacemos ahora? No podemos seguir así... ¡Tendremos que ir a dar una explicación!

—Sí, la verdad es que el tiempo apremia —accedió Sophie.

—No podemos ir más rápido...

—No, pero tampoco podemos quedarnos eternamente en este hotel.

—¿Y adónde quieres que vayamos? ¿Quieres volver a Gordes?

—Claro que no. Tenemos que seguir escondidos, pero yo necesito algunas cosas. Tengo que ir a mi casa...

—No es prudente.

—No estoy obligada a quedarme. Sólo quiero recoger algunas cosas y unos expedientes. También tendré que dar

señales de vida con la gente de *90 minutos*. Saben que yo estaba en Gordes. Si leen este artículo, se inquietarán, seguro.

—Yo creía que teníamos que mantener un cierto anonimato mientras se resolvía todo esto...

—Sí, es verdad —reconoció ella—. Tenemos que encontrar una solución. En todo caso, no hay tiempo que perder.

Voy a intentar bajar un poco la presión de la policía. Con un poco de suerte, mi contacto en el Servicio Secreto podrá tranquilizarlos. Pero no estoy segura de que pueda hacerlo. Tú puedes ir a la biblioteca a buscar el microfilme que mencionaba tu padre.

—¿Y después?

—¿Después? Pues no sé. Ya veremos lo que hacemos. Nos quedaremos escondidos mientras yo acabo la traducción del manuscrito de Durero.

Suspiré.

—¡Ahora no podemos dar marcha atrás! —exclamó Sophie, cogiéndome una mano entre las suyas.

—No, claro que no.

Apuré aquel momento especial. Sus manos en la mía. Su sonrisa, sencilla. Después, ella volvió a leer el periódico.

—Voy a vestirme.

Me levanté y fui al cuarto de baño. No sobraba el tiempo, pero yo necesitaba un buen baño, relajarme un poco, porque notaba que el futuro cercano nos iba a dejar poco respiro.

Sumergido entre la espuma blanca, oí al otro lado de la puerta a Sophie que explicaba la situación a su contacto en el Servicio Secreto. Sin decir demasiado, le hizo comprender que necesitábamos un poco de tranquilidad. Un poco de anonimato. Pero por el sonido de su voz antes de que colgase,

comprendí que su interlocutor no se había mostrado demasiado tranquilizador. Después de todo, impedir a la policía que investigase no era competencia suya...

Después de secarme me vestí con la misma ropa del día anterior y volví a la habitación.

—Sophie, tienes razón, ¡yo también necesito algunas cosas! Necesito urgentemente algo de ropa. Todo lo tengo en Gordes. Hace tres días que no me cambio...

La periodista se volvió hacia mí con la sonrisa en los labios.

—Ah —dijo, constatando que llevaba la misma camisa que el día anterior—. Es verdad. Puedes ir a la tienda de ropa que hay justo debajo. Te pueden vestir de pies a cabeza, y con varias mudas. Te irá bien.

—¿Ah, sí? —me asombré yo—. ¿Tú crees?

Ella asintió con la cabeza y volvió al trabajo. Yo no sabía si se estaba burlando de mí o si hablaba en serio. Pero no importaba mucho: necesitaba ropa, fuese la que fuese.

Una hora más tarde, en efecto, había conseguido un guardarropa nuevo. Debí de pasar por un excéntrico cuando pedí a los vendedores cambiarme del todo en su probador, ropa interior incluida, y me costó un poco que aceptasen entregar el resto de las ropas que compré al hotel... Pero en Francia, como en todas partes, el dinero acaba por arreglarlo todo.

Salí a buscar un taxi como un joven *yuppie*.

El taxista me habló todo el trayecto de la dura vida de los taxistas parisinos, de los horarios imposibles, de los embotellamientos, de las agresiones y de esos cabrones de americanos que no quieren pagar más que con tarjeta. Para evitar un incidente diplomático, le pedí que se detuviera ante un banco para ir a buscar efectivo, y después decidí acabar el trayecto a pie.

Fui bordeando el Sena hasta el muelle de François Mauriac, reconociendo apenas toda aquella parte de la orilla izquierda que había cambiado tanto desde mi partida. Nuevo horizonte, nuevo puente, nuevas explanadas, nuevos paseantes. Nuevos nombres de las calles también. Aquellas cuatro torres alzadas en medio de una llanura de piedras grises tenían algo que seducía, pero no pude evitar pensar en el encanto del antiguo muelle de la estación, donde había pasado tanto tiempo en mi adolescencia. El encanto del viejo París, con lo que comportaba de suciedad y desorden, sí, pero de vida también...

Subí lentamente los escalones grises de la biblioteca, maravillado por la majestad del lugar y a la vez horrorizado por los grandes paneles de madera anaranjada que aparecían detrás de los cristales de las cuatro torres. Una ruptura torpe de la armonía azul grisáceo del edificio. Atravesé el atrio gigantesco y decidí dejarme conquistar por su belleza sencilla. Después de todo, un día, al cabo de algunos cientos de años, aquello sería el viejo París...

Llegado al centro de la explanada, descubrí con placer los jardines brillantes escondidos en las profundidades de la biblioteca. Allí no todo era cristal u hormigón. Y la alquimia funcionaba muy bien. Recuerdo haber tenido antes de partir hacia Estados Unidos la misma reacción con la pirámide del Louvre... La idea al principio me había parecido ridícula, incluso escandalosa, pero una vez en el lugar, la belleza natural del monumento me sedujo. La pirámide de cristal no tenía nada de escandaloso. Al contrario, el Louvre jamás me había parecido tan bello.

Impulsado por el viento que se deslizaba a lo largo del atrio de la biblioteca, me dirigí rápidamente hacia la entrada. Después de cumplir las formalidades administrativas, me dispuse a buscar mi microfilme. No sabía qué era lo que buscaba. Lo único que tenía era una simple referencia. La idea de buscar un microfilme del que no sabía nada resultaba

emocionante.

Impaciente, tuve que encontrar primero la sala adecuada. La Biblioteca Nacional está dividida en dos niveles, el superior del jardín, de acceso libre, y el inferior del jardín, donde se encuentra la sala de investigación, a la que sólo se puede acceder mediante una acreditación. Los dos pisos giran en torno a ese asombroso jardín rectangular. Pegado al cristal, admiré un momento los numerosos árboles, un guiño cómplice a los que habían servido para fabricar los miles de libros acumulados en aquellas altísimas torres.

Si el microfilme se encontraba abajo, mi visita no habría servicio de nada y sería necesario que fuese la propia Sophie quien se desplazase, provista de su carné de prensa. Pero después de algunas consultas en el catálogo interno al que se accedía desde los ordenadores de la biblioteca, descubrí que el microfilme estaba en el piso de arriba, y por tanto a mi alcance.

Di unas cuantas vueltas antes de encontrar mi camino en aquel dédalo de cristal, y acabé por fin en la sala J, metida en un nivel intermedio, al lado de la torre de las Letras. Era el departamento de filosofía, de historia y de ciencias del hombre. Sentí algo de alivio: ¡no iba a encontrarme con ningún oscuro tratado de matemáticas!

Subí los escalones y descubrí la inmensa sala de lectura, silenciosa, alta y calurosa. Me dejé acunar un instante por la atmósfera única de las bibliotecas. La calma sagrada de una sala de oración. La presencia discreta pero palpable de los demás lectores. El ruido de las páginas que se vuelven, de los teclados de ordenador, algunas palabras susurradas.

Lancé una mirada circular por la sala y su altillo. Después me dirigí hacia una documentalista sentada detrás de una ventanilla oval, con la mirada clavada en la pantalla de su ordenador. Levantó los ojos hacia mí. Era una joven de unos veinte años, con el pelo corto y moreno, unas gruesas gafas y tan delgada como una modelo inglesa de los años noventa.

Con aire un poco aburrido, pero sonriente.

—¿Puedo ayudarle? —me preguntó en voz muy baja.

Le di el número del microfilme y ella fue a buscar en un cajón que había a algunos metros de distancia. Yo esperaba impaciente, casi inquieto. ¿Y si Sophie se había equivocado? ¿Y si aquel documento no tenía nada que ver con nuestro asunto?

La joven parecía incapaz de encontrarlo. Con gestos seguros hacía desfilar los centenares de fichas bajo sus dedos.

Cuando llegó al extremo del cajón, alzó las cejas con aire perplejo y volvió a empezar desde el principio.

Yo empezaba a preocuparme de verdad. ¿Los otros habrían sido más rápidos que nosotros? ¿Habrían robado el microfilme?

La documentalista volvió con una sonrisa estirada.

—Pues no lo encuentro —dijo, con voz de pesadumbre.

—¿No? ¿Y no lo pueden haber prestado? —me extrañé.

—No, normalmente los documentos no salen de la biblioteca. Pero quizá alguien lo esté consultando en este mismo momento. Voy a comprobarlo.

Me quedé inmóvil. De golpe, la idea de que alguna otra persona pudiese estar en aquella sala de lectura consultando el microfilme me parecía no sólo posible, sino terrorífica. Un hombre de Acta Fidei o del Bilderberg estaba quizá a unos pocos metros de allí. Quizá incluso me observaba sin que yo pudiese verle... Intentando no demostrar mi angustia, eché una mirada a mi alrededor.

—Vaya, qué curioso —dijo la documentalista, sin apartar los ojos de la pantalla del ordenador.

—¿Sí? —la interrogué yo.

—Ese microfilme fue depositado en la biblioteca hace

casi diez años, antes incluso de trasladarnos aquí. No fue consultado ni una sola vez durante los tres últimos años (mis registros no se remontan más atrás), y desde hace dos semanas lo han consultado cuatro veces... ¿Es algún tema de actualidad?

—Eeh... sí —balbucí yo—. Más o menos.

—Pero lo curioso es que ahora no lo están consultando. Tendría que encontrarse en el cajón... Espere...

Se puso a teclear en su ordenador.

—Sí. Aquí está. Tiene suerte. Existe una copia del microfilme bajo otro número de referencia. Espere, voy a ver si ése está en el cajón.

Volvió a desaparecer.

Tenía la sensación de que me espiaban. Como un picor en la nuca. Gotas de sudor me caían por la frente. Y en la lengua notaba un sabor que ya empezaba a conocer bien. El sabor de la angustia, de la paranoia, que desde el día anterior había decidido jugar con mi salud.

La joven volvió con la sonrisa en los labios. Tenía algo en la mano.

—Aquí está. Es la copia. Ya investigaré a ver dónde está el original. Espero que no lo hayan robado...

Me tendió el microfilme, metido en una pequeña cajita de cartón.

—Gracias —dije, lanzando un suspiro de alivio.

—¿Sabe cómo funciona esto? —me preguntó, sentándose.

—No.

—Vaya usted a aquella sala —dijo, indicando una puerta que había en el altillo—, allí tiene retroproyectores. Coloque el microfilme debajo de la lámpara... Si no se aclara, venga a

verme.

—Muchas gracias —dije yo, dirigiéndome hacia el altillo.

Caminé con paso rápido, lanzando miradas a derecha e izquierda, vigilando a los demás visitantes, acechando el menor movimiento sospechoso. Pero nadie parecía prestarme atención. La impresión de ser observado empezó a atenuarse.

Después de subir las escaleras, entré en la pequeña sala. Constaté con alivio que no había nadie en el interior. Vi varios retroproyectores alineados en dos largas mesas, y elegí el más alejado de la puerta.

Me costó un poco encontrar el interruptor, después pasé el microfilme por la ranura. Un largo texto manuscrito apareció en la pantalla blanca. Varias páginas se sucedían una junto a la otra, como si fuese la plancha de un impresor. El menor movimiento hacía correr la imagen a toda velocidad, tan grande era el aumento. Había que ser muy delicado. Tiré lentamente del microfilme hacia abajo para leer el principio del texto, en la página que llevaba escrito un uno en números romanos.

Entonces vi el título del microfilme. *La retirada de los assayya.* Empecé a leer el texto con curiosidad. Estaba escrito en un estilo seudoperiodístico un poco preciosista, cosa extraña, puesto que se trataba de un manuscrito. En ninguna parte se hacía mención al autor del texto, ni del marco dentro del cual se había escrito. Pero rápidamente me sentí cautivado por su contenido. Después comprendí que tenía relación con nuestra historia, aunque no conseguía captar realmente su sentido.

«(...) El desierto de Judea bordea el mar Muerto. El sol hace que las piedras ardan allí desde las diez de la mañana. Adosado a la montaña se halla un monasterio escondido que ha sobrevivido desde los primeros siglos a las agresiones de los hombres y del tiempo. ¿Ningún viajero venido de Europa, ningún nómada surgido del desierto ha mancillado aún este

lugar? Los monjes que ocupan esa región desolada, ¿serán acaso descendientes directos de los miembros de una secta, los assayya, una comunidad religiosa marginal, contemporánea de Jesús? (...)»

Impaciente, me salté algunas líneas para tener una idea global del contenido del texto antes de sumergirme en él con más precisión. El autor llenaba su historia de frases misteriosas que me recordaban lo que Sophie me había dicho de las palabras de mi padre: «¡Ningún beduino habría intentado romper el arcano que preside el destino de esos disidentes espirituales, camuflados en las grutas! Los reclusos del desierto.

»¡Sí! Durante dos mil años, los assayya han permanecido en el mismo sitio. Han preservado un cisma que les mantiene separados de las demás corrientes del judaísmo, yendo a refugiarse en el seno más árido de Palestina... el antiguo reino de Judas, dominio de los wadis, de los cañones, de las crestas y de los ascetas».

«¡Convertíos, porque el Reino de los Cielos está cerca!, proclamó allí Juan el Bautista.»

Más adelante aún, el microfilme explicaba cómo creían los historiadores que había desaparecido aquella comunidad:

«(...) Sin embargo, en el año setenta después de Cristo, en la época de la destrucción del templo de Jerusalén y tres años antes de la caída de Massada, una masacre hizo desaparecer a nuestros eremitas de esa región inhóspita y destruyó su asilo. ¡Eso es lo que se creía!».

La historia de su masacre se contaba con todo detalle. Me salté unos párrafos más. Notaba que el autor empezaba a abordar el tema central de su texto. Su emoción se transparentaba en el tono de sus frases e incluso en su escritura. El estilo de su prosa traicionaba su voluntad de convencer al lector de que estaba a punto de transmitirle una información de la máxima importancia. Así, revelaba que en

aquel monasterio escondido en las montañas del desierto de Judea vivían aún los descendientes directos de aquellos extraños assayya. Hoy en día. Casi dos mil años más tarde. Empecé a comprender el nexo posible con nuestra historia...

En aquel instante la puerta de la sala pequeña se abrió de golpe. Yo me sobresalté y el microfilme saltó de la rendija y cayó en la mesa de madera. Me volví y vi a un hombre de unos treinta años que entraba con un microfilme en la mano. No llevaba el traje negro de los amigos de Acta Fidei, pero sus facciones de mafioso sádico no me inspiraban confianza. O quizá era la paranoia, que continuaba jugándome malas pasadas.

—Buenos días —me dijo, intentando encender un retroproyector.

Yo respondí con una sonrisa y recogí el microfilme de la mesa. Iba a volverlo a introducir bajo la luz cuando la voz del recién llegado me sobresaltó de nuevo.

—Es curioso la de cosas que se pueden encontrar en estos microfilmes, ¿eh? —dijo, sin mirarme.

¿Era la mía una desconfianza exagerada o acababa de dirigirme una alusión evidente? Yo sabía de lo que eran capaces nuestros perseguidores, y decidí no tomar riesgo alguno.

—Sí, es muy curioso —respondí sin convicción, y me levanté.

Guardé el microfilme en la cajita y me precipite a la salida sin reflexionar. No tuve el valor de volverme para ver si el desconocido me seguía, y me dirigí sin vacilar hacia la escalera. La documentalista seguía detrás de su ventanilla. Fui hacia ella con paso rápido.

—¿Ha terminado ya? —me preguntó, levantándose las gafas hacia la frente.

—Ah, sí.

Eché una ojeada hacia el altillo. La puerta de la pequeña sala se había vuelto a cerrar. Pero el desconocido había tenido tiempo de salir de nuevo mientras yo bajaba las escaleras. Quizá me esperase en el vestíbulo.

—Sólo una pregunta —dije, acercándome a la joven—. ¿Podría usted decirme quién depositó este microfilme en la biblioteca?

—Desde luego.

Hizo una búsqueda en su ordenador. Yo tenía las manos húmedas y notaba como hormigas en las piernas.

—Un tal Christian Borella. Hace diez años.

—¿Tiene sus datos? —le pregunté.

—Pues no. Lo siento.

—No importa. Gracias, adiós.

Me saludó y continuó con sus papeles. Yo inspiré profundamente y me dirigí hacia la salida con angustia. ¿Iba a tropezar con el desconocido? ¿Tendría que huir de nuevo? ¿Tendría fuerzas para ello?

Prudentemente, mirando a mi alrededor, salí de la sala de lectura. No lo vi por ninguna parte. Sonreí ante la idea de que había reaccionado quizá un poco demasiado rápido, pero aún no estaba tranquilo del todo. Y sobre todo estaba furioso por no haber podido leer el microfilme detalladamente.

Atravesé el largo pasillo de la biblioteca hasta la entrada. Nadie pareció seguirme. Pero seguí sin detenerme. Una vez fuera tomé un taxi y no me sentí aliviado hasta al cabo de unos minutos, cuando estuve casi totalmente seguro de que no me habían seguido.

Era mediodía cuando llegué a la calle paralela a la avenida de Tourville, ante la fachada blanca del hotel. Pagué el taxi y me precipité hacia el interior, impaciente por contarle mi pequeña aventura a Sophie y descubrir lo que ella

había traducido.

Pero, justo al pasar la puerta, me interpeló la recepcionista.

—¡Señor!

Me volví, extrañado. En general, cuando un recepcionista te llama es para darte un mensaje. Pero nadie tenía que saber que yo estaba allí. Aparte de Sophie. Y Sophie tenía que estar arriba, en nuestra habitación...

—Señor —insistió la joven, con una sonrisa algo violenta—. Su mujer se ha ido hace una media hora, y me ha pedido que le diera esto.

Cogí el sobre que me tendía. Leí la nota allí mismo, impaciente.

«Damien, tenemos que cambiar de hotel. He cogido nuestras cosas, no he pagado. Nos vemos a las 14 horas delante del edificio donde trabaja aquel de quien son los hombres de mi película preferida.»

Leí la nota dos veces, para estar seguro de que no soñaba y porque el final de la frase tenía un sentido algo oscuro. Parecía una carta anónima de una antigua película de espionaje. Pero yo sabía que sin duda aquello era muy serio. No tenía necesidad de pruebas para saber que Sophie y yo estábamos en peligro permanente. Pero, ¿de qué edificio me hablaba?

Reflexioné un momento y al fin lo comprendí. «Aquel de quien son los hombres.» Alan J. Pakula. *Los hombres del presidente.* Era su película favorita. Teníamos una cita a las dos ante el palacio del Elíseo. No era tan oscuro. Pero lo que me extrañaba era que ella había usado una clave para darme una cita.

¿Significaba eso que nos vigilaban de cerca? Era la hipótesis más verosímil, porque ya Sophie había dicho que debíamos cambiar de hotel. Esperaba que no fuese demasiado

tarde…

—¿La habitación está vacía? —pregunté a la recepcionista, cerrando la carta y metiéndome el sobre en el bolsillo.

—Sí, señor. Aquí tiene la tarjeta de su esposa. Ella insistió en dejárnosla como garantía. No era necesario, en realidad…

Recuperé la tarjeta de Sophie sonriendo, divertido al ver que ella se había hecho pasar por mi mujer.

—¿Puede darme la factura? —pregunté, sacando la cartera—. Le pagaré ahora mismo, tengo que irme.

—Desde luego, señor. Y un mensajero ha traído unos paquetes para usted.

Reconocí mi ropa. Pagué al momento y me llevé las dos bolsas de ropa.

Tenía tiempo de comer antes de la cita misteriosa de Sophie, pero algo me decía que no era prudente quedarme en aquella zona, así que cogí un taxi una vez más para acercarme al Elíseo.

Hice parar al taxi en los Campos y comí de cualquier manera en el Planet Hollywood, no por gusto, sino buscando el anonimato. Ese restaurante es oscuro y está abarrotado, un buen medio de pasar inadvertido. Parecía un turista más en medio de los accesorios y trajes diversos que habían pertenecido a las estrellas del cine. Sin ventanas, la luz artificial de los neones rosas y azules, decoración tan chillona que no se podía localizar a nadie. Me tragué un menú americano no sin placer, y un poco antes de las dos salí a los Campos Elíseos.

Los que subían hacia Étoile se cruzaban con los que bajaban hacia la Concorde, como dos ejércitos de hormigas que se ignoran. Mucha gente en mitad de la jornada, en el mes de mayo. Mucha gente siempre. Chicas guapas en cantidad,

japoneses encorvados bajo el peso de las Nikon, escolares haciendo novillos, periodistas que hacen cola para asistir a proyecciones para la prensa, artistas callejeros divirtiendo a los turistas en las terrazas de los cafés alineados, guardias jurados con los brazos cruzados ante los grandes letreros, vagabundos, polis, chuchos… otro París, y sin embargo, también París.

Después las siluetas de los mirones cedieron su lugar a las de los árboles, y continué hasta la plaza Clemenceau. A la derecha vi la esbelta estatua del general de Gaulle, caminando con paso decidido, el torso abombado, las piernas rectas. Una novedad más que había aparecido durante mi ausencia. Giré a la derecha por la avenida de Marigny y llegué al fin a la calle del Faubourg Saint Honoré, ante las murallas bien protegidas del palacio presidencial. La bandera ondeaba por encima de la enorme puerta abovedada, y una Marianne de piedra parecía dirigirme una mirada acusadora.

No estaba seguro de ser muy discreto caminando por allí en medio como un imbécil con mis enormes bolsas llenas de ropa, y los militares que custodiaban el Elíseo seguramente debían de observarme con ojos divertidos. Pero, felizmente, no tuve que esperar mucho.

Al cabo de unos minutos, un New Beetle gris se detuvo en la acera de enfrente, y vi aparecer el rostro de Sophie al otro lado del cristal. Me hizo señas de que subiera al coche. Atravesé la calle, eché mis bolsas en el asiento de atrás y subí junto a la periodista.

—¿Qué le ha pasado a tu Audi? —me extrañé, admirando el interior impecable del Volkswagen.

—He preferido alquilar un coche. Necesitamos anonimato…

—¡Ah, sí, súper discreto el New Beetle! Desde luego, te encantan los coches alemanes… Bueno, ¿qué son todas esas historias de cambio de hotel y de citas secretas?

—Sphinx me ha enviado un mensaje esta mañana para decirme que me habían *hackeado* el portátil —me anunció Sophie, poniendo en marcha el coche—. Según él, alguien ha registrado mi ordenador desde lejos. Y ese alguien en cuestión ha localizado también mi punto de conexión a la web, cosa que, según Sphinx, no puede hacer cualquiera… Él no podía asegurarme que esto tuviera relación con mis investigaciones, pero me he dicho que de todos modos debíamos salir corriendo, y era mejor no seguir usando mi portátil para conectarnos a Internet.

—¡Qué locura!

—Bueno, qué más da ya… —se burló Sophie.

—¿Crees que ha sido Acta Fidei?

—O el Bilderberg, o algún otro… Pero, si son ellos, eso quiere decir que tenían un medio de saber que estábamos en el hotel Le Tourville… También habrán podido leer los archivos que yo no había sacado aún.

—¿Los habías dejado en el ordenador? Sphinx te dijo que los grabaras en disquete…

—Quité todo lo que se me ocurrió. Pero Sphinx me ha dicho que no había suprimido los *e-mails* ni determinados archivos temporales que se conservan en la memoria. Y eso incluye el principio de la traducción del manuscrito de Durero… ¡Qué idiota soy!

—Tú no podías saber…

—¡Sphinx acababa de advertirnos! ¡Soy una imbécil!

—Lo principal es que nos hemos dado cuenta con tiempo para irnos del hotel. Ahora entiendo por qué has puesto en clave el mensaje para nuestra cita.

—Sí, no es que fuera un código de un nivel muy alto, pero no tenía tiempo de pensar en algo más. En todo caso, le debemos una muy importante a Sphinx. Es imprescindible que

vuelva a contactar con él. Justo antes de desconectarme, me ha dicho que iba a intentar identificar a las personas que nos han *hackeado* gracias al *logger* que nos había enviado...

—¿Y cómo podemos contactar si no utilizamos tu ordenador?

—Desde un cibercafé. Es lo menos arriesgado.

Yo expresé que estaba de acuerdo con un gesto vago de la mano.

—De todos modos —insistí—, con lo que he encontrado en la biblioteca, Internet todavía nos puede ser muy útil... Tendremos que conectarnos en algún sitio.

—¿Has encontrado el microfilme?

Mientras el New Beetle llegaba a la plaza de l'Étoile, le conté mi historia con todo detalle. Cuando le dije que los religiosos a los que hacía referencia el texto se llamaban los assayya, Sophie abrió mucho los ojos.

—¡No puede ser! —exclamó.

—¿Qué?

—Ese manuscrito afirma que existe en nuestros días un monasterio de assayya en el desierto de Judea, ¿es eso?

—Sí. ¿Por qué? ¿Sabes quiénes son los assayya? —le pregunté, intrigado.

—Sí. Assayya en arameo significa «aquellos que cuidan».

—¿Y?

—En griego, se convirtió en *essaioi*... ¡y de ahí a esenios! ¡Son los esenios, Damien!

—¿Estás segura?

—Escucha, yo no sé si ese texto dice la verdad, no sé si es posible que una comunidad de esenios haya sobrevivido durante dos mil años cuando los historiadores dataron su

desaparición en el siglo II, eso me parece imposible, pero de lo que sí estoy segura es de que *assayya* era el nombre dado a los esenios. Y si ese texto no cuenta enormes chorradas, eso querría decir que... No. Es imposible. Es completamente surrealista. ¡Sería tremendo! ¿Cómo habrían podido permanecer inadvertidos tanto tiempo? ¿Cómo se irían renovando? ¡Es una locura!

—Si tú lo dices... En todo caso, es intrigante. Habrá que examinarlo más de cerca.

Sophie se quedó silenciosa hasta nuestra llegada a la avenida Carnot. Ya veía que estaba reflexionando, analizando la verosimilitud de aquella revelación. Íbamos de sorpresa en sorpresa. Y lo peor es que probablemente no habíamos acabado todavía.

Bajamos en el hotel Splendid, a unos pasos de la plaza de l'Étoile, donde esta vez cogimos dos habitaciones separadas. Sin ordenador portátil, no teníamos excusa alguna para compartir una sola habitación.

El hotel, en la esquina de la calle de Tilsitt y la avenida Carnot, era un cuatro estrellas más lujoso pero menos íntimo que Le Tourville. Sin embargo, algo me consolaba de la calma perdida: mi habitación Luis XV daba directamente al Arco de Triunfo.

Después de desembalar nuestras cosas, cada uno por su lado, nos volvimos a encontrar en los sillones redondos del bar del hotel.

—¿Qué quieres tomar? —me preguntó Sophie cuando me senté frente a ella.

Dudé un momento. Sophie lanzó un suspiro y se acercó a mí.

—Escucha, Damien, te estás tomando demasiado en serio tu historia con el alcohol —cuchicheó, mirándome fijamente a los ojos—. ¡Suéltate un poco, hombre! Al menos podrás tomar una copa, ¿no? ¡No vas a montar un número cada vez que tengas ganas de beber...!

Yo estaba tan sorprendido que no conseguía ni responder.

—Damien —siguió hablando ella, con tono solemne—, ya es hora de que empieces a confiar de nuevo un poco en ti mismo. No voy a hacerte ahora psicología de salón, pero, francamente, creo que te preocupas demasiado.

Yo seguía inmóvil. Estaba a la vez furioso y desconcertado.

—No sé qué narices te ha pasado, pero hoy la vida es bella. Tienes derecho a relajarte un poco.

La miré con aire pasmado. No le había oído nunca aquel tono de voz. Ni le había visto aquella mirada. Tuve la impresión de oír a Chevalier. Un gran hermano. Una gran hermana. Conmovedora e irritante a la vez. ¡Tan segura de sí misma!

—¿Cómo que la vida es bella? ¿Relajarme? —conseguí balbucir al fin.

—Sí. Vivir, qué narices. Eres un buen hombre. Pero te complicas demasiado la vida.

Tenía ganas de decirle que ella era uno de los elementos que más me complicaba la vida en aquel momento, pero no encontré el valor suficiente.

—No todo el mundo puede estar tan relajado como tú —le reproché, sin embargo—. Muy bien, tú no tienes ningún complejo, ¡enhorabuena! Pero no todos somos capaces de sentirnos así de... liberados.

—¡Yo no estoy liberada! Yo soy libre, y no me hago

preguntas sobre la mirada de la gente… Mira, por ejemplo, ¿te molesta que a mí me puedan gustar igual las chicas que los chicos? Yo no me planteo las cosas así. Yo lo tomo como viene. Si me enamoro, pues me enamoro…

—¡Ah, sí, qué fácil!

—No es tan fácil, pero de todos modos no se trata de eso —se defendió.

—¿De qué se trata, entonces? No estoy seguro de entender lo que intentas decirme. Ni siquiera sé por qué me sueltas todo esto.

—Lo que intento decirte es que te culpabilizas demasiado. Por lo de tu ex, por tu padre, por tu pasado en general, el alcohol, las drogas, Nueva York, yo qué sé… Tendrías que respirar un poco.

—No estamos en la situación ideal para relajarse, precisamente —repliqué, irónico.

—Desde luego —afirmó Sophie—. Pero si lo consigues ahora, justo en el momento en que resulta más difícil, entonces habrás ganado. Y a mí me gustaría mucho.

Me quedé callado un momento. En el fondo sabía muy bien lo que ella quería decirme. Quizá no había encontrado las palabras adecuadas, pero tenía razón. Mi problema era muy sencillo: no me gustaba aquello en lo que me había convertido en Nueva York, y tenía necesidad de limpiarme. Purificarme. Absolverme. Y no lo había creído posible hasta el día en que nos conocimos. Sophie era la única que podía hacerme renacer. Darme de nuevo lo que mi pasado me había robado. Pero había un pequeño problema… Yo la amaba, y en cambio a ella le gustaban las mujeres.

—¿Por qué me dices esto ahora, y de esta manera? —le pregunté, bajando los ojos.

—Porque me caes bien. De verdad.

Por muy sencilla y torpe que fuese, era la cosa más amable que me habían dicho desde hacía años. Y también la más incómoda.

—Y también —confesó—, porque me molesta mucho ver que te agobias tanto cada vez que tienes ganas de tomarte una copa. O ligar conmigo.

—¿Ligar? —me ofusqué.

—Ligar, sí. ¡Venga, Damien, tienes derecho a querer conquistarme! Tienes derecho a quererte ligar a quien te apetezca, igual que la persona a quien te quieres ligar tiene derecho a ser receptiva o no. ¿Ves como te lo tomas demasiado a pecho?

Yo todavía estaba conmocionado. Completamente hundido en mi sillón, la contemplaba con aire azorado.

—Bueno —insistió ella, sin piedad—, ¿qué bebes entonces?

Era inútil luchar. Sophie era una adversaria demasiado buena.

—Un whisky.

Ella sonrió.

—Doble —añadí yo, esbozando una sonrisa.

Ella aplaudió y llamó al camarero. Le pidió nuestras bebidas y nos quedamos silenciosos, un poco violentos sin duda, hasta que nos sirvieron.

—Perdona si he sido un poco dura contigo —me dijo, tímidamente, cuando hubo bebido algunos sorbos de su cosmopolitan.

—No, has hecho bien. Tienes razón. No llego a relajarme del todo... Ya sabes, la psicología de salón a veces no está del todo equivocada... Creo que en realidad sí que tengo necesidad de desculpabilizarme.

Y en aquel momento, en medio de aquella tarde extraña, en la penumbra de aquel bar lujoso, Sophie me besó. En la boca. Largamente.

Yo me dejé hacer. Impotente. Estupefacto. Encantado. Después ella volvió a hundirse en su asiento, me dedicó una amplia sonrisa, bebió un sorbo y, con la pajita del cosmopolitan todavía en la boca, me dijo:

—No está mal para una lesbiana, ¿eh?

Después se echó a reír. Pero no era una risa burlona. Era una risa encantadora. Yo no era capaz de distinguir todas sus notas, tanto se mezclaban en el eco de mi estupor.

Apuré mi whisky hasta el fondo.

Después me eché a reír también. Era como si la presión increíble que nos acosaba desde hacía varios días bajase por fin. Un segundo de respiro en nuestra carrera desenfrenada.

Y para mí, el beso más inesperado.

Nos quedamos callados todavía durante un tiempo antes de que Sophie se decidiese a hablar de nuevo.

—Bueno, al menos he tenido tiempo de adelantar un poco la traducción —dijo, ya con otro tono.

—¡Estupendo! ¿Y qué hay? —le pregunté, incorporándome en mi sillón para fingir desenvoltura.

En realidad me costaba pensar en otra cosa que en el beso que ella acababa de darme, pero tenía que hacerlo. Y Sophie había mantenido los pies en el suelo. Para ella, la vida era así de sencilla. No mentía. No se planteaba las preguntas absurdas que me impedían avanzar. Y aquel beso lo probaba.

—No tengo gran cosa en concreto que decirte por el momento. La mayor dificultad consiste en comprender el texto que traduzco gracias a las notas de tu padre. Y francamente, necesitaría documentos externos para hacer mis verificaciones.

Hacía mucho tiempo que había olvidado el sabor de un beso así. Un sencillo beso de colegial. No esos besos desenfrenados que daba a las transeúntes nocturnas que pasaban por mi lecho neoyorquino. No, un beso auténtico, sencillo. Un beso de enamorado.

—¿Y dónde estás? —pregunté, un poco distraído.

—Sólo estoy al principio. Durero dio unas pistas para seguir la historia de la piedra de Iorden, y tu padre hizo algunas investigaciones, pero incompletas. Por el momento, si lo he entendido bien, Durero explica que aquel a quien Jesús entregó ese objeto misterioso (ya sea Juan, Santiago o Pedro) lo confió antes de morir a unos monjes de Siria. Hay que verificar si se pueden encontrar huellas de este hecho en la historia o no… Sinceramente, no creo que sea capaz de hacerlo en el hotel. Es necesario que vaya a trabajar a la biblioteca.

—A lo mejor puedo ayudarte —propuse yo.

—No. Tú tienes que seguirle la pista al microfilme. Esa historia de los esenios es tremenda…

—¡No pienso volver a la Biblioteca Nacional! Es demasiado peligroso…

—No —dijo ella—, pero como tienes el nombre de la persona que depositó el microfilme, podrías intentar encontrarla. Ver si es un iluminado o bien una persona seria.

—Vale.

—Te acuerdas de su nombre, ¿no?

—Christian Borella —le confirmé.

—Bien. Intenta encontrarle. Durante ese tiempo yo iré a trabajar al Beaubourg.

—De acuerdo, jefa.

—Pero primero vamos a un cibercafé a contactar con Sphinx, y a continuación podrás hacer tus investigaciones

sobre el autor del microfilme.

—Vamos —accedí yo, dejando el vaso en la mesa.

Sophie me lanzó una mirada intensa. Yo sabía exactamente lo que quería decir aquella mirada. Ella me preguntaba si todo iba bien. Me preguntaba si me parecía bien que me hubiese besado. Y yo le devolví una sonrisa. Me parecía bien.

«Esa gente que os ha *hackeado* son profesionales, nada de chavalines que se divierten, y parece que han trabajado desde Estados Unidos, pero eso no puedo verificarlo por el momento.»

Sophie había elegido un cibercafé de moda en medio de la avenida de Friedland. Un *loft* gigantesco sumergido en una penumbra eléctrica. La decoración tenía algo de una discoteca rococó de los años ochenta y de una sala de juegos de Los Angeles. Neones, diodos, focos, la pálida luz de las pantallas... la sombra de aquella guarida estaba traspasada por rayos fluorescentes. A lo largo de las paredes se alineaban hileras de ordenadores delante de los cuales se aglomeraban adolescentes excitados, con los cascos en las orejas, la mirada de zombis, oscilando con las ráfagas de Uzi o de Kalashnikov por juego en red. Un treintañero tímido de la recepción nos guió hacia el fondo del *loft*. Cabellos largos, ojos rojos y con ojeras detrás de las gafas de gruesa montura, su cuerpo delgado flotaba en una camisa demasiado larga y un pantalón demasiado ancho, y tenía aspecto de no haber comido ni dormido desde hacía días. Lo seguimos hacia una pequeña escalera de caracol y nos guió hasta un pequeño hueco en el altillo.

—Pónganse aquí. Tienen el Explorer y Netscape. No se puede instalar nada. Sin tonterías. Para los juegos hay que...

—No pensamos jugar. ¿Tenéis instalado el IRC?

Suspiró, farfulló algo encima del ordenador y apareció un icono. El único programa que necesitábamos. Se fue refunfuñando con un cigarrillo entre los labios.

Estábamos muy tranquilos en un extremo del altillo, los chavales que teníamos alrededor se encontraban en Otro mundo y ni siquiera nos habían visto entrar. Con sus cascos y la música tecno que difundían los altavoces diseminados por todas partes, tampoco nos oirían, y podíamos discutir sin temor alguno. Me ausenté unos instantes por una necesidad imperiosa y Sophie al parecer aprovechó para socializar un poco con Sphinx. Ella le reveló mi existencia, entre otras cosas, y los pormenores de nuestra investigación.

La foto de Bush que el *hacker* nos había enviado acababa de aparecer en *Libération,* cosa que había complacido mucho a nuestro amigo invisible.

Cada vez nos caía más simpático, y yo tenía ganas de saber algo más de él. Después de todo, ni siquiera sabíamos la edad que tenía, aunque todo parecía indicar que debía de tratarse de un joven de unos veinte años.

Al prevenirnos de que nos habían *hackeado* y seguido la pista, quizá nos había salvado la vida. Sophie le prometió que sabríamos mostrarle nuestro agradecimiento.

«¿Sabes si han tenido tiempo de ver todo lo que tenía en el disco duro?»

«Sin ninguna duda.»

«¿Tienes alguna posibilidad de identificarlos?»

«Quizá, con el programa que te hice instalar. Pero será perder el tiempo. Esos cerdos os han metido un caballo de Troya, debieron de esperar un momento en el que no ibais a usar el PC para tomar el control del ordenador.»

«Interesante. Pero a raíz de esto ya no puedo usar el

portátil, y eso no nos ayudará precisamente a acabar nuestras investigaciones.»

«¿Puedo hacer algo más por vosotros?»

«De momento, nada concreto. Pero estoy segura de que pronto tendremos más preguntas que hacerte. Mientras esperamos, ¿podrías intentar identificarlos?»

«Haré todo lo posible. Voy a intentar encontrar algo más sobre Acta Fidei. Esta historia me intriga realmente.»

«También puedes probar con el Bilderberg. Hemos sabido por una fuente segura que acaba de darse un cisma en el seno del grupo... Seguramente hay material para buscar por ahí.»

«Vale. ¿Nos encontramos esta noche?»

«Vale. Después de cenar.»

Sophie cerró el programa y me cedió su sitio.

—Investiga sobre el autor del microfilme —me dijo—. Yo voy al Beaubourg. Nos encontraremos esta tarde en el hotel a las ocho para cenar, y luego volveremos a ver a Sphinx en línea.

—De acuerdo.

Me dio un beso en la frente y desapareció detrás de las columnas de piedra que dividían el altillo del cibercafé.

Suspiré y abrí un navegador de Internet en el ordenador que tenía ante mí. Decidí empezar por el sitio de las páginas amarillas, pero como no tenía ciudad concreta ni tampoco región, descubrí enseguida que había demasiados Christian Borella en Francia para que mi búsqueda resultase posible de ese modo. Sólo en la región parisina ya había demasiados.

Sin demasiada convicción escribí el nombre del autor del microfilme en un buscador. Después de varias páginas sin interés de diversos homónimos, vi con sorpresa un enlace con un comunicado de la agencia AFP de título evocador.

Impaciente, marqué el título: «Israel: muerte inexplicable de un director de misión de Médicos Sin Fronteras».

Lentamente, la página se abrió en la pantalla de mi ordenador. Era una noticia breve, algunas líneas apenas.

«JERUSALÉN (AFP). El cuerpo de Christian Borella, director de misión de Médicos Sin Fronteras, fue encontrado esta mañana en un apartamento de los suburbios de Jerusalén. Abatido por dos balas en la cabeza, este francés de cincuenta y tres años pasó buena parte de su vida entre los beduinos del desierto de Judea. Dado el carácter puramente humanitario de su misión, la policía israelí cree que hay pocas posibilidades de que el asesinato tenga alguna relación con el conflicto palestino-israelí. El móvil del crimen, pues, sigue siendo un misterio por ahora. Quizá un crimen pasional…»

No había duda. Se trataba con toda seguridad del autor del microfilme. La coincidencia era demasiado grande. El monasterio al que hacía referencia el manuscrito de la Biblioteca Nacional se encontraba justamente en el desierto de Judea. Yo estaba pues prácticamente seguro de haber encontrado la pista. Pero, por desgracia, era una vía sin salida, porque el famoso Borella estaba muerto.

En todo caso, allí había qué investigar: de ahí a que su muerte tuviese relación con el microfilme, no había más que un paso. Miré la fecha de la información. Databa de hacía apenas tres semanas. Cada vez más inquietante.

Alterado, continué investigando en los buscadores para encontrar otras informaciones sobre Borella, pero aparte de una noticia de Reuters similar más o menos a la de la AFP, no encontré nada concreto. Me decidí entonces a seguir más bien la pista de Médicos Sin Fronteras, y busqué su número de teléfono. Anoté los datos en un trozo de papel y me dispuse a abandonar el escándalo del cibercafé.

Cuando llegué abajo, vi dos coches de policía aparcados en doble fila justo ante la entrada. Me quedé inmóvil de

inmediato. ¿Estarían allí por mí? Pero eran policías urbanos, no gendarmes. ¿Qué hacer? No podía correr el menor riesgo. Juré interiormente. ¡Igual habían interrogado ya a Sophie!

Debí de poner una cara muy rara, porque el tipo de recepción me dio un golpecito en el hombro.

—¿Algún problema?

Me sobresalté.

—¿Eh?

—Que si tiene problemas —repitió el melenudo, echando un vistazo hacia la calle.

Yo dudé.

—¿Hay otra salida?

Él dijo que sí con la cabeza. Me miró con aire divertido. Como diciendo: «Quién iba a creer que un tío como yo le pudiera salvar el culo a un tío como tú, ¿eh?».

—Sígueme —me propuso al final, como si hubiese decidido que yo no parecía un criminal.

Y fue hacia el fondo del *loft*. Sin dudar lo seguí a través de las filas de *gamers*. Abrió una pesada puerta de hierro justo al lado de la entrada de los lavabos. Daba a un pasillo lleno de cajas de ordenador y viejos cables enredados. Pasé detrás de él.

—Puedes salir por ahí —dijo, indicando una puerta de socorro al final del pasillo.

—Muchas gracias —le respondí, algo violento.

—No importa.

Volvió al interior del cibercafé antes incluso de que pudiera estrecharle la mano.

Me decidí a salir. Estaba al otro lado del edificio, y para mi alivio no vi ningún policía en aquella calle.

Caminé a buen paso, volviéndome con frecuencia, temiendo verlos venir tras de mí cada vez que oía el rugido del motor de un coche. Atravesé varias calles hasta que pude encontrar un lugar tranquilo, lejos de los coches de policía, lejos del París de los turistas, lejos de los rostros demasiado numerosos que no me dejaban olvidar mi paranoia creciente.

Me senté en un banco verde a la sombra de las primeras hojas de una pequeña placita silenciosa. Di un largo suspiro. No me acostumbraba a aquella nueva vida. A la fuga.

Unas palomas daban saltitos en la arena a mi alrededor, en busca de las migas de pan que una anciana debía de echarles regularmente desde aquel banco. Algunos arbustos, la estatua de bronce de un mariscal cualquiera, unas rejas verdes al pie de los plátanos… Estaba en el París de mi infancia. Aquel al cual me llevaba mi madre los miércoles por la tarde. Me acuerdo de su mano apretando la mía. Ella me levantaba cuando yo bajaba de la acera. El mercado con sus flores, los espectáculos de marionetas en el Jardín Botánico, los espejos de Casa Berthillon… Era aquel París el que había echado de menos.

Pero no era el momento de recuerdos. No podía dejar que me ganase la melancolía. Entonces no. Cogí el teléfono móvil que llevaba en el bolsillo. Aún no había instalado la tarjeta provisional que había comprado el día anterior. La introduje en el teléfono y comprobé que funcionaba.

El logo de mi operador apareció en la pantalla y los indicadores de cobertura se fueron apilando uno a uno. Marqué el número de Médicos Sin Fronteras. Una mujer joven me respondió. No había preparado la llamada. Improvisé.

—Buenos días, Laurent Chirol al habla.

Fue el primer nombre que se me ocurrió.

—Soy periodista de Canal Plus —añadí.

Por precaución solamente. En el peor de los casos, si

tenía que probar mis fuentes, Sophie seguramente podría cubrirme las espaldas desde Canal Plus.

—Estoy haciendo una investigación sobre Christian Borella... Me gustaría mucho hablar con alguien de ustedes que lo hubiese conocido.

—No se retire —respondió la telefonista, con voz neutra.

Yo apreté los puños, esperando que no me colgasen. Cuando se detuvo la musiquita de espera, fue una voz masculina la que rompió el silencio. La telefonista me había pasado.

—¿Señor Chirol?

Era una voz grave, segura, un poco bronca incluso.

—Sí —respondí.

—Buenos días, soy Alain Briard, trabajo en el Departamento de Distribución para la sección francesa, y conocía bastante bien a Christian. Line me dice que está usted preparando un artículo sobre él...

—Pues sí.

—Muy bien. No sé si lo podré ayudar en realidad, pero me gustaría mucho ver los resultados de sus investigaciones.

—Ya le enviaré una copia —mentí.

—¿Qué quiere usted saber?

—¿Le había hablado Christian de la investigación que llevaba a cabo aparte de su trabajo para Médicos Sin Fronteras?

—Pues en realidad no.

—¿No le habló nunca de una pasión que no tenía nada que ver con lo humanitario? ¿O un descubrimiento un poco... fuera de lo corriente?

—No —respondió mi interlocutor, con voz perpleja—. Su

pasión era el desierto de Judea. Pasaba el tiempo allí, y no creo que hubiese lugar para muchas otras cosas en su vida...

—Sí, justamente, ¿no le habló nunca de algo con respecto al desierto de Judea que no tuviese nada que ver con MSF?

—No veo adónde quiere ir usted a parar. ¿Encontró un tesoro por ahí o qué?

—No, no, en absoluto —le aseguré.

—Pues la verdad es que no tenía tiempo de ocuparse de otras cosas, ni siquiera tenía tiempo de ocuparse de su hija en París...

—¿De su hija?

—Sí, Claire, su hija. ¿No sabía que tenía una hija?

—Eeeh... No, estoy al principio de mi investigación... —¡Tendría que empezar por ahí! Ella sabe más cosas sobre él que yo, seguramente.

—¿Tiene sus datos?

Él dudó un momento.

—Vivía en casa de su padre, creo... Pero no puedo darle la dirección. Es su vida privada...

—Lo comprendo.

No quería forzar las cosas. Sobre todo, no debía hacerme notar. Pero ya tenía toda la información que necesitaba. Buscaría la dirección de una tal Claire Borella, o de su padre Christian, en París. Esta vez tenía los datos suficientes para no ir a tientas.

Le di las gracias al señor Briard, visiblemente decepcionado al ver que no le hacía ninguna pregunta, y colgué. Al momento marqué el número de información que tenía en el móvil y pedí la dirección de Christian Borella. Por casualidad sólo había uno en París. Desgraciadamente, su

dirección no era accesible.

Solo no podía ir más allá, iba a necesitar la ayuda de Sophie y su amigo del Servicio Secreto. Pero quedaba mucho tiempo hasta las ocho y, ya dispuesto a hacer llamadas, decidí recuperar una antigua pista que habíamos olvidado un poco. El cura de Gordes.

Encontré el número de la casa parroquial en información, y decidí llamar. Demasiadas preguntas habían quedado en suspenso desde nuestro encuentro.

Él descolgó al segundo timbrazo.

—Buenos días, padre. Soy Damien Louvel.

Le oí suspirar.

—Buenos días —respondió.

—¿Le molesto acaso? —me arriesgué, aunque la respuesta no ofrecía ninguna duda.

—Sí.

Al menos tenía el mérito de ser claro.

—Lo siento muchísimo, padre, pero...

—¿Sabe que le busca la policía?

—Sí, entre otros...

—¿Y no le importa?

—Digamos que no está en el lugar más importante de mi lista de prioridades. Siento muchísimo molestarle, repito, pero confiese que acabó nuestra conversación de una manera un poco seca, la última vez, y...

—Estoy haciendo el equipaje —me cortó, con tono exasperado.

—¿Se va? —me asombré.

—Sí.

—¿Y adonde?

—A Roma.

—¿Cómo? —exclamé.

—Sí, a Roma. Me han trasladado, señor Louvel.

—¿Trasladado a Roma? ¡Vaya, es una buena promoción!

—No, en realidad no... Me gusta mucho la parroquia de Gordes, y habría acabado mis días aquí muy bien. En resumen, señor Louvel, no es un ascenso. Más bien es una vía muerta.

—Ah. ¿Y no se puede negar?

Suspiró de nuevo, intentando calmar la voz.

—¡Desde luego que no!

—No sé, no conozco demasiado el tema del trabajo eclesiástico —dije, irónicamente.

—Me han trasladado, eso es todo. Me voy.

Yo estaba sin aliento. El sacerdote estaba visiblemente furioso y, a mi pesar, encontraba aquello casi divertido.

—¿Cree que le han trasladado para... hacerle callar?

—Sin comentarios.

Oí el sonido de un encendedor. El padre encendía un cigarrillo. ¡Cada vez mejor!

—¿Sabe quién ha pedido su traslado?

Se quedó callado un momento.

—No. Uno no sabe nunca de quién viene.

Me lancé.

—¿Y si le dijera que yo sí que sé de quién viene?

—¿Y cómo es eso?

—Sé exactamente quién ha pedido su traslado, y por

qué. Querría decirle más, pero usted también tiene algunas cosas que decirme sobre mi padre, ¿verdad?

Nuevo silencio violento.

—Quizá —confesó, finalmente.

Cerré los puños. La cosa se ponía interesante.

—Escúcheme, padre, creo que tendríamos que hablar de todo esto con más tranquilidad. ¿Puede usted tomarse un día o dos de permiso y reunirse conmigo en París?

Dudó.

—Por qué no...

—Apunte mi número de teléfono. Pero no se lo dé a nadie. Llámeme cuando esté en París. Y tenga muchísimo cuidado. En serio.

—¿Y la policía?

—No está usted obligado a decirles que ha hablado conmigo por teléfono.

—Desde luego. Secreto profesional, hijo mío —replicó, antes de colgar.

Ocho

El Pré Carré, el restaurante del hotel Splendid, gozaba de un ambiente tranquilo y, en la parte superior, una calma ideal para discutir tranquilamente. El problema es que eran ya las 20.30 y Sophie no había llegado aún. Llevaba media hora de retraso y yo empezaba a sentirme no sólo harto de los pistachos que me había traído la camarera, sino cada vez mal inquieto.

Ya había tenido tiempo de imaginar cien posibles catástrofes en las cuales Sophie acababa liquidada por los matones de uno u otro de nuestros perseguidores encarnizados. Sin hablar de la posibilidad, cada vez más cercana, de que los policías la hubiesen detenido a la salida del cibercafé. Y no imaginaba tener que asumir nuestra historia yo solo. Yo no era nada sin Sophie. La necesitaba a ella, su valor, su decisión, sus sonrisas.

Estaba a punto de pedir un segundo whisky cuando observé con alivio la silueta de la periodista a través de los ventanales del restaurante.

Ella se acercó a mi mesa y en la luz de sus ojos vi que no le había pasado nada grave.

—Lo siento mucho, me he retrasado, estaba cautivada por la traducción... He hablado por teléfono con los del Plus, están impacientes.

Se sentó frente a mí. Los reflejos azulados de los

discretos plafones iluminaban su frente como un rayo de sol a través de una vidriera. La luz del Pré Carré tenía algo mágico. Azul en los plafones, ámbar en las maderas y los lienzos de pared claros, alineados detrás de Sophie. Unas pequeñas barreras de madera acolchada nos separaban de las mesas vecinas a la altura de la cintura, otorgando a nuestra mesa una cierta intimidad. La mesa estaba magníficamente preparada. Plata, cristal, blancos suaves e intensos. Sophie acariciaba nerviosamente la superficie del mantel con el dorso de la mano. Se veía que tenía muchas ganas de contarme lo que había descubierto, pero cuando se instaló, me pidió que empezase yo.

—Creo que la policía nos persigue. Había dos coches de policía a la salida del cibercafé.

—¿Ya? ¿Estás seguro?

—No fui a preguntárselo. Salí por detrás. Pero si nos han localizado en el cibercafé, ¿no sabrán en qué hotel estamos?

Ella echó una mirada a nuestro alrededor.

—Por el momento parece que hay calma —dijo, sonriendo—. Ya veremos.

—¿Ya veremos? ¡Ésa sí que es buena! No tengo la costumbre de que la policía venga detrás de mí.

—Yo tampoco, pero no podemos hacer gran cosa, aparte de cubrirnos las espaldas, como se dice. Bueno, ¿qué has averiguado?

—Borella murió —repliqué yo enseguida, muy bien dispuesto a cambiar de tema—. Asesinado, en Jerusalén. Tenía una hija en París. Está en la lista roja, temo que habrá que llamar a tu amigo del Servicio Secreto otra vez.

Sophie bufó.

—El pobre va a saltar... —me confió—. ¿Y si se lo pedimos mejor a Sphinx?

—¿Por qué no? De todos modos, le has dicho antes que volveríamos a hablar esta noche.

Una empleada del restaurante se acercó a nuestra mesa y nos tendió el menú. Le di las gracias con una sonrisa.

—¿Tienes hambre? —me preguntó Sophie cuando la camarera se hubo alejado.

—Digamos que los dos nos merecemos una buena cena, y que en Nueva York no había, desgraciadamente, restaurantes como éste...

—Creía que había un montón de restaurantes franceses allí.

—Pero no son como éstos. La cocina francesa no sabe igual en el extranjero. No sé por qué. Quizá porque no se encuentran los mismos productos.

Ella asintió sonriendo, y después sumergió su mirada en la carta del Pré Carré.

—Bueno, ¿qué vas a pedir? —preguntó, sin levantar los ojos.

Yo deslicé el dedo varias veces por el menú, indeciso. ¡Qué suplicio tener que elegir de una lista en la que todo parece suculento!

—Creo que de entrada me dejaré tentar por los escalopes de foie gras de pato salteados con melocotón al horno —anuncié finalmente.

Ella sonrió.

—¿Ah, sólo eso? Bueno, después de todo, tienes razón, te voy a imitar. ¿Y después?

—Dudo entre el *carré* de cordero asado al tomillo y el conejo con piñones y acelgas...

Ella se frotó la barbilla, después se ajustó las gafas y levantó la vista hacia mí.

—Bueno, pide el cordero, yo tomaré el conejo y nos dejamos probar los platos.

—¡De acuerdo!

Llamé a la camarera, que no tardó en venir a tomarnos nota. Se retiró cuando hubimos anunciado nuestra elección, y dejó su lugar a un joven bastante regordete.

—¿Tomarán vino? —preguntó, tendiéndome la carta.

Dudé un instante ante la lista, muy completa.

—Para el foie gras salteado, creo que se impone el Sauternes… ¿Sophie?

—Si quieres. O un Barsac —sugirió ella, maliciosa—. ¿No lo conoces? Es parecido al Sauternes, pero más ligero, para mi gusto.

—Perfecto —respondí, entusiasmado.

Le tendí la carta de vinos, algo incómodo. Sabía que ella era mucho más apta que yo mismo para elegir nuestro vino. ¡A la mierda la tradición que quiere que sea el hombre el que elija! Preferí pasar por ignorante y beber buen vino.

—Entonces pediremos un Château Climens —concluyó Sophie.

—¿Del 90? —sugirió el sumiller.

—Muy bien. Luego, para los platos, será difícil encontrar un vino que vaya a la vez con el conejo y el *carré* de cordero…

—Conmigo no cuentes. Yo confío en ti, Sophie.

—Un Pauillac estaría bien —propuso ella, mirándome—. Para el cordero, en cualquier caso, no hay nada mejor.

Yo asentí, divertido.

—Entonces tomaremos su Pichon-Longueville.

—Tenemos un cosecha del 90 también —replicó el joven, sonriendo—. Un año excelente.

—Perfecto.

Recogió las cartas y se fue a la cocina.

Cuando Sophie se volvió hacia mí, yo me eché a reír.

—¿Qué pasa?

—No, nada —respondí, encogiéndome de hombros—. Me haces gracia.

—¿Porque elijo el vino?

—No sé. Por todo.

—¡Gracias!

Creo que era la primera vez que la veía enfurruñada.

No sé por qué, pero me dije que eso debía de ser buena señal.

—¿Dónde has aprendido enología? —le pregunté, con mucha suavidad.

—¡Yo no soy enóloga! Sencillamente, mi padre tenía buenos vinos, y yo le ayudaba a llevar su libro de cava. Desde los quince o dieciséis años me inicié en los distintos vinos.

—Qué suerte tuviste...

—Sí. La ventaja, cuando se empieza a saber un poco, es que se pueden encontrar buenos vinos por un precio razonable, mientras que un profano está obligado a ir a parar a los valores seguros, mucho más caros...

—¿Tan caros como un Pauillac, por ejemplo? —dije, irónico.

—Es verdad. Pero en los restaurantes no es lo mismo...

—¡Sí, y además soy yo quien paga la cuenta!

Nos echamos a reír los dos. No es que fuera demasiado divertido, pero nuestros nervios, sometidos desde hacía varios días a una dura prueba, no se encontraban precisamente en su estado normal.

—Bueno, cuando acabes de burlarte de mí —siguió ella, encendiendo un cigarrillo—, no tendrás más que contarme qué más has averiguado acerca de nuestra historia…

—Bueno, como no he podido obtener el número de la hija de Borella, me he dedicado a otra pista. He llamado al cura de Gordes.

—Buena idea. ¿Y qué?

—Pues que estaba haciendo el equipaje. Lo han trasladado a Roma, una vía muerta, según él.

—¡Vaya! ¿Tiene alguna relación con nosotros, según tú?

—Debe de venir de Acta Fidei, ¿no? Me parece evidente.

—Probable.

—En todo caso, no parecía demasiado contento. Pero la buena noticia es que ha aceptado venir a París para que podamos intercambiar informaciones. Yo voy a revelarle lo que sabemos de Acta Fidei, y creo que él tiene cosas que contarme todavía sobre mi padre. Le he dado mi número.

—¡Estás loco! —exclamó ella.

—No. No sé por qué, me inspira confianza, a pesar de todo.

—¡Espero que no se vaya de la lengua! Sin contar con que seguramente su teléfono estará pinchado…

—Es verdad —confesé yo—. No ha sido demasiado astuto por mi parte… Pero no veía cómo reunirme con él si no. ¡No iba a darle la dirección del hotel!

Sophie hizo una mueca de incredulidad.

—¿Y tú —le pregunté—, has hecho algún progreso?

—¡Pues sí! —respondió ella, con un atisbo de orgullo en la voz.

—Te escucho…

Sophie inspiró profundamente y apoyó ambas manos sobre la mesa.

—¿Por dónde empezar? Es un poco confuso. Tengo varias pistas a la vez...

—Intentaré seguirte —le prometí.

Una pareja acababa de sentarse en la mesa que teníamos detrás, y Sophie bajó un poco la voz.

—En resumen, es esto: si aceptamos la idea de base de Durero y de tu padre, suponemos la existencia de un mensaje cifrado de Jesús. Y si hablamos de mensajes cifrados, hablamos de una clave. Hay, pues, dos elementos: por un lado, un mensaje codificado; por el otro, la clave que permite decodificarlo. Y si he comprendido bien, la clave es la piedra de Iorden.

—¿Y entonces qué?

—Pienso que la piedra de Iorden en realidad es una especie de artefacto que permite decodificar el mensaje de Cristo. Es la misma conclusión a la que llegó tu padre.

—Admitámoslo. Entonces, la piedra sería la clave. ¿Y dónde está el mensaje cifrado?

—Eso lo ignoro por completo, y creo que tu padre lo ignoraba también. Me parece que no tenemos en la mano más que la mitad de las piezas del rompecabezas. Las que hacen referencia a la piedra de Iorden. En todo caso, he decidido concentrarme primero en esto.

—Muy bien. ¿Y qué más?

—Pues que he encontrado muchas más cosas de las que había esperado. ¿Recuerdas que diversos textos apócrifos contaban que Jesús había dado la piedra a Juan, a Santiago o a Pedro?

—O quizá a los tres —recordé yo.

—Sí. Pues bien, según tu padre, fue más bien Pedro

quien lo heredó. El juego de palabras con el nombre del apóstol es un poco fácil, y los mismos traductores se entregaron a él entusiasmados.

—«Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia» —anuncié—. Pero Jesús no hablaba de la piedra de Iorden…

—No, desde luego. Aunque resulte tentador establecer la relación.

—Entonces, ¿qué es lo que hace que te inclines a favor de Pedro?

—Durero cuenta que la reliquia fue escondida en Siria en primer lugar. Otros documentos parecen confirmar esa tesis. Durante los primeros años que siguieron a la muerte de Jesús, el principal foco de expansión del cristianismo naciente fue Siria. Verdaderamente, ése fue el primer centro cristiano… después de Jerusalén, claro. A finales de los años treinta, los helenistas expulsados de Jerusalén se fueron casi todos a Antioquía. La primera crisis de la historia cristiana procede además de la oposición entre los cristianos helenistas de Siria y los judeo-cristianos de Jerusalén.

—¿Qué tipo de crisis?

—Como siempre, tonterías. Historias de tradiciones, de ritos. Los helenistas ponían en tela de juicio la práctica de la circuncisión, cosa que, evidentemente, no complacía a los cristianos de Judea… y adivina quién fue a Siria en el año 49 para intentar arreglar todo eso.

—¿Pedro?

—Exactamente. El antepasado de los papas. Pero al final Pedro no consiguió calmar el escándalo. Ese año 49 marca, por el contrario, la ruptura entre las dos facciones cristianas. A partir de ahí, las cosas empezaron a ir mal. Por un lado, el nacionalismo judío, impulsado por los zelotes, aumentó frente a las presiones romanas, y por el otro, con Pablo, se desarrolló una iglesia más bien volcada hacia los griegos.

—¿Y por qué Pablo?

—Un año antes, en el 48, los apóstoles celebraron lo que se ha dado en llamar el concilio de Jerusalén. Al acabar éste, se decidió que Pedro tenía como misión convertir a los judíos al cristianismo y que Pablo, por su parte, tenía como misión convertir a los paganos.

—Ya veo...

—Y según tu padre, a Pedro le pareció que las cosas adquirían un cariz mejor en Antioquía que en Jerusalén, y decidió entonces confiar la misteriosa reliquia a los primeros cristianos de Siria. Quizá esperaba recuperarla cuando las cosas se hubiesen calmado, pero, desgraciadamente, una quincena de años más tarde fue crucificado en el monte Vaticano.

—No comprendo por qué no conservó él la piedra de Iorden...

—Yo también me lo preguntaba. Pero Jesús, posiblemente, le explicó que ese objeto era lo más preciado, y que siempre debía conservarlo con toda seguridad. Imagino que Pedro pensaba que resultaba demasiado peligroso tenerla él, sencillamente. Por lo tanto, se la confió a una comunidad de cristianos de Siria en la que debía de confiar.

—Bien. Pero ¿cómo podía estar seguro de que la piedra estaba bien escondida en Siria?

—Justamente. Tu padre había encontrado la pista buena. ¿Recuerdas las dos cartas que me envió por fax para convencerme de que fuese a Gordes?

—Sí, una era el principio del manuscrito de Durero, y la otra un documento relativo a Carlomagno...

—¡Exactamente! Tenemos, pues, una prueba cierta de la existencia de la piedra de Iorden en ese documento concerniente a Carlomagno. Y eso permitió a tu padre, y a mí por tanto, ir remontándonos en el tiempo. Proseguir nuestra

investigación al revés...

En aquel instante el sumiller nos trajo el vino Barsac. Sin equivocarse, sirvió un poco a Sophie para que lo probase. Sujetando la copa con la mano derecha, ella hizo girar el líquido espeso ante sus ojos, dejando caer la fina capa dorada por la pared transparente para observar las lágrimas espesas de aquel vino botritizado. Después sumergió la nariz en la copa, inspiró sin hacer ruido, y por fin dio un pequeño sorbo. Conservó el vino un momento en la boca, lo aireó aspirando entre los labios, lo bebió y después indicó por señas que estaba delicioso.

Sonreí al sumiller, que nos llenó las dos copas.

—¡A tu salud! —propuso Sophie.

Brindamos y cuando nos trajeron los escalopes de foie gras, Sophie pudo continuar su historia.

—He podido constatar que diversos libros de historia hacen mención, en efecto, de unas reliquias cristianas (aunque no se nombra necesariamente la piedra de Iorden) que Carlomagno recibió como regalo de Harun al-Rashid. Por tanto, intenté retroceder en el tiempo a partir de esa pista...

Yo me encogí de hombros.

—Lo siento muchísimo, pero ahí me pierdo por completo. Ni siquiera sé quién es Harun al-Rachín...

Sophie no pudo evitar sonreír.

—Al-Rashid. Déjame que te lo cuente todo en el orden correcto —propuso—. Hay que remontarse a Mahoma. Como ya sabes, fue él quien conmocionó la historia del mundo árabe...

—Desde luego.

—A principios del siglo VII, Mahoma tuvo una revelación, una iluminación. Convencido de la existencia de un dios único y de la inminencia de un juicio divino, entró en

conflicto con la religión politeísta de La Meca. Hay que observar que Mahoma se había casado con la hija de un rico mercader, y que su actividad de comerciante le había permitido conocer a judíos y cristianos, cosa que explica sus conocimientos de las escrituras y quizá su aprecio por el monoteísmo. Como Jesús, cuya fuerza residía en hablar la lengua del pueblo, Mahoma hacía sus prédicas en árabe, llegando así de Forma mucho más directa al pueblo y particularmente a los pobres. Tuvo tal éxito que, como Jesús, empezó a molestar. Fue perseguido entonces hasta que Medina, una villa vecina y competidora de La Meca, propuso acogerle. En Medina vivían a la vez tribus judías, refugiados de Judea y tribus árabes...

—Tengo la sensación de volver al colegio...

—Espera, pronto comprenderás adónde quiero ir a parar. Poco a poco, los habitantes de Medina se unieron a Mahoma, de tal modo que en el año 622 su instalación en la villa se hizo oficial. Se considera que 622 es, por tanto, el principio de la nueva era para el islam. La fuerza de Mahoma residía en haber construido un sistema religioso y político a la vez que no rompía con las tradiciones locales. La Arabia de la época era tribal, y las tribus estaban dirigidas por un jefe, el *sheik*. Mahoma reprodujo el mismo esquema y se convirtió él mismo en *sheik* o jeque, con la diferencia de que su poder le venía dado por Dios. Por otra parte, su oposición a los quraisitas de La Meca no hizo más que crecer, hasta que en 630 los discípulos de Mahoma tomaron la villa por asalto y obligaron a los quraisitas a integrarse en el sistema político y religioso del profeta. Mahoma murió dos años después, pero ya había nacido el islam, y aquello no era más que el principio de su increíble expansión. ¿Te refresca la memoria todo esto?

—Claro que sí —mentí yo.

—Hay que tener en cuenta que, en aquella época, Oriente Próximo y Oriente Medio estaban divididos en dos imperios que se enfrentaban: Bizancio y la Persia sasánida.

—¡Esto entra de lleno en tus dominios!

—¡Sí, al menos por el momento! Desgraciadamente, las investigaciones que debo emprender aún parecen bastante lejos de mi tema preferido, me temo. Pero bueno, continúo, si me lo permites…

Bebió un poco de vino y siguió.

—En el año 628 tuvieron lugar las dos guerras entre esos dos imperios. Sí, Bizancio salió victoriosa, pero los dos rivales quedaron muy debilitados, y ahí se abrió una brecha que los musulmanes aprovecharon enseguida. Abu Bakr, el suegro de Mahoma, se impuso como sucesor de éste. Fue nombrado califa, que significa «diputado del profeta», y para asentar su autoridad empezó las invasiones y conversiones de Arabia. El movimiento ya estaba en marcha; siguieron Iraq, Siria y Egipto.

—¡Ya volvemos a Siria! —la interrumpí.

—¡Exactamente! En 636, o sea, casi seiscientos años después del viaje de Pedro a Antioquía, el ejército del califa Abu Bakr tomó el conjunto de Siria. Jerusalén siguió en 638. Lo más importante es que, contrariamente a lo que asegura el tópico, los árabes no eran bárbaros que lo destruían todo a su paso. Por el contrario, tuvieron la inteligencia de integrar los países que conquistaban en su propio sistema, de una forma lo suficientemente flexible para que funcionase. Practicaban una conversión progresiva. De modo que las reliquias encontradas en Antioquía y Jerusalén no fueron destruidas. A veces los califas se apoderaban de algunas, pero las conservaban porque eran sagradas. Por tanto, es muy probable que la piedra de Iorden fuese recuperada en aquel momento por un califa, y que a continuación fuese transmitida de generación en generación. Lo que sí sabemos, en todo caso, es que a finales del siglo VIII estaba en posesión de Harun al-Rashid, sin duda el califa más importante de la dinastía abasí.

—¿Y cómo pasó de éste a Carlomagno?

—Yo tengo una idea al respecto, pero todavía no he podido verificarla. Si todo va bien, te lo diré mañana.

—¡Muy bien! Felicidades... Es apasionante.

—No es más que una hipótesis, pero como sabemos que la piedra de Iorden pasó de Jesús a Carlomagno a través de Harun al-Rashid, pienso que es la hipótesis más verosímil.

—En todo caso, ¡es increíble!

—Lo más asombroso es que ninguno de sus poseedores parecía saber qué era realmente esa piedra. O al menos ninguno tuvo conciencia de que se trataba de una clave para descifrar un mensaje de Cristo...

—Si es que es ése el caso, en realidad —objeté.

—Bueno, claro. Pero, en cualquier caso, la reliquia está rodeada de un aura excepcional. Todo el mundo sabe que viene directamente de Jesús, y todo el mundo parece concederle una importancia sin igual. Es un poco como si, tradicionalmente, sus poseedores sucesivos se hubiesen pasado el mensaje. Quizá el mismo Pedro estuvo en el origen de esa tradición. Ciertamente, él fue quien confió a los cristianos de Siria el valor inestimable de esa reliquia.

—Sin duda —admití yo.

Cuando nos acabamos el foie gras, la camarera se llevó los platos y volvió al cabo de un momento con los platos principales y la botella de Pauillac.

Fuera ya se había hecho de noche. Las horas pasaban y nosotros estábamos completamente sumergidos en nuestra increíble investigación. Era como si nos encontrásemos fuera del mundo, fuera del tiempo. Me preguntaba cómo acabaría todo aquello.

Nos quedamos silenciosos, degustando con placer la exquisitez de nuestros respectivos platos, e intercambiando algunos bocados con discreción. No teníamos más hambre

para tomar postre, y ambos pedimos un café.

—Sophie —dije yo entonces—. Mañana hará más de cuarenta y ocho horas.

—¿Cómo?

—Acuérdate. Habíamos decidido tomarnos cuarenta y ocho horas antes de avisar a la policía... Nos habíamos dado cuarenta y ocho horas para resolver el enigma.

Ella puso un codo en la mesa.

—¿Quieres parar? —me preguntó, levantando una ceja.

—Pues en realidad no. Pero debo confesar que no estoy demasiado tranquilo. No sé adónde nos dirigimos... ¿Qué hacemos, intentamos entender esta historia o bien...?

—¿O bien qué?

No llegaba a imaginar siquiera lo que estaba a punto de decir.

—¿O bien... lo que hacemos es buscar la piedra de Iorden?

—¿Sabes, Damien? Yo creo que la piedra de Iorden no bastará... No es más que la clave que sirve para descifrar el mensaje.

—Sí, pero entonces, ¿eso quiere decir que la buscamos? —insistí.

Sophie me miró de hito en hito. Inclinó la cabeza como si intentara adivinar mis pensamientos.

—¿Qué es lo que te da miedo? ¿El hecho de buscar, o bien la posibilidad de descubrir el mensaje de Cristo?

—¿Te das cuenta de lo que acabas de decir? ¿Te das cuenta de hasta qué punto somos pretenciosos, intentando encomiarlo?

—Escucha, Damien. Cuando se descubrieron los

manuscritos del mar Muerto, la Iglesia se abalanzó sobre ellos y no se ha sabido casi nada concreto durante casi cincuenta años. La edición completa que acaba de publicarse, por ejemplo, no es tan completa, ni mucho menos… Cuando JFK fue asesinado, la CIA se apropió de los datos de la investigación, que siguieron en secreto durante varios años, ¡y eso que los hechos sólo se remontan a mediados del siglo XX! Si no somos nosotros los que descubrimos el sentido de la piedra de Iorden, ¿quién nos garantiza que el que lo haga vaya a hacer público su descubrimiento? Yo no sé si ese descubrimiento es realmente importante, no sé si tiene en realidad un mensaje escondido de Jesús, pero lo que sí sé es que no voy a dejar que el Bilderberg o el Acta Fidei lo encuentren antes que nosotros.

—¿Y me preguntas por qué tengo miedo? —dije, con sarcasmo.

—Hasta ahora nos las hemos arreglado bien, ¿no?

—Cada día que pasa se multiplican nuestras posibilidades de tener problemas. Antes, cuando veía que no llegabas, he tenido mucho, mucho miedo.

—Lo siento muchísimo. ¿Vamos al cibercafé?

Sophie tenía el don de pasar rápidamente de una cosa a otra, sobre todo en los momentos dramáticos. Se le daba bien. Ir saltando. Siempre.

—Pues… no lo sé.

—Vamos, acabas de decir que no tenemos tiempo que perder…

—Sí, pero ¿y los policías que estaban allí antes?

—Podemos ir a otro…

Asentí. Pagué rápidamente la cuenta, y media hora más tarde ya estábamos conectados a la web en medio de los *gamers* empeñados en masacrarse en red…

Segundo cibercafé, otro ambiente. Más estudioso, más cerrado, cables enredados, pantallas empotradas, luz blanca, paredes recién pintadas. Apenas algo mayor que una panadería. La intimidad allí era menor.

«¡Tengo noticias calientes para vosotros!»

Sphinx nos esperaba desde hacía casi una hora. Estaba muy alterado.

«¿Qué has encontrado?»

«¡He averiguado quién os ha *hackeado!*»

«¡Fantástico!»

«No imaginaba que pudiera conseguirlo, pero he puesto a varias personas a seguir la pista hasta los servidores, y han conseguido remontarse hasta la fuente. Esos cabrones son muy listos. Han utilizado varios servidores en serie para intentar borrar sus huellas, pero nos hemos remontado hasta lo más alto, y hemos llegado nada menos que a un número de teléfono móvil en Estados Unidos.»

«¿Y bien?»

«No me creeréis... El número está registrado a nombre de la Escuela de Ley y Diplomacia Simon D. de Washington...»

«¿Y qué?»

«¿Sabéis quién es el director de esa escuela?»

«No.»

«Victor L. Dean, un antiguo embajador americano que resulta ser... ¡el secretario del Steering Committee del grupo Bilderberg para Estados Unidos!»

Sophie me lanzó una mirada de sorpresa.

—¡El Bilderberg nos sigue la pista! —bufó.

No acababa de ver si lo encontraba terrorífico o excitante. Quizá un poco de las dos cosas. Por mi parte yo estaba horrorizado.

«¿Os dais cuenta? ¡Tenéis al Bilderberg pegado al culo! ¡Es una pasada!»

«¿Tú crees? A mí no me hace demasiada gracia...»

«¡Esto no le pasa a cualquiera! Para que hayan llegado a *hackear* vuestro ordenador es que realmente les habéis tenido que tocar las narices...»

«Sin duda... Aunque sigo sin saber por qué.»

«Bueno, es evidente. Vosotros buscáis lo mismo que ellos, y os habéis adelantado. Eso no debe de haberles gustado nada...»

«Pero aún no lo hemos encontrado...»

«Eso espero. Si no, querría decir que me estáis ocultando alguna cosa... Y yo quiero estar al corriente antes que los demás, ¿eh?»

«Te lo prometo. Pero ahora necesitamos un dato más.»

«Lo que queráis.»

«¿Podrías encontrarnos los datos de una persona que está en la lista roja?»

«¡Está chupado!»

—Cuanto más seguimos con esto —intervine yo, sonriendo—, más me pregunto si no estaremos tratando con un chavalito de catorce años...

Sophie inclinó la cabeza.

—Si resulta que es eso, entonces estará en esta misma habitación —dijo, señalando a todos los adolescentes llenos de granos que nos rodeaban.

«Christian Borella, quizá esté también a nombre de su

hija, Claire. Viven en París.»

«Vale. Vuelvo enseguida.»

Un cuarto de hora después, Sphinx nos envió, en efecto, el número de teléfono y lo dirección de nuestra misteriosa desconocida. Nos saludó y Sophie prometió darle noticias en cuanto pudiésemos.

Salimos del pequeño cibercafé y volvimos al Étoile. Ese barrio de París está siempre atestado. Siempre hay gente en las aceras, luces en los escaparates... Pero los rostros nunca son los mismos. Me recordaba Nueva York.

Cuando llegamos al bar del hotel era un poco tarde, pero aun así decidí llamar a la hija de Borella. La impaciencia me despojaba de mis modales.

El timbre sonó varias veces y después se puso en marcha un contestador.

«Estás llamando a casa de Claire, por favor, deja un mensaje después de la señal.»

Dudé. La ventaja del contestador es que no se enfadaría conmigo, y que la joven podría escuchar sin duda todo mi mensaje hasta el final. Me lancé.

—Buenas noches, usted no me conoce, pero me gustaría saber por qué fue asesinado su padre, y me gustaría hablar...

Sonó otro clic y comprendí que ella había descolgado.

—¿Sí? —dijo una voz femenina.

Así que ella filtraba las llamadas.

—Buenas noches.

—¿Quién es usted?

—Prefiero no darle mi nombre por teléfono, si no le molesta. Podría darle un nombre falso, pero prefiero ser sincero...

Ella se quedó callada.

—¿Estaría dispuesta a quedar conmigo? —me arriesgue.

—No, si no me dice quién es usted...

—Es que no puedo, de verdad...

Sonó un nuevo clic y luego la línea telefónica. Había colgado.

—¡Mierda! —solté—. ¿La llamo otra vez?

Sophie sonrió.

—No. Mala idea. Creo que es mejor que vayas a verla. Seguro que eres más convincente en persona.

—¿Ah, sí?

—Sí, y además podrás decirle tu nombre...

—De todos modos, el Bilderberg y Acta Fidei saben ya quién soy desde hace tiempo, no sé por qué me pongo tan nervioso.

Sophie asintió.

—Es tarde —dijo—. Creo que me voy a acostar.

—¿Quieres que te acompañe? —le propuse.

—¡Creo que soy capaz de encontrar el camino hasta mi habitación!

Me dio un beso tierno en la mejilla y desapareció hacia su cuarto. Yo lancé un largo suspiro.

Aquella noche me quedé varias horas sentado en un sillón del bar del hotel Splendid. Pedí un primer whisky, después un segundo, el camarero me ofreció un tercero, y bebí tranquilamente mientras dejaba vagabundear mi espíritu. Vi pasar a muchos clientes del hotel ante el salón rojo y oro donde estaba repantigado. Me entretuve imaginando de dónde venían, qué habían hecho aquella noche, quiénes eran. Les inventé nombres, profesiones, historias de amor.

Sencillamente, no tenía ganas de irme a dormir, y encontraba que la atmósfera del hotel era ideal para acompañar a mi humor extraño. Una mezcla de melancolía, esperanza, miedo y amor.

Hacia el final de la velada, sentí muchas ganas de llamar a François. Tenía necesidad de hablar con él. De oír su voz. Busqué su número en mi cartera y lo marqué en el móvil.

—¿Diga?

Estaba visiblemente sorprendido de que le llamasen tan tarde.

—François, soy Damien...

—¡Damien! ¡So cretino, hace dos días que intento contactar contigo! ¿Qué has hecho con tu teléfono?

—He cambiado de número. Apúntate éste, es el bueno. Siento muchísimo no haberte dado noticias.

—¿Dónde estás?

—Esto sigue su curso.

—¿Sigues sin querer avisar a la policía?

—Pues ahora mismo no. De todos modos, los gendarmes ya están más o menos al corriente —le expliqué, irónico.

—Damien, me das miedo. ¿En qué mierda te has metido?

—Pues no sabes lo peor —le dije, en tono confidencial—. ¡Me he enamorado de una lesbiana!

Se quedó callado un momento. Me imaginé lo que estaría pensando.

—¿Eh?

Me eché a reír. El alcohol empezaba a hacer efecto...

—No, nada, estoy un poco borracho —le confesé.

—Damien, te echo de menos. No hagas el gilipollas, que tengo ganas de verte de una sola pieza, ¿entendido?

—Sí, tío, no te enfades. ¿Te he despertado?

—A mí no, pero a mi mujer sí.

—¿Estelle? ¿Cómo le va?

—Bien. A ella también le encantaría volver a verte.

—Dale recuerdos. Y dile que la felicito por el bebé. ¡Debe de estar enorme! ¿Dónde vivís ahora?

—En una pequeña choza en Sceaux.

—¡Te van bien las cosas, diputado!

—Pues sí. A decir verdad, es la farmacia de Estelle lo que va bien...

—Ya veo. Y pensar que la última vez que la vi había acabado justo el bachillerato, y ahora va a ser mamá... Qué burro he sido por no venir a Francia en todos estos años...

—¿Y ahora te vas a quedar?

Yo dudé un segundo. Miré el bar a mi alrededor.

—Pues creo que sí.

—¡Entonces te has enamorado de verdad! —exclamó François al teléfono.

—Buenas noches, François. ¡Y gracias por todo!

Colgué. Había hecho bien en llamarle. Me daba el valor suficiente para continuar. Una motivación más. Volver a ver a François, el espíritu libre. Hacia las dos de la mañana el camarero me propuso otra copa, pero preferí subir a acostarme.

Cuando me levanté a la mañana siguiente, con la garganta seca y la cabeza pesada, encontré la nota que Sophie había deslizado por debajo de mi puerta: «Voy a pasar el día en el Beaubourg. Espero acabarlo todo hoy. Buena suerte con

la chica de Borella. Besitos. Sophie».

Era muy propio de Sophie. Telegráfico. En cuanto a sus besitos, habría preferido tenerlos en la piel, mejor que en papel, pero el día no empezaba tan mal.

Tomé un buen desayuno en el hotel y me dirigí en taxi hacia el principio de la calle de Vaugirard, del lado de los bulevares exteriores, donde se encontraba el piso de Claire Borella. La calle de Vaugirard es la más larga de París. Y en ese lado es también la más impersonal. Un alineamiento de edificios residenciales típicamente parisinos, algunas tiendas aquí y allá, nada fascinante. Una calle gris, falsamente viva y sin sabor alguno.

Debían de ser las diez de la mañana cuando llamé al interfono del portal. Mis posibilidades de dar con Claire Borella eran más bien escasas. En efecto, no hubo respuesta alguna.

Decidí esperar pacientemente en un café que estaba justo enfrente de su portal. Uno de esos bares inimitables tan propios de Francia. Cartelitos de revistas femeninas en la cristalera, un toldo rojo con marcas de cerveza, algunas mesitas redondas en la acera, *Le Parisien* sujeto a una varilla para periódicos, ceniceros, espejos, cobres, percheros, un rincón de venta de tabaco, una vitrina de la lotería nacional, unas mesas de contrachapado alineadas en la sala grande, una barra de cinc donde suelen beber los habituales, que hablan fuerte y llaman a la patrona por su nombre de pila, y en el sótano los lavabos más sucios del mundo. Todo ello bañado en un olor de tabaco frío, el ruido de la larga máquina de café plateada y el vago eco de Europe 1 en unos altavoces de mala calidad.

Me instalé en un rincón, justo delante de la cristalera, y bebí varias tazas de café vigilando la entrada del edificio. Entró un joven y volvió a salir al cabo de un cuarto de hora, y también salió una anciana que sacaba a pasear a su perrito, pero ninguna joven que pudiese ser mi misteriosa

interlocutora. El tiempo iba pasando.

Una pareja de turistas americanos entró en el café intentando comunicarse de cualquier manera con el camarero, cuyo nivel de inglés no hacía honor al sistema escolar de nuestro bello país, y en lugar de ayudarles me divertí escuchándoles. Hubo un momento incluso en que el camarero intentó hacerse el gracioso, se echó a reír, tan divertido se encontró, y los dos americanos se rieron también para no incomodarle, y después la mujer se volvió a su marido y susurró: *«What did he say?». «I have no idea!»,* exclamó el chico como respuesta, sin dejar de sonreír al camarero. Ésa fue mi única diversión durante la mañana y el mediodía, y después de sacar uno por uno todos los papeles que llevaba en la cartera y volverlos a guardar con cuidado exactamente en el mismo sitio, empecé a impacientarme de verdad.

En aquel momento mi móvil empezó a sonar. Miré la pantalla y distinguí el número de Sophie. Contesté.

—Damien, soy yo. ¿Tienes algo nuevo?

—No, por ahora. ¿Y tú?

—Bueno, voy avanzando. Pero tendrías que llamar a tu amigo Chevalier...

—Lo llamé anoche por teléfono.

—Perfecto. Vuelve a llamarlo.

—¿Por qué?

—No sé aún cuál es, pero hay una relación entre la piedra de Iorden y la francmasonería...

—Lo que faltaba.

—Me habías dicho que él era masón, ¿verdad?

—Sí. ¿Qué relación?

—Te digo que no lo sé. Pero acabo de descifrar un nuevo fragmento de las notas de tu padre. Establece un nexo entre la

historia de la piedra de Iorden y el Gran Oriente de Francia. No he tenido tiempo de profundizar, estoy en otra cosa, pero tu amigo quizá sepa algo de esto.

—Vale, voy a llamarle.

—Ten paciencia.

Colgó enseguida. Sin esperar, llamé a François.

—¿Diga?

—Soy yo, Damien.

—¿Todo va bien?

—Sí.

—Ayer noche…

—Sí, no pasa nada. Pero tengo que verte. Tenemos que hablar de una cosa. Pero no por teléfono.

—¿Es urgente?

—Bueno, ahora todo lo es…

—¿Dónde estás?

—En el distrito XV Pero tengo que hacer una cosa primero.

Dudó.

—Bueno, te envío a Badji.

—¿Quién?

—Badji. Un amigo que trabaja en seguridad. Un guardaespaldas que ha abierto su propio negocio. Ha currado para mí muchas veces. Es de confianza.

—¿Me envías un guardaespaldas?

—Sí. Tus historias no me tranquilizan demasiado. Si quieres que nos veamos, no me parecería mal que él te escoltase. Si no has acabado lo que estás haciendo, te esperará. Después te traerá adonde estoy yo. ¿Te parece bien?

—Sí, de acuerdo —asentí.

Le di la dirección de Borella y colgué. Era agradable saber que podía contar con él. Como siempre, François era un tipo que no decía nunca que no a sus amigos. ¿Hay otra forma de vivir una amistad?

Me disponía a pedir otro café cuando vi aparecer a una joven que se aproximaba a la entrada del edificio. Dejé un billete sobre la mesa y me precipité fuera, casi volcando una silla.

—¡Claire! —grité, desde la otra acera.

Había una oportunidad entre diez de que se tratase de ella.

Se volvió. Era una joven de unos veinticinco años, con el cabello castaño muy corto, bajita y un poco regordeta. Ella me lanzó una mirada asombrada e intentó reconocerme. Yo crucé la calle y me reuní con ella ante la puerta del edificio.

Tenía la piel apagada, ojeras debajo de los ojos, algunas rojeces en el rostro, y un aire cansado. Y sin embargo, estaba llena de encanto. Su ropa demasiado ancha le daba un aspecto desenfadado. Llevaba una larga bufanda de seda que le confería incluso un aire de hippie anacrónica.

—¿Nos conocemos? —me preguntó, mirándome fijamente.

—Bueno, de alguna manera sí, anoche me colgó...

Ella suspiró.

—¡Ah, es usted! Mire, no tengo ganas de hablar de esto.

Me dio la espalda y sacó la llave del bolsillo.

—¡Espere! ¡Deme al menos una oportunidad! ¡Encontré el microfilme de su padre en la Biblioteca Nacional!

Su mano se detuvo al momento, a unos centímetros de la cerradura. Se quedó inmóvil un instante y luego se volvió

lentamente hacia mí.

—¿Qué dice que ha encontrado?

—El microfilme de su padre. El texto sobre los assayya.

De pronto, ella pareció inquieta. Abrió rápidamente la puerta del inmueble y me tiró del brazo.

—¡Vamos, entra, rápido! —Yo...

—¡Shhh! —dijo, haciéndome señas de que callara.

La seguí por el vestíbulo del edificio, entramos en un minúsculo ascensor y ella siguió callada hasta que hubo cerrado la puerta de su apartamento, después de entrar.

Era un piso grande, típico de aquellos edificios de finales del siglo XIX que llenan el barrio. El suelo era de madera y crujía al andar, el techo alto, molduras en las yeserías, grandes puertas cristaleras, muebles antiguos, cuadros en las paredes... No correspondía en absoluto al personaje. Demasiado llamativo, chic y excesivamente clásico. Pero sin duda debía de ser el estilo de su padre.

—¿Qué sabes de mi padre? —preguntó, cogiéndome por el codo.

Ni siquiera se había quitado el abrigo, y su mirada estaba a la vez llena de angustia y furia.

—Sé que hizo un descubrimiento extraordinario, sobre una comunidad religiosa en el desierto de Judea, sé que escribió un texto sobre ese tema y que lo depositó en la Biblioteca Nacional hace diez años y sé... que fue asesinado hace tres semanas en Jerusalén, y creo que todo esto tiene relación con una investigación que estoy llevando a cabo.

—¿Una investigación sobre qué? —inquirió ella.

—No puedo decirte cuál es el tema.

—¡No empieces otra vez! —exclamó.

—Escucha, ya te he dicho demasiado, y tú en cambio no

me has dicho absolutamente nada.

—¿Cuál es el tema de tu maldita investigación? —insistió.

Se mostraba casi amenazadora. Pero me enternecía. Comprendía lo que debía de sentir. La joven parecía a punto de sufrir un ataque de nervios, y yo estaba seguro de que no había la menor maldad en su interior. Recuperé el aliento.

—Mi padre fue asesinado poco más o menos al mismo tiempo que el tuyo. Yo no tenía nada que ver con todo esto. Vivía en Estados Unidos. Pero cuando he empezado a investigar sobre lo que hacía mi padre antes de morir, he descubierto un montón de cosas a propósito de Jesús, de los esenios, de un grupo religioso llamado Acta Fidei y un *think tank* más o menos secreto llamado Bilderberg. Tengo todos los motivos para creer que mi padre fue asesinado por una de esas organizaciones o por unos disidentes. La referencia al microfilme de tu padre se encontraba en las notas del mío, y por lo tanto, estoy casi seguro de que nuestros respectivos padres fueron asesinados por las mismas personas. ¡Ya está! ¿Qué te parece?

—¿Tú eres hijo de Étienne Louvel? —me preguntó la joven, frunciendo las cejas.

Saqué la cartera que llevaba en el bolsillo interior de la cazadora y le enseñé mi pasaporte. Claire Borella vio mi nombre y mi foto. Entonces dio un largo suspiro.

—Ay, Dios mío… —dijo entonces, al borde de las lágrimas—. Yo… yo no sabía que Louvel tenía un hijo…

Se quitó el abrigo, lo arrojó en la mesita de la entrada y se dirigió hacia el salón de su piso. Se dejó caer en un sofá Luis XV y escondió la cara entre las manos.

Yo entré tímidamente en el salón y me senté en una silla frente a ella. Nos quedamos un momento en silencio. Veía que necesitaba recuperar la compostura.

—Habría simplificado mucho las cosas que te hubiera dado mi nombre ayer al teléfono —dije entonces, cuando ella levantó la cabeza—. Pero la verdad es que llevo un tiempo un poco paranoico.

—No, no, tenías razón. Lo siento muchísimo. Creo que estoy mucho más paranoica que tú, de todos modos. Tengo la sensación de que me vigilan todo el tiempo...

Se levantó.

—¿Quieres tomar algo?

—Pues me encantaría —confesé.

—¿Whisky?

—¡Perfecto!

Desapareció en la cocina y volvió al cabo de unos momentos con un vaso en cada mano.

Parecía un poco perdida en aquel piso demasiado grande. Se sentía superada por los acontecimientos, abatida por la muerte de su padre, angustiada, sola en aquel edificio viejo. Como si se encontrase a disgusto en su propia casa. La tristeza de su mirada era tan sincera que yo me sentía casi molesto.

—¿Cómo dices que se llaman esas dos organizaciones? —me preguntó, tendiéndome mi whisky.

—Acta Fidei y Bilderberg. No están relacionadas, que yo sepa. La primera está domiciliada en el Vaticano, más o menos unida al Opus Dei, y la segunda es una especie de sociedad secreta ultraliberal, todopoderosa e internacional.

Ella asintió lentamente.

—Creo que mi padre me había hablado de ellas. ¡Y el muy tonto no quería decirme nada! ¡Quería protegerme!

—¿Quieres contarme lo que pasó?

Me lanzó una mirada larga e indecisa. Sin duda no tenía

la costumbre de sincerarse, sobrecogida por la angustia desde la muerte de su padre. Pero se notaba que lo necesitaba. Hablar. Liberarse. Sin apartar la vista de mí, bebió un sorbo de whisky y se lanzó.

—Mi padre pasó la mayor parte de su vida en Palestina. En el desierto de Judea, principalmente. Trabajaba para Médicos Sin Fronteras, y su verdadera pasión eran los beduinos del desierto.

Yo asentí sonriendo, para invitarla a continuar. Ella empezaba a coger confianza.

—Hace unos quince años descubrió una especie de monasterio, no muy lejos de Qumrán. Hay muchas comunidades religiosas instaladas en la región, pero esa en particular era muy... cerrada. Cuando quiso informarse sobre esa comunidad, obtuvo tantas respuestas distintas que eso lo intrigó. Algunos le decían que se trataba de una comunidad judía, otros en cambio sostenían que eran cristianos. Mantenían un total secretismo y no aceptaban visitas. Pero mi padre era un hombre testarudo. Muy testarudo. Había aprendido a tener paciencia con los beduinos. Acabó por conseguir entrar en el monasterio y hablar con sus ocupantes. Y ahí descubrió esa cosa increíble.

—¿Eran esenios?

Ella agachó la cabeza.

—Al menos, eso pretendían. Su comunidad se remontaba, según ellos, a la época de Cristo, y aseguraban que jamás había cambiado desde entonces.

—¡Me parece increíble! ¿Cómo encontraban neófitos?

—No lo sé. Lo único que sé es que mi padre se apasionó por su historia. Se volvió completamente loco. Escribió un montón de textos sobre el tema. El que está en la Biblioteca Nacional no es más que un extracto de lo que él había escrito.

—¿Por qué lo depositó allí?

—No quería revelar su descubrimiento a nadie, pero quería, al menos, que estuviese protegido en alguna parte por si… por si le pasaba algo.

Bebió otro sorbo de whisky y siguió:

—Hace algunas semanas, cuando se encontraba en Jerusalén, empecé a recibir llamadas de teléfono extrañas. Gente que quería hablar con mi padre y que colgaba cuando les decía que no estaba. Avisé a mi padre y él me prometió que volvería cuanto antes. Murió algunos días más tarde. Desde entonces no sé qué hacer. No me atrevo a responder al teléfono, no me atrevo a contarle todo esto a la policía, no he ido a trabajar desde hace tres semanas… Estoy aterrorizada.

Me levanté y permanecí a su lado. Intentando esconder mi turbación, cogí sus manos entre las mías procurando tranquilizarla. Ella se rehízo un poco y me dirigió una sonrisa, pero sus ojos no mentían, seguía espantada.

—¿Cómo sabías el nombre de mi padre? —le pregunté.

—Papá me había hablado de él. Me había dicho que tu padre quizá tuviese una explicación al tema de los assayya. Decía que tu padre era un hombre extraordinario, quizá el único en quien confiaba. Esta historia le había vuelto completamente paranoico a él también…

—Ya comprendo.

—Pero eso no es todo —dijo Claire, enderezándose en el sofá—. ¿No estás al corriente de lo de la comunidad?

—¿El qué?

—Encontré un artículo algunos días después de la muerte de mi padre en *Le Monde.* Informaba de la masacre de una comunidad religiosa en el desierto de Judea. Nada más. ¡Un simple suceso en medio del conflicto palestino-israelí!

—¿Fueron masacrados? —exclamé yo.

Ella asintió febrilmente.

—Ni un solo superviviente. Y el monasterio ardió.

Me quedé con la boca abierta. No podía creerlo.

—¿Has guardado aquel artículo?

—Claro, desde luego.

Se levantó y en aquel mismo instante resonó una explosión violenta. La ventana del salón estalló en mil pedazos. Trocitos de cristal volaron por toda la sala.

Todo pasó en unos segundos. Unos segundos de confusión. El ruido me había sobresaltado de tal modo que caí de espaldas. Cuando me disponía a incorporarme noté un líquido pegajoso bajo mi mano, en la alfombra. Bajé los ojos y descubrí aterrorizado que era sangre.

Lentamente levanté la cabeza. Lancé un grito de horror. El cuerpo de la joven estaba inmóvil, caído en el borde del sofá, y la sangre corría por la tapicería blanca a su alrededor. Cerré los ojos. No, aquello no era posible.

Un cristal que había quedado sujeto precariamente en el borde de la ventana se desplomó al suelo. El ruido me sacó de mi estupor. Avancé un poco. Entonces vi que la joven seguía respirando. No estaba muerta. La bala le había alcanzado el hombro. El dolor, o la conmoción sin duda, le habían hecho perder el conocimiento.

Me levanté y salté al oír una nueva explosión. La bala silbó apenas a unos centímetros de mi rostro. Me tiré al suelo y rodé por él, cortándome las manos y las muñecas con los trozos de cristal.

La bala se alojó en la pared. Eché una ojeada rápida a la ventana. Había un edificio justo enfrente. El tirador seguramente estaba allí, por lo que no dudé ni un segundo más. Cogí a la joven por el pie y me puse a reptar hacia la entrada, arrastrándola detrás de mí, fuera de la vista de la ventana.

Cuando estuvimos a cubierto, me acerqué al rostro de Claire Borella. Volvía lentamente en sí. De pronto, abrió mucho los ojos. Empezaba a entender lo que pasaba. El pánico invadió su mirada.

—¡Calma, calma! —susurré—. ¡Voy a sacarte de aquí!

Ella me miraba atentamente, aterrorizada. Me temblaban las manos. Yo estaba desamparado. No conseguía reaccionar. ¿Qué hacer? ¿Huir? ¿Esperar a la policía? Las dos soluciones eran igual de malas. Si huíamos, el tirador o uno de sus cómplices probablemente nos abatirían a la salida del edificio. Pero si esperábamos a la policía, todo se iría al garete.

El problema era que, si escapábamos, la policía acabaría por identificarme. Mi sangre estaba por todas partes, en el parqué. Y me habían visto toda la mañana en el café.

Entonces yo no podía abandonar. Mi padre y el de aquella joven habían muerto por aquella investigación, y había que acabarla. Costase lo que costase. Y la policía no me permitiría hacerlo jamás. Era necesario que saliésemos de allí.

En aquel instante sonó mi móvil en mi bolsillo. Me sobresalté. ¿Quién podía ser? Sólo tres personas conocían mi número. Sophie, François y el cura de Gordes.

Claire me miraba. Se preguntaba si yo descolgaría. Oía su respiración a mi lado. El teléfono seguía sonando. Me decidí y sumergí la mano ensangrentada en el bolsillo de mi pantalón.

—¿Señor Louvel?

No era la voz del cura. Era una voz grave. Una voz que no reconocí.

—¿Quién habla?

—Me envía el señor Chevalier. Estoy en la parte baja del edificio. Tenía que venir a buscarle… Y acabo de oír disparos…

Me mordí los labios. Reflexioné. ¿Y si era una trampa? Todo iba tan rápido...

—¿Quién me prueba que viene de parte de Chevalier?

—Me llamo Stéphane Badji. El señor diputado me ha dicho que, si tenía que identificarme, bastaba que le hablase de *Alicia en el país de las maravillas* y que entonces me creería.

No había duda. Era el amigo de François.

—De acuerdo. ¿Puede sacarnos de aquí?

—Bien. Escúcheme —siguió el tipo con una voz apremiante—. Hay una escalera de emergencias en la parte trasera del inmueble. Una vieja escalera metálica que baja por toda la fachada. Yo le espero abajo en un Safrane azul marino. Dese prisa, he visto entrar a unos tíos en el edificio.

Colgué al momento. No tenía tiempo que perder.

Aspiré hondo. Para ir al otro lado del piso debíamos pasar por la zona expuesta al alcance del tirador. Oía latir mi propio corazón. Claire Borella me miraba con aire desorientado. Seguía saliéndole sangre del hombro.

—Saldremos por la escalera de emergencia —le expliqué.

Ella meneó la cabeza, balbuciendo alguna cosa inaudible.

—¡Sshhh! —la corté yo—. Confía en mí. Por favor. Si quieres que salgamos vivos de aquí, tienes que confiar en mí.

Ella cerró los ojos y me hizo señas de que estaba lista, temblando.

Cuando vi que se rehacía un poco, me decidí. Me levanté para ir más deprisa, la ayudé a ponerse en pie y, agachado, atravesé todo el piso poniéndola delante de mí para cubrirla. La empujé hacia la estancia opuesta al salón. Oí un nuevo disparo. Nos echamos de lado. Pero la bala se incrustó al menos un metro más lejos, en un armario. De nuevo estábamos protegidos. Era un pequeño despacho con una

segunda puerta a la izquierda.

Claire estaba acurrucada contra la pared. Yo repté hacia la ventana y después me incorporé para mirar fuera. Lentamente, puse los ojos a la altura del vidrio. Estaba aterrorizado. Quizá hubiese un tirador también por aquel lado. Pero no vi nada a la derecha. Ninguna escalera. Me incliné hacia el otro lado. Y allí, a dos ventanas de distancia, vi la escalera metálica que bajaba a lo largo del edificio.

Me deslicé de lado, me levanté y abrí la puerta que había a la izquierda de la habitación. Prudentemente, entré en la habitación y me acerqué a la ventana, con la espalda bien pegada a la pared. Habría que escalar un poco. No era lo ideal para alguien que padece vértigo como yo, pero siempre era mejor que una bala en la cabeza.

En aquel instante oí ruidos sordos en la entrada. Alguien estaba intentando echar abajo la puerta. El tiempo apremiaba.

Abrí la ventana e hice una señal a la joven de que me siguiese. Ella dudó, pero los ruidos que sonaban en la puerta de entrada la decidieron. Pasó una pierna fuera. La escalera estaba a dos metros de distancia, en el eje de lo que debía ser el hueco del ascensor del edificio vecino. Había una cornisa a media altura de la ventana. No era muy ancha, pero sí lo suficiente para poner los pies. Ayudé a Claire a subirse allí, sujetándome al mismo tiempo al marco de la ventana. La muchacha lanzó un grito de dolor. Su hombro debía de hacerla sufrir horriblemente, pero no podíamos esperar más.

Los ruidos sordos que sonaban en la puerta de entrada cada vez eran más violentos. Iba a ceder enseguida, sin duda alguna. Yo tenía las manos húmedas y mis dedos resbalaban. Pasé también al exterior. Con las piernas temblorosas, apretado contra la pared del inmueble, me esforzaba por no mirar el vacío que tenía detrás. Deslicé mi pie derecho hacia la escalera. Después el pie izquierdo. Poco a poco me separé de la ventana. Al menor paso en falso ambos caeríamos al vacío. Sin soltar la ventana con la mano izquierda, tendí el

brazo derecho lo más lejos que pude, y coloqué la mano sobre la cadera de Claire, para intentar tranquilizarla.

—Avanza poco a poco —le dije, sin aliento—. Un pie detrás de otro. La escalera está muy cerca. ¡En cuanto puedas, coge la barandilla!

Avanzó. Yo la seguí. Después, tuve que soltar la ventana.

Apreté los dedos de la mano izquierda contra el muro. No tenía ya sujeción. Me costaba tanto respirar que me dio miedo. Un paso más. Otro. Nos acercábamos a la escalera oxidada mientras el viento soplaba en mis oídos. Pronto la barandilla quedó al alcance de Claire.

—Vamos, estira la mano.

—¡Tengo mucho miedo! —dijo ella, llorando.

Me acerqué a ella.

—Yo te sujeto. No temas, no hay riesgo alguno.

Una mentira. Ambos arriesgábamos nada menos que nuestra vida. Ella tendió el brazo hacia la barandilla. El contrapeso casi le hace perder el equilibrio. Se pegó de nuevo a la pared. Recuperando el aliento, dio un pasito hacia la derecha y probó otra vez. Estiró el brazo a ciegas, tenía demasiado miedo para mirar hacia atrás.

—Más arriba —susurré—. Levanta más el brazo.

De pronto ella notó el contacto del metal en los dedos.

Por fin. Se agarró a la barandilla y dio los últimos pasos en la cornisa antes de saltar a la escalera. El ruido metálico resonó en el patio del edificio.

Yo me uní a ella.

—¡Baja! ¡Rápido!

Los ruidos sordos en el interior del apartamento habían cesado. La puerta había cedido, sin duda. Claire bajaba los escalones tan rápido como podía. Yo la seguía sólo un paso

por detrás.

La cabeza me daba vueltas, pero me sujeté firmemente a la barandilla para no caerme. Bajamos los seis pisos a toda velocidad, sin volvernos a mirar ni una sola vez. Cuando no quedaron más que algunos escalones, salté por encima de la barandilla y aterricé en la acera del callejón, justo delante de Claire. Le tendí la mano para ayudarla a bajar.

Más lejos, en el extremo del callejón, vi con alivio un Safrane azul marino. Le hice señas a Claire.

—¡Rápido, tenemos que subir a ese coche! —le expliqué.

La joven echó a correr.

En ese momento sonó un nuevo disparo. La bala rebotó contra un muro de ladrillos rojos delante de nosotros. Levanté los ojos. Un hombre en la ventana me apuntaba con un revólver.

La puerta trasera del Safrane se abrió. Sólo quedaban unos metros. Me eché a correr. Claire saltó al interior del coche; chillaba aterrorizada. Otro disparo. Por fin entré.

El coche arrancó a toda prisa. Los neumáticos rechinaron sobre el asfalto. La parte de atrás del coche patinó hacia la derecha. Yo cerré la puerta.

Después, el Safrane se internó en la calle Vaugirard.

—¡Bien hecho! —me dijo el chófer sin volverse—. Tenga, el señor Chevalier quiere hablar con usted.

Y me tendió un teléfono de coche grande. Eché un vistazo a Claire. Ella parecía algo más calmada y se sujetaba el hombro haciendo muecas.

—¿Damien? —exclamó François.

—Sí...

Yo estaba sin aliento, y la sangre me latía en las sienes.

—¿Estás herido?

Miré mis manos ensangrentadas.

—Un poco, pero sobre todo la joven que estaba conmigo. Tiene una bala en el hombro.

—¿Quién es? ¿La chica con la que has estado desde...?

—No, no, ya te lo explicaré.

—Sí, claro. Yo... vuelvo a casa. Pídele a Stéphane que os lleve directamente allí. Voy a decirle a Estelle que venga también. Aguantad, Estelle podrá curaros en casa.

—De acuerdo. Gracias...

—¡Hasta pronto!

Colgó.

Devolví el teléfono al conductor.

—François nos espera en Sceaux —le expliqué.

Él asintió. Era un hombre de unos treinta años y ancho de espaldas, negro, cuadrado como un boxeador, pero enorme como un jugador de baloncesto. Con el cráneo afeitado, ojos pequeños y oscuros, los rasgos duros. Un físico de asesino, pero un asesino que acababa de salvarnos la vida...

—Hay un botiquín de primeros auxilios debajo de su asiento —dijo, recuperando el teléfono.

Me agaché y cogí la cajita blanca. Cuando quité la tapa, vi que Claire se había desvanecido.

Intentando no ceder al pánico, tomé lo que hacía falta en el botiquín para atender su herida en lo posible.

Fuera, las calles desfilaban unas tras otras. El conductor se dirigía hacia las afueras de París.

Las imágenes se mezclaron en mi cabeza. La muerte había pasado cerca una vez más.

Nueve

El chalé en el que vivían François y Estelle Chevalier se parecía mucho a una casa inglesa. Se encontraba en la parte alta de Sceaux, en una larga carretera bordeada por árboles y arbustos, donde se erigía estilizado, en medio de otras residencias idénticas, de ladrillo morado. Detrás de un modesto jardín, la fachada blanca y roja imitaba la de las casas victorianas de los alrededores de Londres. A lo largo de la parte de atrás debía de tener un segundo jardín.

La calle parecía dormida. Muy tranquila. Pero en el silencio de aquel barrio residencial tan elegante oía todavía el eco irreal de los disparos que resonaban detrás de mí. Mis puños sólo se aflojaron cuando vi al fin a François en el pequeño vestíbulo.

François Chevalier. No había cambiado nada. Quizá había engordado un poco. Pero seguía teniendo la sonrisa profunda, perpetua y sin embargo sincera, ese carisma envolvente que se desprendía de su silueta de metro noventa de alto. Cuando le conocí, François llevaba ya tan bien los trajes que daba la sensación de haber nacido con un Yves Saint Laurent puesto. Los demás alumnos del liceo Chaptal nos miraban como si fuésemos extraterrestres. Yo, con el pelo largo y mis camisetas sucias, él con sus trajes y su reloj de bolsillo. Yo, el rebelde un poco colgado, él, el chico guapo y lleno de encanto que siempre llevaba en el fondo de los ojos el brillo del éxito. Detrás de una pizquita de malicia.

Me estrechó entre sus brazos, con fuerza, y después acogió a la joven Borella y nos condujo, pasando junto a la escalera, hacia una pequeña sala de televisión donde nos esperaba la comodidad de un enorme sofá. Creo que François me hablaba, pero yo en realidad no le escuchaba. Era como si la conmoción hubiese esperado todo aquel tiempo para dejarme completamente paralizado.

Estelle llegó unos minutos después y me estrechó con fuerza entre sus brazos. Tenía ya el vientre bastante redondo. Noté que una lágrima asomaba a mis ojos. Ella estaba resplandeciente con sus largos cabellos rubios y sus pecas, su carita de niña y su mirada brillante. Me habría gustado tanto volver a verla en otras circunstancias... Ella me volvió a abrazar y me susurró «bienvenido» al oído.

—Yo... lo siento muchísimo —balbucí, violento.

Tenía sangre en las manos, un aspecto trastornado, sin duda, y desembarcaba de pronto en su casa con una joven herida. No eran, realmente, las condiciones ideales para un reencuentro.

—No tienes por qué sentirlo... François y yo haremos todo lo posible por ayudarte, Damien. Pero estoy un poco preocupada por ti.

La estreché de nuevo entre mis brazos. Sentí su vientre abultado contra el mío. Después vi que ella miraba a Claire por encima de mi hombro.

—Vamos, venga, señorita, vamos a arreglar todo eso allá arriba.

—No te canses demasiado —le dije.

Estelle puso los ojos en blanco y luego se llevó a Claire al primer piso para prodigarle unos cuidados mucho más profesionales que los míos.

Yo me quedé en la planta baja con François y su amigo, que me trajo un poco de alcohol y un algodón para desinfectar

los cortes de las manos.

—Creo que tu amigo nos ha salvado la vida —dije torpemente, esbozando una sonrisa.

—Me alegro —respondió François, dirigiéndose hacia el sofá—. Acostumbra a hacerlo. Pero ahora me tienes que contar tu historia, porque esto empieza a ser un poco...

—No, François. Ahora no.

—¿Te burlas de mí? —exclamó Chevalier.

—Tendrás que confiar en mí —dije, intentando calmarle—. No puedo contártelo todo, y de todos modos, no tengo tiempo. Pero puedes ayudarme un poco más...

—¡Damien! ¡Acaban de tirotearte en pleno centro de París! Creo que ya va siendo hora de que me digas lo que está pasando...

—No, no es el momento. Lo único que puedo decirte es que estoy buscando una cosa que ya buscaba mi padre, y que está claro que muchas otras personas también andan tras ella.

—¿El Bilderberg? ¿Crees que son ellos quienes te han disparado?

—Ellos u otros.

—Pero ¿qué es eso que buscáis todos?

—Pues ni siquiera estoy seguro de saberlo yo mismo...

—¡Déjate ya de chorradas!

—Escucha, François, necesito que me ayudes un poco más. O bien confías en mí y te prometo que te lo contaré todo en cuanto sepa algo más, o bien lo dejamos estar, yo desaparezco y dejo de molestarte.

Suspiró.

—¡Me estás dando un ultimátum!

—Necesito que me hagas dos favores.

—Te escucho —soltó, con aire exasperado.

—En primer lugar, quiero que te quedes a esta joven y la tengas en un lugar seguro. Ella te contará también un poco mejor toda la historia. No la conozco en realidad, pero estoy seguro de que es una buena chica.

—¿Entonces ésta no es la chica de la que me hablabas ayer por teléfono?

—No, en absoluto. La chica de la que te hablaba ayer por teléfono es periodista, y está metida a fondo conmigo en esta historia. Y además tengo que ir a reunirme con ella enseguida. Pero primero prométeme que protegerás a Claire.

—¡Pues claro que la protegeré! —exclamó.

—Bien. El segundo favor es sobre un objeto del cual quizá hayas oído hablar, dado que te siguen interesando las cosas curiosas, con tus historias de la masonería…

Eché una mirada algo inquieta a su amigo guardaespaldas. Casi había olvidado su presencia.

—No pasa nada —me tranquilizó François—. Stéphane sabe que soy francmasón. ¿Qué objeto es ése?

—Una reliquia. La piedra de Iorden. ¿Has oído hablar de ella?

—Nunca…

—Es una reliquia que al parecer perteneció a Jesús, y que tiene alguna relación con el Gran Oriente de Francia. Me pregunto cuál, porque no tengo ni idea. ¿Puedes comprobarlo?

—Desde luego. La piedra de Iorden.

Cogió un bloc de notas, escribió el nombre, arrancó la página y se la metió en el bolsillo.

—Eso es todo —dije, levantándome—. Tengo que irme. Lo siento muchísimo, sé que abuso de ti, pero debo acabar lo que he empezado, es imprescindible.

—¡Espera! —me interrumpió François, levantándose—. Acepto hacerte esos dos favores con una sola condición.

—¿Qué?

—Que te lleves a Stéphane contigo.

Levanté las cejas.

—¿Eh?

—Badji. O dejas que te acompañe, o le pido que te tumbe en el acto y te ingreso en un hospital psiquiátrico.

No pude evitar sonreír. Después reflexioné un momento.

—Sinceramente, no me importaría que Stéphane, o sea, el señor Badji, viniese conmigo… si puede, claro.

François lanzó al fin una sonrisa. Se volvió hacia su amigo. Este se levantó y se volvió a abrochar la americana de su oscuro traje.

—Puedo dedicarle unos días —aseguró Badji—. Voy a avisar en la oficina y soy todo suyo.

—Stéphane ha trabajado varias veces para mí en el curso de los cinco últimos años —me explicó François, señalando al guardaespaldas—. Confío plenamente en él. Ha trabajado mucho tiempo en el Ministerio del Interior, en Beauvan. Conoce bien su trabajo, muy bien.

—Ya lo he visto.

Estelle y la joven bajaron en aquel momento las escaleras. Claire Borella llevaba un vendaje en torno al hombro y un cabestrillo para apoyar el brazo.

—¿Te vas? —me dijo la mujer de François.

—Sí —confesé, violento—. No tengo elección. Tengo que acabar lo que estaba haciendo, es imprescindible. Me da vergüenza aprovecharme así de vosotros, pero no hay otro remedio. ¿Está bien? —pregunté, mirando el hombro de Claire.

—Sí, se curará. Le he extraído la bala —explicó Estelle, apretando la mano de la joven—. Voy a tomarme unos días de descanso y me quedaré aquí con Claire para que pueda reponerse de todo esto. De todos modos, como el bebé ya empieza a moverse, estoy muy cansada, y también necesito algo de descanso.

—Gracias. Mil veces gracias. Sois los mejores...

Estelle me dedicó una tierna sonrisa. Yo, un guiño. Once años no habían conseguido borrar la amistad que nos unía a los tres. Y el embarazo le sentaba de maravilla.

—Os tendré al corriente —prometí, dirigiéndome hacia la puerta.

El guardaespaldas pasó ante mí.

Unos minutos más tarde, estábamos en el Safrane y nos dirigíamos hacia el Beaubourg.

—Muchas gracias por todo, una vez más —le dije a Badji cuando consiguió que nos fuésemos introduciendo entre el tráfico—. Sin usted creo que nos habrían matado.

Con la nuca apoyada en el reposacabezas, y los ojos pegados a la carretera, me sentía un poco tonto. Era la segunda vez en una semana y yo no tenía la costumbre de que me disparasen... Pero sospechaba que él sí que se habría visto en ocasiones similares...

—Pues se las han arreglado muy bien.

—Sí, pero confieso que tenía mucho miedo. Además, tengo vértigo. Allí en la cornisa no estaba nada orgulloso...

Él me dirigió una sonrisa de comprensión.

—Ahora habrá que tener muchísimo cuidado. ¿Ha tenido guardaespaldas alguna vez?

—No.

—Intentaré ser muy discreto y no molestarle, pero hay

ciertas reglas básicas que conviene respetar. La amenaza que le acecha es muy seria…

—¿Ah, lo ha notado? —dije, irónico.

—Sí. Hacía tiempo que no veía tanto movimiento como éste. El señor diputado no tiene una vida tan ajetreada…

—¿Trabaja a menudo para él? —me extrañé.

—No, de hecho, muy raramente.

—Pero ¿por qué continúa haciendo de guardaespaldas, si tiene su propio negocio?

—Bueno, esto no suele pasar con frecuencia. Sobre todo ahora me dedico a la formación. Entreno a chavales de veinte años para que se conviertan en agentes de seguridad privados. Todos se imaginan que se pueden dedicar a la seguridad de la noche a la mañana. Este oficio se está convirtiendo en cualquier tontería. Yo intento transmitirles lo que he aprendido. Y de vez en cuando trabajo para el señor Chevalier, en realidad, más que como guardaespaldas, para supervisar la seguridad cuando organiza coloquios o cosas semejantes, sobre todo. De hecho no me necesita, pero nos entendemos bien. Y además tenemos algo en común…

—¡Ah, ya comprendo! —repliqué—. ¡Usted es francmasón también!

Él se echó a reír.

—¡No, no! ¡En absoluto! Ya sé que hay muchos negros en el Gran Oriente, pero yo no.

—Perdón —susurré—. Entonces, ¿qué?

—El boxeo.

—¿Eh? ¿François practica el boxeo? —exclamé yo.

Él soltó otra carcajada. Tenía una risa extraordinaria, grave y profunda, muy comunicativa.

—No —explicó—. Vamos juntos a ver los combates. Los

dos somos grandes aficionados. ¿A usted no le gusta ese deporte?

—¡Pues no, nada! —confesé—. Es demasiado violento para mí... ¡No sabía que a François le gustaba!

—¿Está de broma? ¡No se pierde un solo combate! En cuanto hay alguno en la región parisina, vamos, o si no seguimos la WBC, la WBA y todos los campeonatos en su casa, en su televisor 16 por 9. ¡La señora Chevalier se pone como loca!

—Ya me lo imagino... Y usted, ¿ha practicado el boxeo?

Levantó las cejas.

—¿Lo dice porque tengo nariz de boxeador?

Se echó a reír de nuevo. Empezaba a encontrarlo verdaderamente simpático.

—No —siguió—. He practicado muchos deportes de combate, pero boxeo no. Bueno, digamos que en serio no.

Yo asentí con la cabeza. Ahora comprendía por qué había debido de simpatizar François con él. Tenía un aspecto competente, honrado, y no parecía tomarse a sí mismo demasiado en serio, una cualidad rara sin duda en su profesión. En general, se mide más bien la profesionalidad de un guardaespaldas por su seriedad... Pero Badji no tenía miedo de bromear. Sin embargo, algo me decía que eso no le impedía ser extremadamente profesional.

—¿Y cómo se hizo guardaespaldas? —le pregunté, cuando salíamos de la ronda.

—¡Ah, eso! Es una larga historia...

—Me encantan las historias largas.

—Entonces le explicaré la versión del director... Llegué a Francia a la edad de quince años —empezó.

—¿Desde dónde?

—De Senegal. Sólo había ido dos años al colegio, tan perdido estaba. Y no sólo a nivel escolar, sino también en la vida cotidiana. Le aseguro que cuando uno ha vivido toda su vida en África y de repente desembarca en París, sufre una tremenda conmoción. Yo no era nada feliz. No me gustaba la gente, ni las chicas, ni el clima. No me gustaba casi nada aparte de la lele. Bueno, en resumen, después de que me ridiculizaran en el colegio, hice la estupidez más grande de toda mi vida.

—¿El qué?

—Entré en la escuela de infantería de marina y comandos en Lorient. Después me integré en el comando de Penfentenyo.

—No me dice nada —confesé.

—Para darle una idea, mi compañía estaba especializada en el reconocimiento de lugares y servicios tácticos. Nuestras operaciones habituales consistían en recogida de información, infiltración y exfiltración de personal... ese tipo de diversiones.

—Genial.

—Eso mismo. Me convertí en especialista de combate en medios restringidos, y no era cosa de broma todos los días. Participé en operaciones de las cuales no guardo más que buenos recuerdos...

—¿Por ejemplo?

—Algunas misiones en Líbano entre 1983 y 1986, y después en Mururoa, en las Comores, en el Golfo. En Somalia, donde participé en la evacuación de residentes extranjeros...

Levanté las cejas, perplejo.

—Sí —continuó él, sonriente—. ¡Sólo buenos recuerdos! Me fui reenganchando hasta los veintinueve años. No me disgustaba aquello, pero cuantos más años pasaban más

lamentaba no haber estudiado. Parece una tontería, pero me di cuenta de que me había perdido algo... No tenía ganas tampoco de hacer ciencias políticas, tranquilo... Bueno, el caso es que cuando cumplí los veintinueve y volví de una operación en Bosnia, decidí colgar el uniforme. Reflexioné y, con lo que había aprendido en el ejército, comprendí que lo mejor era dedicarme a los servicios de información o a la seguridad. Y de una cosa a otra, al final decidí estudiar derecho.

—¿Ah, sí?

—Es raro, ¿verdad? ¡Un negrote enorme y cachas, comando de marina, en los bancos de la facultad!

—¿Tenía hecho el bachillerato?

—No, primero tuve que hacer un diploma especial de derecho, durante dos años. Estaba muy motivado. Después pude inscribirme en la facultad.

—¡Enhorabuena!

—Gracias. Después me habría gustado continuar, pero la verdad es que resultaba difícil económicamente. Por tanto monté una empresa de seguridad, especializada en la protección de políticos. Con un curriculum como el mío, pronto me introduje en la plaza Beauvau. Yo era mi propio jefe, empecé con dos asalariados, al cabo de cinco años ya somos ocho, y francamente, estoy contento. ¿Y usted? ¿A qué se dedica?

Resoplé.

—¿Yo? Bueno... En realidad, no lo sé. Antes escribía historias de sexo para la televisión neoyorquina, y ahora hago de blanco viviente para todas las mafias del mundo.

Encontramos a Sophie en el último piso del Centro

Pompidou, en la terraza de la cafetería. Ya la había localizado en su móvil y le había hecho un resumen de la situación. La hija de Borella, los disparos, François...

Al llegar me abrazó y soltó un largo suspiro.

—¿Quieres dejarlo? —me preguntó, con tristeza.

—Al contrario, nunca había tenido tantas ganas de seguir.

Ella accedió y después saludó al guardaespaldas que estaba detrás de mí. Hice las presentaciones.

—Sophie de Saint-Elbe, Stéphane Badji, un amigo de François que se propone ayudarnos. El caballero trabaja en seguridad privada...

—Encantada. ¿Y como ha sido todo esto? —preguntó, cogiéndome por el brazo.

—Pues no lo sé —confesé—. Supongo que habría algún tipo que la vigilaba desde hacía tiempo. Ha debido de verme entrar en el piso, y quizá ha dado la orden de disparar. Es la explicación más sencilla que puedo encontrar. La hija de Borella ha recibido una bala en el hombro, y yo he tenido una suerte increíble.

—Ya es hora de terminar, pero no sé cómo acelerar las cosas. Supongo que tendríamos que encontrar la piedra...

—Ya le he pedido a François que busque datos en ese sentido. Y tú, ¿has terminado? —le pregunté.

—En lo que concierne al manuscrito de Durero, sí.

La gente nos miraba algo extrañada. Yo con las manos heridas, y Badji, con los hombros más anchos que una cama de matrimonio, no resultábamos demasiado discretos. Nos instalamos en una mesa. Sophie me cogió las manos, llenas de cortes que no cubrían todos los vendajes.

—¿Te duele?

—No, no.

Badji carraspeó e intervino.

—Lo siento muchísimo, pero tengo que verificar algunos datos.

—¿Qué? —pregunté.

—Su teléfono móvil, ¿está a su nombre?

—No. He comprado una tarjeta provisional, y he dado un nombre falso.

—Perfecto. ¿Y usted? —preguntó a Sophie.

—Sí, está a mi nombre. Es mi móvil habitual... ¿Cree que...?

—Sí —la cortó Badji—. Quítele la tarjeta inmediatamente. Sería más sensato que cogiera también una provisional, de momento. Por otra parte, tengo unos chalecos antibalas en el coche y sería mejor que llevasen uno puesto, los dos.

—¿Está de broma? —soltó una risita Sophie.

—No, no bromea —repliqué yo—. Creo que tiene razón. Te lo aseguro, la bala no pasó demasiado lejos, y no me importa llevar todos los chalecos del mundo.

—Bueno, de acuerdo —cedió Sophie.

—Se los pondrán en cuanto volvamos al coche —sugirió Badji—. Siento muchísimo importunarles con esto, pero en fin...

—Lo comprendo —afirmó Sophie.

Le dirigí una sonrisa. Me apoyé en la mesa y acerqué mi asiento al suyo.

—¿Y bien? —le pregunté—. El manuscrito...

—Sí. El manuscrito. ¿Dónde estábamos? —preguntó, un poco perdida.

Sonreí. Nuestra conversación era casi surrealista, en lo más alto del Centro Pompidou.

—Estábamos en Carlomagno —susurré.

—Ah, sí. ¿Realmente quieres que te cuente todo esto ahora?

—¡Un poco, sí!

—Espera —propuso Sophie—. Primero vamos a pedir algo de beber.

—No diré que no a un whisky —asentí—. Badji, ¿quiere tomar algo?

—Una Perrier con limón —respondió el guardaespaldas, mecánicamente.

Sophie hizo el pedido.

—Bueno —dije entonces—. Tendrías que contarme cómo pasó la piedra de Iorden de manos de Harun al-Rashid a las de Carlomagno.

Sophie me lanzó una mirada llena de simpatía. Parecía encontrar divertido que yo tuviese tanta prisa por saber lo que ella había descubierto. En realidad, la historia de la piedra de Iorden era apasionante, y además yo tenía muchas ganas de acabar. No soñaba más que con una cosa: poner término a aquel asunto y poder respirar. Tomarme un merecido descanso. Irnos de viaje ella y yo, por ejemplo, lejos de todo aquello. Pero, por el momento, quería saber.

—Bueno —empezó ella, echando miradas a su alrededor para verificar que nadie nos oía—, todo vino de Carlomagno y su voluntad de jugar a protector del cristianismo. En aquella época, los ojos de los cristianos del mundo entero estaban vueltos hacia Jerusalén. Pero la villa santa estaba desde hacía un siglo y medio en manos de los árabes.

—Eso no debía de facilitar las cosas —aventuré.

—Era menos complicado de lo que se podía creer —

replicó Sophie—. Como te dije ayer, los musulmanes dejaban a los cristianos tranquilos, y llegaron a cohabitar sin demasiados problemas. Ellos rezaban en la mezquita de Ornar, pero no impedían que los otros fuesen en peregrinaje siguiendo las huellas de Cristo, ni al patriarca de Jerusalén que celebrase todas las fiestas que quisiera. Pero las comunidades cristianas de Palestina eran víctimas a menudo de ataques de beduinos nómadas. Por ese motivo Carlomagno decidió enviar embajadores para restablecer el contacto con el califa de Bagdad, con el fin de que éste mejorase la seguridad de los cristianos.

—Pero ¿Carlomagno no estaba en guerra con los musulmanes?

—No, contra esos musulmanes no. Más bien ambos tenían enemigos comunes.

—¿Por ejemplo?

—El califato de España, que representaba a la vez una amenaza de invasión para Carlomagno y un contrapoder para Harun al-Rashid en el mundo musulmán, pero sobre todo el Imperio bizantino. En resumen: como Carlomagno y al-Rashid tenían los mismos enemigos, encontraron un terreno de entendimiento. Así, los embajadores francos fueron muy bien recibidos por el califa de Bagdad. Entre los años 797 y 802 hubo varios intercambios de embajadores entre Harun al-Rashid y Carlomagno, y cada vez esas misiones fueron acompañadas de numerosos regalos. El más célebre de todos fue un elefante, el famoso Abú Abas, que el califa ofreció al emperador.

—Ah, sí, me acuerdo de eso...

—Pero lo más interesante es una historia de protectorado sobre los Santos Lugares.

—¿Qué significa eso? —pregunté, completamente ignorante.

La camarera nos trajo las bebidas en aquel momento. Di un sorbo al whisky con placer.

—Los historiadores no se ponen de acuerdo en este tema —siguió Sophie—, pero en resumen, entre los favores que el califa habría concedido a Carlomagno estaba la soberanía sobre Jerusalén. Para determinados historiadores, al-Rashid concedió al emperador soberanía sobre toda la Tierra Santa; según otros, como Arthur Kleinclausz, más realista, a mi parecer, simplemente le ofreció de forma simbólica un protectorado sobre el Santo Sepulcro, es decir, sólo la tumba de Cristo. Sea como sea, el simbolismo era fuerte. El califa cedía autoridad al emperador sobre el nudo geográfico de la cristiandad. Pero lo que Kleinclausz no cuenta es que Harun al-Rashid acentuó ese simbolismo ofreciendo a Carlomagno otro objeto simbólico...

—La piedra de Iorden.

—Sí. La joya que había pertenecido a Cristo y que, según nuestra hipótesis, estaba en posesión de los califas desde hacía varias generaciones.

—¿Cómo podemos estar seguros, si los historiadores no lo cuentan?

—No he dicho que los historiadores no lo cuenten. He dicho que Kleinclausz no lo cuenta. Por el contrario (y, créeme, me he esforzado mucho por verificarlo), en un número de la *Revue historique* de 1928, un artículo de Bédier sobre los regalos de los embajadores de Harun al-Rashid hace referencia a la piedra de Iorden. Y para concluir, el documento de tu padre prueba que estaba en posesión de Carlomagno. *Quod erat demostrandum.*

—¡Bravo! ¿Y ahí acaba el texto de Durero?

—En absoluto. Recuerda que el texto que tu padre encontró probaba que Carlomagno había ofrecido la piedra a Alcuino...

Como cada vez que Sophie me contaba sus pequeñas historias, me sentía muy inculto. Cada vez tenía más vergüenza, pero eso debía de divertirla más que otra cosa. Y ya veía que, a mi lado, Badji no podía evitar escuchar nuestra conversación. Él también parecía encontrar apasionante todo aquello…

—… Alcuino era un clérigo anglosajón a la cabeza de la escuela catedralicia de York. Autor y pensador de genio, estaba considerado como uno de los maestros de la cultura cristiana inglesa. Tanto es así que Carlomagno le hizo venir a Francia y decidió ofrecerle la presidencia de la escuela del palacio de Aix-la-Chapelle. Los dos hombres se entendían a la perfección, y Alcuino dirigía la política escolar de Carlomagno. Alcuino está en el origen de lo que los historiadores llaman «el renacimiento carolingio». Al final se convirtió en el consejero más fiel del emperador, y cuando en 796 se retiró a la abadía de San Martín de Tours, Carlomagno le cubrió de regalos, entre ellos la famosa piedra. Tenemos la prueba sobre todo por el texto que tu padre encontró y me envió por fax. Cuando murió Alcuino, en el año 804, suponemos que se la dejó a los monjes de la abadía, probablemente a los copistas del scriptorium. Después, en el siglo IX, la abadía fue saqueada por los normandos. Y ahí se perdió la pista de la piedra de Iorden. Tu padre hizo muchísimas búsquedas, pero al parecer no encontró nada. Yo también he buscado un poco, pero no aparece ni rastro de la piedra durante casi tres siglos, hasta que reapareció en 1130 en manos de san Bernardo, que fundó la abadía de Clairvaux en 1115 y se convirtió también en su primer abad. Fue un personaje esencial del mundo cristiano, que intervino en gran medida en los asuntos públicos con Luis VI y su hijo Luis VIL Bastante polémico, no dudaba tampoco en aconsejar a los papas o criticarlos. Pero lo que nos interesa aquí es su relación con los templarios…

—No me digas que la piedra de Iorden tiene también relación con la Orden del Temple… —le interrumpí, incrédulo.

—¿Quién mejor que los guardianes de la tumba de Cristo para conservar un tesoro tan sagrado? Pero no hemos llegado allí todavía... Te introduzco en el contexto. A finales del siglo XI, las relaciones entre Francia y los árabes no eran las mismas que en la época de Carlomagno. En 1095, el papa Urbano II llamó a la primera cruzada. Era la hora de las hostilidades. Los cruzados pasaron por Constantinopla, después por Siria, tomaron Antioquía...

—Vaya...

—Sí, y en 1099 tomaron Jerusalén. Progresivamente se formaron cuatro estados latinos: el condado de Edesa, el principado de Antioquía, el condado de Trípoli y por fin el reino de Jerusalén. El occidente cristiano se instaló en pleno corazón del territorio ocupado por los árabes. Podían comenzar ya los peregrinajes, pero era un viaje peligroso, y por ese motivo, a principios del siglo XII, un cruzado, Hugo de Payns, decidió crear una milicia para proteger a los que acudían tras los pasos de Cristo a Jerusalén.

—La Orden del Temple...

—Exactamente. Pero no se llamaba aún así. Al principio se les llamaba Caballeros de Cristo, Miles Christi, es decir, en su versión larga, la Milicia de los Pobres Caballeros de Cristo. Estamos alrededor de 1120. La orden, ya religiosa, no tiene todavía una carta auténtica y, a decir verdad, causa algunos problemas relativos a la incompatibilidad entre el estatuto de monje y el de caballero. Al principio san Bernardo, que, como ya te he dicho, era un hombre muy influyente, se mostraba más bien hostil a esa milicia. Pero cuando conoció a Hugo de Payns se convenció de la pureza de sus intenciones y sobre todo de la necesidad de los famosos caballeros de Cristo. En 1129 se estableció la regla de los templarios durante el concilio de Troyes, en presencia de san Bernardo. Y para confortarlos, él mismo llegaría a escribir un texto célebre: *De laude novae militiae.* Justificaba mediante este texto su misión, explicando que los Santos Lugares debían serles confiados,

pero también que se debían realizar donaciones para facilitar su tarea y la constitución de la orden. Y desde luego, dio ejemplo.

—¿Les ofreció la piedra de Iorden?

—No sólo se la dio, sino que les pidió que la llevasen a Jerusalén, de donde no habría tenido que salir jamás. Algunos años más tarde, Balduino II, rey de Jerusalén, les alojó en un ala del palacio, en el lugar del templo de Salomón. Allí es donde tomaron el nombre de Orden del Temple. Varios documentos de la época demuestran que la piedra quedó en su posesión durante casi doscientos años. Los templarios, ciertamente, perdieron Jerusalén en 1187, pero se instalaron en Acre y después en Chipre, y en cada traslado el Gran Maestre de la orden se llevó la piedra con él, entre numerosas reliquias más del Santo Sepulcro. San Bernardo había calculado bien: los templarios fueron los guardianes más seguros de esa preciosa reliquia. Desgraciadamente, a principios del siglo XIV, Felipe IV *el Hermoso,* que debía mucho dinero a los templarios y envidiaba su riqueza legendaria, buscó una manera de librarse de ellos...

—Siempre se habla de su tesoro, pero, ¿realmente eran tan ricos?

—¡Sí, es lo menos que podemos decir! La bula del papa Inocencio II en 1139 no solamente les exoneraba de diezmos, sino que les otorgaba además el derecho a hacer colectas y pedir limosnas. Y cuando se trataba de hacer ofrendas a los protectores de la tumba de Cristo, los cristianos se mostraban muy, muy generosos. Además, todos los nobles que se unían a la orden le cedían sus bienes, casas, tierras, dinero... En resumen, el Temple, que también hacía de usurero, poseía una fortuna colosal, a la medida del odio que les profesaba el rey de Francia. Los bienes inmuebles de la orden eran alucinantes. Sólo en París, los monjes soldados poseían un barrio entero...

—El barrio del Temple...

—¡Qué deducción! —se burló Sophie—. Después de numerosas manipulaciones y a pesar de la protección del Papa, Felipe *el Hermoso* acabó por hacer detener a los templarios. Al principio el papa Clemente V echaba chispas, pero después, viendo que sin duda era demasiado tarde, no se opuso al rey, pero le exigió que los bienes del Temple pasaran a la tutela de la Iglesia.

—No era tonto…

—Los bienes de la orden habían sido secuestrados por los agentes reales, pero como el Papa los había reivindicado, después de muchos tratos, y al final del seudo-proceso, Felipe *el Hermoso* aceptó entregar todas las posesiones de los templarios a la Orden Hospitalaria, que había nacido más o menos al mismo tiempo en Jerusalén. En resumen, en 1312, cuando llevaban diez años instalados en la isla de Rodas, los hospitalarios de San Juan heredaron el famoso tesoro del Temple.

—Con la piedra de Iorden.

Sophie afirmó con la cabeza.

—Pues sí. Y ahí es donde termina el manuscrito de Durero. Según él, una de las reliquias más misteriosas de la historia se encontraba en posesión de los hospitalarios. Hay que recordar que Durero escribía esto alrededor de 1514, justo antes de que la Orden Hospitalaria fuese expulsada de Rodas por el sultán Suleimán *el Magnífico,* y de que Carlos V les cediese la isla de Malta a cambio de su ayuda contra los turcos. Entonces fueron rebautizados como caballeros de la orden de Malta… Pero, a partir de ahí, ni rastro de la piedra de Iorden. Y ahí es donde me he quedado yo… Y tu padre no había ido tampoco más allá.

—Entonces, tenemos que emprender nuevas investigaciones —propuse.

—Sí. Está la pista de la francmasonería, que tu padre rozó vagamente. El nexo demasiado evidente con la orden de

Malta o, peor aún, con los templarios, me parece un poco falso...

—Le he pedido a Chevalier que haga sus investigaciones a este respecto. Con un nombre como el suyo, se impone.

Nos quedamos en silencio un momento. Yo la contemplaba con admiración. Había trabajado a una velocidad asombrosa. Mi padre había tenido buena vista al elegirla para que lo ayudase en sus pesquisas. Sophie estaba en su terreno, era apasionada, y su erudición le permitía avanzar mucho más rápido de lo que lo habría hecho yo.

—Sophie... ¡me muero de hambre!

—¿No has comido?

—¿Entre bala y bala de las que me iban disparando? Pues no, no he tenido tiempo —ironicé.

—Son casi las seis de la tarde. Un poco temprano para cenar, pero podemos bajar a comer un bocadillo en un bar o en un McDonalds.

—Entonces vamos.

Badji nos precedió. Yo casi me sobresalto. El ya estaba en su papel de guardaespaldas y a mí me costaba un poco acostumbrarme. Fuimos pisándole los talones.

Había mucha gente en las escaleras mecánicas que se deslizan por los grandes tubos de cristal del Beaubourg. Decenas de visitantes que se dejaban llevar, que subían o bajaban entre los niveles. Poco a poco noté que a mi espalda aumentaba la inquietud familiar que me había hecho huir de la Biblioteca Nacional. La impresión de ser observado. Todas esas miradas con las que nos cruzábamos, ¿no se detenían demasiado tiempo sobre nosotros? ¿Estábamos verdaderamente a salvo dentro de aquella enorme estructura de cristal?

Me acerqué a Sophie en los escalones de acero de la

escalera mecánica y le cogí el brazo. Ella me sonrió. Yo eché una ojeada a Badji. Intenté leer en su rostro la menor alerta, la menor marca de inquietud. Pero él parecía tranquilo. Puede que mi instinto me engañara. Intenté relajarme, olvidar las heridas que tenía en las manos, el eco de los disparos en mi cabeza. La sombra de los cuervos que revoloteaban a mi alrededor.

Llegamos a la plaza del Centro Pompidou. Los turistas se arremolinaban alrededor de los músicos callejeros. Un guitarrista alto y negro con el pelo largo se movía al ritmo de su amplificador, tocando una canción de Hendrix. Allí también, un faquir caminaba sobre cascos de botellas. Nos introdujimos entre los mirones y los caricaturistas.

Cuando llegamos a la calle Berger, Badji me indicó una sandwichería con aire interrogativo. Yo estuve de acuerdo. Nos sentamos en el interior y pedimos.

Sophie empezó a decir, en voz baja:

—Damien, tenemos que pensarlo, decidir qué vamos a hacer ahora. Yo he acabado ya el trabajo de Durero. Hay que organizarse.

—¿Cuál será nuestra próxima etapa? ¿Encontrar la piedra de Iorden? —pregunté, tímidamente.

—Sí, pero eso no bastará. Te recuerdo que no es más que la clave que permite descifrar el mensaje de Cristo. Pero el mensaje mismo seguimos sin saber dónde está. Esperaba encontrar alguna cosa allí, al final del texto de Durero, pero no había nada.

Di un largo suspiro. Tanto el uno como el otro teníamos ganas de avanzar más rápido en nuestra investigación, pero no sabíamos qué pista seguir.

—Espera —exclamé, de pronto—. Me había olvidado de contarte una cosa que podría aportarnos alguna pista para la investigación.

—¿El qué? —replicó Sophie, impaciente.

La camarera me trajo el sándwich y pagué la cuenta. Di un bocado. Sophie me hizo señas de que acelerase. Tragué con esfuerzo la mezcla un poco seca de pan y charcutería.

—La hija de Borella —dije— encontró un artículo en *Le Monde* que relataba la masacre de los religiosos de los que hablaba su padre.

—¿Los esenios?

—Sí, si es que realmente se trata de los esenios... Sea como sea, el edificio fue enteramente destruido y no quedó un solo superviviente. Al parecer, el artículo no decía mucho más... Estaba tratado como un simple suceso. Con todo lo que pasa en la región, los periodistas no se extrañan demasiado por nada. Pero son demasiadas coincidencias. Borella asesinado, la comunidad que él había descubierto masacrada la misma semana, mi padre, y hoy disparan a la hija de Borella...

—Se puede suponer que son las mismas personas que lo han hecho. Pero, ¿en tu opinión qué significa?

—Los esenios sabían algo... Querían hacerlos callar. O quizá, más verosímil, poseían alguna cosa...

—¿El texto codificado de Jesús? —sugirió Sophie, con la luz en la mirada—. O bien la piedra de Iorden...

—No —repliqué yo—. Es más probable que fuese el texto de Jesús, porque la comunidad pretendía descender en línea directa de los contemporáneos de Cristo. Y tú has descubierto que la piedra de Iorden había viajado por todas partes a través de la historia. No, si esa comunidad había permanecido en secreto durante más de dos mil años, era sin duda porque velaba alguna cosa preciosa, que no se ha movido. A imagen y semejanza de los templarios, que custodiaban la tumba de Cristo, esos religiosos protegían otra cosa. Tuvieron la suerte de permanecer en un lugar aislado, y no en el corazón de

Jerusalén. Y si los han matado al cabo de dos mil años es porque seguían poseyendo ese bien preciado. Me inclinaría más bien por el mensaje cifrado de Jesús.

Sophie estuvo de acuerdo.

—Parece lógico. Fueron a robárselo, pero para evitar que hablasen, los mataron a todos. A continuación eliminaron a Borella, que sabía demasiado.

—Y en cuanto a su hija, debían esperar a ver si sabía alguna cosa, y cuando me han visto entrar en su casa, han decidido cargársela a ella también.

—¿Y quiénes son ellos?

—¡Ah, ésa es la cuestión! El Bilderberg o Acta Fidei —propuse—. Ya sabemos de lo que son capaces.

—No es más que una hipótesis, pero es plausible. Y querría decir que uno de los dos elementos de la investigación lo han encontrado nuestros enemigos invisibles: el texto cifrado.

—Y el segundo elemento, la clave, sigue perdido.

—Pero a mi juicio nuestros enemigos debían de creer que tu padre poseía ese segundo elemento, la piedra de Iorden, y por eso lo asesinaron y fueron a registrar la casa de Gordes cuando tú llegaste.

—¡Desde luego! Ahora deben de pensar que soy yo quien tiene la piedra de Iorden.

—La hipótesis se sostiene cada vez mejor. Sólo hay un elemento que me preocupa.

—¿Cuál? —le pregunté.

—*La Gioconda.* Leonardo da Vinci. Seguimos sin saber qué pinta en todo esto.

—Ah, sí. Y la extraña máquina que había en el sótano de mi padre. Sin hablar de *Melencolia* de Durero. Aunque su

manuscrito nos haya enseñado mucho, no sabemos verdaderamente qué tiene que ver todo esto con el grabado. Eso nos abre un tema de investigación...

—Mientras esperamos que Chevalier nos dé noticias sobre la piedra de Iorden.

—¡Excelente! —confirmé—. Lo que me da miedo es que, si queremos resolver este enigma, un día u otro tendremos que recuperar el mensaje cifrado de Jesús..., que, según nuestra hipótesis, una de las dos organizaciones ha robado a los esenios. Y veo muy difícil recuperarlo, ya sea en el Bilderberg o en Acta Fidei. No tengo muchas ganas de volver a poner los pies allí.

—Cada cosa a su tiempo... En primer lugar, *La Gioconda.*

Sophie se levantó y se puso el abrigo.

—¿Adónde vamos? —le pregunté, imitándola.

—A Londres.

Abrí mucho los ojos.

—¿Cómo?

—Vamos a Londres —repitió Sophie, muy orgulloso de su efecto.

Stephane Badji por su parte no parecía encontrarlo tan divertido.

—¿Estás de broma? ¿Qué es lo que vamos a hacer en Londres? —exclamé.

—Vamos a casa de una amiga mía, que seguramente podrá ayudarnos con lo de Da Vinci y Durero.

—¿En Londres?

—Sí. Vamos, Damien, ya sabes que con el Eurostar no está tan lejos.

Yo me encogí de hombros.

—¿Y nos vamos así, sin nada?

—¿Cómo que sin nada?

—Bueno, yo qué sé, si quieres que ella nos ayude de verdad, tendremos que llevarle algún documento… El manuscrito de Durero, por ejemplo…

—Lo llevo.

Señaló con el pulgar por encima de sus hombros la mochila que llevaba.

—¿La copia de *La Gioconda?*

—También la llevo.

—Bueno —suspiré—. Ya veo. ¡François se pondrá contento! ¿Y no hay nadie un poco más cerca que pueda ayudarnos con Da Vinci y Durero?

—No. No tan bien como ella. Y sé que hará cualquier cosa por ayudarme.

—¿Es una artista? —pregunté.

—No. Mejor que eso. Una persona que a la vez tiene una licenciatura en matemáticas y un doctorado en historia del arte.

—Qué original. ¿Y qué hace en Londres?

—Investigaciones sobre el Renacimiento. Podrá ayudarnos. Conoce muy bien ese período, hizo su tesis doctoral sobre la homosexualidad en las pinturas del Renacimiento.

—Ah, ya veo. Una amiga… Pero espera —me di cuenta, de golpe—. ¿No será la persona de la que me hablaste el otro día?

Sophie se volvió y me lanzó una mirada divertida.

—¿Te hablé de ella?

—Sí… Una «persona que enseña matemáticas e historia

del arte», de la que estuviste enamorada…

Ella dio media vuelta y echó a andar delante de nosotros, riendo. Yo estaba asombrado. Sophie nos llevaba a ver a una de sus antiguas amantes. A Londres. Verdaderamente, no era la forma ideal de acabar la velada.

Miré a Badji, confuso.

—*London, baby, yeah!* —solté, irónicamente—. ¿Viene con nosotros?

—Desde luego. No les dejaré ni a sol ni a sombra. Pero tenemos que informar a Chevalier. Y como usted dice, no creo que se ponga muy contento…

Me encogí de hombros.

—Lo que se le mete en la cabeza a esta mujer…

Badji asintió, y después esperó a que yo iniciara el paso y me siguió. Nos detuvimos ante una cabina, Sophie telefoneó a Londres para advertir a su amiga y, después, siguiendo los consejos de Badji, fue a comprarse una nueva tarjeta de teléfono. Durante ese tiempo, yo llamé a François para avisarle de que íbamos a hacer un viajecito rápido a Londres.

Una vez en el coche, Sophie y yo nos tuvimos que poner los chalecos antibalas de Badji. El Safrane se transformó en un probador, cosa que provocó algunas risas locas, poco acordes con la gravedad de la situación.

Menos de una hora después llegábamos a la estación del Norte.

Al salir del coche en la plaza de Napoleón III, alcé los ojos hacia la gigantesca fachada de la estación del Norte y sus columnas corintias. Observé con placer con qué elegancia se oponía la piedra neoclásica a las estructuras de fundición y de cristal. La mezcla de géneros se había llevado todavía más

lejos desde que yo me fui de Francia: habían añadido a la derecha del edificio una nueva terminal.

Fue precisamente hacia ese nuevo vestíbulo blanco adonde nos dirigió Badji. Sin duda quería evitar a la multitud que se agolpaba en la puerta principal. Llegados al nivel del hotel Apolo, atravesamos la calle entre taxis y embotellamientos, cláxones y bocinazos, y después el guardaespaldas nos dejó pasar delante de él hacia el nuevo edificio.

Yo empujé la puerta de cristal. La noche no tardaría en caer, pero la inmensa bóveda todavía estaba inundada de luz. La enorme vidriera en el techo y los ventanales con cristal por encima de las puertas dejaban entrar los últimos rayos de sol, que se reflejaban sobre los muros y el suelo blancos como si estuviéramos en pleno día.

Me dirigí hacia las primeras taquillas, justo delante. A mitad de camino Sophie me retuvo.

—Espera. Aquí sólo venden billetes para Île-de-France.

Tenemos que ir allá abajo —dijo, indicando la parte más antigua de la estación, a nuestra izquierda.

Yo asentí, y después me volví de repente. Sophie me miró, frunciendo las cejas. Le hice señas de que avanzase. Nos pusimos en marcha.

Sonó un anuncio confuso en los altavoces del vestíbulo vecino. La voz de una mujer resonó en el inmenso espacio de la estación. Volví la cabeza de nuevo. Sophie me interrogó con la mirada. No respondí. Me acerqué a ella y le cogí el brazo. Cuando un tirador escondido le ha disparado a uno esa misma mañana, y uno se sabe objeto de diversas codicias poco simpáticas, se tiene la molesta tendencia a ver enemigos por todas partes...

De pronto, Badji nos empujó por la espalda para hacernos acelerar el paso, mirando hacia atrás, y entonces

comprendí que tenía la misma sensación que yo. No soñaba.

Todavía nos seguían.

Los cuervos. ¿Cómo podían haber seguido tan fácilmente nuestras huellas? ¿Desde cuándo nos seguían? Yo no les había visto al salir de casa de François. Ni en el Centro Pompidou.

Vi en la mirada de Sophie que ella también sentía su presencia ahora. Estaban allí. Como una amenaza, como una tormenta que se prepara. Una o dos siluetas vistas demasiadas veces. Un movimiento entre la muchedumbre. Cada vez más cercano.

Me habían perdido en la calle Vaugirard, pero no me perderían aquí. No podría huir eternamente.

—No sé vosotros —dije, volviéndome hacia Sophie—, pero yo empiezo a estar harto de esta caza del hombre.

Sophie parecía asombrada. Sin duda había algo en mi voz que nunca antes había escuchado. Cólera.

—Stéphane —continué, sin dejar de avanzar—. ¿Les ha visto?

Él asintió.

—¿Cuántos son?

—Dos —respondió él, haciéndome señas de que no me volviese.

—¿Está seguro?

—Al noventa por ciento.

—¿Y qué hacemos?

Badji dudó, miró en su dirección y después hizo una mueca.

—Vale —dijo, cogiéndonos a los dos por los hombros—. Las salidas del Eurostar están en el primer piso. Si nos ven subir allá arriba, sabrán que vamos a Inglaterra. Hay que

darles esquinazo.

—Ya estoy harto de huir —repuse yo—. ¿No podría ir sencillamente y romperles la crisma?

—No, hombre. Vamos, no tenemos tiempo que perder. Cuando les dé la señal, corran a toda velocidad hacia las escaleras mecánicas, justo delante del bar. Tenemos que desaparecer lo más rápidamente posible en el piso de abajo. Allí están los pasillos largos que van al RER. Con un poco de suerte, pensarán que nos hemos ido por allí. En realidad volveremos a subir enseguida por otra escalera. Es arriesgado, pero hay que intentarlo.

—Perderemos el tren —intervino Sophie.

—Vamos, muévanse, se acercan.

Ella accedió.

—¡Ya! —soltó Badji al momento, empujándonos ante él.

Sophie pasó la primera, y yo corrí detrás de ella. Sin volvernos, nos precipitamos hacia las escaleras mecánicas, metiéndonos entre los pasajeros extrañados y las hileras de columnas verdes de fundición que sostenían la inmensa cristalera de la estación. Corrimos los tres uno tras otro. Con un poco de suerte, la gente pensaría que llegábamos tarde, y no nos prestaría demasiada atención. Pero no por mucho tiempo. Seguramente los cuervos reaccionarían. Sophie tropezó con una maleta. Rodeó una columna. Pasó junto a un quiosco. Después, resbalando un poco por el suelo de plástico blanco, se arrojó hacia las escaleras mecánicas, dejando que su mano se deslizase por la barandilla de caucho. Yo apenas podía seguirla.

—¡Vamos, corran! —gritaba Badji.

Saltábamos los escalones de dos en dos. Badji me sujetaba por la cadera, como si temiera que me cayese. La gente se apartaba ante nosotros, nos dejaban bajar a toda prisa la escalera, perplejos. No sabíamos todavía si los cuervos

nos habían seguido, pero si era así, no iban a tardar en aparecer en lo alto de la escalera. No había que perder ni un segundo.

Llegada abajo, Sophie se volvió hacia Badji, con los ojos muy abiertos. Él señaló con el dedo uno de los pasillos blancos que llevaban al RER.

—¡Las escaleras, por allí! —susurró él.

Volvimos a ponernos en marcha. Corrimos con todas nuestras fuerzas. Nuestros pasos resonaban por el largo pasillo subterráneo. Me empezaba ya a faltar el aliento cuando llegamos a la parte baja de las escaleras. Subiendo de nuevo hacia los andenes nos arriesgábamos mucho. Si no nos habían seguido, nos tropezaríamos con ellos cara a cara.

—¡Rápido! ¡Arriba! ¡Junto a la pared! —ordenó Badji.

Si por casualidad nos habían seguido, no debían vernos volver a subir. Sophie subía. Yo la imité. El corazón me latía como loco. Notaba que las gotas de sudor me rodaban por las mejillas y la nuca. Los últimos escalones fueron los más duros. La fatiga y el miedo se mezclaban. Sophie llegó la primera. La vi volverse varias veces. Los buscaba con la mirada. Pero Badji no nos dejó entretenernos ni un segundo.

—Vamos, a las taquillas. Anden rápido pero sin correr. No hay que hacerse notar. Vayan los dos discretamente, voy a ver si les hemos despistado. Compren los billetes. Nos encontraremos delante de la escalera que conduce a las salidas del Eurostar.

Dudé un instante. No estaba seguro de tener ganas de separarme del enorme negro, pero Sophie me cogió por el brazo y me arrastró hacia las taquillas.

Pasamos bajo el panel de visualización de las llegadas. Había un montón de personas. Gente que se cruzaba en todos los sentidos. Viajeros que esperaban, sentados sobre sus maletas, o bien en los andenes para recibir a alguien. Algunos

nos miraban al pasar. Estábamos empapados, sin aliento. Pero en una estación uno recupera enseguida el anonimato.

A medida que avanzábamos hacia las taquillas, me costaba cada vez más ver a Badji. Me volvía regularmente, pero al cabo de un momento le perdí de vista.

Llegamos ante un largo mostrador de venta y su hilera de taquillas. Sophie se inclinó hacia el micrófono.

—Tres billetes de ida y vuelta para el próximo Eurostar, por favor.

Yo le di la espalda y me apoyé con los codos en el borde, mirando a mi alrededor mientras ella compraba los billetes. Esperaba ver salir a los dos cuervos entre dos columnas verdes detrás de los otros usuarios, o de los enormes macetones con flores dispuestos ante el vendedor de periódicos. Pero no. Ya no estaban allí. El plan de Badji había funcionado. O eso parecía.

Todavía estaba examinando a la multitud cuando Sophie me dio unos golpecitos en la espalda.

—Sale dentro de veintidós minutos —dijo, enseñándome los billetes—. La vuelta es mañana. Tendremos que ir deprisa.

—Perfecto. Vamos a reunimos con Badji.

Me dispuse a dar media vuelta, pero entonces vi el terror reflejado en los ojos de Sophie como si se tratase de una corriente eléctrica. Ni siquiera tuve tiempo de preguntarle qué pasaba, porque ella me cogió de la mano y me arrastró en el sentido opuesto. Yo me quedé sin aliento. Pero me puse a correr tras ella. Por instinto. Comprendiendo enseguida.

Sophie empujó a una mujer de unos cuarenta años sin pedirle perdón siquiera. La mujer cayó al suelo y yo estuve a punto de pisarla. Casi perdiendo el equilibrio, me sujeté al borde de la taquilla que tenía a la izquierda. Al incorporarme eché una ojeada detrás de mí. Y lo que vi no pudo sorprenderme más. El cuervo no estaba lejos.

Sophie había tomado la delantera. Dudé un segundo. ¿Podríamos huir de él? ¿Hasta qué punto? Pero si decidía quedarme para enfrentarme a él, no tenía ninguna oportunidad. Esos tipos estaban dispuestos a matar. Ya lo habían probado varias veces. Con los puños cerrados, me precipité para unirme a Sophie.

En la estación, la gente empezaba a gritar. El cuervo debía de empujar a más gente que nosotros. Sophie corría delante de mí, con los billetes en la mano. Ella lanzaba rápidas ojeadas en mi dirección para comprobar que yo la seguía. Y yo corría bastante, en efecto. Pero seguía sin ver adónde nos podía llevar todo aquello.

El conductor de un largo trenecito eléctrico que llegaba en sentido inverso tocó el claxon al vernos correr directos hacia él, pero Sophie no cambió de dirección. Acelerando el ritmo de su carrera, pasó ante el pequeño tren sin dirigir una sola mirada al conductor disgustado. De pronto, dio un quiebro hacia la izquierda. La salida de la estación. Salió por una de las enormes puertas de cristal. Yo corrí tras ella. El aire fresco me azotó el rostro. El cuervo se acercaba. Ya sólo estaba a unos pasos. Esperé un segundo y cuando estuvo casi encima de mí, cerré violentamente la puerta. Él no pudo detenerse a tiempo y la recibió en plena cara. Un breve respiro. Me eché a correr por la acera. Pero detrás de mí adiviné que pronto me volvería a seguir.

Ya era de noche, pero la calle seguía llena de gente. La acera estaba repleta de viandantes. Sophie se precipitó hacia la entrada de un pasaje subterráneo. Mala idea, pensé yo en el fondo. Pero no tuve tiempo de disuadirla. Ella bajaba los escalones a lo loco delante de mí. Corrí tras ella. No había demasiada luz. Pero después de haber bajado unos cuantos escalones, comprendí que el pasaje estaba cerrado. En la parte baja de los escalones había tres puertas cerradas. Lo que me había temido. Sophie aminoró delante de mí.

—¡Mierda! —exclamó.

Me detuve en medio de los escalones. Sophie se volvió. Me bastó con ver sus ojos para comprender lo que pasaba detrás de mí. De todos modos, ya le había oído llegar. Estaba allí. El cuervo. Encima de nosotros. En lo más alto de la escalera.

Me volví lentamente y le vi, una negra estatua que se recortaba contra el París nocturno. Una farola que tenía detrás dibujaba un halo de luz en torno a su cabeza. No se podía ver su rostro. Pero habría jurado que sonreía. Hundiendo la mano en el bolsillo interior de su abrigo, puso un pie en el primer escalón.

Yo bajé andando hacia atrás. Instintivamente separé los brazos. No sabía a ciencia cierta si era un gesto de rendición o bien un intento ridículo de proteger a Sophie, que estaba detrás de mí. Tragué saliva. Nadie podía vernos. Habría querido gritar, pero no encontraba las fuerzas. Estaba agotado y aterrorizado a la vez. Esta vez no fallaría.

Lentamente vi su mano salir del bolsillo. Dio un paso más. Sus anchos hombros parecieron ensancharse aún más a cada paso que daba. Después, el metal negro de su revólver brilló ante el cuello de su abrigo largo. Pensé en los chalecos antibalas que llevábamos. No podrían protegernos de aquel verdugo. No se iría hasta que nosotros estuviésemos muertos y bien muertos. Esta vez, no. Apuntaría a la cabeza. Sin duda.

De pronto, una sombra surgió tras él. Un ruido seco. Después apareció una silueta a su espalda y él se desplomó por los escalones. Su cuerpo cayó cerca de donde estábamos nosotros. Me eché a un lado y le vi caer hasta abajo, golpeando en cada escalón, y deteniéndose al fin ante los pies de Sophie. Ella dio un paso atrás y lanzó un grito. Yo levanté la cabeza y reconocí a Badji.

Éste se quedó inmóvil un segundo, después bajó hacia nosotros a toda velocidad.

—Siento muchísimo el retraso —bufó—. He tenido

algunos problemas con… su colega.

Me dio un golpecito en el hombro como para comprobar que todavía podía tenerme en pie, y después tendió la mano a Sophie, que parecía paralizada.

—Vamos, vengan, ya no hay nada que temer.

—Ya sabía que acabaría por romperles la crisma —comenté.

Sophie lanzó un largo suspiro, pasó por encima del cuerpo inmóvil del cuervo y subió los escalones detrás de Badji.

—¿Lo dejamos ahí? —pregunté, perplejo.

—¿Quiere llevarlo a objetos perdidos? —dijo el guardaespaldas, con ironía—. Vamos, deprisa. Sólo le he dado un golpe, no tardará en volver en sí.

Yo estaba a punto de seguirlos, pero dudé un momento. El cuervo no se movía. Quizá estuviese muerto. Me agaché y le metí la mano en el bolsillo del abrigo. Le cogí la cartera y después me uní a los otros.

El tren partió a las 19.34. Faltó poco para que lo perdiéramos.

Una vez más, el amigo de François me había salvado la vida. Durante la primera media hora no conseguí hablar. Seguía en estado de choque. Aquella jornada había sido muy dura para mí. Sophie también permanecía en silencio. Nos mirábamos, nada más. Incrédulos. Embarcados ambos en el mismo embrollo. Cada uno adivinando los pensamientos del otro, compartiendo la misma angustia, la misma fatiga. Nerviosos. Sin embargo, había que seguir adelante. Controlarse.

Después, cuando Francia, allá afuera, hubo desaparecido

por completo bajo el velo negro de la noche, yo me decidí a hablar.

—Gracias, Stéphane.

Le sonreí. Él asintió con la cabeza, pero tenía un aire grave. Inquieto. Se preguntaba, sin duda, qué otra sorpresa nos esperaba. O quizá se preguntaba si estaríamos seguros en aquel tren.

—Bueno, ¿y esa cartera? —me preguntó Sophie, volviéndose hacia mí. Por fin teníamos un indicio, un medio de identificar a los cuervos. Lo saqué del fondo de mi bolsillo, eché un vistazo a los asientos vecinos para comprobar que no habíamos atraído la atención de los demás viajeros y después la abrí sobre mis rodillas.

Encontré documentos de identidad. Italianos. Paulo Granata. Nacido en 1965. Se los tendí a Badji por encima de la pequeña repisa que nos separaba.

—¿Cree que son auténticos?

Él les echó un vistazo y se encogió de hombros.

—Sí, eso parece.

No había gran cosa más en la cartera. Una tarjeta bancada con el mismo nombre que los documentos de identidad, algunos recibos, un plano de París, billetes de metro… Pero había también una tarjeta que me llamó la atención. Una tarjeta de visita impresa en una cartulina de gran calidad. Sin nombre, sólo una dirección. En el Vaticano. Y encima, un símbolo que reconocí sin duda alguna. Una cruz encima de un sol.

Le enseñé la tarjeta a Sophie. Ella hizo una mueca.

—Esto no hace sino confirmar lo que ya sabíamos.

Yo asentí. Sí. No hacía más que confirmarlo. Confirmar que estábamos metidos en un buen lío.

Se hizo el silencio de nuevo. Vi cerrar los ojos a Sophie.

Hadji anunció que iba a buscar un café en el vagón siguiente. Empezaba a relajarse un poco.

Yo apoyé la cabeza en la ventanilla que tenía a mi izquierda. El paisaje nocturno que desfilaba se confundía con el reflejo del interior del tren en el cristal. Yo estaba conmocionado. Adormilado, atontado, como después de un largo día de marcha. Las imágenes de las últimas veinticuatro horas me volvían a la mente en cascada. Se mezclaban, vagas, imprecisas. Todo se aceleraba. Me sentía como aspirado por una corriente demasiado rápida.

Intenté no pensar más, después me adormilé antes incluso de que volviese Badji.

A las 21.28, hora local, el tren entró en la estación de Waterloo.

Subir en un tren en París y salir en Londres menos de tres horas después, para un expatriado como yo, tenía algo de increíble. Pero ya no me importaba nada.

La amiga de Sophie había asegurado que podíamos llegar a su casa a cualquier hora. Apenas llegados a Waterloo cogimos un taxi directamente.

Yo no había estado en Londres desde hacía años —mi madre me había llevado allí dos o tres veces— y el trayecto a través de la ciudad nos permitió admirar la capital bajo su aspecto nocturno. El espectáculo era magnífico y casi me hizo olvidar las sucesivas desgracias de aquella horrible jornada. En el fondo, completaba a la perfección el cuadro surrealista en el cual teníamos la sensación de no ser otra cosa que pequeños toques de pintura sometidos al pincel del azar.

El enorme taxi negro salió de la estación de Waterloo y el túnel azul del Eurostar, como un largo cordón umbilical que une Inglaterra y Francia, se alejó lentamente detrás de nosotros. Al acercarnos al Támesis, vimos dibujarse la enorme rueda blanca del London Eye, que giraba lentamente y llevaba a sus visitantes a los cielos como un molino de agua

gigantesco que rozase el río. Las pequeñas cápsulas de vidrio en las que se extasiaban aquellos espectadores del cielo brillaban como tubos de neón en el cielo violeta.

El taxi encaró el puente de Waterloo. Badji y Sophie se maravillaban también, en silencio. Yo volvía la cabeza a derecha e izquierda, y mi mirada se posó un instante, a lo lejos, en la cúpula blanca de la catedral de San Pablo, sostenida por un orgulloso collar de columnas corintias. Después dejé que mis ojos se perdieran en las curvas del Támesis. El largo pasillo negro se internaba entre los edificios iluminados por la luz sepia de los proyectores y las farolas.

Más lejos, como un espejismo en el horizonte del desierto, se adivinaba Canary Wharf, el nuevo centro de negocios londinense, un grupo de edificios de cristal, paraíso del valor añadido, infierno de los pequeños inversores. El taxi pasó por encima de un badén en medio del puente. Yo cerré los párpados un segundo. Cuando los volví a abrir, descubrí la City y la sede de los reyes, Westminster. El viejo Londres, una ciudad de oro.

—¿Quieren que me ocupe de encontrar un hotel mientras ustedes hablan con su amiga? —preguntó Badji.

—No, no, no se preocupe, Jacqueline seguramente ya nos encontrará algo.

El taxi llegó al otro lado del río y se desvió a la izquierda en The Strand, una de las calles más antiguas de Londres, y después llegó hasta los leones gigantescos de Trafalgar Square. Yo sonreía. Tenía la sensación de volver a visitar Londres en sueños. Imaginaba casi la mano de mi madre sosteniendo la mía, una noche igual de primavera, en aquella misma plaza. Era como viajar en mis recuerdos o abrir una caja de antiguas postales. Las palomas, los leones, las columnas de Nelson, la enorme fuente, y las nubes de turistas, con las manos en los bolsillos y los hombros encogidos para protegerse del frío de la noche. Como atraído por la luz de los neones y los enormes paneles luminosos de Coca-Cola y Burger King que invadían

fachadas enteras, el taxi se dirigió hacia Piccadilly Circus. El ruido del motor estaba tan presente y la suspensión era tan rígida que teníamos la sensación de ir muy deprisa, y me pregunté cómo podrían detener los frenos una masa tan grande, lanzada por Regent Street como un obús en un cañón.

—Es una ciudad magnífica —dije, volviéndome hacia Sophie.

—Está bien para venir a pasar un fin de semana, pero para todo el año...

—¡Es lo que se dice siempre de las ciudades en las que uno no ha vivido! —repliqué, burlón.

—¿Es que has vivido en Londres?

—No, pero al salir de París aprendí que se puede vivir en otros lugares.

—Nunca he dicho que no pudiese vivir en otro lugar... Pero en Londres, no.

—¿Por qué?

—Demasiado caro, demasiado inglés, demasiado artificial.

Yo me eché a reír.

—Bueno, si le reprochas a la capital de Inglaterra que sea demasiado inglesa... Pero entonces, ¿dónde te gustaría vivir, aparte de París?

—Ya sabes que yo tengo más bien un carácter de nómada. Me gusta viajar. Atravesar países. Desiertos. Me gusta el norte de África, Oriente Medio... El panorama es allí realmente mucho más cercano al hombre que nuestras grandes ciudades occidentales. Aquí se construyen edificios que no se nos parecen.

Yo me encogí de hombros.

—Es raro. Yo tengo la sensación de estar en mi sitio, en

esas grandes ciudades occidentales. No están tan mal. Mira, mira...

El taxi estaba atravesando Oxford Circus.

—... mira toda esa gente. Noche y día. ¡Siempre hay gente! De día van a los grandes almacenes, a Selfridges o a Harrod's. De noche, pasean, se encuentran o se ignoran. Pero siempre hay gente. Y eso me tranquiliza. Me encanta.

Ella me miró, sonriendo.

—Sí, ya lo sé —dijo, poniéndome la mano en la rodilla.

Y no era condescendencia. No. En su mirada vi que era sincera. Ella sabía. Sabía que yo necesitaba gente, notar la gente a mi alrededor. No sentirme solo.

Algunos minutos después, el taxi nos depositó ante el edificio donde vivía su amiga.

Si me habían hecho falta algunos días para adivinar las preferencias sexuales de Sophie, las de su amiga no ofrecían duda alguna. El piso de Jacqueline Delahaye estaba lleno de libros sobre homosexualidad, de cuadros muy sugerentes y una magnífica bandera con los colores del arco iris colgaba del techo en la entrada.

En todo caso, la amiga de Sophie no era una mujer corriente, desde luego. Completamente visceral, afectada y caótica, cínica y tierna, era un personaje fuera de lo común. Además era muy simpática, viva, con respuestas para todo y visiblemente brillante. Me costaba mucho imaginar que ella y Sophie hubiesen sido amantes en alguna ocasión, pero me di cuenta de que a fin de cuentas aquello no me molestaba tanto. Jacqueline era una persona interesante, y punto.

Sin embargo, ella debía de notar que yo no me sentía totalmente a gusto, y sin duda había comprendido que yo

experimentaba por Sophie algo más que amistad, ya que me miraba ron unos ojos llenos de malicia y quizá incluso de compasión.

Era mucho mayor que Sophie, pero había en sus ojos una juventud inmutable. Llevaba unas grandes gafas de concha, un vestido grueso de lana marrón, amplio, y una camisa larga de flores arrugada. En torno al cuello, un pañuelo largo y blanco que le caía por la espalda. Parecía una profesora de historia de los años setenta, perfectamente integrada en el aspecto y el espíritu londinenses.

—Bueno —dijo, después de habernos servido a todos una copa de brandy—, ¿qué es toda esa historia? ¿Qué es lo que trae a Londres a un trío como éste?

—Necesitamos que nos hables de *La Gioconda* y de *Melencolia* —respondió Sophie, sonriendo.

Jacqueline vivía en un piso de tres habitaciones en el corazón de Londres, en un viejo inmueble donde, al parecer, ninguna pared formaba ángulo recto. Creo que jamás había visto un piso tan monstruosamente desordenado. Incluso el sótano de mi padre en Gordes parecía ordenado, en comparación. No se veían los muebles, tan cubiertos estaban por un fárrago que evocaba a las capas sedimentarias. Un televisor pequeño amenazaba con caerse de lo alto de una pila de revistas. Las estanterías de una gran biblioteca desbordaban, con varias filas de libros comprimidos los unos contra los otros bajo una espesa capa de polvo, detrás de un amontonamiento de objetos diversos y variados: marcos de foto, cajas pequeñas, estatuillas africanas, despertadores, plumas, tazas, teléfono, *walkman,* cámara de fotos, carteles enrollados y una verdadera montaña de utensilios no identificados. La habitación entera era como un desafío a la ley de la gravedad. Por todas partes había objetos descansando en equilibrio sobre otros objetos que a su vez sólo se sostenían, sin duda, por la magia vudú de uno de los grandes hechiceros cuyas máscaras colgaban en las paredes

del recibidor.

Eché una mirada divertida al pobre Badji, que parecía muy a disgusto en medio de aquel desorden monstruoso. Con los brazos cruzados, no se atrevía ni a sentarse, y movía los pies en un rincón. No había sitio en ninguna parte para un grandullón como él.

—¿Quiere una silla el forzudo? —preguntó Jacqueline, señalando al guardaespaldas.

—Ya voy a coger una a la cocina —replicó Badji, sonriendo.

Se ausentó meneando la cabeza.

Los tres estábamos exhaustos y teníamos hambre, pero no habíamos llegado allí de vacaciones, y sólo contaba una cosa: adelantar nuestra investigación. Decidí iniciar el tema.

—Sophie me ha dicho que ha estudiado a la vez matemáticas y arte —empecé, cortésmente, volviéndome hacia Jacqueline—. ¡Es asombroso!

—Bueno, no tanto.

—Pero aun así... ¿cómo se pasa de las matemáticas a la historia del arte?

Badji volvió con una silla y se instaló frente a nosotros. Jacqueline le lanzó una mirada molesta. Había una cierta tensión en el aire. La amiga de Sophie se sentía visiblemente incómoda por tener un gorila en su apartamento...

—Bueno, primero seguí unas clases especiales de matemáticas —respondió ella—. Después, una licenciatura en matemáticas, y al final me di cuenta de que no podía seguir avanzando por esa vía. Siempre he tenido una relación muy especial con las matemáticas...

—¿Cómo es eso?

—Es difícil de explicar... ¿Le gusta la música?

—Sí.

Sophie me lanzó una mirada burlona.

—¡Damien es fan de Deep Purple!

—Perfecto —replicó Jacqueline—. Cuando escucha un fragmento, ¿llega a tener escalofríos, carne de gallina? ¿A entrar casi en trance, tanto le conmueve?

—Eh... bueno, sí —confesé tímidamente, bebiendo un sorbo de whisky.

—Bueno, por muy raro que pueda parecer, a mí es lo que me pasa cuando resuelvo un problema importante de matemáticas.

—¿Ah, sí?

—Sí. ¿Le extraña?

—Bueno... ya sabe, a mí, las matemáticas... más bien me producían urticaria.

—Lástima. Las matemáticas son como una religión para mí. Es difícil de entender, ya lo sé... Pero, como sabrá, las matemáticas se enseñan muy mal en las escuelas, y se olvida hasta qué punto pueden llegar a ser mágicas. Por ejemplo: fíjese en la *Ofrenda musical* de Bach. Ese fragmento es un ejemplo maravilloso de simetría bilateral.

Yo hice una mueca tonta.

—¿Y qué quiere decir eso?

—Es una especie de canon, si quiere. Los dos pentagramas de ese fragmento son simétricos el uno al otro.

—¿Quiere decir que cada pentagrama es el opuesto exacto al otro? —pregunté, intrigado.

—Totalmente. Una especie de palíndromo musical. Eso puede parecer completamente artificial, son matemáticas puras, y sin embargo, el fragmento resulta suntuoso... Y no tiene nada de extraño, en realidad. Las leyes de la armonía no

son en el fondo más que leyes matemáticas y físicas. El hecho de que una quinta resuene tan perfectamente con su tónica no es una cuestión de gusto, de cultura o de convenciones. Es una ley natural. Las dos frecuencias se combinan, casan y resuenan de forma natural durante mucho más tiempo cuando se tocan juntas. La naturaleza es matemática, y la naturaleza es estética... El arte, como las matemáticas, nos permite percibir el ritmo de las cosas, los nexos que unen todos nuestros sistemas. ¿Comprende?

Se mostraba completamente apasionada, y aunque yo no estaba demasiado seguro de comprender adonde quería ir a parar, lo encontraba interesantísimo.

—Matemáticos y artistas tienen el mismo enfoque. Buscamos interpretar el mundo. Descubrir las rutinas, las redes, la estructura secreta de las cosas.

—De acuerdo —afirmé.

—En resumen: en un momento dado empecé a entrever un puente entre las matemáticas y la estética. Un nexo evidente. Y en lugar de hacer una simple tesis de matemáticas, decidí dejar las matemáticas y emprender los estudios de historia del arte. Desde el principio me interesé por el Renacimiento, y en particular por Leonardo da Vinci.

—Cuadra bien —comenté.

—¿Sabe lo que decía Da Vinci? *Non mi legga chi non e matematico.*

—Que no me lea nadie que no sea matemático —tradujo Badji, inmóvil en su silla.

Jacqueline le lanzó una mirada asombrada.

—Sí. Bueno, si conoce un poco la vida de Leonardo —siguió—, entonces, la idea de que existe una relación evidente entre arte y matemáticas no debería parecerle tan extraña...

—No, desde luego —afirmé yo—. Pero estamos hablando

del siglo XVI. Las matemáticas de la época tenían algo de romántico. Realmente, no es lo mismo hoy en día.

—¡Desengáñese! ¡Ese fue exactamente el tema de mis estudios, cariño! *Los sistemas del caos en el arte, la filosofía y las matemáticas.*

—¿Cómo?

Ella levantó los ojos con aire disgustado.

—¡La teoría del caos! Es la revolución más importante de la física y las matemáticas desde la relatividad y la mecánica cuántica. Habrá oído hablar de la teoría del caos, al menos...

—Desde luego...

—Desde hace mucho tiempo los científicos intentan resolver problemas cotidianos, aparentemente insolubles, porque son discontinuos y están desordenados.

—¿De qué tipo?

—¿Cómo se forman las nubes? ¿Cómo se explican las variaciones de la meteorología? ¿A qué ley obedece el trayecto del humo que se escapa de un cigarrillo?

—De acuerdo, el azar.

—¡No! El caos. Más o menos, cómo la menor modificación, la menor separación al principio de un sistema puede suponer al final de éste un cambio radical.

—Ya veo. Un pequeño imprevisto y todo cambia. De ahí esa famosa historia de una mariposa que mueve las alas — asentí.

—Exactamente. Una mariposa bate las alas en Japón y engendra en el aire una variación suficiente para influir en el orden de las cosas y provocar, por ejemplo, una tormenta el mes que viene en Estados Unidos.

—Es bonito.

—¿A que sí?

—¿Y qué relación tiene eso con el arte?

—¡Sólo tiene que leer mi tesis!

—Me encantaría, pero esta noche quizá no...

—La belleza del caos reside en su apariencia engañosa. El caos tiene un aspecto desorganizado, y parece no obedecer a ley alguna. Y sin embargo, el caos tiene un orden inherente: el de la naturaleza. Y el arte obedece a las mismas leyes. Eso es lo que he intentado demostrar.

—Francamente, leeré su tesis con placer.

—Pero no es eso lo que os ha traído aquí...

Sophie, que sin duda se impacientaba, asintió.

—Bueno —prosiguió entonces la historiadora-matemática, volviéndose hacia Sophie—, *La Gioconda* y *Melencolia*... ¿No podrías precisar un poco? Porque no veo qué puedo decirte yo de *La Gioconda* que no se haya repetido ya mil veces...

—¿Crees que *La Gioconda* puede esconder un verdadero misterio? —aventuró Sophie con voz insegura.

—¿Hablas en serio?

—Sí —replicó Sophie—. No habría atravesado la Mancha si no. Se ha armado mucho jaleo en torno a ese cuadro, pero, en tu opinión, ¿tiene realmente algún sentido oculto, algo?

—¿Y cómo quieres que yo lo sepa? Mira, si *La Gioconda* tuviese un sentido oculto, uno solo, se habría descubierto hace mucho tiempo, dado el número de horas que los historiadores y los analistas le han dedicado...

—¡Pero al menos es verdad que hay algo especial en esa pintura! —insistió Sophie.

—¿O sea que has hecho todo este trayecto para salirme con estas tonterías, cuando no nos veíamos desde hacía ocho meses? —replicó nuestra anfitriona.

Yo no sabía si estaba furiosa de verdad o si no era más que un juego entre las dos amigas.

—Jacqueline —intervino entonces Sophie—, déjame que te explique. Estoy haciendo... bueno, preparando un documental sobre una reliquia que procede de Jesús. Es una reliquia muy misteriosa, sobre la cual Durero escribió un texto largo.

—Durero escribió montones de textos. Entre ellos, un tratado muy interesante sobre la perspectiva...

—Sí —la cortó Sophie—. Pero ese texto es el que concierne a *Melencolia,* que Durero había entregado a su amigo el humanista Pirkheimer, y que a continuación desapareció...

—Ah, sí, Panofsky y Saxl hablan de él en su estudio sobre Dinero. Creía que ese manuscrito era una pura invención...

—No. Existe. Y, precisamente, el padre de Damien lo encontró.

Sophie puso la mano en su bolso, que tenía a su lado.

—¿Lo tienes ahí? —exclamó Jacqueline, incrédula.

—Sí.

—A ver...

—Enseguida. Primero, responde a nuestras preguntas. Parece que existe una relación misteriosa entre la *Melencolia* de Durero, *La Gioconda* de Leonardo y una reliquia que perteneció a Jesús. Nada más que eso. Lo hemos averiguado durante nuestra investigación...

—¿Y necesitáis un guardaespaldas para esta investigación? —intervino Jacqueline, señalando a Badji.

—Sí. Necesitamos un guardaespaldas. Así es. Tú me conoces y sabes hasta qué punto la cosa va en serio. No soy de esas que cogen un guardaespaldas sólo para chulear. ¿Vale?

Bueno, pues continúo —siguió Sophie—. Durante nuestra investigación, encontramos una copia de *La Gioconda* con una treintena de zonas en el cuadro que estaban rodeadas con lápiz. Estamos seguros de que existe una relación con nuestra reliquia, porque Durero lo dice en su texto. Explica claramente que Leonardo da Vinci… trabajaba sobre ese misterio. En resumen, en primer lugar querríamos saber si es posible que *La Gioconda* encierre un misterio de este tipo.

—¡Es una locura! —exclamó la amiga de Sophie—. Te has metido en una farsa gigantesca, mi pobre amiga…

—No, no, te lo aseguro, esto va en serio. ¡Por favor, dime algo que pueda ayudarme! ¡Reflexiona!

Jacqueline dio un largo suspiro. Cogió su vaso de brandy escondido en medio de una jungla de objetos en la mesita baja del salón, después se hundió en el sofá cubierto de ropas, ceniceros y revistas.

—Bueno —empezó con un tono exasperado, encendiendo un cigarrillo—. Primero, el asunto de las fechas. *La Gioconda* se pintó entre 1503 y 1507. Es una de las últimas obras de Da Vinci, que murió quince años después, en 1519. En cuanto a *Melencolia,* si no recuerdo mal, el grabado de Durero data de 1515…

—1514 —corrigió Sophie.

—Y Durero murió en 1528. O sea, también unos quince años después. Bueno, ya está resuelto tu enigma, ¡gracias y adiós!

Las dos amigas se echaron a reír al mismo tiempo. Yo me contenté con sonreír para no molestarlas y dirigí a Badji una mirada confusa.

—Bien —siguió Jacqueline, al ver que yo no me reía a carcajadas—, ahora más en serio. Sí, *La Gioconda,* evidentemente, tiene algo de misterioso, pero no en el sentido que le atribuís vosotros. Tiene algo de misterioso porque tenía

un significado especial para Leonardo da Vinci, y no se ha sabido nunca realmente cuál. Hasta tal punto que, aunque fue un encargo de Juliano de Médicis, y Francisco I le propuso comprarla, Da Vinci se negó a separarse de ella y siguió en su taller hasta su muerte.

—Interesante —susurró Sophie.

—Sí, pero no hay nada de esotérico en eso. Sencillamente, lo que pasaba era que Da Vinci iba desde hacía mucho tiempo en busca de la perfección, y sin duda sabía que *La Gioconda* era su obra más conseguida, aunque no fuese absolutamente perfecta.

—Si tú lo dices —intervino la periodista, tan escéptica como yo, sin duda.

Jacqueline puso los ojos en blanco con aire desengañado.

—¡Se han imaginado miles de explicaciones distintas sobre la especificidad extraña de ese cuadro, hija mía!

—Entonces, ¿nada serio en realidad? —insistió Sophie.

—¿Cómo saberlo? ¿Era la identidad secreta de la modelo? Algunos historiadores suponen que Da Vinci hizo un autorretrato camuflado como retrato de una mujer imaginaria. Yo lo creí durante un segundo, pero resulta divertido si pensamos que Da Vinci era un maricón.

—¿Cómo? —exclamé, medio alelado.

—¡Venga, hombre, es un secreto a voces! Los historiadores puritanos no han dejado de imaginar medios de desmentirlo, pero la verdad es que Da Vinci era maricón, y punto. Incluso se le cita a propósito de un proceso por sodomía de un joven de diecisiete años, y aunque esa vez le dejaron en libertad, pasó seis meses en prisión tres años después por «mala vida».

—Lo ignoraba —confesé, desconcertado.

—Sí, se omite a menudo en su biografía… Gracioso, ¿eh?

De todos modos, basta con echar un vistazo a sus códices y leer sus anotaciones junto a sus dibujos anatómicos y ya no nos queda duda alguna.

—Bueno, vale —intervino Sophie—. ¿Y qué más?

—Bueno, a lo mejor es ese vuestro misterio... En todo caso, es verdad que Da Vinci tenía mucho apego a ese cuadro.

—¿Y no sabes nada especial sobre su elaboración? —pregunté, aventurándome.

—Podría hablaros durante horas de la construcción geométrica de *La Gioconda,* de la mirada, de la sonrisa, de la posición de las manos. Pero no veo en qué podría ayudaros eso. Quizá tendríais que traerme esa copia con las marcas de lápiz, y quizá viera algo que vosotros no hayáis visto. ¿Qué puedo deciros? Lo interesante con respecto a *La Gioconda* son las capas de pintura. Da Vinci pintaba al óleo, al cual añadía un poco de disolvente muy diluido, cosa que le permitía aplicar muchas capas de colores transparentes. Así pudo trabajar indefinidamente en el modelado del rostro, en busca de la perfección. Es lo que él llamaba *sfumato.*

Miré a Sophie. Allí quizá hubiese una pista interesante. Sin duda compartimos en aquel momento el mismo instinto. La misma premonición.

—Te voy a enseñar la copia ahora mismo —prometió Sophie—. Quizá los trazos de lápiz que hay encima te digan más que a nosotros. Pero de *Melencolia,* en principio, ¿qué puedes decirnos?

—Bueno, ésa es otra historia. Porque aquí se trata de un grabado simbólico, y no de los más sencillos precisamente... No hay ni un solo centímetro cuadrado de grabado que no esté atiborrado de símbolos. Ya os podéis imaginar las miles de interpretaciones posibles que historiadores y críticos han hecho desde que existe...

—Pero, así en plan resumido, ¿qué es lo que puedes

decirnos? —insistí yo—. ¿Qué representa ese ángel...?

—¡No es un ángel! —corrigió Jacqueline, levantando los ojos—. Es una alegoría. La alegoría de la melancolía, evidentemente. Además, el título exacto del grabado no es *Melencolia,* sino *Melencolia I.* Y, creedme, también se han dicho muchas tonterías sobre ese I. Pero continuemos. El personaje, pues, es una alegoría, tiene todos los atributos de la Melancolía clásica, hasta el perro que duerme a sus pies, y todos los símbolos referidos a Saturno, como el murciélago, la balanza, el brasero de los alquimistas que, si no recuerdo mal, arde en último plano.

Sophie sacó una copia del grabado que tenía en su mochila y se la tendió a su amiga.

—Gracias. Sí, y aquí, como veis, muchos elementos hacen pensar en la interpretación cristiana neoplatónica de la creación como orden matemático...

—¿Eh? La interrumpí—. ¡Por favor, no use palabras tan raritas! Más sencillo... Lo siento, pero soy bastante alérgico a la jerga de los críticos de arte.

Ella sonrió.

—Digamos que, como Leonardo da Vinci o Jacopo de Barbari, Alberto Durero pensaba que existe una relación estrecha entre la geometría y la estética. El arte ya está en la naturaleza, en la belleza de las leyes naturales, armonía, geometría, aritmética...

—¡Vale, vale! ¡Leeré su tesis! Pero, en resumen, el sentido global del grabado...

—La Melancolía, en resumen, es la constatación del fracaso de la erudición profana. ¿Me sigue?

—Vagamente...

—Sea cual sea nuestra erudición, por mucho que conozcamos las artes (como las siete artes liberales,

representadas en este grabado por la escala con los siete peldaños, aquí), jamás podremos llegar al conocimiento absoluto.

Yo miré a Sophie. La relación con nuestro enigma de repente me parecía evidente. El conocimiento absoluto. ¿No era eso acaso el mensaje de Jesús? ¿No era acaso Jesús un iniciado, aquel que había recibido, precisamente, el conocimiento?

—Podría haceros un análisis simbólico durante horas —siguió la historiadora, mostrándonos el grabado—, pero lo más interesante es la relación entre Da Vinci y Durero. Ya que ahí sí que hay un verdadero misterio.

Jacqueline apagó su cigarrillo en el cenicero apoyado en el sofá y se acercó un poco más a nosotros.

—No sabemos si se conocieron —siguió explicando—. A menudo se llamaba a Durero «el Leonardo del Norte», porque su obra estaba fuertemente inspirada en la de Da Vinci. A decir verdad, Durero estaba fascinado por su trabajo. Sobre todo copió la serie de los *Nudos* de Da Vinci de la Accademia, y continuó algunas investigaciones sobre la naturaleza y las proporciones humanas que hacía Da Vinci. Se sabe también que se interesó por el compás de Da Vinci, que permitía dibujar óvalos, sin hablar del célebre prospectógrafo que Durero representa en cuatro grabados y que fue dibujado originalmente por Leonardo. ¡Incluso el poliedro que encontramos en *Melencolia* es un homenaje a Da Vinci!

—Son muchas referencias, en efecto…

—Hay un cuadro de mediados del siglo XVI, que fue realizado por tanto una treintena de años después de su muerte, donde se ve a Leonardo representado entre Tiziano y Durero.

—¿Eso significaría que realmente se conocieron? —preguntó Sophie.

—No podemos estar seguros, pero es probable. El cuadro se atribuye al taller de Agnolo Bronzino. No se sabe si es simplemente una pintura en homenaje a esos tres ilustres personajes o si hace referencia a una escena que ocurrió de verdad. En ese cuadro, Da Vinci está vuelto hacia Durero y le habla. Da la espalda a Tiziano. Se diría que pasa completamente de él, y que está mucho más interesado en Durero. Hace un gesto con las manos un poco raro, como si explicase alguna cosa al pintor alemán.

—Interesante.

—En todo caso, lo que sabemos —continuó ella— es que Durero fue a Italia, y en una de sus cartas me parece que hace referencia, más o menos, a Da Vinci. Esperad, voy a comprobarlo.

Jacqueline se levantó y desapareció en la habitación de al lado. Yo lancé una mirada inquieta a Sophie.

—¿Crees que será capaz de encontrar algo en este follón? —murmuré.

La periodista sonrió.

—Sí, no sé cómo lo hace, pero siempre consigue encontrarlo...

Jacqueline apareció unos instantes después con su grueso vestido de lana y un enorme volumen abierto entre las manos.

—Aquí está. Es una carta de octubre de 1508. Durero dice que planea ir de Venecia a Bolonia, cito, «por amor al arte de la perspectiva secreta, que alguien está dispuesto a enseñarme».

Nos lanzó una mirada llena de orgullo.

—¡Bueno, si esto no habla de Da Vinci —siguió—, me la corto!

Yo bufé.

—No será necesario —intervino Sophie—. ¡Te creemos! Bueno, el caso es que existe una relación cierta entre Durero y Da Vinci, e incluso entre *Melencolia* y Da Vinci, ¿de acuerdo?

—Innegable —confirmó la historiadora—. Pero tienes que dejarme echar un vistazo a vuestro manuscrito y a vuestra Gioconda.

—Sí, pero nos vamos mañana, y no podemos dejártelos…

—Bueno, me queda la noche…

Sophie le dirigió una sonrisa molesta.

—Escucha, si no encuentras nada no importa, nos has ayudado mucho.

—Veré lo que puedo hacer. ¿Queréis dormir aquí? —propuso Jacqueline.

—No, no —repliqué—. ¡No queremos molestar! Vamos a buscar un hotel.

—¿A estas horas? ¡No será tan fácil!

—No queremos abusar de tu hospitalidad, querida —dijo Sophie.

—Pero si no me molestáis en absoluto… De todos modos, creo que voy a pasarme toda la noche leyendo lo vuestro…

—Bueno, entonces de acuerdo —respondió Sophie antes de que yo tuviese tiempo de negarme.

Jacqueline sin duda era adorable, pero la idea de dormir en casa de una antigua amante de Sophie no me llenaba de alegría precisamente. Pero tendría que adaptarme.

En aquel instante sonó mi teléfono en mi bolsillo. Dudé antes de responder, mirando a Badji, como si esperase su autorización. Él se encogió de hombros. Saqué el teléfono. Descolgué. Era el cura de Gordes.

Estaba en París. Con mucha prisa al parecer, y muy inquieto, no me dio tiempo a decirle gran cosa y me dio una

cita, simplemente.

—¿Puede venir mañana a las 13 horas a la iglesia de Montesson, en el extrarradio, al oeste?

—Espere yo... no estoy en París ahora mismo. No sé si habré vuelto por entonces.

Me volví hacia Sophie. Ella buscaba en su mochila y miró los billetes de tren. La vuelta a París estaba prevista para las 14.17.

—No será posible —le expliqué al sacerdote—. Digamos más bien a las 16.

—De acuerdo. A las 16 en la iglesia de Montesson. El cura es un amigo. Estaremos tranquilos. Cerrará la iglesia mientras hablamos. Hasta mañana.

Colgó al momento.

Yo cerré el teléfono y me lo guardé en el bolsillo. Sophie me interrogó con la mirada.

—Era el cura de Gordes. Me ha citado para mañana.

No quería decir más delante de Jacqueline. Sophie asintió.

—Bien —dijo la historiadora, levantándose—, voy a llamar a un chino para pedir la cena, ¿os parece bien? A estas horas no se puede elegir mucho. Pero primero os enseñaré las habitaciones. No tengo más que dos, así que tendréis que compartirlas...

—Yo puedo compartir la habitación con Damien —replicó Sophie, con naturalidad.

Estaba tan asombrado que me quedé parado. Jacqueline frunció las cejas, después pareció divertida.

—Vamos, venid, os enseñaré las habitaciones.

Hacia la una de la madrugada, después de haber comido y discutido, decidimos que ya era hora de irnos a dormir. Habíamos tenido un día muy duro, y el día siguiente nos reservaba seguramente otras sorpresas. Jacqueline nos explicó que ella iba a trabajar un poco en el manuscrito y *La Gioconda,* y después nos dijo que estábamos en nuestra casa.

Unos minutos más tarde me encontré a solas con Sophie en una habitación minúscula donde no había otra cosa que pilas de libros y un colchón doble colocado directamente en el suelo.

—Eh, ¿estás segura de que quieres que durmamos los dos aquí juntos? —dije yo, como un imbécil.

—Ah, mi pobre Damien, no voy a imponerte dormir con tu ángel guardián...

—Pero si es muy simpático —repliqué yo.

—Si insistes...

Me encogí de hombros, un poco molesto. Ella sonrió. Me volví para cerrar las cortinas. Sophie no se había movido. Estaba justo delante de mí. Me miraba fijamente. Sentí que mi corazón latía con fuerza. Ella estaba tan bella en el juego de sombras y halos de luz anaranjada... Yo estaba seguro de no avanzar, y sin embargo nuestros rostros parecían aproximarse. Lentamente. Oí el soplo tranquilo de su respiración. Ella ya no sonreía. Me miraba fijamente. Serena. Después noté que una mano se apoyaba en mi cadera. Otra mano. Su boca estaba muy cerca de la mía. Sus ojos en los míos. Ella dio un último paso y me besó con pasión. Yo me dejé hacer.

Ella me retuvo así largo rato, apretado contra ella. Después, con mucha suavidad, apartó el rostro. Yo tenía la sensación de estar flotando. De revivir unas emociones que había olvidado durante mucho tiempo. Dio un paso atrás, me cogió por la mano y me llevó con ella hacia el colchón.

Sencillamente, decidí dejarme guiar. Y vivir el instante como Sophie vivía su vida, escuchando mis deseos.

Bajo la luz discreta que procedía de la entrada, como dos jóvenes adolescentes que tienen miedo de ser sorprendidos, hicimos el amor largamente, en silencio, hasta que nuestros cuerpos se desplomaron y se unieron de nuevo en un sueño apacible.

Diez

—Jacqueline nos acompaña.

—¿Cómo?

—Que viene a París con nosotros.

Jacqueline estaba preparando su equipaje. Sophie, detrás de ella, me miró y se encogió de hombros.

Yo me había despertado de golpe, en el viejo colchón de nuestra pequeña habitación, y durante unos segundos me costó mucho recordar dónde estaba, y qué había pasado el día anterior. Cuando recuperé la conciencia me di cuenta de que Sophie ya no estaba a mi lado, y me vestí a toda prisa para ir al salón a ver qué pasaba.

Sentado en el mismo sitio que la noche anterior, Badji me dirigió una sonrisa. Yo le sonreí también, un poco inquieto. Aquel hombre me había salvado dos veces la vida y todavía era capaz de sonreír, mientras que nosotros le habíamos llevado a Londres sin pedirle opinión. Desde luego, le pagaría por aquello. Pero ya veía en la sonrisa de Badji que él no estaba allí únicamente por motivos profesionales.

Fuera, el sol había salido desde hacía poco, y conservaba todavía sus tintes anaranjados. La luz del día atenuaba un poco la impresión de caos del apartamento.

—¿Ha encontrado algo? —pregunté, rascándome la cabeza.

—Pues en realidad no. Pero ahora estoy convencida de que hay algo, y que no lo conseguiréis sin mí. Hay café en la mesa. Sírvase. Y como tenéis que volver a París, pues me voy con vosotros... —Pero...

—No hay pero que valga, voy, me hace mucha ilusión, a vosotros también os va bien, y no se hable más. Sigo teniendo un piso en París, también hay documentación allí, y podré trabajar tranquilamente. Decidido.

Hablaba deprisa, sin mirarme, ocupada en llenar su bolsa de viaje en medio del salón. Llevaba el mismo vestido de lana que la víspera y algo en su peinado, sus ojeras y su nerviosismo me hacía comprender que no había dormido en toda la noche.

—Bueno, pues gracias —dije, sencillamente, yendo a sentarme a la mesa donde los tres parecían haber tomado ya el desayuno.

—No hay de qué —respondió ella, cerrando la cremallera de su bolsa de viaje de un golpe.

Después se enderezó, dio media vuelta y, con una gran sonrisa, me preguntó:

—¿Entonces, habéis dormido bien?

—Eh... sí, sí —balbucí yo, intentando no parecer demasiado cortado—. Esto... ¿a qué hora sale el tren?

Me serví una taza de café.

—A las 10.23, o sea que tenemos poco tiempo —respondió Sophie—. Badji y yo te acompañaremos a Montesson. Mientras tanto, Jacqueline podrá continuar su análisis del manuscrito.

Yo accedí y desayuné. Apenas me atrevía a mirar a Sophie. Ella me trataba con indiferencia, aunque habíamos hecho el amor aquella noche. Me habría gustado mucho poderla ver a solas aquella mañana. Hablar un poco. Pero los

otros dos estaban allí. Badji no nos dejaba ni un segundo, y la situación no era propicia. Y de todos modos, en realidad, no teníamos tiempo.

En ningún momento tuve ocasión de hablarle a solas, y pronto tuvimos que salir de nuevo hacia la estación para volver a París.

En el tren que nos llevaba de vuelta a Francia, no pude expulsar del todo las imágenes de Londres que acosaban mis recuerdos, las imágenes de aquella ciudad donde me había acostado con Sophie.

Montesson estaba solamente a varios kilómetros de París, pero ya casi se hallaba en el campo. Casitas bajas, calles empinadas, y a lo lejos incluso campos e invernaderos hacían olvidar casi la capital, que sin embargo estaba muy cerca.

Habíamos dejado a Jacqueline en un taxi en la estación del Norte, ella se había ido a su piso parisino con el manuscrito de Durero y la copia anotada de *La Gioconda,* y después nosotros habíamos recuperado el Safrane para ir a encontrarnos con el cura a la hora acordada, en el extrarradio, al oeste. Apenas podía creer que aquella misma mañana estuviésemos en Londres. Y sin embargo, no soñaba. El ritmo de nuestra carrera parecía destinado a acelerarse más y más aún, durante el tiempo que fuese necesario, sin duda, para resolver nuestro enigma, a menos que alguien consiguiese detener nuestro impulso.

Badji estaba en guardia. La cita se había fijado por teléfono, de modo que nuestro anonimato no estaba garantizado por completo, y él esperaba a cada momento una mala sorpresa. Los cuervos nos habían acostumbrado a sus repentinas apariciones. Estaba de un humor menos ligero que el día anterior. Aparcó el Safrane en un pequeño aparcamiento a resguardo de las miradas, me abrió la puerta y se echó a

andar ante nosotros.

El paisaje de aquel extrarradio parisino no tenía nada que envidiar a Inglaterra. Allí no había dos casas iguales, no eran blancas sino grises, la arquitectura general debía más al batiburrillo medieval que a la casita de muñecas. De vez en cuando pasaban viejos ciclomotores por la calle, manteniendo en equilibrio penosamente sobre sus sillines a abuelos con gorra.

La iglesia estaba en una calle empinada, tan abrupta que por el lado de la fachada (pegada a la casa parroquial) había que subir tres altos escalones para llegar hasta la entrada. Aparte de los ciclomotores que pasaban de vez en cuando y de algunas señoras que iban andando con sus cestas de la compra, no había mucha gente en la placita triangular, a primera hora de la tarde, y los tres, Sophie, Badji y yo, entramos bajo la bóveda silenciosa y oscura de Nuestra Señora de la Asunción.

Dos hombres discutían en pie ante el altar. Uno de ellos, a quien no había visto nunca, debía de ser el cura de Montesson. De estatura pequeña, tez mate y ojos oblicuos, yo no llegaba a distinguir si era vietnamita o coreano, pero tenía el rostro sereno de los asiáticos. El otro, que no llevaba ni la sotana ni el tradicional traje oscuro con la cruz en el ojal, no era otro que el cura de Gordes con ropa de seglar…

Cuando nos vieron llegar se callaron al momento. El cura local pasó ante nosotros, nos dedicó una sonrisa discreta y luego salió de la iglesia. Badji cerró la enorme puerta detrás de nosotros y verificó la solidez de la cerradura. Le vi inspeccionar toda la iglesia con la vista.

—Buenos días, señor Louvel —me acogió el sacerdote, avanzando hacia nosotros.

—Estos son dos amigos muy cercanos —le dije, señalando a Stéphane y Sophie.

—Señora, señor…

Ellos le saludaron. El cura me tendió la mano y se la estreché vigorosamente entre las mías, como para agradecerle haber venido desde tan lejos. Con François, Badji o Jacqueline, era un peón más en mi lado del tablero. Un pequeño guerrero testarudo que aceptaba luchar, a su manera, contra unos enemigos tan poderosos como invisibles.

El cura nos hizo señas de que le siguiéramos a la nave lateral. Nos sentamos en unas sillas que había dispuesto en círculo. Badji permaneció algo apartado.

—No tenemos tiempo que perder —empezó el sacerdote, con un tono muy grave—. Tengo la firme convicción de que me vigilan. El padre Young ha aceptado recibirnos aquí discretamente. Es un viejo amigo. Está acostumbrado a las sorpresas peligrosas que proceden de lo más alto del escalafón, si puede decirse así...

—Las sorpresas que vienen de la parte baja del escalafón nunca causan demasiado daño al caer —intervino Sophie.

El cura asintió. Estábamos en la misma onda.

—Estoy dispuesto a entregarles un elemento esencial para su investigación, pero primero quiero saber qué saben ustedes sobre mi traslado. Me lo tomo muy en serio, como podrán imaginar.

—¿Conoce usted la organización Acta Fidei? —le pregunté, sin esperar más.

Él dijo que no con la cabeza. Miré a Sophie. Ella comprendió lo que yo esperaba y le contó todo lo que sabía, todas las informaciones que nosotros habíamos reunido o que Sphinx nos había transmitido con respecto a la organización. El cura escuchaba con atención, y cuando la periodista hubo concluido su explicación, estaba hundido.

—¿Creen ustedes verdaderamente que el Vaticano está al corriente de todo esto? —preguntó, después de haber reflexionado largamente.

—¿Quién del Vaticano? No es tan sencillo. Forzosamente hay gente que está al corriente, ya que varios miembros del comité de Acta Fidei forman parte de la Congregación para la Doctrina de la Fe. Ahora, si eso significa que otras personas en el Vaticano están al corriente... no podemos saberlo.

—¡Si lo que dicen ustedes es cierto, es necesario que esa bomba explote!

—¡Pero no ahora mismo! —intervino Sophie—. Créame, haremos que explote esa bomba. Pero no de inmediato.

El cura asintió con la cabeza. Se frotó el rostro con aire desesperado, y después sacó una libreta que llevaba en el bolsillo.

—Esto le pertenece —dijo, tendiéndome la libreta.

—¿Qué es?

—Su padre me contó una parte de su historia. Sinceramente, estoy seguro de que hay algo de verdad en todo esto, pero me temo que la mayor parte de las cosas de las que hablaba no eran más que un montón de tonterías. Pero la verdad, después de lo que acaba de decirme, estoy dispuesto a todo. Él sabía que yo era amigo de un relojero de Gordes, y me pidió que le construyese un aparato.

—¿Qué aparato?

—El que vio usted en su sótano. Y que después ardió. Un trasto completamente absurdo. Aparentemente, se trataba de un invento de Leonardo da Vinci.

Dirigí una sonrisa a Sophie.

—Ya verá, está todo en esta libreta: los croquis, las explicaciones, las notas de su padre... Intentó explicármelo, pero confieso que yo no entendí gran cosa. Me contenté con transmitirle los planos al relojero, que fabricó el aparato. El otro día el relojero me llamó para decirme que se había olvidado de devolverle la libreta a su padre, y yo la recuperé.

Espero que ustedes comprendan algo. Según su padre, la máquina permitía encontrar un mensaje escondido en el interior de *La Gioconda*...

Sophie me dirigió una mirada de perplejidad. ¡Extraordinario! Lo que el cura acababa de darnos era absolutamente extraordinario. Yo casi temblaba.

—¡Tenemos que reconstruir ese aparato! —exclamó Sophie, cogiéndome por el brazo.

—Me extrañaría que lo consiguieran tan fácilmente —intervino el padre—. Era bastante complicado, hay unos espejos, unas lupas, un sistema de engranajes... Sería más sencillo pedirle al relojero que la vuelva a hacer.

—¡No tenemos tiempo de volver a Gordes! —protestó Sophie, impaciente.

—Pues hagámosle venir aquí —propuse yo.

—¡Pero eso no puede ser! —replicó el cura.

—¿Por qué no?

—Porque tiene trabajo que hacer...

—¿Tiene su número de teléfono?

El sacerdote asintió.

—Démelo.

Me dirigió una mirada de asombro, después rebuscó en su bolsillo, mientras sacudía la cabeza.

—Tenga —dijo, enseñándome su agenda.

Yo marqué al momento el número en mi móvil.

—Bueno —suspiró el cura—, no pierden el tiempo ustedes, los parisinos, ¿eh?

—¿Hola? —dije, cuando descolgó el relojero—. Buenos días, soy el hijo del señor Louvel.

—Ah, buenos días —me dijo el hombre—. Le acompaño

en el sentimiento.

—Gracias. Tengo que pedirle un favor.

—Ah, bueno. Lo siento muchísimo, señor, no querría parecerle maleducado, pero, ¿sabe usted que le buscan los gendarmes?

—Sí, sí, ya lo sé. ¿Cuánto le pagó mi padre por hacer la máquina que fabricó usted?

—¡Dios mío, qué chisme más retorcido el aparato ese! No sé para qué sirve, pero es un aparato muy curioso...

—Sí, bueno... ¿Cuánto?

—Su padre me dio mil quinientos euros, me parece. Pero ya los valía, porque le dediqué mucho tiempo, se lo aseguro. —Le ofrezco diez veces más si acepta venir ahora mismo a París y hacer un segundo ejemplar de esa máquina.

Hubo un largo silencio.

—¿Hola? —repetí, ya que el relojero seguía mudo.

Sophie resoplaba a mi lado, y el sacerdote se había cogido la cabeza entre las manos. No creía lo que estaba oyendo.

—¿Qué ha dicho usted? —me preguntó el relojero, que parecía también bastante perplejo.

—Que le ofrezco quince mil euros, en metálico, si acepta usted venir a París ahora mismo para reproducir la máquina de Da Vinci. Con todos los gastos pagados. Le pago el tren y el alojamiento.

—Pero, ¿está usted chiflado? —exclamó el relojero, incrédulo—. ¡Yo tengo un negocio aquí!

—Espere —le dije—, no se retire.

Cogí al cura por el brazo.

—Usted puede convencerle. Dígale que yo soy una

persona seria —cuchicheé—. ¡Se lo suplico! Hágale venir.

Le obligué a coger el teléfono. El cura estaba totalmente ido.

—¿Hola, Michel? —balbució—. Sí. Soy el cura. No, el señor Louvel es una persona muy seria. Desde luego. No, no es ninguna broma.

Cogí la mano de Sophie y la apreté muy fuerte. Ella me guiñó el ojo.

—No tiene más que decirle que viene a echarme una mano para preparar mi traslado a Roma —siguió el cura—. Bah, una mentirijilla de vez en cuando seguro que se le perdonará, Michel. Y después no tendrá más que ofrecerle un bonito regalo a su señora cuando vuelva, y ella estará encantada. Con lo que le va a pagar el señor Louvel tendrá con qué hacerlo... Bien. Sí. De acuerdo. Entendido.

El cura me tendió el teléfono. Parecía molesto por haberle obligado a hacer aquello.

—Está de acuerdo —afirmó, suspirando.

Yo apreté los puños en señal de victoria.

—¿Tiene usted el número de su hotel? —pregunté al sacerdote, en voz baja.

Él buscó en su bolsillo y me enseñó una tarjeta.

—¿Hola? —dije yo entonces, volviendo a coger el móvil —. Mire, le explico. Llame usted al señor cura cuando sepa la hora de la llegada de su tren, y yo enviaré a alguien para que le vaya a recoger a la estación. Intente venir esta misma tarde, o mañana por la mañana como muy tarde.

Le dicté el número del hotel.

—Le doy las gracias mil veces, señor, me hace usted un favor enorme. ¿Cuánto tiempo cree usted que le costará fabricar el artefacto?

—Es un montaje muy complejo, ¿sabe? Y además, sin estar en mi taller... Intentaré llevar mis herramientas y algo de material, lo que me queda de la otra vez. Tardé dos semanas en hacerlo, pero como ya lo hice una vez, ahora seguro que iré más deprisa.

—Necesito que lo construya usted en veinticuatro horas.

—¡Está usted mal de la cabeza!

—¡Le pago un buen precio! Hasta pronto, señor.

Le saludé y colgué. Sophie se echó a reír. Me había superado a mí mismo. Acababa de hacer de Sophie, ni más ni menos. A piñón fijo. Se podía decir que ella estaba casi orgullosa de mí. En realidad, desde la persecución de la estación del Norte yo había decidido no dejarme sobrepasar ya más por los acontecimientos. Si queríamos salir de aquel trance, tendríamos que tomar el control de nuestra investigación a cualquier coste, y no sufrirla más.

No ser ya peones, sino jugadores de ajedrez.

Un poco antes de las ocho de la noche llegamos al fin a Sceaux, a casa de los Chevalier. No estaba descontento de volver a la comodidad mullida de su pequeño chalé. En aquellos momentos, era lo que más se parecía para mí a un refugio. Casi como mi casa. Un domicilio fijo.

Estelle nos había preparado algo de cenar, y el exquisito olor de sus platos flotaba hasta la entrada. François parecía impaciente por vernos.

—¿Qué tal ha ido por Londres? —preguntó, colgando nuestros abrigos detrás de la puerta.

—Muy bien. La amiga de Sophie ha venido con nosotros. Va a ayudarnos.

—Perfecto. ¡Tengo novedades para vosotros, chicos! —

exclamó, dejándonos entrar en su casa.

Claire Borella estaba sentada en el salón, y sonrió al vernos llegar. Parecía mucho más tranquila que el día anterior, y estaba claro que se entendía muy bien con los Chevalier.

Pasamos a la mesa enseguida, después de quitarnos los abrigos. François estaba muy alterado. Sophie se sentó a mi lado. Claire, por su parte, parecía tener ya su lugar habitual, a la derecha de Estelle. Las dos se hablaban y se miraban como viejas amigas.

—Escuchad esto —empezó François, sirviéndonos vino —. He llamado al documentalista del Gran Oriente de París, que es un bibliófilo extraordinario, un poco como tu padre, Damien. Verdaderamente, un hombre estupendo. En resumen, como vosotros buscabais una relación entre vuestra investigación y el Gran Oriente, le he hablado de la piedra de Iorden. Y fíjate que justamente me ha asegurado que hay varios documentos sobre ese tema en la biblioteca de la calle Cadet.

—¡Excelente! —repliqué.

—¿Qué hay en la calle Cadet? —preguntó Sophie.

—El templo del Gran Oriente de Francia —expliqué yo, que por una vez sabía más que ella.

—¡Ah, fantástico! —se burló Sophie—. ¡Vamos a buscar nuestra información al corazón de la secta!

—¡No es ninguna secta! —replicó François, enfadado.

—Bah, no le hagas caso —dije yo, para calmarle.

—De acuerdo. Bueno, si queréis —continuó—, puedo llevaros hasta allí mañana por la mañana. Lo he arreglado con mi secretaria.

—¡Mientras no intentes iniciarnos a traición! —respondió Sophie, que no perdía una sola ocasión.

François no pudo evitar sonreír. En lugar de molestarse, decidió seguirle el juego.

—Mi pobre niña, ninguna logia te querría, no te inquietes —le dijo.

—Hablando en serio —intervine yo—, no me gustaría que todo esto te causara problemas.

—No, no, no hay ningún problema, mientras tu amiga sepa comportarse...

—¿Estás seguro? ¿No es demasiado arriesgado que entremos allí? —insistí yo.

—No. Además, la biblioteca está abierta al público la mayor parte del tiempo.

—Sí, sí, la mayor parte del tiempo... —se burló Sophie.

—¿Os sirvo? —propuso Estelle, mientras traía el primer plato.

Empezamos a comer tranquilamente, aprovechando aquel corto respiro y el ambiente familiar de la casa Chevalier. François intentaba no hacer caso de las provocaciones de Sophie, a quien le gustaba cargar las tintas contra la francmasonería, aunque al final se comportó como una buena chica.

Me di cuenta de repente de que sin duda tenía ante mí a las dos personas que más amaba en el mundo en aquel momento. Sophie y François. Y sin duda no era demasiado raro que se dedicaran los dos a pelearse como adolescentes todo el rato.

Después, de repente, Sophie se volvió hacia mí y dijo:

—Damien, cariño, tendrías que avisar a François quizá del asunto del relojero...

Me hablaba con tanta confianza que incluso me había llamado cariño.

Yo abrí mucho los ojos. Sophie se quedó inmóvil. Dirigió una mirada a los otros invitados, después se encogió de hombros y me sonrió.

Miré a François, que me miraba fijamente.

«Sí, colega, en Londres he follado con una lesbiana de la que estoy locamente enamorado, y a la que no le gustan demasiado los francmasones ni los curas. Así son las cosas. No intentes comprenderlo, yo mismo no entiendo muy bien qué pasa...»

Me quedé callado.

—¿Qué es esa historia del relojero? —dijo finalmente Chevalier.

—Ah, sí —dije, confuso—. Bueno... ¿hay sitio en tu garaje, verdad?

—¿Qué gilipollez es ésa?

—Digamos que necesitamos que nos hagas un poco de sitio en tu garaje.

—¿Cómo?

Le expliqué nuestra historia con todo detalle a François, que no pareció demasiado encantado. Le enseñé el cuaderno de mi padre y el croquis de la máquina.

—El relojero de Gordes ha aceptado venir aquí a reconstruir la máquina de Leonardo da Vinci. Tendremos que estudiar de cerca las notas de mi padre, y deberíamos poder usar la máquina para descifrar un mensaje escondido en *La Gioconda.*

—¡Al final estaremos un poco apretados aquí! —exclamó Estelle, al otro lado de la mesa.

Yo me mordí los labios. La pobre Estelle... Me di cuenta de lo que estábamos imponiendo a aquella pobre mujer, que debía de estar ya bastante afectada por su embarazo.

François le dirigió una mirada interrogativa. Ella se encogió de hombros.

—Bueno, ya haremos algo de sitio —suspiró, dedicándome una sonrisa.

Yo le guiñé el ojo. Era tan generosa como su marido.

—Puedo dejarle mi habitación —propuso Claire, tímidamente.

—No te inquietes —intervino Estelle—, ya le encontraremos sitio. Pero tendrás que ocuparte de todo tú, François, ¡yo estoy agotada! Pero os confieso que tengo muchas ganas de ver esa máquina... —se entusiasmó, contemplando los croquis en la libreta de mi padre.

François accedió y continuamos cenando. Intentamos cambiar un poco de tema, olvidar por un instante el estrés, pero sin llegar a conseguirlo. Todos sabíamos que aquello no había acabado, y que nuestras posibilidades de tener éxito en aquella carrera contra la muerte eran muy débiles; a fin de cuentas, los otros competidores ya tenían mucha ventaja y disponían de medios desproporcionados.

Mientras François traía el queso, Claire Borella nos contó un poco la vida de su padre. Sus misiones en Médicos Sin Fronteras, sus largas ausencias, sus descubrimientos... Se notaba que sentía por él un profundo respeto. Yo le envidiaba casi haber conocido ese sentimiento.

Hacia las once nos despedimos hasta el día siguiente y Badji nos acompañó a nuestro hotel.

Sophie durmió en su habitación y yo en la mía. Quizá habría tenido que invitarla a que viniera conmigo. Quizá ella esperaba que se lo pidiera.

Pero en una noche no se aprende a hablar con las mujeres...

A la mañana siguiente François y Badji vinieron a buscarnos al hotel, para ir luego al distrito IX.

—¿No hay noticias de vuestro relojero? —preguntó François.

—No, por el momento no. Espero que venga enseguida.

Habíamos aparcado en la calle Drouot y subimos por la calle Provence, pasando junto a los anticuarios, las tiendas de sellos antiguos y los gabinetes de tasadores. La calle Cadet, semipeatonal, estaba llena de gente, tanto en las aceras como en la calzada. Pequeños cafés, hoteles, carnicerías, las tiendas se sucedían con la densidad de un barrio popular.

El templo del Gran Oriente de Francia era un edificio relativamente moderno e imponente, que contrastaba con los viejos edificios que lo rodeaban. Su alta cristalera plateada debió de parecer muy futurista cuando lo construyeron, pero ahora tenía el encanto *kitsch* de un decorado de película de ciencia ficción de los años setenta. Igual que delante de las iglesias, escuelas o sinagogas, la policía había instalado, en estos tiempos turbulentos, unas barreras a lo largo de toda la fachada para impedir que estacionasen los vehículos, lo que daba al templo un aspecto de embajada.

Estaba claro que Badji ya había acompañado antes a François al Gran Oriente. Con su pistola bajo el brazo no podía entrar, así que fue a esperar a un café que había justo enfrente.

El guardaespaldas me guiñó el ojo antes de abandonarnos. Yo me estaba dando cuenta de que, desde su llegada, la paranoia me iba abandonando progresivamente. Él había prometido ser discreto y desde luego lo era, y mucho más que eso. Era a la vez caluroso y tranquilizador. Como un hermano mayor, como un escudo que recibiera parte del estrés en nuestro lugar. Y eso hacía mucho bien. Yo había sorprendido un par de llamadas que había recibido. Sus

empleados le preguntaban si pensaba estar ausente mucho tiempo más. Él explicaba cada vez que estaba realizando una «misión importante», y que se tomaría el tiempo necesario. Nos colocaba a nosotros antes que a su empresa y sus alumnos. Era un buen hombre. Un tipo íntegro. Un buen amigo de François.

Después de dar la contraseña a la entrada del templo, entramos silenciosamente en la biblioteca. Sophie estaba al acecho. Dispuesta a criticar el menor error, la menor falta de gusto.

El bibliotecario vio a François y nos acogió calurosamente. Era un hombre de unos sesenta años, con gafas de media luna, el pelo gris y rizado y unas largas cejas blancas.

—Aquí tienes —dijo, tendiéndole una hoja a François—, la palabra Iorden aparece al menos una vez en cada uno de los libros que tienes aquí en la lista. Que tengas buena suerte, hermano.

—Gracias —respondió François.

Nos instalamos en una de las mesas de la biblioteca, mientras François iba a buscar las diferentes obras que había apuntado el bibliotecario. Éramos los únicos visitantes, y me pregunté incluso si François no habría hecho abrir la sala sólo para nosotros. Reinaba un ambiente extraño. Casi místico. La naturaleza del lugar impregnaba el aire a nuestro alrededor.

—Aquí están —murmuró François, volviendo con las manos llenas—. Toma, Damien, busca ahí, y tú, Sophie, coge estos libros…

Distribuyó equitativamente los libros y nos sumergimos cada uno en nuestro trabajo como escolares modelo.

La piedra de Iorden no figuraba siquiera en los índices de las dos obras que François me había pasado, cosa que probaba que las referencias del bibliotecario eran

particularmente precisas, así que decidí ir hojeando lentamente los dos volúmenes a la búsqueda de nuestra palabra clave. El primero era un libro de historia del Gran Oriente de Francia. Trazaba el contexto en el que nació la obediencia francesa más antigua, a mediados del siglo XVIII. La primera parte era en realidad una reproducción de mala calidad de una obra bastante antigua, de modo que el tipo de letra resultaba un poco borroso y difícil de leer. La segunda parte, que cubría el período 1918-1965, era de factura más moderna, impresa directamente, y por tanto más agradable de leer. Por mucho que buscaba no encontraba alusión alguna a la piedra de Iorden. El libro era bastante denso, y no estaba seguro de poderlo recorrer entero de forma eficaz. Decidí dejarlo a un lado por el momento y examinar la segunda obra, mucho más delgada. Se trataba de una revista, colección de artículos diversos o incluso de estampas o grabados realizados por algunos masones. Examiné los títulos de los artículos para ver si alguno de ellos podía evocar a la piedra de Iorden o al resto de nuestra investigación, pero no encontré nada evidente. Sin embargo, me entretuve en un artículo titulado «Bienes desaparecidos del GODF», que me parecía pertinente. Lo leí una primera vez, después una segunda, y en ninguna parte vi la palabra que buscaba. Me disponía a consultar otro artículo cuando mis ojos se vieron atraídos de pronto por una nota en la parte baja de la página: «2. Ver, a este respecto, la anécdota de la piedra de Iorden, en la revista *Nouvelles Planches,* enero de 1963».

—¡He encontrado algo! —anuncié, intentando no hablar demasiado fuerte.

—¡Ssshhh! —replicó Sophie—. Yo también.

—Y yo también tengo algo —añadió François.

—Esperad —repitió Sophie—. ¡Dejadme acabar!

Me sumergí de nuevo en mi artículo y fui siguiendo los párrafos hasta encontrar la frase a la que correspondía la nota: «... durante la Segunda Guerra Mundial, una gran parte del

patrimonio masónico fue vendido en subasta pública».

No encontré nada más preciso, y examiné de nuevo la primera obra. Después de varios minutos de búsqueda infructuosa, levanté la cabeza y esperé a que Sophie hubiese acabado de leer un artículo que devoraba con los ojos. Cuando al fin terminó, nos dirigió una mirada llena de satisfacción.

—¿Qué has encontrado? —me preguntó, en voz baja.

—La referencia a un artículo que cuenta una anécdota a propósito de la piedra de Iorden —expliqué—. Toma, mira.

Le enseñé la nota.

—¡Evidentemente! —exclamó ella—. ¡Es el artículo que acabo de leer!

Levantó la revista que tenía en las manos y me enseñó el título.

—Ah... No lo sabía. Bueno, ¿qué?

—Pues la piedra de Iorden perteneció durante mucho tiempo a una logia que se llamaba la logia de las Tres Luces, que formaba parte del Gran Oriente de Francia y que hoy en día ya no existe. En 1940 fue vendida en subasta pública por el Gobierno...

—¡Increíble! —murmuré.

—No tanto —intervino François—. Es lo que pasó en muchas de las logias de la época. A partir de 1940, Francia se volvió furiosamente antimasónica, al mismo tiempo que antisemita.

—Todavía hay personas hoy en día a las que no les vuelven locos los masones precisamente... —intervino Sophie, con una amplia sonrisa.

—¡Ya me había dado cuenta! —replicó François—. ¡Tendrías que estar orgullosa, tienes un punto en común al menos con los nazis!

—Venga ya, vosotros dos, basta... ¡Qué pesados que sois! Bueno, François, estabas diciendo...

—Sí... Aquí está. Los masones fueron perseguidos durante la guerra, eso todo el mundo lo sabe, ¿no?

—¿Y cómo se pudieron vender sus bienes en subasta pública?

—Marquer, que era ministro de Interior, prohibió legalmente las sociedades secretas en 1940, y el Gran Oriente, como todas las obediencias, fue disuelto también de paso. Aunque ciertas logias se apresuraron a destruir sus propios archivos para evitar que cayesen en manos de los alemanes, la Gestapo tuvo tiempo, sin embargo, de proceder a muchos arrestos. En toda Francia, ocupada o no, los templos fueron requisados de oficio. O bien fueron entregados al Estado, o bien vendidos a particulares, o incluso prestados a asociaciones cercanas a Vichy. En cuanto a los bienes mobiliarios, cuadros y demás, fueron vendidos en subasta, en efecto.

—¡Qué poco amable!

—Sí, no es precisamente un período glorioso de nuestra historia. La campaña antimasónica reposaba, como siempre, en la acusación de complot, y se les reprochaba haber servido a los intereses de los judíos... El Gobierno francés fue muy lejos, sin embargo. Hubo una exposición antimasónica en el Grand Palais que circuló después por toda Francia y Alemania, y, el súmmum: en 1941, el Gobierno hizo publicar en el *Diario Oficial* una lista de quince mil personas acusadas de pertenecer a la francmasonería para denunciarlas ante la opinión pública.

—Cada vez más encantador.

—Ah, sí, hay determinados periodistas a los que les gustaría repetir la hazaña... Cada año, *L'Express* publica un informe que llama «candente» sobre nosotros. Eso vende...

Lanzó una mirada falsamente de enfado a Sophie.

—¡Bueno, de acuerdo! —cedió ella—. Me estaba cachondeando un poco, pero no soy de los que persiguen a nadie. Cada uno que haga lo que quiera…

—¿Sabes, por ejemplo, que los locales donde estamos servían de cuartel general para la campaña antimasónica del Gobierno? —siguió François.

—¡Vaya! Da escalofríos… Bueno, pues según el texto de Sophie, la piedra fue revendida durante la guerra. ¿Y tú qué has encontrado?

—He encontrado una alusión a la piedra en un capítulo dedicado a Napoleón —respondió François, enseñándonos el libro que tenía delante.

—¿Ah, sí? ¡Cuenta, cuenta!

—En primer lugar, tengo que explicaros un poco el contexto.

—Sí, no lo dudes. Sophie es testigo de lo mal que estoy de historia…

—De acuerdo. Contrariamente a lo que piensan muchas personas, la Revolución estuvo a punto de destruir la francmasonería en Francia. Aunque los valores masónicos de igualdad, justicia y fraternidad inspiraron en parte la Revolución, a partir de 1792 el Gran Oriente se volvió cada vez más crítico hacia los excesos de la república naciente. De tal modo que se acusó a la masonería de complots antirrepublicanos durante algunos años, ¡el colmo! Como consecuencia, entre 1792 y 1795 no era demasiado saludable ser masón en Francia, y muchas logias desaparecieron. Sólo en 1795, bajo el impulso de las logias parisinas y en un clima un poco más favorable, la francmasonería se rehízo un poco. Cuando Napoleón tomó el poder, los masones ya no estaban fuera de la ley sino más bien al contrario. Hay que decir que la familia de Bonaparte rebosaba de masones. Su hermano, sus

cuñados, todos lo eran... Y aunque no se encontró nunca el acta de su iniciación, quizá él mismo lo fuese también. En todo caso, su hermano José era Gran Maestre del Gran Oriente de Francia. Sin hablar de Cambacérès, el archicanciller del emperador, que también era masón, o de once de los dieciocho mariscales nombrados por el emperador, que también habían sido iniciados, como Masséna, Brune, Soult... En suma, Napoleón vio en la masonería un aliado importante, e intentó metérsela en el bolsillo. Ahora os leo esta carta que Portalis, ministro del Interior y de Cultos, envió a Napoleón: «Ha sido infinitamente sabio dirigir las logias, puesto que no se las podía proscribir. El verdadero medio de impedir que degeneren en asambleas ilícitas y funestas ha sido concederles una protección tácita, haciéndolas presidir por los primeros dignatarios del Estado». No puede estar más claro. Y esto os va a interesar: el capítulo de este libro relata cómo Napoleón donó diversos objetos preciosos a un tal Alès d'Anduze, dignatario masón, que no era otro que el vicario general del arzobispado de Arras. El texto explica de manera bastante curiosa que Napoleón tenía un interés particular en ofrecer esos objetos a ese hombre de Iglesia. No entiendo muy bien por qué... Pero, ¿no adivináis qué había entre esos regalos?

Los dos respondimos a coro:

—¡La piedra de Iorden!

—Bingo. Y a su muerte, Ales d'Anduze la legó a su logia, que se llamaba...

—¡Tres Luces! —completó Sophie.

—¡Exactamente! Así se cierra el círculo.

—Sí —añadí yo—, salvo que no sabemos cómo podía estar Napoleón en posesión de la reliquia, ni por qué la donó al vicario.

—Yo tengo mi hipótesis al respecto —intervino Sophie.

Guiñé el ojo a François.

—Te escuchamos —aseguró él.

Sophie echó un vistazo al bibliotecario. Parecía concentrado en su ordenador. Estábamos tranquilos.

—Bien. El último rastro que tenemos de la piedra de Iorden, según recordarás, era de alrededor de 1312, cuando el papa Clemente V consiguió que la orden de los Hospitalarios de San Juan recuperase los bienes de los templarios. Y, ¿adónde fueron a parar los hospitalarios, a continuación?

—A Malta...

—Exactamente. Y en 1798... —empezó Sophie.

—... la flota de Napoleón tomó la isla de Malta —terminó François, asintiendo con la cabeza—. ¡Claro, desde luego!

—Eh, tranquila, no olvides que yo soy un inculto...

—Está bien, te hago un resumen —propuso Sophie—. Estamos a finales del siglo XVIII. La orden de Malta (el nuevo nombre que tomaron los hospitalarios) ya no tiene el aura que tenía en la Edad Media. Su razón de ser es casi nula, teniendo en cuenta la caída del Imperio otomano. Y sobre todo Francia, que era la protectora tradicional de la orden, la abandonó más o menos durante la Revolución, llegando incluso a privar a los caballeros de su nacionalidad francesa. Y por último, los habitantes de la isla de Malta soportaban cada vez peor la dominación de esos caballeros arrogantes que les agobiaban con impuestos exagerados. Así que Napoleón, que todavía no era más que general, y a quien el Directorio envió en expedición a Egipto, no tuvo problema alguno en obtener la autorización del Gobierno francés para apoderarse de la isla, de paso.

—¿Atacó directamente a los hospitalarios? —me asombré yo.

—Sí. Napoleón tenía dos motivos excelentes para querer tomar Malta. En primer lugar, porque tiene una posición

estratégica sin igual en el Mediterráneo, pero también por una razón menos oficial. Se decía que la ciudadela de La Valette, capital de los hospitalarios, encerraba grandes tesoros, entre ellos desde luego los heredados de la Orden del Temple. Y Bonaparte tenía una gran necesidad de dinero para comprar complicidades y preparar el golpe de estado del 18 brumario. El caso es que en junio de 1798 tomó la isla y se hizo con una parte del botín.

—Y probablemente también con la piedra de Iorden.

—Probablemente —confirmó Sophie—. Algunos años después quizá se enteró de la verdadera naturaleza de la reliquia, y sin duda se dijo que estaría mejor en manos de un hombre de la Iglesia... Y quizá por eso la donó a ese famoso Alès d'Anduze.

—Quizá —dije yo—. Son muchos «quizá»...

—En todo caso —intervino François—, sabemos que pertenecía a su logia todavía a principios de la última guerra, ciento cincuenta años después...

—La cuestión —prosiguió Sophie— es saber quién la compró en 1940, cuando el Estado la vendió en subasta.

—Eso deberíamos ser capaces de averiguarlo —replicó François, levantándose—. Esperad, voy a preguntar.

Se dirigió hacia el bibliotecario y los dos hermanos se enzarzaron en una larga conversación en voz baja. Sophie aprovechó para examinar los demás volúmenes, y por la velocidad a la que pasaba las páginas se veía que tenía costumbres de investigadora. Yo la contemplaba mientras, encantado por la gravedad de su mirada. Estaba muy guapa cuando se ponía seria. Estaba hecha para ello.

François volvió hacia nosotros, se inclinó sobre la mesa y nos explicó:

—Voy a salir un momento. De hecho, tenemos suerte. Todos los archivos fueron clasificados por los alemanes, que se

los llevaron a Berlín, y después se los quitaron los rusos. ¡Imaginaos el trayecto! No hemos recuperado una gran parte de los archivos del Gran Oriente hasta hace poco, cuando los rusos se han decidido a devolvérnoslos. Voy a echar una ojeada a los libros de contabilidad. Allí no podéis acceder vosotros. Pero podéis esperarme aquí o reuniros con Stéphane fuera, en el café, como queráis…

Interrogué a Sophie con la mirada. Ella hizo señas de que no había visto nada interesante en los libros y podíamos salir.

—Te esperamos fuera —confirmé.

Lamentaba no tener más tiempo para visitar el templo del que François me había hablado tanto, pero no era aquél el momento, sin duda, y Sophie no era la persona ideal con la cual visitar un templo masónico.

Salimos, pues, cogidos del brazo.

—Nos acercamos al final —me dijo ella, mientras avanzábamos hacia el paso de peatones.

—Sí. Me pregunto qué es lo que vamos a encontrar…

—Es gracioso, estoy tan concentrada en la investigación que ni siquiera me he tomado tiempo para pensar en eso. ¿Qué es lo que vamos a encontrar? ¿Qué fue lo que Jesucristo pudo legar como mensaje a la humanidad?

—De todos modos —repliqué—, no sabemos si en realidad hay un mensaje o no… Todo esto puede que no sea más que un gran camelo.

—¡Espero que no! —exclamó Sophie—. Me daría muchísima rabia, después de todo lo que hemos hecho…

Yo le apreté la mano y cruzamos. Stéphane nos vio llegar a través de la cristalera del pequeño bar en el cual nos esperaba. Cogió una segunda mesa para colocarla junto a la suya y puso más sillas alrededor.

—¿El señor diputado todavía está dentro? —preguntó,

levantándose.

—Sí, sí, siéntese, vamos a esperarle. ¿Qué bebes? —pregunté a Sophie.

—Un café.

Pedí dos expresos. Después sonreí ampliamente.

—¿Qué pasa? —se extrañó Sophie al verme.

—Nada, es que adoro este ambiente. No te puedes imaginar hasta qué punto lo echaba de menos en Nueva York. Hay algo verdaderamente único en la atmósfera de los cafés de París.

—Damien, eres un romántico. Hay que estar mucho tiempo en Nueva York para darse cuenta de ese tipo de cosas —bromeó la periodista.

—Sin duda. Es un poco triste. Estamos obligados a no ver las cosas durante mucho tiempo para darnos cuenta de hasta qué punto son bellas.

—También pasa lo mismo con las personas —precisó Sophie, mientras el camarero nos traía las dos tacitas blancas.

—Sí, pero vaya, por otra parte, yo no había visto a mi padre desde hacía diez años y cuando volví, me seguía pareciendo un auténtico gilipollas...

Badji casi se ahoga. Sophie frunció las cejas.

—No es muy delicado por tu parte —me reprochó—. Y no estoy segura de que pienses realmente lo que dices.

—¿Por qué?

—¿Tienes la misma opinión de tu padre ahora que hace once años?

Yo me encogí de hombros.

—Ya no pienso en él.

—¿Ah, no? Vamos... ¿No te planteas ninguna pregunta?

¿Los años que han pasado no han cambiado en nada la imagen que tenías de tus padres?

—No lo sé...

En realidad lo sabía muy bien. Me horrorizaba pensarlo, pero en el fondo creo que estaba perdonando a mi padre. Casi prefería no quererle ya.

Aquel hombre me había hecho sufrir. Y sin embargo... Me quedé un momento en silencio. Sophie debió de ver que estaba emocionado, y me cogió la mano por debajo de la mesa.

François hizo su aparición justo antes de que nuestro silencio fuese demasiado largo para resultar soportable.

—Bueno —anunció, de pie ante nuestra mesa—. Ya tengo el nombre del tipo que compró la piedra en 1940.

—¡Genial!

—¿Le conocemos?

—Creo que no —replicó François.

Sacó un trozo de papel de su bolsillo.

—Stuart Dean —leyó—. Un americano, por muy increíble que nos pueda parecer.

Vi que los ojos de Sophie se abrían enormemente.

—¡No! —exclamó, incrédula.

—¿Qué?

—¡Damien! ¿Te acuerdas del nombre del hombre que hizo piratear mi ordenador desde Washington?

—¿El secretario general americano del Bilderberg?

—Sí. Se llamaba Victor L. Dean. ¡La coincidencia es enorme!

De pronto me acordé de todo. Sentí que el corazón me latía con rapidez. Estábamos llegando al final. El círculo se

cerraba.

—Esperad —intervino François—. Hay muchas personas que se llaman Dean en Estados Unidos… ¿Por qué no James Dean, ya que os ponéis?

—Pues sí. Pero aun así, es una coincidencia muy rara… Pero tienes razón —reconoció Sophie—. Hay que verificar si existe alguna relación entre los dos.

—¿No tengo tiempo de tomar un café? —reclamó François, aún de pie.

—¡Ya tomarás uno más tarde! —exclamó Sophie, levantándose.

Mi amigo diputado se quedó con la boca abierta. Yo resoplé. Stéphane sonrió y nos precedió hasta el Safrane. Sin duda jamás había visto a nadie volver loco a su amigo como estaba haciendo Sophie, y aquello debía de divertirle tanto como a mí.

—Esto es lo que os propongo —explicó Sophie, sentándose en la parte de atrás del coche—. Vosotros id a comprobar esto en un cibercafé, y yo me voy pitando a casa de Jacqueline a enseñarle la libreta de notas y los bocetos que nos ha dado el cura.

—¡Tú eres la jefa! —capitulé.

Media hora más tarde habíamos dejado a Sophie en la puerta de la casa de Jacqueline, y ya estábamos en el cibercafé de la avenida de Friedland. Estaba claro que François jamás había puesto los pies en un lugar parecido, y se encontraba un poco incómodo.

Nos instalamos ante un ordenador. Yo introduje la palabra clave que me había dado la persona de recepción, y apareció el logo de Windows. Entré en el explorador de Internet, abrí la página de un buscador y tecleé los nombres. Estábamos apretados el uno contra el otro, con los ojos clavados en la pantalla, mientras Badji iba haciendo guardia

detrás de nosotros.

Los resultados de la búsqueda aparecieron en pantalla. Pasé algunas páginas, leyendo rápidamente los títulos. Después, de pronto, me detuve y entré en uno de los sitios. Una biografía de Victor L. Dean, nuestro famoso embajador.

El texto apareció progresivamente ante nuestros ojos con una bonita foto de un cincuentón de sonrisa falsa. François leyó la biografía en voz baja. En ninguna parte hacía referencia al Bilderberg, evidentemente. Pero al final del primer párrafo encontramos lo que buscábamos: «(...) hijo de Stuart Dean, diplomático instalado en París entre 1932 y 1940».

—¡Aquí está! —exclamé, golpeando la mesa con el puño, un poco demasiado fuerte para el gusto de los demás internautas.

—¡Caray! —exclamó François, perplejo.

Yo cogí el móvil y marqué lo más rápido que pude el número de Sophie.

—¿Diga? —respondió ella.

—Lo hemos encontrado. Stuart es el padre de Victor, ¿qué te parece?

—¡Estaba segura!

—El Bilderberg tiene la piedra —dije, como si me costara persuadirme de ello.

—Eso quiere decir que los dos elementos del rompecabezas están ya en manos del enemigo —suspiró Sophie.

—El texto cifrado de Jesús y la piedra de Iorden, que permite descifrarlo.

—Dos hipótesis —propuso Sophie—. O bien es la misma organización quien posee las dos piezas del rompecabezas, en cuyo caso no tenemos nada que hacer...

—O bien cada una de las dos organizaciones posee uno de los elementos, el Bilderberg la piedra y Acta Fidei el texto.

—En cuyo caso, ninguno de los dos puede descifrar lo que sea —concluyó Sophie.

—Y nosotros como idiotas, en medio —suspiré yo.

—Bueno, déjame reflexionar. La piedra probablemente está en posesión del Bilderberg desde hace mucho tiempo, si creemos que Victor Dean la entregó desde el principio a su organización.

—Sí.

—En cuanto al texto, nuestra hipótesis es que fue robado a los assayya de Judea hace unas tres semanas.

—Sí —repetí yo.

—Pero los tipos del Bilderberg piratearon mi ordenador hace menos de una semana. Si ellos tienen en su poder el texto, ¿por qué han pirateado mi ordenador? ¡Habrán descifrado el mensaje de Cristo desde hace mucho tiempo!

—Está bien —afirmé yo—. Hay muchas posibilidades de que el texto esté más bien en manos de Acta Fidei.

—Es lo que yo pienso —confirmó Sophie—. Cada uno de ellos tiene uno de los dos elementos.

—Nosotros no tenemos ni el uno ni el otro.

—Sí, pero puede no ser tan grave. Empiezo a comprender para qué podría servir *La Gioconda*... Ven rápido a unirte a nosotros, intentaremos descifrar las notas de tu padre.

—Vale, ya voy.

—¡Espera! —siguió Sophie—. Antes intenta contactar con Sphinx y pídele que investigue si Acta Fidei puede haber conseguido el texto de Jesús. Que se informe sobre esa historia del monasterio destruido en el desierto de Judea.

—Entendido.

Ella colgó.

Yo me introduje en el programa IRC sin esperar más. Me conecté al servidor de América del Sur. El nombre de Sphinx apareció en nuestro canal secreto. El *hacker* estaba allí.

«Hola. Soy...»

Tenía que encontrar un seudónimo. Muy rápido.

«Soy Alice. El amigo de Haigormeyer.»

Le guiñé el ojo a François. Él no entendía gran cosa, pero al menos había cogido la referencia a nuestro libro de culto. *Alicia en el país de las maravillas.*

«¿Amigo, no amiga? ¿Alice? Es un nombre de chica...»

«¿Ah, sí? ¿Y Alice Cooper es una chica, entonces?»

«Lol.»

—¿Qué quiere decir Lol? —se asombró François.

—*Laugh out loud.* Eso quiere decir que se está desternillando.

«¿Eres el amigo que curra con ella?»

«Sí.»

«Ella me ha hablado de ti. ¡Soy fan de *Sex Bot!*»

«De acuerdo. A la porra mi anonimato.»

«No te inquietes, aquí estamos 100% tranquilos.»

«Entonces te enviaré un autógrafo.»

Decidí que sin duda era preferible abstenerme de avisar a Sphinx de que yo tenía la intención de desembarazarme de *Sex Bot.* No era ni el lugar ni el momento, y teníamos cosas mucho más importantes que tratar.

«Bueno, ¿qué hay de nuevo?»

«Hemos avanzado bastante. ¿Te acuerdas de Victor L. Dean?»

«¿El pirata del Bilderberg?»

«Sí. Pues bien; es él quien está en posesión de la piedra de Iorden.»

«¡Qué fuerte!»

«Eso mismo. Ahora, necesitamos que nos haga una pequeña investigación más sobre Acta Fidei.»

«Siempre es un placer. Ahora ya empiezo a conocer mucho mejor su servidor...»

«Hace tres semanas, un monasterio aislado en el desierto de Judea fue completamente destruido, y todos sus ocupantes asesinados. Pensamos que allí se encontraba un documento muy importante, y que fue robado durante el ataque. Querríamos saber si tiene relación con Acta Fidei, y si ése es el caso, si ellos han recuperado, efectivamente, ese documento... Ah, un detalle: los religiosos se llamaban los assayya.»

«Está bien. Es un poco vago, como información, pero voy a ver lo que puedo hacer.»

«¡Gracias! ¡Eres extraordinario!»

«Ya lo sé.»

«De hecho, no nos has explicado en ningún momento por qué haces esto...»

«Sí, ya os lo he dicho... Es la filosofía de los *hackers.»*

«Sí. De acuerdo, pero, en principio, ¿por qué?»

«¿Qué pasa, ha llegado el momento de las confidencias?»

«Sí, por qué no... Tú sabes mucho más de mí.»

«Pues lo hago porque... bueno, es una historia de familia.»

«¡Claro! ¡Todos tenemos historias de familia!»

«Sí. La mía parece de Zola. Mi abuelo judío fue fusilado durante la guerra, yo no conocí a mi madre, y mi padre es un

antiguo militante trotskista que se pudre en la cárcel. ¿Quién da más?»

«Vale, está bien, me rindo... Pero no estará en la cárcel por ser trotskista, ¿verdad?»

«¡No, claro! Pero seguro que eso no le ha ayudado... En todo caso, tengo que tomarme la revancha. Me desahogo en Internet.»

«De acuerdo, lo he pillado.»

«Bueno, ya nos pondremos en contacto de nuevo cuando tenga alguna novedad...»

«¡Esto marcha!»

Su nombre desapareció del canal.

—¿Quién es ese tío? —preguntó François, cada vez más desorientado.

—Pues no lo sé, la verdad. No le hemos visto nunca. Un chaval, sin duda. Le hemos conocido en Internet. Nos ha ayudado mucho. Ya te lo contaré.

—¡Llegados a este punto, sería más rápido que escribieras un libro!

—No te preocupes, creo que Sophie hará un documental muy detallado.

Yo apagué el ordenador y nos levantamos y salimos del cibercafé. Cuando llegamos fuera, mi móvil empezó a sonar. Yo respondí. Era el cura de Gordes, que me daba la hora de llegada del relojero. Estaría en la estación de Lyon a primera hora de la tarde. Le di las gracias y colgué. Se había dado prisa.

Lentamente, levanté los ojos hacia François.

—¿Qué pasa? —refunfuñó—. ¿Quieres que vaya también a buscar a tu relojero?

Asentí con la cabeza, avergonzado.

—¿Qué no haría por ti? Bueno, voy a buscarle y le llevo a Sceaux.

—Ve con Badji —sugerí—, yo voy a buscarme la vida.

—Ni hablar, Stéphane se queda contigo. Tú le necesitas mucho más que yo.

Sabía que era inútil resistirse.

—¿Me tendrás al corriente? —insistió.

—Sí.

—No te inquietes, haré todo lo posible para facilitar la tarea del relojero.

Subió al Safrane y yo me dirigí con Badji hacia una parada de taxis. Las cosas se aceleraban.

Llegamos a casa de Jacqueline Delahaye hacia el mediodía. Las dos mujeres se habían sentado en el suelo en medio del desorden fenomenal que reinaba en aquel apartamento del distrito VIL A decir verdad, éste era incluso mucho peor que el de Londres, ya que Jacqueline no vivía allí desde hacía un tiempo, y el polvo se había aposentado a sus anchas.

Ambas habían apartado la mesa del salón, colocado los dos cuadros en el mismo suelo y, sentadas con las piernas cruzadas en medio de la habitación, rodeadas de libros y de documentos, trabajaban sobre las notas de mi padre.

Jacqueline había venido a abrirnos la puerta, y para mi gran sorpresa me besó calurosamente y después me empujó hacia el salón, muy emocionada, dejando a Badji plantado en la entrada. El guardaespaldas se instaló discretamente en el sofá y cogió una revista.

—¡Ya verás lo que hemos encontrado, chaval! —

exclamó, invitándome a sentarme junto a Sophie.

De repente se tomaba confianzas conmigo, me tuteaba y me llamaba «chaval». Yo no salía de mi asombro. Preferí no imaginar lo que las dos amigas habían debido de contarse antes de que llegásemos, y me dejé guiar hacia la leonera. Sobre todo, estaba impaciente por oír las explicaciones de su descubrimiento.

—¡Es una pasada! —confirmó Sophie, que ni siquiera me había dirigido una mirada, con la cabeza sumergida en un libro enorme.

—Bueno, contádmelo, por favor —supliqué.

—Vale. Te advierto que esto está hecho un caos, aún no lo hemos reorganizado...

—¡Ya verás, es una locura! —insistió Sophie.

Estaban insoportables, y sospechaba incluso que lo hacían a propósito...

—¡Venga, contádmelo!

—Bien. En 1309, antes de irse a Malta, los hospitalarios se instalaron en Rodas, ya que habían tomado aquella isla a los bizantinos. ¿Me sigues hasta ahora?

—Pues sí.

—La orden se quedó como dueña y señora de la isla, un lugar estratégico donde los haya, tanto desde el punto de vista militar como geográfico. Aprovechando esta situación excepcional, unos banqueros venidos de Florencia, de Montpellier y de Narbona se instalaron en Rodas para poner sus manos en el mercado de las especias y las telas.

—Muy bien. ¿Y qué más?

—Todo iba bien hasta finales del siglo XV, época en la que Oriente empezó a despertarse de nuevo. En 1444, el sultán de Egipto había asediado ya la villa, y después, en 1480, fue Mohamed II de Constantinopla. Y aquella vez la

orden se dijo que quizá sería más sensato trasladar una parte de sus bienes. Una delegación de caballeros se hizo a la mar y, detrás de los banqueros florentinos, que volvían a casa, aquí tenemos a nuestros caballeros que se unen al Hospital de Florencia. Los bienes más preciados de la orden se quedan allí hasta que estos caballeros heredan su nueva sede, Malta. Pero, ¿quién se encontraba en Florencia en 1480?

—¡Leonardo da Vinci! —exclamó Jacqueline.

—Según tu padre —continuó Sophie—, el pintor visitó varias veces el hospital, y encontró la increíble reliquia. La piedra de Iorden.

—En aquella época —intervino Jacqueline, impaciente —, Leonardo se apasionaba ya desde hacía mucho tiempo por la ciencia, la geometría, la técnica e incluso la criptografía... Por ejemplo, escribía siempre de derecha a izquierda, como si se reflejara en un espejo...

—¡Ya lo sé! —la corté—. Mi padre hizo algo parecido en sus notas...

—Exactamente. En el *Codex Trivulziano,* Da Vinci habla de un objeto que vio en Florencia y que llevaba un código secreto, que él estaba tan orgulloso de haber puesto al día que quería copiarlo de nuevo. No es mucho más preciso, pero ahí es donde entra en juego el manuscrito de Durero.

—El pintor alemán —siguió Sophie— explica que Da Vinci se lo contó todo. Leonardo, para probar a la posteridad que había encontrado el código de la piedra, decidió reproducirlo y hacerlo más complejo aún.

—¿En *La Gioconda?*

—Sí. Le costó veinticinco años poner a punto su procedimiento... Veinticinco años, ¿te imaginas?

—¡Tremendo! En resumen, ¿eso significa que *La Gioconda* es un sustituto de la piedra de Iorden?

—Exactamente. Da Vinci copió en *La Gioconda* el código que está escondido en la reliquia. Por eso tu padre dirigía sus investigaciones hacia Da Vinci, porque sabía sin duda que no podría recuperar la piedra, dado que estaba en manos del Bilderberg.

—entonces —resumí yo—, si conseguimos sacar el código de *La Gioconda* podremos olvidarnos de la piedra… No nos faltará más que el texto cifrado…

—*Absolutely, my dear!*

—Sí, eso no impide que nos cueste muchísimo echar mano a ese maldito texto —farfullé—. No estoy seguro de que esa gente de Acta Fidei esté dispuesta a prestárnoslo…

—Ya veremos.

—Admitámoslo. Pero entonces, ¿cómo se esconde el código en *La Gioconda?* —les pregunté.

—Pues no lo sabemos a ciencia cierta —confesó Jacqueline—. Pero tenemos una pista. ¿Sabes lo que es la esteganografía?

—Eeeh… ¿la estenografía con una sílaba más?

—¡Muy gracioso! —replicó Jacqueline—. Pues no, es un procedimiento de cifrado que consiste en disimular un mensaje dentro de otro, por ejemplo en una imagen. En lugar de tener un código que salta a la vista, el código está escondido en el interior de una información aparentemente anodina. Hoy en día, con la informática, es un procedimiento que se usa frecuentemente: nada más fácil que esconder un código en una imagen, porque esta misma, digitalizada, es en sí misma ya un código.

—Recuerda la foto que Sphinx nos hizo publicar en *Libé.* ¡Probablemente era una esteganografía!

—Para esconder un mensaje en una imagen informática, basta por ejemplo con modificar unos cuantos pixels en una

localización convenida. Reemplazamos esos pixels por otros cuyos números codifican las letras del mensaje. La modificación es invisible a simple vista.

—¡Genial! —afirmé.

—Bueno —prosiguió Sophie—, suponemos que Da Vinci usó el mismo método, más o menos. Sería como el antepasado de la esteganografía informática...

—Después de él —informó Jacqueline—, otros pintores se divirtieron escondiendo cosas en sus cuadros. Hay un ejemplo célebre en *Los embajadores* de Hans Holbein. Es un cuadro de 1533, o sea, catorce años después de la muerte de Da Vinci. Hay un cráneo humano escondido en la parte baja del cuadro. Para verlo hay que mirar el cuadro de lado, ya que el dibujo está deformado. Es el principio de la anamorfosis...

—¿Como el cinemascope? ¡Increíble! ¿Y entonces, en *La Gioconda...?*

—Pues sí, el código estaría escondido en el interior, Probablemente invisible a simple vista.

—Según tu padre —explicó Sophie—, habría treinta y cuatro signos escondidos en *La Gioconda.* ¿Te acuerdas? Había trazado unos circulitos en el cuadro...

Me enseñó la copia estropeada de *La Gioconda.* Conté, en efecto, treinta y cuatro marcas de lápiz.

—¿Has visto algo, acaso?

—No —respondió Jacqueline—. No sabemos muy bien qué buscar. Quizá letras minúsculas, pero eso me extrañaría, porque *La Gioconda* ha sido inspeccionada con lupa millones de veces a lo largo de los siglos, y si hubiese habido letras, las habrían visto.

—Al parecer —precisó Sophie—, no se pueden ver esos signos más que con la famosa máquina...

—¡Ah, mierda! —exclamé—. ¡Esto es una locura!

—Ya te lo habíamos advertido…

—Y eso no es todo —siguió Jacqueline, cada vez más emocionada—. Tu padre no encontró esto por casualidad. Al parecer, el modo de empleo estaba escondido en *Melencolia,* de Durero. Mira ahí, por ejemplo. El cuadro mágico.

—¿Sí?

—La suma de todas las líneas horizontales, verticales o diagonales da siempre treinta y cuatro.

—El número de signos escondidos en *La Gioconda* —añadió Sophie.

—¡Es extraordinario!

—Por el momento no hacemos más que sospechar las relaciones existentes entre *Melencolia* y *La Gioconda.* Está el decorado en último plano, el personaje femenino, pero que, en las dos obras, tiene un lado masculino turbador, el poliedro de *Melencolia* que es una referencia directa a Da Vinci, y por último, las proporciones. *La Gioconda* fue pintada en una plancha de setenta y siete centímetros por cincuenta y tres, o sea, exactamente tres veces las dimensiones de *Melencolia.* Creo que de hecho, gracias a *Melencolia,* sabremos cómo usar la máquina preparada por Da Vinci y descifrar *La Gioconda.* Sophie me dice que la máquina tiene tres ejes distintos y, por tanto, varias posiciones posibles, y sobre todo espejos y lupas, ¿es así?

—Sí.

—Casi apostaría a que hay treinta y cuatro posiciones posibles, las cuales deben permitir ver en *La Gioconda* los treinta y cuatro signos ocultos. El problema es que me pregunto cómo podemos estar seguros de que los signos han pervivido. *La Gioconda* no se encuentra precisamente en un óptimo estado de conservación: Leonardo, como buen químico aficionado, fabricaba él mismo sus colores. Eso le dejaba, desde luego, una mayor libertad, y como os decía, pudo hacer

capas muy interesantes, pero como resultado los colores se han oscurecido mucho bajo los efectos del tiempo. Además, es una pintura sobre madera, y por tanto está mucho peor conservada que un simple lienzo...

—Sin contar con que no creo que podamos entrar en el Louvre con nuestro aparato para ir a auscultar *La Gioconda* —añadió Sophie.

—Tendremos que hacer una prueba con la copia —sugerí—. Ya veremos entonces.

—Es lo que hemos pensado.

Miré los dos cuadros tirados en el suelo. Inspiré profundamente y luego levanté los ojos hacia Sophie y Jacqueline.

—¡Sois estupendas, chicas! Os invito a comer, con el amigo Badji también, desde luego...

Bajo la atónita mirada de Stéphane, nos abrazamos los tres. Compartíamos la sensación de haber resuelto un enigma que tenía siglos de antigüedad, y aquello resultaba verdaderamente embriagador.

—¿Y qué hacemos con todo esto? —preguntó Sophie, señalando los papeles y los cuadros que había por el suelo.

—Coge *La Gioconda* —propuso Jacqueline—. Sin duda la necesitarás para descifrarla cuando el relojero haya acabado su máquina. Pero déjame el resto, voy a echar una ojeada a todo esta noche, a ver si descubro algo más.

Media hora más tarde comíamos los cuatro juntos en un pequeño restaurante situado debajo de la casa de Jacqueline. Estábamos muy relajados, olvidados casi de la presión que no había dejado de aumentar desde hacía días.

Hacia el final de la comida, recibí una llamada de François.

—¿Te molesto?

—Estamos en el restaurante —confesé.

—¡Vaya, hay algunos que no se lo pasan del todo mal!

—¿Todo va bien? —le pregunté, algo mosqueado.

—Sí, muy bien. Tu relojero ha llegado ya, ha montado un pequeño taller en el garaje y se ha puesto a trabajar. Quería que descansara un poco, pero estaba muy entusiasmado con la idea de hacer la máquina. No sé qué le has dicho, pero el hombre está muy motivado...

Sonreí.

—¿Es simpático?

—¡Encantador! Parece un personaje de dibujos animados, una especie de Gepetto, con sus gafitas y sus utensilios anticuados. Le he instalado en una habitación del primer piso, y le diré que está en su casa...

—Gracias, François. No sé lo que haría sin ti.

—Las mismas tonterías, probablemente...

Me deseó buena suerte, me anunció que había conseguido tener el día siguiente también libre, y me hizo prometer que le llamaría después para darle noticias.

Pasamos la tarde en casa de Jacqueline, continuando nuestras investigaciones. Hacia las once, demasiado cansados para continuar, la dejamos y nos fuimos de nuevo al barrio de Étoile. Propuse que fuésemos a ver si Sphinx tenía noticias para nosotros. Hicimos, pues, un alto en el cibercafé, pero sin éxito. Sphinx no estaba en línea.

Después de esperar casi una hora navegando en diferentes sitios, decidimos dejarlo y nos fuimos a dormir al hotel.

Badji se despidió de nosotros hasta la mañana siguiente y yo acompañé a Sophie a su habitación. Me pidió que me quedase con ella. No hicimos el amor aquella noche, pero ella me apretó muy fuerte entre sus brazos y se durmió a mi lado

al cabo de apenas unos minutos, dulce y bella…

Once

Al día siguiente por la mañana me despertó el ruido de la ducha. Sophie se había levantado temprano. Yo me quedé holgazaneando un rato y luego me levanté, me puse un albornoz y enchufé la cafetera que había en la mesa, delante de la ventana. Abrí a medias las cortinas para dejar pasar la luz de la mañana. Puse la tele, cogí el periódico que nos habían metido por debajo de la puerta y me instalé cómodamente en uno de los dos grandes sillones.

Aún no estaba despierto del todo. Con la cabeza apoyada en el respaldo del sillón, cerré los ojos. Sophie salió de la ducha. Se detuvo detrás del sillón, pasó los brazos en torno a mi cuello y me besó. Yo abrí un ojo y le dediqué una sonrisa.

—Voy al Plus —dijo ella, yendo a peinarse ante el espejo de nuestra habitación.

—¿Ah, sí?

—Es necesario que vaya a dar señales de vida. Mi redactor jefe acabará por enfadarse.

—Y yo, ¿qué hago? —le pregunté—. ¿Quieres que te acompañe?

—No. Intenta ver si Sphinx está de nuevo en línea. Quizá haya encontrado la información sobre Acta Fidei. Después, no nos quedará más que esperar a que el relojero haya acabado la máquina e intentaremos descubrir el código escondido en *La*

Gioconda. No tenemos más que volver a encontrarnos después en casa de los Chevalier.

—No me gusta demasiado la idea de que nos separemos...

—Así iremos más rápido. Y además, tú no puedes venir al Plus conmigo.

La veía deambular detrás de mí en el reflejo de la televisión. Había cambiado mucho. O quizá era mi mirada la que había cambiado. La veía más frágil y más generosa a la vez. Menos dura, menos secreta. Su rostro ya no era el mismo. Habían aparecido nuevas arrugas que la hacían sonreír. Una nueva boca, más dulce. Sus hombros. Su pecho. Sophie era un cuadro viviente. Mi Gioconda particular.

—¡Bueno, me voy! —anunció ella, cogiendo su abrigo en la entrada—. Me voy en metro y tú puedes coger el Volkswagen, si quieres. ¡Hasta luego!

—¡Sé prudente!

Ella sonrió y desapareció detrás de la puerta.

Yo pasé largos minutos delante del televisor, zapeando entre LCI y CNN, buscando cuál de los dos era menos objetivo, y divirtiéndome al encontrar diferencias como un padre que mira a sus dos hijos y se pregunta cómo han podido crecer sin parecerse en nada. Me sentía tan ajeno a todo aquello, entonces... Estados Unidos, Francia. Aquel noticiario me parecía irreal. Anecdótico...

Recibí una llamada de Badji por la línea interna del hotel. Me esperaba en el vestíbulo. La realidad volvía a atraparme.

Me reuní con él abajo. Me dejó el tiempo necesario para tomar un desayuno completo y después nos fuimos a pie al cibercafé. Casi se había convertido en una rutina, pero yo suponía que aquello no molestaría a Badji. Su vida debía de estar hecha de rutinas, de trayectos mil veces repetidos.

Nos instalamos en nuestro ordenador habitual. Los chavales y el tío de la entrada no se extrañaron de vernos. Formábamos ya casi parte del decorado. El negro grandote y el moreno pequeñajo. Una imagen poco corriente, ciertamente, pero, ¿qué hay de normal en la atmósfera de fluorescentes de un cibercafé?

Entré en el programa IRC y me conecté al servidor. La lista de los canales salió al momento. Entré en el de Sphinx. Estaba vacío. Nuestro amigo *hacker* seguía sin aparecer. Era raro, ciertamente, pero no inquietante. Intenté probar el otro medio que habíamos utilizado para contactar con él la primera vez. ICQ. Encontré su número de nuevo en el foro que habíamos visitado, e inicié la búsqueda. Pero seguía sin aparecer.

Lancé una mirada perpleja a Stéphane, y después dejé un mensaje al *hacker*.

«Me pasé ayer por la noche y esta mañana. Hasta luego, Alice.»

—Espero que no le haya pasado nada —dije, volviendo me hacia Badji—. Bueno, vamos a dar una vuelta y volveremos hacia el mediodía a ver si hay algún mensaje.

El guardaespaldas asintió y salimos hacia Étoile. Lentamente, volvimos hacia la plaza.

—¿Adónde quiere ir? —me preguntó Stéphane.

—Pues no lo sé… Tenemos que matar un par de horas. Hacía muchísimo tiempo que no me pasaba esto. ¿Tiene alguna idea?

Badji se encogió de hombros. Miró a nuestro alrededor.

—¿Sabía que la sala Wagram era la plaza fuerte del boxeo a principios de siglo? —dijo, señalando a la calle homónima, que estaba un poco más lejos.

—No. ¿Y qué?

—No, nada…

—¿No querrá que vayamos a visitar la sala Wagram? —me extrañé.

Él se echó a reír.

—No, no. Y de todos modos, no nos ocuparía dos horas…

Busqué en mis bolsillos, un poco al azar, y encontré la llave del New Beetle alquilado por Sophie. Le enseñé las llaves.

—Vamos a dar una vuelta en coche —propuse.

—He venido con el Safrane…

—Sí, pero tengo ganas de conducir. Hace mucho tiempo…

—Será mejor no coger el Safrane, entonces, en efecto —dijo, sonriendo.

Volvimos hacia el aparcamiento del hotel y unos minutos después rodábamos ya hacia el corazón de la capital. Yo no había conducido un coche desde hacía una eternidad, y aunque hubiese preferido atravesar París sobre dos ruedas, también encontraba un cierto placer en bajar por las grandes avenidas, bordear los muelles, atravesar los puentes… Conducía sin reflexionar, guiado por un soplo invisible. Acunados por una retransmisión radiofónica de la *Pasión según san Juan* de Bach, Badji y yo no experimentábamos siquiera la necesidad de hablar. Éramos los huéspedes de Paname, una pequeña bolita de plomo que rodaba por los pasillos de aquella enorme máquina del millón.

Las calles se sucedían, los semáforos cambiaban al verde, las fachadas iban desfilando, y después me perdí en una dulce ensoñación. De pronto, vi que había aparcado el coche. Casi sin darme cuenta.

—¿Qué hacemos? —me preguntó Badji, con aire inquieto.

Volví la cabeza hacia la izquierda. Reconocí el largo muro que se extendía a mi lado. Era el recinto del cementerio de Montparnasse. ¿Qué genio audaz me había empujado hacia allí?

—Stéphane —suspiré—, creo que voy a dar una vuelta para visitar la tumba de mis padres.

Hice una pausa, como asombrado de lo que yo mismo acababa de decir.

—¿No le molesta, verdad? —le pregunté, dirigiéndole una mirada avergonzada.

—En absoluto. Vamos.

Salimos del Volkswagen y nos dirigimos hacia la entrada principal. La calle estaba en silencio y sombreada. Los recuerdos empezaban a volver. Los malos recuerdos. Pero quería continuar. Pasamos bajo la entrada y enseguida nos dirigimos a la derecha. Después de unos pasos me detuve y le señalé a Badji la tumba de Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir.

—Este tipo me tocó muchísimo los cojones en el instituto —expliqué, sonriendo—. Nunca he entendido bien el existencialismo.

Stéphane me dio una palmadita en la espalda.

—A lo mejor es que no había gran cosa que comprender.

Me volví a poner en marcha, con las manos en los bolsillos. Llegamos al extremo de la avenida y luego giramos a la izquierda. Un estremecimiento me recorrió la espalda. Sólo había estado dos veces en aquel cementerio, primero para enterrar a mi madre, luego a mi padre. Era, pues, la primera vez que acudía sin enterrar a nadie, sólo de visita. Un primer peregrinaje. No me hacía demasiada gracia. Sin duda habría dado media vuelta si no hubiese estado Badji a mi lado. Como un viandante. Su presencia me tranquilizaba, y me habría sentido muy tonto arrepintiéndome a mitad de camino.

Las tumbas se sucedían a cada lado. Vi la de Baudelaire a nuestra izquierda. Éste nunca me había molestado. Los versos de *Spleen* volvían a mí oportunamente.

Hay en mí más recuerdos que en mil años de vida
Una cómoda grande repleta de balances
Esquelas amorosas, versos, pleitos, romanzas
Y pesados cabellos envueltos en recibos
Guarda menos secretos que mi triste cerebro
Es como una pirámide, un panteón inmenso
Que contiene más muertos que la fosa común
Soy como un cementerio que aborrece la luna
Y por donde se arrastran rencorosos gusanos
Que se ceban sin tregua con mis amados muertos.

Suspiré. François y yo compartimos durante largo tiempo un amor ingenuo hacia el poeta, y con la arrogancia de los jóvenes letrados, competíamos a ver quién se aprendía más versos para brillar en las veladas del instituto. ¡Qué tontos éramos! Pero esos versos ya no se me olvidaron nunca. Me habían conmovido en lo más profundo de mi ser, y me seguían conmoviendo entonces, al recitarlos.

Por fin llegamos ante la tumba de mis padres. Hice señas a Badji de que habíamos llegado. Me costaba borrar de mi rostro una sonrisa un poco tonta. Era más fuerte que yo. Sentía vergüenza por haber querido acudir allí.

Me puse de pie ante la tumba, cruzando las manos sin darme cuenta. Me costaba concentrarme. No sabía qué pensar.

«No me planteo la cuestión, es más práctico.» Mis propias palabras volvían a mí como una sentencia.

No podía ver a Badji, que se había mantenido apartado, pero sentía su presencia. Debía de pensar que yo estaba rezando. Es lo que hace la gente que cree. Pero yo «no me

planteo la cuestión, es más práctico».

Y allí, inmóvil ante aquella piedra grabada, me dije que no sentía ninguna presencia divina. Sencillamente, estaba solo, terriblemente solo. Y no sabía qué hacer. Llorar. Recordar. Perdonar.

Tragué saliva y di un paso atrás.

—¿Sus padres aún viven, Stéphane?

Él se acercó despacio.

—Sí. Pero volvieron a Dakar. No les veo desde hace mucho tiempo.

—¿Cree en Dios, Badji?

Él dudó. Yo tenía los ojos fijos en el nombre grabado en el mármol, pero él me miraba a mí. Creo que intentaba comprender el sentido oculto de mi pregunta.

—Bueno, ya sabe —dijo por fin, con su voz suave y grave—, no hay necesidad de creer en Dios para recogerse delante de una tumba.

Yo asentí con la cabeza. Él había comprendido el sentido de mi pregunta. Mejor que yo mismo, incluso.

Me quedé unos segundos más allí inmóvil, y después di media vuelta.

—Bueno, vámonos.

Él me sonrió y nos dirigimos a la salida del cementerio. Yo tenía un nudo en la garganta, pero me encontraba bien. Estaba mucho mejor.

Pasaba ya del mediodía cuando Badji y yo entramos en un nuevo cibercafé. Me inscribí en la entrada y fui a sentarme ante un ordenador. Estaba impaciente por ver si Sphinx ya

había vuelto. Empezaba a inquietarme un poco por él. No conseguía olvidar la frase que le había dicho a Sophie en nuestra primera entrevista. *Big brother is watching.*

Busqué en el contenido del ordenador, pero no tenía instalados ni el IRC ni el ICQ. Tenía que instalarlos yo mismo para contactar con Sphinx. Cada vez más impaciente, entré en el explorador de Internet y fui a buscar los programas en un sitio de descargas gratuitas. La transmisión duró varios minutos, luego la instalación, exageradamente larga, consumió aún más mi paciencia.

Hacia las doce y media al fin conseguí conectarme al servidor IRC chileno. Con los dedos temblorosos, busqué a nuestro misterioso interlocutor. La lista de canales se veía en la pantalla, pero seguía sin aparecer Sphinx. Di un golpe con el puño en la mesa. Decidí probar la última oportunidad. ICQ. Introduje el número del *hacker.* Nada. No solamente no estaba en línea, sino que no había respondido al mensaje que yo le había dejado. Esa vez ya me entró el pánico. Éramos nosotros quienes habíamos arrastrado a Sphinx a aquello, y no podría perdonármelo nunca si le ocurría algo malo.

—¡Mierda! —exclamé, sacando el móvil de mi bolsillo.

Marqué de nuevo el número de Sophie. Era necesario que la advirtiese y le preguntase si había algún otro medio de contactar con el *hacker.* Pero salió el contestador.

—Sophie, soy yo, llámame en cuanto recibas mi mensaje —anuncié, antes de colgar.

Cogí mi abrigo.

—Bueno, vamos a comer al hotel, hay que tener paciencia —propuse a Badji.

Después de escapar a los embotellamientos del mediodía parisino, llegamos al Splendid Étoile. Dejé el coche a un empleado del hotel, y pasamos bajo la marquesina de estilo art nouveau que cubría la entrada. Fui directo a la recepción.

—¿No habrá algún mensaje para mí, por casualidad?

Nos habíamos inscrito con un nombre falso, y las posibilidades de que nos pudiesen dejar un mensaje eran escasas. Sophie, llena de imaginación, no había encontrado nada mejor para nosotros que señor y señora Gordes.

El recepcionista dijo que no con la cabeza, pesaroso.

—¿Está usted seguro? —insistí.

Él levantó las cejas.

—Desde luego. No hay ningún mensaje. Pero esa señorita que está ahí busca a una tal señorita de Saint-Elbe. Ya le he dicho que no había nadie con ese nombre en este hotel, pero ha insistido en esperar. ¿No será el nombre de su esposa, quizá?

Me volví enseguida y miré en la dirección que me indicaba el recepcionista, y vi, sentada en uno de los sofás del vestíbulo del hotel, a una joven que debía de tener dieciocho años como mucho. Llevaba el cabello largo y negro, gafas redondas, era delgada, iba vestida con unos pantalones y una cazadora vaquera, y un enorme chal arrugado que le caía por las rodillas, y masticaba ruidosamente un chicle. Parecía angustiada e incómoda. No la había visto en mi vida, y me preguntaba quién podría ser.

Vi que Stéphane se ponía en guardia. Contempló fijamente a la joven y pasó un poco delante de mí.

—No pasa nada, Badji —intenté tranquilizarle.

Avancé hacia la joven, que se levantó al verme llegar.

—Hola —dije, frunciendo las cejas—. ¿Buscas a la señorita de Saint-Elbe?

—¿Alice? —dijo entonces la joven, mirándome a los ojos, con la cabeza inclinada—. ¿Tú eres Alice?

—¿Sphinx? —exclamé yo, asombrado.

—¡Sí! —confirmó entonces la joven, levantándose de un salto.

En sus ojos brilló una luz de alivio. Yo retrocedí un poco. Me esperaba cualquier cosa menos aquello. Una chica. Me parecía increíble. ¿Y si no era Sphinx en realidad?

—Eeeh… ¿cómo puedo estar seguro? —le pregunté, violento.

—¿Haigormeyer, Unired, Chile…? —enunció ella, con aire interrogativo.

Era él, desde luego. O más bien ella.

—Pero, ¿qué edad tienes? —no pude evitar preguntarle, sorprendido.

—Diecinueve.

—¿Y qué haces todo el día delante de un ordenador, es que no vas a la universidad?

Ella hizo una mueca.

—¿Es un interrogatorio o qué? Me echaron en octubre.

—¿Te echaron de la universidad? ¡Eso tiene mérito! ¿Y qué haces ahora, entonces?

Debía de pensar que yo era un gilipollas, pero es que no conseguía creérmelo… Una chica de diecinueve años que pasaba los días haciendo investigaciones más o menos piratas en Internet… Resultaba desconcertante.

—Escucha, Damien (porque te llamas así, ¿verdad?), tengo diecinueve años, no doce. Me las arreglo muy bien, no te preocupes por mí. Me gano mejor la vida en línea que si hubiese estudiado medicina…

—Vale, vale —accedí.

Después de todo, con lo que nosotros le habíamos visto hacer, la creía. Todavía estaba asombrado, pero empezaba a aceptar la idea.

—Bueno, ¿y qué demonios haces aquí?

Ella empezaba a responderme pero la interrumpí enseguida.

—Espera, será mejor no hablar de todo eso aquí. Te presento a Stéphane, que nos acompaña.

—Hola.

Ella hablaba deprisa, como si temiera no tener tiempo para contarlo todo. Badji se contentó con asentir con la cabeza.

—¿Has comido ya? —le pregunté.

—No. ¡Pero tengo que hablar contigo!

Se frotaba las manos, angustiada. Seguro que había pasado algo.

—Bueno, vamos a instalarnos en una mesa tranquila y me lo cuentas todo...

Me siguió hacia el restaurante del hotel. El camarero nos indicó una mesa algo apartada. Ya se había acostumbrado a mi necesidad de aislamiento. Con mis extraños comportamientos y el guardaespaldas, debía de tomarme por un mañoso o un agente secreto...

—¿Qué ocurre? —pregunté a la chica, intentando sonreírle tranquilizadoramente.

—Haigormeyer... bueno, Sophie... ¿No está?

—No.

—He encontrado lo que estabais buscando.

—¿Tienes información sobre Acta Fidei?

—Mejor que eso.

Se mordió los labios. Miró rápidamente a su espalda. Parecía más paranoica aún que yo.

—Me he colado en su servidor. ¡Les he mangado el

maldito documento!

—¿Cuál?

—No me creerás.

—¡Dilo!

—¡Una foto de la tablilla que les robaron a los religiosos!

Yo abrí los ojos de par en par.

—¿Estás de broma?

—No.

Sacó un CD-Rom del bolsillo de su cazadora vaquera usada y lo puso delante de mí.

—Todo está aquí —aseguró, sin apartar los ojos de mí.

Yo no me hacía a la idea. Y además no estaba seguro de entenderlo bien del todo. ¿Había encontrado ella realmente el texto cifrado de Jesús? ¿O bien se trataba de otra cosa?

—¿Está ahí el texto de Jesús? —insistí yo.

—Su foto, en todo caso. Un escaneado en color. Buena calidad.

Yo la contemplaba absolutamente alucinado. Tenía la sensación de estar soñando.

—Eeeh... —balbucí—, ¿estás completamente segura?

Ella lanzó un suspiro.

—No tengo la menor duda. Es la foto de una tablilla de piedra. Hay un texto grabado en ella. Bueno, no se trata de un texto en realidad, sino de unas letras.

—¿Cuántas?

—¿Cómo que cuántas? ¡No las he contado!

—Así, en conjunto... —insistí—. ¿Más bien diez, o más bien diez mil?

—Como una treintena —calculó ella.

—¿Unas treinta y cuatro, más o menos? —sugerí, cada vez más alterado.

—Es posible.

—¿En qué idioma?

—Pues no lo sé, no eran palabras, sólo letras, pero parecía más bien el alfabeto griego...

—Ah, mierda. Eeeh... ¿Cómo te llamas de verdad, por cierto?

—Lucie.

—¿Lucie? ¡Eres la mejor!

—¡Sí, pero también soy la mejor liándola! ¡He dejado que me pillaran!

—¿Qué quieres decir?

—Pues que he burlado la seguridad de su servidor, pero me han seguido la pista. Sé que me han cogido. He apagado el PC de inmediato, pero era demasiado tarde. He salido pitando de casa, pero seguro que ellos ya están allí.

—¡Mierda! —solté yo.

—¡Sí, mierda! ¡Es fatal! Porque esos tipos no parecen precisamente unos bromistas...

Yo reflexioné.

—Bueno, no te inquietes. Te mantendremos a cubierto algunos días, mientras se arregla la situación.

—¡Yo no estaré jamás a cubierto, con esos tipos! —exclamó ella, dando un golpe sobre la mesa.

Los demás clientes nos miraron exasperados.

—Que sí, te lo aseguro. Encontraremos la forma. Tengo que llamar a Sophie. Quiero que ella esté presente cuando miremos la foto. Y después iremos a Sceaux a casa de un

amigo mío.

Badji resopló. Yo volví la cabeza. Un invitado más para François y Estelle. Aquello era ridículo pero no tenía elección.

—¿Quién es tu amigo? —se inquietó la joven.

—No te preocupes. Es un diputado. Podrá ocuparse de tu seguridad. ¿Vives sola?

—Desde luego.

—Ah, bien. Voy a llamar a Sophie.

Marqué su número. Saltó de nuevo el contestador.

—¡Mierda! Bueno, lo intentaré en el Plus. Ha ido a ver a su redactor jefe.

Llamé a información, encontré los datos de la cadena de televisión y me pasaron a la redacción de *90 minutos.*

—Buenos días, querría hablar con el redactor jefe.

—No se retire.

Me endilgaron la tradicional música de espera. Yo iba tabaleando con los dedos en la mesa, impaciente. Por fin respondió el periodista.

—¿Diga?

—Buenos días, me llamo Damien Louvel y soy...

—Sí, ya sé quién es —me cortó—. ¿Sabe dónde está Sophie?

Parecía inquieto.

—¿No está con usted?

—Habíamos quedado hace dos horas, y sigo esperándola.

De pronto me entró el pánico. Estaba claro. Le había pasado algo a Sophie. No conseguía ni hablar. El corazón me latía como loco.

—Ella... ¿no tiene ninguna noticia? —balbucí.

—No. ¡Hace dos horas que la busco desesperadamente!

—¡Mierda!

—Escuche, no se alarme demasiado, no sería la primera vez que llega tarde a algo. Voy a tener que salir, pero póngame al corriente en cuanto tenga noticias suyas.

—De acuerdo —dije solamente antes de colgar.

Badji me miraba fijamente. Esperaba que yo le dijese qué hacer. Vi en sus ojos un asomo de culpabilidad.

—¡No tenía que haber dejado que os separaseis! —masculló.

Pero yo casi no le escuchaba. Estaba reflexionando. ¿Qué hacer? ¿Adónde ir? ¿Avisar a la policía? Me sentía incapaz de tomar la menor decisión. Estaba completamente aterrorizado. Sujetando el móvil firmemente en la mano, di unos golpecitos con la antena contra la mesa, como para poner ritmo a mi angustia.

La joven se retorcía las manos. No se atrevía a decir nada, aterrorizada también, sin duda.

—¿Qué se suele hacer en estos casos? —le pregunté a Badji—. ¿Se llama a la policía? ¿A los hospitales?

—¿Cómo ha ido hasta allí? —preguntó el guardaespaldas, pensativo—. ¿En taxi, en metro?

No tuve tiempo de responderle: mi teléfono se puso a sonar. El número de Chevalier apareció en la pantallita.

—¿Damien?

—¿Sí?

—¡Han secuestrado a Sophie! —exclamó François al teléfono.

—¿Cómo, quiénes? ¿Y cuándo ha sido? ¿Cómo lo sabes?

—¡No sé quiénes son! —exclamó Chevalier, nervioso—.

Acaban de llamar al móvil de Claire Borella. ¡Dicen que se han llevado a Sophie! ¡Quieren la piedra de Iorden a cambio! ¿Tú crees que es un farol? ¿No está contigo?

Hablaba muy rápido. Pero yo no conseguía responderle. Me faltaba el aliento. Me mordí los labios. Tenía que reaccionar.

—¿Damien? ¿Me oyes?

—Sí. No, no está conmigo. Y no ha acudido a la cita con el redactor jefe de *90 minutos*. ¡Maldita sea! No tenía que haberla dejado...

—¡Entonces es que la han secuestrado de verdad! —soltó François.

—¿Han dicho que quieren cambiarla por la piedra de Iorden? —pregunté, incrédulo.

—¡Sí!

—¡Pero nosotros no tenemos esa maldita piedra...! —me desahogué—. Bueno, ahora mismo voy.

Colgué, me levanté, me puse el abrigo, dejé unos billetes sobre la mesa e hice señas a los otros dos de que me siguieran.

—Vamos directos a Sceaux —expliqué, precipitándome a la calle.

El pánico me helaba la sangre. El miedo me roía las entrañas. Tenía un nudo en el estómago. Me dolía horriblemente no poder hacer nada. Sentía deseos de volver atrás. De dejarlo todo. De decirles que me importaba un pito su maldita piedra, su maldito mensaje. Lo único que quería era a Sophie.

Pero sólo el vacío de la calle se hacía eco de mi terror.

—Van a llamar para darte una cita —me explicó

François mientras yo intentaba en vano calmarme, echado en su sofá de cuero—. Creen que tú tienes la piedra. Saben que Claire podía contactar contigo.

—¡Pero la van a matar! —exclamé, lleno de pánico—. ¡Es evidente! ¡Cuando vean que yo no tengo la piedra, la matarán!

Chevalier lanzó un largo suspiro. Desde mi llegada intentaba tranquilizarme, pero no conseguía calmarse ni él mismo siquiera. Estábamos todos reunidos en el salón, esperando con angustia que sonase el teléfono. Estelle, Claire, François, Stéphane, incluso Lucie, que se encogía sentada en un sillón junto a la chimenea.

—Bueno —dije entonces, levantándome de golpe—. Ellos quieren la piedra. Y el Bilderberg tiene la piedra. Por lo tanto, ellos sin duda son Acta Fidei. Y tienen el texto. Esto lo sabemos seguro, porque Lucie ha conseguido bajarse la foto de su servidor. Por lo tanto, quieren la piedra, porque en ella está el código que permite descifrar su texto. Nosotros no tenemos la piedra, pero sí que tenemos una oportunidad de descifrar el código, al menos. Porque éste se halla también escondido en *La Gioconda.* La cuestión es: ¿se contentarán con el código, si les digo que no tenemos la piedra?

—De todos modos, no tendrán elección —respondió François, levantando las manos.

—Entonces, tenemos que apresurarnos a encontrar la mierda de código ese. Estelle, ¿sabes cómo va el relojero?

—No ha parado de trabajar. La última vez que he ido a ver, ya había avanzado bastante. ¿Quieres que vaya a decírselo de nuevo?

—No, no, ya iré yo, no te canses.

Pero ella ya estaba de pie.

—No importa —dijo ella—, así cambio de aires, y además me gusta mucho verle trabajar.

Se fue al garaje. Se oían los ruidos de las herramientas, chirridos, martillazos… Lo que estaba claro es que no había acabado aún.

—Bueno, intentemos mantener la calma —dije, como para consolarme a mí mismo.

François se dejó caer de nuevo en su sillón. Badji estaba de pie en la entrada. Desde donde me encontraba, yo podía notar su frustración.

—¿Y si, mientras tanto, nos enseñases la foto de la tablilla? —pregunté a Lucie, intentando sonreír.

—¿Hay un ordenador por aquí?

—En el primer piso —respondió François—. O el portátil, lo tengo en el coche.

—¡Voy a buscarlo! —intervino Badji, que estaba claro que necesitaba moverse.

Volvió unos momentos después con el ordenador de François, seguido de Estelle, que volvía del garaje.

—El relojero cree que habrá acabado esta tarde —explicó.

—¡Estupendo!

—Está agotado, el pobre… Y ha oído que teníamos miedo. Me ha costado tranquilizarle, os lo confieso…

—¿Quieres quedarte allí con él? —le pedí—. Háblale, tranquilízale, no sé… ¡Necesitamos un milagro, y tú eres la reina de los milagros!

—No hace falta que me hagas la pelota… Claire, ¿vienes conmigo?

La joven se unió a ella y volvieron a salir al taller provisional que había instalado el relojero.

A mi lado, Lucie había puesto en marcha el portátil. Esperó a que se iniciara la secuencia de apertura y después

introdujo el CD-Rom en el lector. Yo me desplacé en el sofá para acercarme a ella y mirar por encima de su hombro. François acercó también su sillón.

La joven entró en Photoshop. El programa se abrió lentamente. Después seleccionó el lector de CD-Rom y pulsó un fichero titulado «tab_af_ibi2.eps».

La foto fue apareciendo paulatinamente en la pantalla plana del ordenador portátil. Se podía ver una tablilla de piedra gris, rectangular, muy antigua, a juzgar por su estado, y sobre la cual se habían grabado algunas letras seguidas.

El alfabeto era griego, sin duda. No perdí un solo segundo y empecé a contar las letras una por una.

—¡Vaya! —me extrañé—. Qué raro. No cuento más que treinta y tres letras...

Conté de nuevo. Pero no me había equivocado.

—¿Y por qué es raro? ¿Porque se supone que es la edad que tenía Cristo cuando murió? —preguntó Lucie, turbada.

—No, eso es una tontería. No, encuentro que es extraño porque pensaba que habría una más. Sophie y Jacqueline me habían dicho que, según *Melencolia,* se podía suponer que el código tendría treinta y cuatro letras, ya que éstas indicarían treinta y cuatro posiciones en *La Gioconda*...

—El código —repitió Lucie—. ¡Pero éste no es el código, es el mensaje cifrado! El código es lo que permite descifrarlo...

—Sí, en fin, si hay treinta y cuatro elementos en el código para descifrar un texto de treinta y tres letras, resulta un poco extraño...

—Salvo si el elemento número treinta y cuatro del código sirviese para codificar los espacios, por ejemplo —replicó Lucie.

—Cosa que explicaría que todas las demás letras estuviesen seguidas en la tablilla —indicó también François—.

¡No es ninguna tontería!

Sonreí a Lucie y miré las letras más de cerca. Eran letras griegas, desde luego, recordaba vagamente los cursos de aquella lengua muerta que François y yo habíamos tomado en el instituto, pero lo que había allí escrito no tenía ningún sentido.

—¿Y por qué está en griego? —preguntó Lucie.

—Por escrito, según Sophie, era una de las lenguas más utilizadas en la época de Jesús, aunque se hablaba más el arameo.

—¿Y cuántas letras hay en el alfabeto griego?

—Veinticuatro —respondió François.

—Entonces, el código comprende más elementos que letras hay en el alfabeto. No se trata sencillamente de un alfabeto codificado. Si suponemos que el trigésimo cuarto elemento del código corresponde a otra cosa que una letra aparte, por ejemplo, los espacios, eso significa por tanto que habrá tantos elementos en el código como letras en el mensaje. Treinta y tres. El tipo que cifró esto debía de ser tope inteligente...

—Eh, que estás hablando de Jesús...

Nos echamos a reír los tres. A pesar de la situación de tensión, decir de Jesús que debía de ser «tope inteligente» resultaba tan surrealista que no se podía resistir.

—Bueno, era... sí, inteligente —repitió Lucie, haciendo una mueca.

—¿Por qué?

—La mejor manera de cifrar un mensaje es hacerlo de tal modo que haya una clave por letra. Así no hay ciclo alguno, ni motivo recurrente. Evidentemente, el código es tan largo como el texto, cosa que hace que, de esta manera, raramente se cifre un texto demasiado largo, pero para un mensaje de

treinta y tres letras, es lo ideal.

—¿Quieres decir que cada elemento del código es una clave diferente para cada letra del mensaje?

—Probablemente —afirmó Lucie—. Bastaría, por ejemplo, que fuese una simple cifra. Una cifra por letra, que dé el desfase de la letra en el alfabeto.

—Dame un ejemplo...

—Es que no conozco el alfabeto griego...

—Con nuestro alfabeto.

—Si yo quisiera escribir la palabra MES por ejemplo. El mensaje tiene tres letras. Por lo tanto, necesito tres elementos en mi código. Digamos, para simplificar, 1, 2 y 3. Entonces, el mensaje podría ser LCP.

—Ah, ya lo entiendo —afirmé—. L + 1 da M, C + 2 da E, y P + 3 da S. Y tenemos MES. Se va desplazando en el alfabeto. Ya lo entiendo. 123 asociado a LCM nos da MES.

—Exactamente. A cada letra se le asocia una cifra. Tenemos treinta y tres letras en el mensaje cifrado, y treinta y tres cifras en el código.

—Sí, salvo que aquí tenemos treinta y cuatro.

—De todos modos, no podemos hacer nada, mientras no tengamos la máquina.

Pero estábamos muy cerca. Todo se encontraba allí. Al alcance de la mano. La máquina, y por tanto enseguida el código y el mensaje. Yo no podía creérmelo. Un mensaje que había permanecido en secreto durante dos mil años.

Miré a mis dos compañeros. Aquel diputado tan poco común, y aquella chiquilla que había crecido demasiado rápido.

—Prometedme una cosa —les pedí, con voz insegura.

—¿Qué?

—Que esperaremos a Sophie. Cuando tengamos el código, no descifraremos el mensaje inmediatamente. Esperaremos a Sophie. Se lo debemos.

—Lo comprendo —afirmó Lucie.

—¡Evidentemente! —exclamó François.

Lucie cerró el fichero en el ordenador, sacó el CD-Rom y me lo tendió.

—Ten. Lo tenéis que hacer los dos juntos.

—¿Estás segura?

—Sí. De todos modos, no soy idiota, ¡he conservado una copia! —añadió ella, haciendo muecas—. Si decidís guardaros esto para vosotros, no os garantizo que espere mucho tiempo.

—No te preocupes, te hemos prometido que te lo contaríamos todo. Y te lo contaremos.

Me levanté y fui a guardarme el CD-Rom en el bolsillo del abrigo.

—François —dije, volviendo al salón—, debemos encontrar una solución para proteger a Lucie.

El diputado asintió.

—Sí. De todos modos, ya he pensado en todo esto. Lo siento muchísimo, Damien, pero tienes sólo hasta esta noche para resolver tu problema. Ocurra lo que ocurra, mañana debemos poner al corriente a las autoridades. Esto se está volviendo demasiado peligroso.

Yo asentí con la cabeza, resignado.

—Tendremos que explicarle todo esto a la policía, pero también a los gendarmes de Gordes... Y de una forma u otra, tendremos que prevenir también al Vaticano. ¡Tienen que hacer una buena limpieza! Cuando se haya revelado la verdad de los secretos de Acta Fidei, supongo que no todo el mundo en el Vaticano lo encontrará muy católico...

—Sin duda. Mientras tanto, tenemos que descubrir algún medio de sacar a Sophie de esto…

Me senté de nuevo en el sofá y nos quedamos así casi una hora, intercambiando algunas breves palabras, algunas miradas. Los segundos pasaban y se llevaban con ellos mis últimos atisbos de paciencia.

Después, a media tarde, Claire entró precipitadamente en el salón levantando su móvil.

—¡Está sonando! —exclamó.

Me sobresalté. François se levantó. Apareció Estelle detrás de la joven. El teléfono seguía sonando.

—¿Quieres responder? —me preguntó Claire, tendiéndome el móvil.

Yo dije que sí con la cabeza. Cogí el teléfono.

—¿Diga? —respondí, algo rápido—. ¿Diga?

Estaba con los nervios a flor de piel.

—¿Señor Louvel?

—¿Dónde está Sophie? —grité, furioso—. ¡Ella no tiene nada que ver con esto, dejadla en paz!

—A las 22 horas, ante la tumba de Michelet. Lleve la piedra o ella morirá.

—Pero si yo no tengo…

No tuve tiempo de acabar la frase. Habían colgado.

Me dejé caer de nuevo en el sofá, con la cabeza entre las manos.

—¿Qué han dicho? —me preguntó Badji, de pie ante mí.

—Veintidós horas, esta noche, ante la tumba de Michelet —balbucí.

—¿Y dónde está enterrado ése? —replicó torpemente el guardaespaldas.

—En el Père-Lachaise.

—A esa hora está cerrado el Père-Lachaise —añadió Badji.

—Sin duda por eso han fijado allí la cita...

—Tendremos que saltar el muro —concluyó el guardaespaldas.

—Me pregunto por qué habrán elegido el Père-Lachaise... Es un poco rarito, ¿no? Habríamos podido quedar en una antigua fábrica abandonada de los alrededores...

—No —replicó Badji—. Por la noche no hay nadie en el cementerio, aparte de algunos punkis colgados. Es difícil pedir auxilio. Y además hay obstáculos por todas partes, está lleno de lugares donde esconderse... Me parece lógico.

—Lo que me inquieta —le corté yo— es que no tenemos la piedra...

—Tendrán que contentarse con el código —dijo François —. O llamamos a la policía.

—¡Ni hablar! —exclamé yo—. Es el medio más seguro de que se la carguen. ¡No! Vamos, les explicamos que tenemos el código, pero no la piedra, y les rogamos que acepten eso.

—¿Ése es tu plan? —intervino François—. ¿Rogar?

—¿Tienes alguno mejor?

Dijo que no con la cabeza. Me volví hacia Estelle.

—¿Cómo va el relojero?

—Avanzando, pero todavía no ha terminado.

—Ni siquiera sé qué tenemos que hacer exactamente con esa maldita máquina. Habrá que llamar a Jacqueline...

Cogí el teléfono y llamé enseguida a la amiga de Sophie. Intentando no transmitirle mi angustia, le expuse la situación. Ella también se asustó mucho al principio, pero le dije que no

teníamos tiempo para dejarnos llevar por el pánico, que había que actuar.

—Bueno, necesito el código esta noche. ¿Qué hago con esa maldita Gioconda? ¿Has tenido tiempo de adelantar algo?

Sólo había visto a Jacqueline dos veces, pero tenía la impresión de conocerla desde hacía mucho tiempo. Como si Sophie me hubiese transmitido la estima que tenía por la matemática y estudiosa del arte.

—Sí. He avanzado. No estoy segura de nada. Pero lo intentaremos. Tienes que colocar *La Gioconda* vertical, exactamente a 52,56 cm de la máquina.

—¿Cuánto? —exclamé.

—52,56 cm. Es un codo. En la época de Durero no se contaba en metros.

—¿Y cómo lo has averiguado?

—¿Quieres saberlo de verdad? Es algo complicado.

—Bueno, inténtalo —la invité.

—El cuadro mágico, además de dar un resultado de treinta y cuatro en todos los sentidos, da también unas coordenadas que se deben seguir en el seno del grabado. Estas coordenadas caen en unos objetos o signos que forman una especie de frase que, supongo, es el modo de empleo de la máquina. No estoy realmente segura de esto, pero parece lógico, cosa que no está mal. De todos modos no tenemos elección.

—Bien.

—Hay dos coordenadas, que, si lo he entendido bien, indican la distancia a la cual debe encontrarse *La Gioconda:* la primera cae justo en el codo del personaje. «I» y «codo», he deducido que hay que poner el cuadro a la distancia de un codo, o sea, 52,56 cm.

—De acuerdo. Está un poco cogido por los pelos, pero

probaremos.

—¿Tienes algo mejor que proponer?

—No —confesé.

—Entonces, confiemos en mi interpretación. Ya veremos. Fíjate bien: tiene que estar perfectamente vertical, y a 52,56 centímetros exactos de la máquina, frente al cono que sale de la caja pequeña.

—¡Espera! ¡Voy al taller! —expliqué, saliendo del salón —. La máquina no está terminada del todo, pero ya puedo instalar el cuadro... No se encuentra en muy buen estado, con el incendio y eso, pero espero que funcione de todos modos.

Llegué al taller. Saludé al relojero, que me dirigió una mirada sorprendida. No tenía tiempo de explicarle nada ni de cortesías.

Al volverme vi que todos me habían seguido. No tendríamos sitio.

—¡Salid todos! —ordené—. ¡Excepto Lucie!

Era la más indicada para ayudarme en aquel asunto.

—No cuelgues, Jacqueline, voy a poner el manos libres para poder hacer lo que me dices mientras vamos hablando.

Salí del garaje y fui al coche a buscar el auricular de Badji, y lo conecté en mi teléfono. Me puse el móvil a la cintura y volví rápidamente al garaje.

—Ya está, estoy preparado. Entonces, dime, debo colocar el cuadro a 52 centímetros delante de la máquina...

—52,56 centímetros exactamente.

—¿A qué altura?

—La parte baja del cuadro tiene que coincidir exactamente con la horizontal de la parte baja del primer espejo...

—¿Y cómo calculo eso?

—Pues no lo sé. Con una regla y un nivel, o con una plomada…

—Debería encontrar algo de eso, ¡después de todo estoy en el garaje de un francmasón! —exclamé, bromeando.

Me puse a buscar entre las herramientas. Intenté no hacer demasiado ruido para no molestar al relojero. Finalmente encontré lo que buscaba después de desordenar todos los armarios y desplazar la mitad de las cajas que había en el garaje. Una regla larga, un nivel, unos clavos, un martillo y dos trípodes altos que sin duda habían servido para colocar unos altavoces.

Con la ayuda de Lucie intenté fijar el cuadro encima de uno de los dos trípodes. Después de varias tentativas infructuosas, acabé dejando el cuadro en el suelo, suspirando.

—Bueno, Jacqueline, es un poco complicado, voy a colgar e intentaré hacerlo bien. Ya te llamaré, ¿de acuerdo?

—¡Vamos, ánimo!

Llamé en mi ayuda a François. Estaba claro que se había quedado escuchando detrás de la puerta, porque apareció enseguida. Conocía su garaje bastante mejor que yo, y no le costó encontrar las herramientas más adecuadas. Sin interrumpir el trabajo de la máquina de Da Vinci, el relojero nos fue dando algunos consejos y finalmente conseguimos colocar el cuadro sólidamente sujeto.

François verificó varias veces que estaba a la distancia y en la posición adecuada. Sin embargo, era difícil obtener una precisión absoluta… ¡52,56 centímetros! Con la ayuda del relojero, éste fijó también la máquina al suelo para evitar tener que calcularlo otra vez.

Yo volví a coger el teléfono y llamé de nuevo a Jacqueline.

—¡Ya está! —anuncié—. Pero es muy difícil comprobar que está bien colocado...

—No es demasiado grave —me tranquilizó ella—. Si lo he entendido bien, la primera posición te permite calibrar el aparato.

—¿Ah, sí? Entonces por eso sin duda había treinta y cuatro, mientras no hay más que treinta y tres letras.

—Seguramente. En fin, no entiendo muy bien por qué, pero la primera posición te da lo que Durero llamó la «paleta».

—¿Y eso qué significa?

—Creo que quiere decir que los elementos del código son en realidad colores.

—¿Pero los colores corresponderían a unas cifras?

—¿Por qué? —preguntó Jacqueline.

—Porque, según Lucie, es posible que el código sea una sucesión de cifras. Pero ¿cómo pueden corresponder los colores a unas determinadas cifras?

Lucie me cogió el brazo. Me pidió que le repitiera lo que le había dicho Jacqueline al teléfono, y lo hice.

—¡Es genial! —exclamó.

—¿Qué?

La joven paseaba arriba y abajo, muy alterada.

—¡Da Vinci era una pasada, de verdad! —murmuró, como si acabase de comprender la resolución del enigma en el interior de su cabeza.

—¡Explícamelo!

—¡Inventó la digitalización antes de tiempo! Es un procedimiento muy similar a lo que se hace en informática hoy en día...

—¿Cómo?

—Es un poco el mismo sistema que la compresión de ficheros GIF. Cada imagen GIF dispone de una paleta de colores que le es propia, una especie de índice numerado, integrado en el fichero. A cada color se le atribuye un número preciso en esa paleta. Y Da Vinci seguramente había pensado ya en ese sistema de codificación supersencillo. ¡Piensa! No podía correr el riesgo de utilizar códigos de color, sabiendo que éstos podían envejecer. Y por otra parte hizo bien, porque los tintes de su pintura se han oscurecido, en efecto. Por tanto, insertó su paleta, es decir, la referencia de sus colores, en el propio cuadro. De este modo, la paleta ha sufrido el mismo envejecimiento que los colores del cuadro.

—Ah. ¿Y tú sabes cómo funciona esto?

—¡Pues claro! —replicó Lucie, muy alterada—. ¡Al menos eso creo! Mira. La primera posición de la máquina va a permitirnos hacer un zoom en lo que debe de ser la paleta. Si no me equivoco, descubriremos una serie de treinta y tres colores, alineados uno detrás del otro. Así, sabremos que el primer color corresponde a la cifra 1, el segundo a la cifra 2, y así sucesivamente. A continuación, las treinta y tres posiciones, casi lo podría asegurar, nos darán treinta y tres colores, uno cada una, y no tendremos más que observar la posición de ese color en la paleta para encontrar la correspondencia en cifras.

—Bueno, si tú lo dices...

—¡Evidentemente! ¡Es perfecto! ¡Tendremos nuestro código de treinta y tres cifras!

—Muy bien. Pero si hay treinta y tres colores ordenados, habrá por tanto cifras que irán del uno al treinta y tres, mientras no hay más que veinticuatro letras en el alfabeto griego.

—¡Pero si no se trata de letras, sino de cifras! Cifras que nos indican cuántas posiciones hay que desplazar las letras del mensaje cifrado... Hay que considerar que el alfabeto es un

bucle. Si teníamos la C y el 2, nos daba E, ¿de acuerdo?

—Sí. Eso ya lo había entendido.

—Pero si tenemos C y 30... eso daría... espera, que calculo.

Vi cómo hacía desfilar las letras por su cabeza.

—¡Nos daría G! ¡Hemos dado toda la vuelta!

—Ya, entendido. De acuerdo. Entonces no nos queda más que esperar a la máquina... —exclamé yo, impaciente.

—Habré terminado dentro de algo más de una hora —dijo el relojero—. Pero necesito un poco de silencio, si no les importa.

El pobre hombre sin duda apenas podía concentrarse en medio de nuestro escándalo. Hice señas a los demás de que salieran y volvimos al salón. Prometí a Jacqueline llamarla en cuanto tuviésemos la máquina lista.

Los minutos que siguieron nos parecieron interminables. Yo no dejaba de sentarme y levantarme, frotándome las manos como para expulsar el nerviosismo. Estelle nos hizo té, y Lucie intentó hacernos comprender mejor su rollo sobre la paleta de Leonardo. Estaba subyugada por el ingenio del pintor italiano, y se notaba que tenía muchas ganas de ir a contarlo en uno de los numerosos foros en los que se encontraba con sus amigos *hackers*. Pero no era el momento de hacer divulgación en línea. Todo llegaría.

Después, a última hora de la tarde, Estelle nos propuso preparar algo de cena. Pero nadie tenía hambre. François fue a conectar el televisor, y unos segundos después lo apagó, dándose cuenta de que no podía soportar el ruido.

De pronto el relojero irrumpió en el salón.

—¡Ya he terminado! —anunció, sonriente.

Todos nos levantamos de un salto.

—¡Esperen…! —dijo, intentando que nos calmásemos—. Para ir más rápido he descuidado un poco la solidez de algunas piezas. Por tanto, es un aparato extraordinariamente frágil. ¡Deberán tener muchísimo cuidado!

—Desde luego —le tranquilicé—. Sólo Lucie y yo entraremos en el garaje, los demás mirarán desde la puerta.

—¿No quieres que esperemos a Sophie? —dijo Estelle.

—¡No, claro que no! —exclamó François, impaciente—. ¡No te has enterado de nada! Lo que buscamos ahora es el código. No vamos a descifrar el mensaje, sólo a buscar el código. ¡Lo necesitamos para liberar a Sophie!

—Perdonadme, pero vuestro asunto no es nada fácil…

Lucie y yo seguimos al relojero. Nos mostró, orgulloso, su obra maestra. Había trabajado a una velocidad notable, y con una discreción que merecía todo el respeto. Le estreché la mano de la manera más calurosa que pude, y después llamé a Jacqueline.

—¿Hola? Soy Damien. Bueno, ya está. Estoy delante de la máquina. Está preparada. Y el cuadro en su lugar.

—¡Perfecto! Entonces, vamos a ver. ¿Ves la parte central? ¿Esa especie de caja que se desliza sobre los ejes dentados?

—Sí.

—Llévala a la derecha, todo lo que puedas, hasta que tropiece con el tope pequeño.

Cogí aquello que se parecía al célebre perspectógrafo de Da Vinci y lo deslicé hacia la derecha. Sonaron unos pequeños tintineos a medida que la caja avanzaba sobre las muescas del engranaje, y después todo el conjunto se fijó en el borde de la máquina.

—¿Va bien? —preguntó Jacqueline.

—Eso creo.

Lucie se movía impaciente detrás de mí.

—Bueno, ahora haz algo parecido pero de abajo arriba. Empuja la parte de atrás de la caja para que se levante la parte delantera.

—De acuerdo.

Repetí el gesto minuciosamente. El relojero, justo al lado, me contemplaba. Oía su respiración inquieta a mi espalda. La presión era enorme. Todo el mundo me miraba. Tenía miedo de estropear la máquina o desplazarla.

—¿Ya está?

—Sí —anuncié, soltando la cajita de madera.

—Bien. Entonces, tiene que haber un agujerito redondo en la parte de atrás de la caja, de tu lado. Es un visor, como en una cámara de fotos...

—Ah, sí. Bueno, no es redondo, es cuadrado —precisé—, pero creo que es porque el relojero no ha tenido tiempo de redondearlo.

Me volví. El artesano asintió moviendo la cabeza repetidamente.

—Bien, pues mira dentro y dime qué ves. Lógicamente, deberías ver el cuadro aumentado cientos de veces.

Me froté las manos y acerqué el ojo a la cajita. Tenía la impresión de mirar por el microscopio más antiguo del mundo. Y no el más práctico.

—Bueno, pues veo... unos colores, vagamente. Nada preciso.

—Está bien. Ahora es cuando tienes que ajustar la máquina —me explicó Jacqueline—. No tienes que tocar la cajita, solamente el marco. Deberías poderlo hacer girar de derecha a izquierda y de arriba abajo también, muy suavemente. Debe bastar con un milímetro. Tienes que encontrar la paleta.

—¿Y qué es eso? —pregunté, empezando a mover el aparato.

—Pues una serie de colores, ¡yo qué sé! ¡Busca! Una vez que tengas la paleta, ésta no solamente te dará el índice de los colores, sino que también estarás seguro de que la máquina está bien calibrada para las treinta y tres posiciones restantes.

Me temblaban los dedos. No conseguía ser preciso.

Me incorporé, suspirando.

—Lucie, prueba tú. ¡Yo no soy lo bastante hábil!

La joven ocupó mi lugar. Ella medía veinte centímetros menos que yo y el aparato estaba mejor adaptado a su estatura. Pero además ella era mucho más ágil y meticulosa. Delicadamente, hizo pivotar el marco de la máquina de Da Vinci.

—¿Qué? —la presioné.

—¡Sssh! —decía ella, sin moverse.

Levantó una mano, ajustó un poco más el aparato y después retrocedió lentamente.

—¡Mira! ¡Hay que parar en el eje! Es exactamente lo que pensaba...

Yo avancé lentamente hacia el visor. Tenía miedo de mover el aparato y descompensarlo todo.

—¡Espera! —gritó Jacqueline al aparato—. Cuando lo tengáis bien calibrado, antes de hacer tonterías, apretad el tornillo del marco...

—¿Qué tornillo?

El relojero se aproximó.

—Aún no he podido poner el tornillo —murmuró—. Espere, voy a poner uno ahora mismo. Sujete bien el marco para que no se mueva...

Fue a buscar un tornillo perforante y un destornillador y luego fijó sólidamente el marco. Acerqué el ojo a la abertura. Y entonces, efectivamente, aparecieron una serie de colores perfectamente alineados, pequeños toques verticales que Leonardo da Vinci había escondido en el cuadro. Una especie de código de barras ancestral y ahumado.

—Pero ¿cómo pudo pintar esos detalles tan pequeños? —me asombré—. ¡Tenemos suerte de poderlos ver en esta reproducción!

—Es una reproducción excelente —intervino Jacqueline.

—Sí, pero ha sobrevivido incluso a un incendio. Y eso no responde a mi pregunta.

—Creo que utilizó un sistema de lupas y un pincel con un solo pelo. O quizá lo pintó con una aguja. No lo sé...

—En todo caso, veo claramente los colores. Voy a intentar contarlos.

Lo intenté varias veces. Las referencias estaban tan cerca las unas de las otras que costaba mucho no confundirse. Pero los colores estaban bien claros. Y aunque *La Gioconda* en conjunto daba una impresión bastante monocromática, conté treinta y tres colores diferentes disimulados en aquel rincón del cuadro.

—¡Bingo! —exclamé—. ¡Treinta y tres colores! ¡Qué locura! No sé ni siquiera en qué parte del cuadro estoy mirando. Probablemente, en una de las zonas señaladas con lápiz por mi padre.

Lucie se acercó a *La Gioconda* y pasó su mano por la superficie hasta que yo pude ver sus dedos.

—¡Alto! —la detuve—. ¡Ahí, es ahí!

Tenía el dedo en la parte superior derecha del cuadro, precisamente en uno de los lugares marcados por mi padre.

—¡Es ahí! O sea que mi padre estaba muy cerca de

conseguirlo…

—Bueno —siguió Jacqueline, al teléfono—. Ahora será un poco más complicado. Debes tener una buena memoria visual. Una por una tienes que bajar las muescas del eje horizontal y el vertical. Una de cada lado, y al mismo tiempo. Así tendrás treinta y tres nuevas posiciones. Cada una de ellas debería dar un solo color del cuadro.

—Sí —seguí yo—. Y la posición de ese color en la paleta me dará una cifra… Lucie lo había adivinado muy bien.

—Excelente. ¡Ya puedes empezar!

Inspiré profundamente. Sabía que aquello no iba a ser fácil. No tendría la memoria suficiente para recordar la posición de tal o cual color en la paleta, y tendría que volver regularmente a la primera posición. No era sencillo, pero no había tiempo que perder.

Accioné la fabulosa máquina de Leonardo da Vinci. Uno a uno aparecieron los colores, luminosos, en el pequeño visor. Lucie me tendió un papel y un lápiz, y empecé a tomar notas. Me equivoqué muchas veces. Volví atrás. Taché lo que ya había escrito. Volví a empezar. Los ojos me escocían. Mi vista se nublaba. Retrocedí un poco, meneé la cabeza y volví a ponerme al trabajo.

Era un momento mágico. La habitación permanecía en un silencio respetuoso y angustiado. Todos esperábamos el secreto que Da Vinci nos transmitía a través de los siglos. Yo tenía la sensación de encontrarme en su taller de Milán, de oír su risa detrás de mí. Leonardo satisfecho. Su astucia había triunfado.

Al cabo de una media hora o tal vez más, me incorporé y anuncié a todo el mundo que había terminado.

—¿Y bien? —me preguntó François.

—¿Qué? —le dije, mostrándole mis notas—. ¡Son sólo números!

Miré el reloj. Eran las 21.15. No teníamos tiempo de examinar el código más de cerca. Las treinta y tres cifras estaban allí. En mi mano. La clave que permitiría descifrar el mensaje de Jesús. Y debía dárselo a aquellos que se habían llevado a Sophie.

¿Qué esperaban? ¿Descubrir el mensaje antes que todos los demás y quedárselo para ellos? ¿Sabían que nosotros habíamos recuperado el texto, y que podríamos también descifrarlo? Entonces, ¿iban a intentar eliminarnos? Era una posibilidad. Una evidencia casi. Pero yo no tenía tiempo de reflexionar. Por el momento, sólo una cosa contaba. Salvar a Sophie.

—¡Vamos! Tenemos que llevar todo esto enseguida al Père-Lachaise. ¡Es la única oportunidad que tenemos!

—¡Sí, vamos! —repitió François.

—No —le corté yo—. Tú no. Iré yo solo con Stéphane.

—¿Bromeas?

—No, hablo en serio, François. Quedaos todos aquí. No quiero cagarla. Iré solo, con Stéphane nada más.

Badji avanzó en la sala.

—En efecto, no puede usted venir de ninguna manera, François. Me niego a asumir ese riesgo. Por el contrario, señor Louvel —continuó, volviéndose hacia mí—, no iremos solos allí.

—¿Qué dice ahora?

—Voy a llamar a los chicos de mi empresa.

—¡Está loco! ¡No vamos allí en plan comando!

—Escuche, Louvel, yo le tengo mucho cariño, pero no tenemos tiempo de discutir, ¿de acuerdo? ¿Sabe disparar una pistola?

—No.

—¿Ha participado en una operación de rescate de rehenes?

—Pues no, pero…

—Pues yo sí —me cortó—, es mi oficio, ¿de acuerdo? Debe confiar en mí, y poner todas las posibilidades de nuestra parte.

—¡No queremos que la cosa se estropee! —repliqué yo.

Él asintió. Cogió su móvil y partió hacia el coche. Le vi buscar en el maletero del Safrane hablando mientras tanto a sus colegas por teléfono.

François vino a colocarse ante mí.

—Llamadnos cada tres minutos, porque aquí nos quedaremos muy inquietos…

—Quizá no pueda cada tres minutos —repliqué—, pero sí que os llamaré, te lo prometo.

Nos quedaban tres cuartos de hora para llegar al cementerio. No teníamos un solo minuto que perder. No tendríamos más que el trayecto en coche para ponernos en situación.

Estelle me trajo el abrigo, yo me metí la nota donde había copiado el código en el bolsillo y me fui hacia el Safrane.

Mientras Stéphane me ayudaba a colocarme el chaleco antibalas, vi que Lucie me miraba. Creo que jamás había visto una mirada tan intensa. Como si hubiese querido transmitirme algo. Un poco de valor, sin duda. Yo le guiñé el ojo, dirigí una sonrisa a los Chevalier y me subí en el asiento delantero del Safrane.

Sin duda no había sufrido tanta angustia en mi vida como durante los interminables minutos que nos separaban de la cita. En cuanto a Stéphane, conducía mucho más rápidamente aún que Sophie el día de nuestra huida de

Gordes. Pero era un profesional, y yo no tenía casi miedo. Casi.

Durante todo el trayecto, Badji intentó tranquilizarme. Estaba claro que había tenido tiempo de preparar un plan de último momento con sus colegas y me explicó que se quedaría escondido algo retirado, detrás de una tumba, dispuesto a intervenir al menor golpe.

—¿Y sus colegas? —le pregunté, inquieto.

—Normalmente no se dejan ver.

—Pero no irán a jugar a los *cowboys,* ¿eh?

—Si todo va bien, no tendremos que intervenir. Estamos allí, en principio, para protegerle.

Yo tragué saliva ruidosamente y apreté los puños. Tenía frío, me sentía débil. Estaba paralizado.

—Sobre todo —me dijo—, no les diga que no tiene la piedra. No les diga nada. Lleve el papel con el código en la mano. Será su cebo. Aunque vean que no es la piedra, querrán ver lo que tiene apuntado.

—Espero que tenga razón.

Las luces de París se mezclaban en un cuadro borroso que desfilaba detrás del cristal. Yo no sabía ya si Badji me hablaba. Mi espíritu estaba en otro lugar. Absorbido por el recuerdo de Sophie. No vi pasar los últimos minutos. Los últimos metros.

Un poco antes de las diez, llegamos ante el cementerio, al pie del distrito XX. El Père-Lachaise estaba sumergido en el crepúsculo primaveral. Algunos árboles que rebrotaban surgían detrás del largo muro que rodeaba el cementerio. Badji aparcó el coche en el bulevar Ménilmontant. Vino a abrirme la puerta. Yo estaba como desamparado en el interior. Inmóvil. Después, dándome cuenta de que la puerta estaba abierta, salí a la calle. Las farolas inundaban la acera con una

luz anaranjada. Stéphane me dio un golpecito en el hombro. Debía dominarme. Nos pusimos en camino.

El Père-Lachaise es un pueblo de tumbas que se extiende en una amplia colina, entre senderos pavimentados, bordeados de tilos y castaños. Pero por la noche no es más que una enorme masa oscura donde las sombras de los árboles se confunden con las de las tumbas, en un fresco inmenso e inquietante. Yo temblaba.

Todas las entradas estaban cerradas desde hacía mucho rato, así que fuimos siguiendo el alto muro de piedra hasta una callejuela que se curvaba en el ángulo sur del inmenso cementerio. La calle del Reposo, de buen nombre. Allí había un lugar donde el recinto era menos alto, y un poste pegado al muro nos permitiría trepar. Una de las puertas del cementerio estaba situada un poco más lejos, y habría que ser prudente, ya que allí se encontraba un edificio que quizá fuese la casa del guarda.

Volví a sentir la sensación extraña que había tenido con Sophie en nuestra expedición nocturna a la casa quemada de mi padre. La impresión de ser un ladrón. Un ladrón mediocre. Pero esta vez el miedo se multiplicaba. Era él quien dirigía cada uno de mis gestos.

El guardaespaldas me aupó y yo me agarré al poste. Apoyé la rodilla izquierda contra la pared. La superficie rugosa se me clavaba a través del pantalón. Pero empecé a trepar. Empujando contra la pared y levantándome con la ayuda del poste, llegué al final a lo alto y pasé las piernas al otro lado del muro, teniendo mucho cuidado con los pinchos de metal destinados a disuadir a los visitantes no deseados. Con cuidado me volví y tendí la mano a Stéphane. Pero él no necesitaba mi ayuda y trepó con la facilidad de un alpinista.

Salté al otro lado, seguido de cerca por Badji, que aterrizó justo a mi lado, en medio de los arbustos. Ante nosotros se alzaba hasta perderse de vista la colina de tumbas engullidas por la noche. Las diez menos ocho minutos.

Teníamos menos de diez minutos para llegar a la cita.

—¿Dónde están sus amigos?

—Ya están dentro, apostados.

De repente hablaba como un militar.

—¡Ni siquiera sabemos dónde está la tumba! —farfullé.

—Hay una lista hacia la entrada principal —informó Badji.

Y se echó a correr delante de mí, intentando retener sus pasos y evitar las ramas, para no hacer demasiado ruido. Yo le seguí, echando un vistazo a mi alrededor para ver si nos seguían. Pero no vi a nadie. Corrimos entre las tumbas, saltando por encima de las macetas, inclinados hacia delante para protegernos detrás de las estelas y las capillitas. Mi recinto del cementerio proyectaba sobre nosotros una sombra protectora. Con tan poca luz, me dije que sólo los gatos podían vernos, los únicos que iban y venían por el Père-Lachaise noche y día como almas en pena.

Llegamos sin aliento ante un viejo panel verde que daba la lista de las tumbas de famosos. La tinta estaba un poco borrada, pero encontré el nombre de Michelet en medio de una columna. División cincuenta y dos, casi en el centro del cementerio. Los secuestradores habían elegido una tumba que estaba lo suficientemente alejada de las puertas y de la casa del guarda para garantizarles la tranquilidad.

—Bueno —empezó Badji, enseñándome el plano del cementerio—. Vamos a separarnos. Es mejor que no nos vean llegar juntos. De hecho, a mí no deben verme en absoluto. Vaya siguiendo el camino más directo, el más lógico, pasando por las calles del cementerio. Yo tomaré posición algo más atrás. Le vigilaré.

Buscó en su bolsillo y sacó un revólver.

—Tenga.

Yo retrocedí un poco.

—Eh... ¿seguro que es necesario?

—No haga el burro, Louvel.

Al menos la respuesta era sincera.

—¿Tiene otro? —le pregunté.

—Dos más.

Era inútil resistirse. En realidad, aunque detestaba las armas de fuego, no me sentía del todo disgustado de ir cubierto.

—No haga tonterías —refunfuñé en cambio—. Tenemos que sacar a Sophie de este lío. Nada de disparos inútiles, ¿de acuerdo?

El no juzgó necesario responder. Conocía su oficio, y sin duda se preocupaba más por mí... Estaba seguro de que haría todo lo que pudiera. Pero no estaba seguro, sin embargo, de que eso bastase...

Me dio un golpecito en el hombro, me guiñó el ojo y desapareció entre las filas de lápidas grises.

Entonces fue cuando de verdad me invadió el pánico. Solo en medio del cementerio, en la oscuridad de la noche, la vida de Sophie en mis manos. La ecuación era sencilla. Yo era la única persona que podía salvarla. Y no llegaba a asumir aquella responsabilidad, ese poder. Porque la ecuación no era justa.

Yo no tenía la piedra.

Inspiré profundamente, intenté coger valor, hurgando en mis recuerdos; el rostro de Sophie, su sonrisa, su fuerza, su voluntad, su oculta ternura. Nuestra noche en Londres. Y después las que siguieron. Me puse en marcha.

El viento se colaba entre las tumbas hasta mi espalda. Algunos gatos maullaban y se escabullían por las avenidas.

Cada paso me alejaba del ruido de París. Cada metro me separaba un poco más del mundo real. Era como sumergirse en el corazón de las tinieblas, como coger el infierno por la cintura. Yo caminaba por encima de los muertos para atravesar la Estigia. Partía hacia una isla de la cual no quería volver solo.

Mis pasos resonaban sobre las calles pavimentadas del cementerio. Algunas palomas presas del pánico se echaron a volar delante de mí. A lo lejos, vi dibujarse en la sombra la placita junto a la cual debía encontrarse la tumba de Michelet. Pero seguía sin ver a nadie.

Metiendo las manos en los bolsillos, bajando la cabeza, luché contra el miedo que me impulsaba a desandar el camino. Cada paso era una victoria, y un navajazo a la superficie de mis venas. Luchar por avanzar, luchar por creer. Nunca me había sentido tan solo.

Pronto, sin darme cuenta en realidad del camino recorrido, me encontré delante de la tumba. Distinguía mal los alrededores, un bosque de sombras y de piedras. La sepultura de Michelet era un pequeño monumento, una lápida grande donde un fresco, rodeado de dos columnas romanas, representaba a un espíritu envuelto en un ropaje que se elevaba por encima de una tumba. La noche proyectaba sombras inquietantes en la blancura de la escultura. Yo me estremecía.

De pronto, oí un ruido detrás de mí. Me sobresalté. Lentamente, volví la cabeza. Pero no vi nada. Empecé a retroceder buscando una referencia, un apoyo. Estaba aterrorizado. Y el miedo me daba frío.

Después apareció una sombra negra ante mí, como surgida de una tumba. Me quedé inmóvil. Dos siluetas se dibujaron ante mis ojos, recortadas como sombras chinescas en la pared blanca de un panteón que se encontraba tras ellas. Había un hombre y una mujer.

Rápidamente reconocí a Sophie. Ella tenía las manos atadas a la espalda, y una mordaza en la boca. El hombre que estaba a su lado apoyaba un revólver en su sien. La empujaba ante él.

Yo temblaba. Oía la respiración entrecortada de Sophie. Ella lloraba, sin duda. No podía ver claramente su rostro, pero adiviné el pánico en sus gestos y su aliento. Estaba allí, ante mí, como una promesa que debía cumplir. Tan próxima y sin embargo tan inaccesible. Habría querido detener el tiempo. Detener el mundo. Arrancar a Sophie de aquella historia y huir. Huir con ella, sencillamente.

—¡La piedra! —exclamó el hombre, apoyando el arma en la frente de la periodista.

Unas gotas de sudor corrían por mi nuca, y ya no controlaba mis manos. Inspiré profundamente intentando reponerme. Sophie estaba apenas a unos pasos. No había posibilidad de error.

Deslicé lentamente la mano en mi bolsillo. Noté el papel entre mis dedos. El código. Tenían que aceptar el código. Tragué saliva y, con la mandíbula apretada, saqué lentamente la hoja de mi bolsillo.

Era nuestra única oportunidad. La vida de Sophie a cambio de un trozo de papel.

—Toma —dije, tendiendo la hoja de papel ante mí.

El papel temblaba en la punta de mis dedos. Un rectángulo blanco en la noche negra. Un soplo de viento levantó la hoja. Dos veces. Después, se dobló contra mi pulgar. Ya no se movió más.

De pronto, el desconocido hizo un gesto brusco. Sacudió a Sophie, a la que sostenía por el brazo.

—¿Se está riendo de mí? —chilló—. ¡Esto no es la piedra!

—Espere... —balbucí yo—. Es el código... no tengo la piedra, pero...

No tuve tiempo de acabar la frase.

El disparo resonó dentro de un relámpago blanco. Seco. Violento. Repentino. No sé si el sonido llegó antes que la luz. El caso es que cerré los ojos dos veces. Me sobresalté dos veces. Sonó un grito. Mío, sin duda. La detonación retumbó entre las piedras sepulcrales. Resonó con el eco.

Después, lentamente, como a la luz de un flash, vi el cuerpo de Sophie que caía hacia delante.

Con las manos a lo largo del cuerpo. Ni un gesto para retener su caída. Ni un reflejo. Un maniquí sin vida. Con la cabeza caída sobre el pecho, ella se desplomó pesadamente, como una muñeca de carne.

Oí el ruido terrorífico de su cráneo contra los adoquines. Y quizá volví a chillar cuando resonó el segundo disparo. Pero ya no vi nada más. No oí nada más. Y me sentí caer, caer.

El zumbido en mis oídos se mezcló con otros disparos. Deflagraciones sucesivas. Oleadas de ecos. Un tiroteo a mi alrededor. Pero yo ya no estaba. Relámpagos blancos.

«No. Así no. Así no.»

De pronto, me vi proyectado hacia atrás. Un dolor terrible en el pecho. Ruido de pasos. Gritos. Otros disparos.

Después, el silencio. Y lentamente, las lágrimas que se agolpaban en mis ojos. Un nudo en la garganta. El dolor. Sólo recuerdo el dolor.

Después, Badji. Colocando su mano sobre mis hombros.

«Ha recibido una bala.»

Murmuraba.

«El chaleco ha parado el golpe.»

¿Desde cuándo estaba allí? ¿Era noche oscura, o es que

yo ya no veía nada? Habría querido perder el conocimiento. Desaparecer. No saber nada más. No sentir. Que cesara el dolor. Alejar lejos de mí aquel pensamiento que invadía mi cabeza. Esa frase irreversible. Esas palabras de más. Sophie está muerta.

Pero no había nada más que eso. Eso y el dolor.

Doce

Cuando lo pienso hoy en día, siempre me asombra haber conseguido sobreviviría. Nunca había amado como amé a Sophie, y sin duda nunca más tendré fuerzas para hacerlo.

Durante largo tiempo el mundo continuó girando sin mí. Yo ya no era actor, sino un simple testigo. No era más que un pingajo, silencioso, ciego y sordo en el fondo de un sillón, en el cual seguía hundiéndome. Como si la caída no concluyese nunca. Como si aquellos brazos de cuero me aspirasen hacia una grieta que se cerraba por encima de mí.

Sin Estelle y François sin duda habría sucumbido al deseo de poner fin a mis días. No me faltaba más que la libertad de hacerlo. No el valor. Pero ellos se ocuparon de mí como de un amnésico que vuelve poco a poco a la vida. Yo no hacía nada por ayudarles. No cogí ninguna de las manos que se me tendían. Incluso creo que no les veía. Su amor era como una camisa de fuerza que me impedía cortarme las venas, eso es todo.

Cada día me hablaban. Intentaban hacerme volver al país de los vivos. Me tenían al corriente de la evolución de las cosas. Como para darme puntos de referencia.

Me lo contaron todo. Yo iba almacenando las informaciones, indiferente, perdiéndome sin duda la mitad.

Me explicaron el tiroteo del cementerio. La bala que Sophie había recibido en la nuca. Murió al instante, sin sufrir.

La bala que había recibido yo. En el pecho. Salvado por el chaleco antibalas. Gracias a Badji, pero habría preferido morir también. No lo dije, pero seguro que lo leyeron en mis ojos.

Los hombres de Badji estaban al acecho para interceptar a dos de los secuestradores antes de que saliesen del cementerio, y los entregaron a la policía. Después de unas pesquisas, se descubrió que estaban relacionados con Acta Fidei. Evidentemente. Después hubo una larga investigación por parte de la gendarmería y la policía. Concluyeron que mi padre y el de Claire habían muerto a manos de los mismos tipos que mataron a Sophie. Un grupo de enfermos salidos de una organización católica integrista. Algo así. Gracias a las conexiones de François no me pusieron en detención preventiva durante la investigación, y las diligencias de las que era objeto desde mi huida a Gordes fueron archivadas sin más preguntas. Vino a verme un psiquiatra y anunció que por el momento estaba conmocionado, y por tanto no podía hablar. Pobre idiota. ¿Y hacen falta estudios de psiquiatría para ver eso?

Pero continuaron informándome. Un día, François me leyó en un periódico la declaración del Vaticano, que condenaba oficialmente a Acta Fidei. La organización fue desmantelada. Pero sus relaciones con el Opus Dei y la Congregación para la Doctrina de la Fe apenas se nombraron. Era demasiado fuerte para ser verdad. Los periodistas no siempre tienen pelotas en este país.

El cura de Gordes, desde su nuevo puesto en el Vaticano, envió durante las primeras semanas algunas cartas a François para contarle cómo evolucionaba la situación, vista desde el interior. Como en Nueva York y en París, en Roma hubo numerosos arrestos, después algunos cambios internos discretos, y, tras aparecer en primera plana de todos los periódicos italianos, el asunto cayó en el olvido. El cura de Gordes no supo nada más. Cuando preguntó a sus superiores si Acta Fidei estaba en el origen de su traslado, se rieron en sus

narices y nunca más tuvo ocasión de quejarse.

En cuanto al Bilderberg, su nombre ni siquiera fue mencionado por los periodistas. François supo, sin embargo, que los miembros disidentes fueron detenidos uno a uno, pero la prensa no cubrió ninguno de esos arrestos. De todos modos, la prensa no habla jamás del Bilderberg. Jamás.

Y, evidentemente, en ninguna parte se habló de la piedra de Iorden ni del mensaje cifrado de Jesús. Se habló simplemente de un conflicto de intereses entre mi padre, el de Claire Borella y Acta Fidei, pero jamás se precisó de qué trataba ese conflicto.

El mensaje de Jesús. La clave que les faltaba.

Todos y cada uno venían a verme para contarme aquello. Estelle, con su dulce voz, el bebé en su vientre. François, el amigo fiel. Badji, que me había salvado la vida tantas veces. Lucie, la pequeña Lucie, que me hablaba como a un hermano mayor y a veces se quedaba horas conmigo, sujetándome la mano. Todos me hablaban y me suplicaban que volviese en sí, pero yo no conseguía reaccionar. No llegaba siquiera a interesarme. Después de haber perdido a mis padres, había perdido a la primera mujer a la que había amado de verdad. Y no encontraba cómo asirme a la vida.

Claire Borella me decía que yo debía a nuestros respectivos padres acabar su investigación. Tenía todos los elementos en mi mano. Pero a mí no me importaba. El mensaje de Jesús no me devolvería a Sophie. Y eso Claire no podía comprenderlo.

Poco a poco la gente se fue desanimando. Claire Borella abandonó el chalé de los Chevalier. Vendió el piso de su padre, se mudó a un estudio a algunas calles de distancia y reemprendió su vida normal.

François y Estelle acabaron casi por olvidar que yo estaba allí. Me había convertido en un mueble del salón. A veces venían a hablarme, pero sin convicción alguna.

Badji volvió a hacer sus cursos de formación.

Jacqueline prolongó su estancia en Francia. Era la única que no me hablaba nunca. Sin duda había comprendido que no servía para nada. O quizá su pena era tan grande como la mía. Una vez por semana venía a casa de los Chevalier, se sentaba a mi lado y se servía un whisky. La oía beber, jugar con el cubito de hielo en su vaso, suspirar, pero ni siquiera la veía.

Y sin embargo un día por fin volví a remontar.

Fue una tarde como las demás. Mis ojos, ardientes de lágrimas, estaban apenas abiertos. Hundido en mi sillón. Con las manos tocando el suelo, al lado de una botella vacía. Había pasado un mes. O quizá más. Fuera, el verano empezaba a aplicar sus colores ante mi indiferencia. Me hacía falta mucho más que eso para decidirme al movimiento. Ni siquiera tenía calor. Sólo sed.

Hacia las cuatro, mientras el sol de junio apenas conseguía penetrar entre los postigos que yo tenía cerrados, Lucie llamó a casa de los Chevalier.

Normalmente ella pedía noticias y hablaba un rato con Estelle. Pero aquella vez le pidió que me pasara a mí el teléfono. Ella sabía perfectamente, sin embargo, que yo no hablaba, que me negaba a salir de mi mutismo. François no estaba, ocupado en sus tareas políticas, y yo pasaba los días con Estelle, que, ironías del destino, dedicaba su permiso de maternidad a cuidarme a mí.

Estelle se acercó a mí y me puso el teléfono en la oreja, sin confiar demasiado. Yo ni siquiera me moví.

—Damien —empezó Lucie, con voz decidida—, Sphinx al aparato. Dentro de una hora, si no has movido ese gordo culo tuyo del sillón, voy a descifrar el mensaje en tu lugar.

Su voz resonó durante un tiempo en mi cabeza. Como si debiese recorrer un largo camino antes de llegar a su objetivo.

Pero el mensaje, como por milagro, me llegó al fin. Clic. Como un engranaje que se desatasca. Y de pronto me decidí a abrir la boca. Por fin. La primera frase que pronuncié después de la muerte de Sophie fue:

—¡Y a mí qué me importa!

Estelle, que seguía apoyando el teléfono en mi oído, abrió mucho los ojos. No había oído mi voz desde hacía tanto tiempo que no se lo podía creer.

—¿Ah, sí? —insistió Lucie—. Creo que Sophie habría estado orgullosa de ti. Superorgullosa. ¡Vaya idiota!

Colgó de golpe.

Oí la línea del teléfono en mi oído. Estelle no se movió. Me contemplaba. No estoy seguro de que hubiese comprendido que Lucie ya no estaba al aparato. Pero de pronto me levanté exclamando:

—¡Esa gilipollas!

Me precipité hacia el primer piso del chalé. Eché a correr escaleras arriba, abandonando a Estelle en el salón. Corría a toda velocidad, como si estuviese loco. Estelle debió de creer que iba a saltar por la ventana. Se levantó para correr detrás de mí. Pero cuando llegó al despacho de su marido, sin aliento, sujetándose el vientre, vio que yo estaba sentado ante el ordenador. Que no iba a saltar por la ventana.

Las lágrimas corrían por mis mejillas. Pero eran unas lágrimas llenas de vida. Ya tenía los ojos bien abiertos. Miraba la pantalla del ordenador. La devoraba con la vista.

Había guardado el código en el fondo de mi bolsillo desde la muerte de Sophie. Siempre lo llevaba apretado en el puño, dispuesto a tirarlo, pero nunca encontré el valor suficiente. En una mano tenía el código, en la otra, el resto de

la bala que se había aplastado contra mi chaleco, en mi pecho. La bala que habría tenido que matarme.

Pero aquel día saqué el código del bolsillo y lo coloqué encima del escritorio. Sorbiéndome los mocos como un niño que llora, lo leí, pasándole la mano por encima.

Después, levanté los ojos hacia Estelle.

—Ve a buscar el CD-Rom de Lucie que tengo en el abrigo —le pedí, sin la menor educación.

Ella estaba muy contenta de volver a oír mi voz. Sin dudar, fue hacia la escalera y la bajó tan rápido como le permitía su embarazo.

Entré en Photoshop. El programa se abrió lentamente. Estelle volvió a aparecer en el despacho. Me tendió el disco. Tenía los ojos brillantes. Yo me froté las manos y después cogí el CD. Lo metí en el ordenador y abrí el fichero.

Lentamente, la foto de la tablilla apareció ante mis ojos llenos de lágrimas. Los dos elementos del rompecabezas virtualmente reunidos ante mí. El código de la piedra de Iorden, encontrado en *La Gioconda,* y una foto del texto cifrado de Jesús. Inspiré profundamente y me sequé los ojos con la manga de la camisa.

Empecé a comparar las dos imágenes. A la izquierda unas cifras, a la derecha unas letras griegas. No tenía más que descifrarlo. El mensaje estaba ahí. Expuesto. Dos piezas separadas que esperaban desde hacía dos mil años a que alguien las uniese de nuevo.

Yo sabía cómo hacerlo. Como lo habría hecho Lucie. Como lo habría hecho Sophie. Pero me correspondía hacerlo a mí. Una por una, fui desplazando las letras de la tablilla según la cifra que correspondía. Imposible de memorizar. Cogí un bolígrafo del escritorio, coloqué la hoja del código encima de la mesa y empecé a descifrar, escribiendo las letras descodificadas una a una.

Estelle me miraba, retorciéndose las manos. Sus ojos iban del papel a mi rostro, buscando una respuesta, un consuelo. De pronto, yo me eché a reír.

Estelle retrocedió un paso. Debía de tomarme por loco.

—¿Qué pasa? —dijo, cogiéndome por el hombro.

—Ha tenido que haber algún error, esto es un galimatías. No quiere decir nada.

—¿Estás seguro? —se inquietó ella, mirando la foto.

—¡Sí, mira! ¡Esto no significa nada!

Le enseñé el papel donde había escrito la sucesión de nuevas letras griegas. No aparecía ninguna palabra. Ninguna lógica. Algo fallaba.

—¡Pero no es posible! —exclamó ella—. Estás tan cerca del final... Prueba otra vez...

Hice algunas comprobaciones, pero no me había equivocado. Las letras descifradas no tenían ningún sentido.

—¿Está en la dirección correcta la tablilla? —preguntó Estelle.

—Pues claro que está en la dirección correcta... —repliqué yo—. Ya ves que las letras están al derecho...

Le enseñé la foto en el ordenador.

Y de pronto comprendí.

—¡Espera! —exclamé—. ¡Claro, tienes razón! ¡Qué idiota soy!

—¿Cómo?

Me eché a reír otra vez. Volví a coger el bolígrafo que había arrojado sobre la mesa y empecé a escribir de nuevo.

—¡Da Vinci escribía al revés! —expliqué—. Ese idiota de Da Vinci escribía de derecha a izquierda, y hay que hacer lo mismo con la paleta. Hay que coger las cifras en el otro

sentido.

No sabía si las lágrimas que corrían por mis mejillas eran de tristeza o de alegría. Sin duda, un poco de las dos cosas.

Intentando mantener la calma, transcribí las letras unas tras otras. La primera. La segunda. Dudé. Al fin, me quedó claro. Iba a descubrir el mensaje. Nunca podría estar seguro de si procedía o no de Jesús, pero debía leerlo. Por Sophie. Por el idiota de mi padre.

Me detuve y dejé el bolígrafo en la página. Me mordí los labios.

—Estelle —dije, volviéndome hacia ella—. Te molesta si...

No tuve necesidad de acabar mi frase. Ella la comprendió y me sonrió.

—De acuerdo, ya te dejo. No hay problema. Me voy abajo.

Salió lentamente del despacho, andando hacia atrás. Sonreía. Sus ojos me decían que mantuviera el valor. Sabía que yo necesitaba estar solo.

Estelle era la mejor amiga con la que podía soñar. Como François, me conocía quizá mejor que yo mismo. En todo caso, me quería mucho más de lo que yo me quería a mí mismo, desde luego. Cerró con suavidad la puerta del despacho.

Me encontré solo. Solo ante el final del enigma. Habría deseado que Sophie estuviese allí. Pero tenía que hacerlo sin ella. Por ella.

Allí estaba, el asidero que podía sujetarme a la vida. En aquella tablilla que tenía ante mí. Aquel mensaje que sólo requería ser traducido. Aquel mensaje cuya existencia no había sospechado la prensa. Aquel mensaje que nuestros enemigos no habían podido descifrar, ya que las dos partes del

rompecabezas no se habían reunido nunca. Quedaba todo por hacer. Asentí con la cabeza, acerqué lentamente mi silla al escritorio y empecé la transposición de las letras. El mensaje me pertenecía. Por derecho propio. Era la herencia que me dejaban Sophie y mi padre.

Una a una continué desplazando las letras. La tercera. La cuarta. Progresivamente el mensaje tomó forma bajo mis ojos. Una palabra y una segunda. Una sencilla frase en griego. Quizá de dos mil años de antigüedad. El mensaje de Cristo a la humanidad.

El *euagelion.*

La enseñanza que sus contemporáneos no eran dignos de recibir. ¿Y nosotros hoy en día? ¿Seríamos dignos por fin de comprender lo que había querido enseñarnos aquel extraño hombre? ¿Habíamos progresado durante aquellos dos mil años? ¿Qué progreso había en la muerte de Sophie? ¿Y en los crímenes del Bilderberg y el Acta Fidei? ¿Seríamos realmente más dignos que los hombres que le habían crucificado? ¿Cuántos hombres habrían muerto para conservar aquel secreto, y cuántos para descubrirlo?

Me temblaban los dedos. Con la yema del índice subrayé el texto que acababa de transcribir.

Ocho palabras griegas. Jesús hablaba arameo, pero su mensaje nos lo había legado en griego. La lengua noble. La lengua de los instruidos. Yo no había estudiado griego desde hacía más de diez años, y releí la frase varias veces. Sin embargo, no necesité mucho tiempo para darme cuenta por fin de cuál era el mensaje.

De lo más sencillo. No era un mensaje religioso. No era una revelación irracional. Ni un dogma. Ni una ley. Ni un mandamiento. Una simple afirmación.

Εν τῷ κόσγω εσμεν μόνοι πα ῷτα ῷόν τ ῷς γης.

Repetí la frase, sonriendo: *«En tô kosmo esmen monoi*

pantaxou tès gès». Transcribí en mi cabeza la frase con palabras de hoy en día: «Estamos solos en el universo». Treinta y tres letras griegas para revelarnos un secreto tan sencillo, y sin embargo esencial.

Escondido durante dos milenios en el corazón de una piedra, tal era pues el saber absoluto de Cristo. El conocimiento que le hacía único. Él sabía. ¿Era ésa la respuesta a nuestra pregunta universal? ¿Era ése el misterio de la melancolía, la única cosa que no podíamos conocer fuese cual fuese nuestro dominio de las ciencias y las artes? ¿Cómo saber, en un universo infinito, si otros seres nos esperan? ¿Cómo responder a esa pregunta eterna? Por fin lo comprendía. Saber que estamos solos es el conocimiento absoluto, ya que jamás podremos visitar el universo infinito. Es el único interrogante al que jamás podremos responder.

No sé si este mensaje es auténtico. ¿Cómo saberlo? Y si lo fuese, nada prueba que Jesús tuviese razón. ¿Era él acaso el iluminado noble que había recibido la omnisciencia?

Pero hoy en día he comprendido que todo esto no tiene ninguna importancia. Sea cierta o no, esa frase ha cambiado mi vida.

Mejor aún: le ha dado un sentido.

Porque por primera vez en mi vida he entrevisto que esa verdad puede ser absoluta. He entrevisto la posibilidad de que estemos realmente solos. Solos en el universo.

Me he dado cuenta de que eso lo pone todo en cuestión. Que cambia todas nuestras perspectivas.

La pregunta se sigue planteando siempre. Desde hace siglos, el hombre busca otras presencias en el universo. Dioses, extraterrestres, espíritus… Una presencia, simplemente. No estar solo. Y continuamos buscando. Para muchos incluso

representa una esperanza. Pero esa esperanza, ¿no nos aleja acaso de lo que deberíamos buscar de verdad? Esa huida hacia el otro, hacia lo desconocido, ¿no nos aparta acaso de nuestra responsabilidad?

¿Y si de repente la duda quedase resuelta? ¿Y si en un instante se aceptase ese sencillo mensaje que ha recorrido los siglos? ¿Y si se escuchasen las enseñanzas de ese hombre poco común? ¿Y si no estuviese permitida ya la duda? ¿Y si buscar en otros lugares no tuviese ya ningún sentido?

No dejo de pensar entonces en nuestra responsabilidad. En el sentido de nuestras vidas, si es que son únicas. En la importancia de cada una de ellas, en relación con nosotros mismos y en relación con el universo entero. No dejo de pensar en el sentido de la humanidad. De nuestra humanidad. De nuestra presencia.

Porque, si estamos solos, no tenemos derecho a desaparecer. No tenemos derecho a equivocarnos.

Todo reside ahí. No tenemos derecho a extinguirnos.

Desde el día en que traduje ese mensaje, no puedo evitar pensar en la vida de Jesús. En el sentido de sus enseñanzas. Hoy en día todo eso me parece muy diferente.

Recuerdo las palabras de Sophie que, sin embargo, no creía en Dios. Ella había dicho algo así como: «Una de las principales enseñanzas de Cristo: "amaos los unos a los otros" no es más que un medio de preparar a los hombres para recibir su mensaje».

Todos los días esas palabras resuenan en mi cabeza.

No sé cuáles serán las consecuencias de nuestro descubrimiento. Según mi padre, Jesús no quería revelárselo a sus contemporáneos, ya que estimaba que todavía no estaban preparados.

Pero la auténtica pregunta es: ¿lo estamos hoy en día?

¿Cómo reaccionaría la gente? ¿Ese mensaje pone en cuestión la existencia de Dios? ¿Están dispuestos los hombres a aceptar que están solos? ¿Que no habrá respuesta más allá? ¿Ni salud más allá? Y que quizá debemos encontrar la respuesta nosotros mismos. Que no podemos confiar más que en el hombre. Y que, por eso mismo, debemos hacernos dignos de nuestra propia confianza.

¿Estamos lo bastante maduros para comprender el alcance de ese mensaje?

No lo sé.

De momento, no pienso más que en una cosa. Vivir. Y ya es un primer paso.

Me pregunto si realmente valía la pena que muriesen Sophie y mi padre por ese mensaje. ¿Era tan importante para que Acta Fidei y el Bilderberg estuviesen dispuestos a matar? No, desde luego. Ningún secreto del mundo puede justificar jamás la muerte de nadie. Nadie podrá hacerme olvidar a Sophie. Nadie podrá cerrar mi herida.

Pero es así. Acta Fidei y el Bilderberg estaban dispuestos a matar para conocer el secreto de Jesús. Por otra parte, no conocían todavía el contenido de ese mensaje cuando llegaron a todo aquello. Quizá imaginaban que ese contenido representaba una amenaza de gran envergadura para sus respectivas organizaciones. O quizá esperaban que ese secreto les diese un poder que nada en el mundo podría comprar.

De todos modos, se equivocaban, y Sophie está muerta.

El redactor jefe de *90 minutos* me ha preguntado si podía acabar la investigación de Sophie. Yo le he respondido que no puedo oponerme. Recuerdo las palabras de Sophie: «Si no somos nosotros los que descubrimos el sentido de la piedra de Iorden, ¿quién nos garantiza que el que lo haga vaya a hacer público su descubrimiento?».

Por ahora, quiero dejar pasar un tiempo para reflexionar.

Ya me he secado las lágrimas. Le he pedido perdón a François, a Estelle. A la pequeña Lucie. No volveré a Nueva York. Mañana iré a Gordes. Allí tengo una casa. Creo que también una moto que puedo recuperar.

Y a lo mejor hago caso de los consejos de François: escribir un libro. Si encuentro las palabras adecuadas. La habitación de mi padre en el segundo piso de la casa de Gordes debe de ser un lugar ideal para escribir tranquilamente. Escribir otra cosa, por fin.

Y después, tengo que tomar una decisión. Estelle y François me han preguntado si quiero ser el padrino de su hija. ¿Por qué no?

Pero antes que nada, iré a casa de Jacqueline, antes de que ella vuelva a Inglaterra. Nos tomaremos un whisky en memoria de la mujer a la que amábamos. E intentaré reír.

Creo que a Sophie le habría gustado.

FIN

Agradecimientos

Yo tenía esta novela en el corazón y la cabeza desde hacía muchos años. Acabarla ha sido un sueño para mí, que a veces me parecía inaccesible, y si este sueño se ha convertido por fin en realidad ha sido sobre todo gracias a aquellos que, de una forma u otra, me han ayudado a escribirla.

Por tanto, me gustaría dar las gracias a Emmanuel Baldenberger, Jean-Bernard Beuque, Stéphanie Chevrier y Virginie Pelletier, James Gauthier, Philippe Henrat, Valentin Lefèvre, Jean-Pierre Loevenbruck, Loïc Lofficial, Paula y Michael Marshall Smith, Fabrice Mazza y Bernard Werber, que me ayudaron en el curso de los diversos estadios de la escritura de esta novela.

También a la familia y los amigos que siempre me apoyan: los Loevenbruck, Pichon, Saint Hilaire, Allegret, Duprez y Wharmby Barbara Mallison, Stéphane Marsan, Alain Névant, David Oghia y Emmanuel Reynaud.

Y gracias por fin a mis dos musas, Delphine y nuestra pequeña Zoé, a quienes se lo debo todo.

Título original: *Le Testament des Siècles*

Primera edición: noviembre de 2006

Marquès de l'Argentera, 17. Pral. 1.ª 08003 Barcelona
correo@rocaeditorialcom
www.rocaeditorial.com

Impreso por Puresa, S.A.
Girona, 206
Sabadell (Barcelona)

ISBN 10: 84-96544-67-2
ISBN 13: 978-84-96544-67-3
Depósito legal: B. 38.598-2006

[1] NSA *(National Security Agency):* agencia de seguridad y de información oficial americana encargada de la criptología, sobre todo en la lucha antiterrorista.